

TO PROFESSOR, WITH LOVE

---

LINDA  
KAGE

---

Author of *Price of a Kiss*

A romantic couple is shown in profile, kissing on a balcony. The woman has long dark hair and is wearing a pink and white striped shirt and jeans. The man has short brown hair and is wearing a dark striped shirt and brown pants. They are standing on a balcony with a white railing. The background is a bright sunset over a city, with blurred lights and buildings. The overall mood is warm and intimate.

LIBROS DEL  
*Cielo*

*To professor  
with love*

*Linda Kage*

*Esta traducción fue hecha sin fines de lucro.*

*Es una traducción de fans para fans.*

*Si el libro llega a tu país, apoya al escritor comprándolo.*

*También puedes apoyar al autor con una reseña, siguiéndolo en las  
redes sociales y ayudándolo a promocionar su libro.*

*¡Disfruta la lectura!*

2

LIBROS DEL  
*Q Cielo*



To professor with love

Linda Kage

# STAFF

## MODERADORA

Juli

## TRADUCTORAS

Moni  
Juli  
Liillyana  
Sandry  
Anelynn\*  
keren88  
Val\_17  
NnancyC  
Vani  
Alexa Colton

Issel  
Annabelle  
Miry GPE  
Valentine Rose  
Cynthia  
Delaney  
Zöe..  
CamShaaw  
Mire  
\*~ Vero ~\*

Mary  
Florbarbero  
Verito  
Jasiel Odair  
Michelle♥  
Mel Markham  
Annie D  
AntyLP  
Adriana Tate  
Jeyly Carstairs

Vanessa  
Farrow  
Lilizita15  
Deydra B.  
ElyCasdel  
Snow Q  
Sofia Belikov

## CORRECTORAS

Miry GPE  
Mel Markham  
Key  
Emmie  
Gabriela  
LucindaMaddox  
Valentine Rose  
Sofia Belikov  
itxi

Paltonika  
ElyCasdel  
Lizzy Avett'  
Daniela  
Agrafojo  
Niki  
Victoria  
Val\_17  
Vanessa Farrow

NnancyC  
Esperanza  
SammyD  
Melizza  
Aimetz Volkov  
Karool Shaw  
Dannygonzal  
Jasiel Odair  
Julieyrr

Clara Markov  
GypsyPochi  
Eli Mirced  
Laurita PI  
florbarbero  
Mire  
Amélie.  
Verito

## LECTURA FINAL

Juli

## DISEÑO

Jane'

3

LIBROS DEL  
Cielo

To professor  
with love

Linda Kage

# ÍNDICE

|             |                 |
|-------------|-----------------|
| Sinopsis    | Capítulo 19     |
| Capítulo 1  | Capítulo 20     |
| Capítulo 2  | Capítulo 21     |
| Capítulo 3  | Capítulo 22     |
| Capítulo 4  | Capítulo 23     |
| Capítulo 5  | Capítulo 24     |
| Capítulo 6  | Capítulo 25     |
| Capítulo 7  | Capítulo 26     |
| Capítulo 8  | Capítulo 27     |
| Capítulo 9  | Capítulo 28     |
| Capítulo 10 | Capítulo 29     |
| Capítulo 11 | Capítulo 30     |
| Capítulo 12 | Capítulo 31     |
| Capítulo 13 | Capítulo 32     |
| Capítulo 14 | Capítulo 33     |
| Capítulo 15 | Epílogo         |
| Capítulo 16 | Be my Hero      |
| Capítulo 17 | Sobre la autora |
| Capítulo 18 |                 |



To professor  
with love

Linda Kage

# SINOPSIS

Tercer año en la universidad. Atleta estrella. La constante atención del sexo opuesto.

En este campus, soy adorado. Mientras que a mil kilómetros de distancia, en mi ciudad natal, sigo siendo la basura que vivía en un remolque, el hijo de la zorra de la ciudad, y el hermano mayor de tres niños que cuentan con que mantenga mi mierda en orden, para así poder llevarlos lejos de la misma jodida vida en la que crecí.

Estos dos lados opuestos de mí mismo nunca se mezclan hasta que una persona vislumbra al verdadero yo. Nunca esperé conectar con alguien así o querer más allá de una noche. Esto podría ser algo real.

El problema es que la Dra. Kavanagh es mi profesora de literatura.

Si empiezo algo con una maestra y nos descubren, bien podría despedirme de todo mi futuro, el de mi familia, y en especial el de la Dra. Kavanagh. Excepto que a veces vale la pena arriesgar todo por el amor. O por lo menos, más vale que lo valga porque no puedo resistir tanto.

-N. G.-

**Forbidden Men, #2**

5

LIBROS DEL  
Cielo



Traducido por Moni & Juli

Corregido por Miry GPE

“—Comienza con el principio —dijo el Rey, muy seriamente—, y continúa hasta que llegues al final: entonces detente.”

Lewis Carroll, Las Aventuras de Alicia en el País de las Maravillas.

## NOEL

Las náuseas se arremolinaron a través de mí mientras miraba al papel en mi mano de repente húmeda.

Ella me dio otra D. Yo realmente lo había intentado. Planté mi trasero en una silla, concentré toda mi atención en la tarea y escribí las cinco páginas de mierda que eran requeridas. Tampoco hubo ni una sola línea plagiada en todo el ensayo.

¿Y todo fue por una jodida D?

—Increíble —dije en voz baja.

—¿Dijo algo, señor Gamble?

Levanté mi rostro de la gran D roja en mi ensayo para encontrar un par de cejas oscuras arqueadas con petulante supremacía. Una mirada verde aguda me penetró, desafiándome a cuestionar mi calificación.

Con la mandíbula apretada, negué con la cabeza; mi cuello tan rígido por la mentira que apenas podía moverlo. —Nop —dije, mi voz lo suficiente baja que era apenas audible—. No dije nada. —*Ni una maldita cosa.*

La Dra. Kavanagh me miró por un segundo más, con expresión maliciosa. Sabía que mis ojos estrechos y dientes apretados solo alimentaban su ego, pero no podía evitarlo. Tampoco podía evitar la manera en la que mis estúpidos ojos de mujeriego traidores buscaron su trasero cuando se dio la vuelta y continuó por entre la fila de escritorios para entregar el resto de los ensayos calificados. Afortunadamente, el dobladillo de su chaqueta desaliñada bajaba para cubrir la parte trasera de su falda, ocultando las curvas femeninas que podría tener, porque no estoy seguro de que apreciaría un buen trasero en ese momento.

Pero ser negado de la vista solo me enojaba más. Era obvio que ella le daría a un chico una mala calificación y luego le negaría el placer de mirar algo bien redondeado y apretado. No importaba que tan ridícula se viera con esa vestimenta —como una niña invadiendo el armario de sus abuelos para jugar a disfrazarse— un trasero era un trasero, y yo quería un vistazo. Culpen a mi cromosoma Y.

Observando sus enormes hombreras y sus mangas enrolladas hasta sus codos, estuve tentado a decirle que llamaron los ochentas, y querían recuperar su chaqueta. Eso probablemente ganaría unas risas burlonas de la clase. Tal vez lograría que se ruborizara o alguna mierda, que de seguro me haría sentir mejor por la manera en que me humilló. Ojo por ojo y todo eso. Pero mi mandíbula se negaba a aflojarse lo suficiente para formar palabras reales.

En serio, ¿cómo se atreve a darme otra D después de todo el trabajo que hice en su estúpida tarea? ¿Se daba cuenta de lo mucho que me esforcé, de cuánto necesitaba una calificación decente?

—Psst. Oye, Gam. —Oren Tenning, mi receptor de primera línea favorito y compañero de habitación, se inclinó a través del pasillo para atraer mi atención—. ¿Cómo te fue?

Rodé los ojos con el símbolo universal de irritación de *no preguntes*. —¿A ti?

—Otra C. Juro que Kavanagh le tiene miedo a dar una A.

—Yo obtuve una A. —Sidney Chin, la mascota de la profesora, se dio vuelta en el asiento para sacudir alegremente su ensayo en nuestras caras.

Mientras la letra escarlata en la parte superior del ensayo brillaba, noté que un signo más se hallaba a su lado. No hubo un signo positivo al lado de mi D.

Tenning se rió. —Eso es porque tienes tetas, cariño. Lo juro por Dios, Kavanagh debe ser lesbiana. No le da una A a ninguno que tenga pene, sobre todo si está en el equipo de fútbol.

Me estremecí ante su réplica ofensiva, preguntándome qué tanto faltará antes de que uno de sus estúpidos comentarios lo meta en problemas, incluso cuando silenciosamente me encontré de acuerdo en lo que dijo sobre la parte del fútbol. Kavanagh me trató como a un deportista tonto desde el momento en que descubrió que era el mariscal de campo de la universidad. Estaba completamente fuera de cuestión que era un deportista y no muy hábil académicamente. Pero lo *intentaba*, maldita sea. No era como si dejara de lado el trabajo por cosas mejores; puse mucho esfuerzo en lograr una mejor calificación.

¿Tenía que restregar mis defectos tan alegremente en mi rostro?

—Si alguien tiene preguntas sobre sus calificaciones, siéntanse libre de verme después de clases. —Su voz se alzó sobre las conversaciones silenciosas que hacían eco alrededor de la habitación, lo que me hizo rodar los ojos.

Sí, claro. Apuesto a que podría verla por mi calificación. Si le cuestionaba su santa opinión, ella seguro convertiría mi D en una F.

Pero Jesucristo, ¿qué demonios se supone que haga ahora?

Frotando el centro de mi frente cuando empezó un dolor de cabeza, traté de calmarme porque este no era el fin del mundo. Apenas era marzo. Aún tenía tiempo para arreglar mi calificación, pero maldito infierno. Con cada ensayo que escribí en esta clase, me esforcé al doble, solo para obtener la mitad de la calificación. Perdería mi beca si no lograba al menos una C en literatura americana moderna. Y necesitaba esta beca. Más que cualquier otra cosa.

—Dado que hemos terminado con *El Gran Gatsby*, iniciaremos *Las uvas de la Ira* de Steinbeck. Quiero que todos lean las primeras cien hojas y cuenten cómo el tema de cambiar sus sueños es importante en el texto. Discutiremos sus descubrimientos la próxima vez que nos veamos.

Mientras ella hablaba sobre simbolismo y otra mierda escrita que no entendía, abrí el libro en la parte de atrás donde se hallaban las biografías para poder escanear los detalles de Steinbeck. Cuando me di cuenta que el buen y viejo John había nacido en 1902, me reí. ¿Qué parte de más de un siglo de antigüedad hacía de esto literatura *moderna*? ¡Jesús!

—...y con eso, espero que todos tengan un genial fin de semana —dijo la voz alegre de la Dra. Kavanagh contra mis sienes ya retumbantes—. Nos vemos el próximo jueves.

¡Oh! Seguramente *ella* tendría un gran fin de semana. Estaba a punto de arruinar la vida de su estudiante menos favorito. Solo había rosas en su extremo del espectro.

Mientras las personas a mi alrededor tomaban sus cosas, metí mi ensayo sin valor en las profundidades de mi mochila junto con mi libro de inglés, preguntándome por qué me molestaba en intentarlo. ¿A quién engañaba? No me hallaba hecho para graduarme de la universidad. Ya desafiaba al destino llegando hasta este punto.

*No eres nadie.* Las voces de mis profesores de primaria y secundaria hicieron eco dentro de mí. *Nunca ascenderás a nada, justo como la puta del parque basura de remolques de tu mamá.*

—Hola, Noel, cariño. —La suave voz femenina que me sacó de mi pánico creciente me hizo sacudir la cabeza mientras me acercaba a la salida.

No puedo decir que me sentía decepcionado de encontrar a un par de fans del fútbol acercándose a mí, aunque, mmm, no me di cuenta que compartía esta clase con estas dos señoritas. De hecho, me pregunté si incluso tomaban la clase de literatura americana moderna, o si se encontraban ahí simplemente



para verme. No sería la primera vez que chicas al azar me siguieran a una clase que no tomaban. Eso como que venía con mi imagen.

—Te ves deprimido. —Tianna Moore pasó su mano suavemente por mi brazo mientras se presionaba contra mi costado—. ¿Qué pasa, guapo?

Tianna era una fan experimentada, y me había enredado con ella un par de veces. Inclinandome contra ella, le di la bienvenida a toda la compasión que podía conseguir. —No logré la calificación que esperaba con mi ensayo.

—Oh, pobre cosita. —Sus dedos cosquilleaban mi codo, luego mi hombro. Cuando llegaron a la base de mi cuello donde tomó la parte trasera de mi cabeza, se balanceó más cerca—. ¿Quieres que mejore todo para ti con un beso?

Exhalando un suspiro triste, me encogí de hombros. —Supongo que podrías intentarlo.

Tocó mis labios con los suyos, y la dejé. Me encanta la sensación húmeda y cálida de todo lo que es femenino. Cuando abrió la boca y presionó su lengua dentro de la mía, amablemente la enredé con mi lengua. Mi pene se agitó con un zumbido agradable y tomé un lado de su rostro para continuar el contacto antes de que otro par de manos me tomaran y tiraran de mí.

—También quiero mejorar todo con un beso, Noel.

No soy de los que decepcionan a una señorita que pide besarme, así que me aparté de Tianna para mirar a la segunda chica. Conocía su rostro pero no podía recordar su nombre. Una imagen borrosa en una celebración salvaje después de un partido me dijo que pude haberme enredado también con ella, pero no me encontraba seguro.

Curioso de si recordaba su beso, ya que era una especie de conocedor de besos y siempre podía recordar una boca notable, me incliné hacia la pelirroja y la dejé envolver los brazos alrededor de mi cuello antes de que metiera su lengua.

No aparecieron recuerdos agradables, pero ella era más entusiasta de lo que había sido Tianna, haciéndome pensar que tal vez todavía no me la había follado, pero ella quería que lo hiciera, de ahí la razón de que resumiera tan ávidamente sus logros orales.

Y ella *no* recibiría una D.

Un fuerte carraspeo disparó un rayo de testosterona hacia mi pene, haciendo que cada terminal nerviosa que poseía crujiera como un alambre de electricidad vivo. Me alejé de la sexy número dos, parpadeando de vuelta a la realidad, curioso por descubrir la fuente de ese extraño y excitante sonido... hasta que miré hacia el podio del instructor.

La Dra. Kavanagh nos miraba a los tres besándonos en su salón con los ojos entrecerrados y la boca fruncida con total desaprobación. La vista debió encoger mi excitación como una cubeta de agua fría justo en mi pene, pero

alarmantemente, verla mirándome succionando las lenguas de otras chicas solo me alimentaba más.

No por primera vez, me pregunté cuántos años tenía. El vinagre y la orina debían conservar realmente un cuerpo, porque no había forma de que ella pudiera ser más joven de lo que se veía. Definitivamente la abordaría si fuera una extraña que hubiera ido al bar en el que trabajaba. Sin una arruga a la vista, sus labios tenían la apariencia fresca e inexperta, haciéndolos ver jóvenes e increíblemente besables.

Lo que era un pensamiento inesperado e inquietante que quería borrar de mi cerebro con ácido y un cepillo de alambre. ¿Qué fenómeno pensaba así sobre su más detestable profesora? Aun así, esa boca carecía de las líneas de expresión que tendría una mujer mayor. Ella tenía que estar en sus veintes, a pesar de que eso no podía ser posible.

—Discúlpennos. —Sonreí mientras enrollaba ambos brazos alrededor de Tianna y su amiga, y las escolté fuera de la sala de conferencias.

Kavanagh podía ser como cualquier otro educador en mi vida que me dijo que era una mierda, pero aquí, en este mundo, yo era el rey, y necesitaba a mis fans para ayudarme a recordar eso. Las chicas rieron y se acurrucaron contra mí, más que dispuestas a complacer.

—¿Quieres venir a almorzar con nosotras, Noel? —preguntó Tianna, frotando mi espalda, mientras su amiga pasaba su palma sobre mi pecho—. Tenemos algo especialmente sabroso para ti en nuestra habitación.

Su compañera se rió disimuladamente debido al significado de doble sentido no tan disimulado. —Te gustan... los sándwiches... ¿no?

Oh, maldita sea. Un trío. Me encontraba tentado. Quiero decir, ¿qué chico no lo estaría? Un par de horas bajo las sábanas con un par de bellezas sin ningún compromiso *calmaría* mis nervios, demasiado, pero...

Hice una mueca. —No debería. Tengo otra clase que no debo perder. —No podía permitirme reprobar un curso, menos dos.

—¿Estás seguro? —preguntó la pelirroja, ahora trazando un camino hacia abajo con sus dedos—. Haríamos que valga la pena tu tiempo.

Tomé su mano para que no pudiera tentarme a cambiar de parecer justo cuando mi celular vibró en el bolsillo de mis vaqueros. Le ofrecí otra mueca de disculpa y me encogí de hombros. —Lo siento, cariño, pero... ¿otro día? —*Por favor.*

Su amplia sonrisa fue instantánea. —Por supuesto.

—Bien, entonces. Lo esperaré. —Sonriendo, le di una palmada en el culo, moviéndola hacia adelante. Tianna entrelazó su brazo con el de la pelirroja y las dos chicas se fueron.

Con un suspiro nostálgico, robé un momento para disfrutar sus firmes traseros enfundados en pantalones ajustados mientras ciegamente sacaba mi teléfono. Contesté, incapaz de apartar mi mirada del sándwich que tuve que rechazar.

—¿Qué pasa? —Incluso mientras hablaba, mis ojos seguían esas caderas meneándose. Tal vez pueda encontrarme con ellas hoy más tarde porque en serio... un trío.

—¿Noel? —La chica en el otro extremo de la línea se sorbió la nariz—. Colton está enfermo. No come ni sale de la cama. No sé qué hacer.

La alarma, gruesa e instantánea, rugió dentro de mí, arrancando mis pensamientos del sexo de inmediato. —¿Qué sucede?

Coloqué un dedo en mi oído y di la espalda al campus para alejarme de la acera. La sombra de un árbol pequeño que crecía a un lado de una hilera de pequeños setos perfectamente recortados no proporcionaba la privacidad que me habría gustado, pero tendría que hacerlo.

—No lo sé. Tiene fiebre de cuarenta y dice que le duele la garganta.

Cerré los ojos y me froté la cara. Mierda. —¿Has llamado al doctor? ¿Ha bebido suficientes líquidos? ¿Dónde está mamá?

—No lo sé. —Caroline explotó en una ronda de sollozos—. No ha venido a casa en toda la semana. Colton me rogó no ir a la escuela ayer y como aún no ha perdido este año, pensé que estaría bien. Pero hoy está peor y...

—De acuerdo, de acuerdo. —Por costumbre, levanté mi mano para detenerla, a pesar de que sabía que no podía verme—. Va a estar bien. Solo cálmate. Probablemente tiene faringitis o algo así. Mira si puedes hacer que tome algo de Tylenol y agua. Baja esa fiebre. Contactaré a la oficina del doctor y averiguaré si pueden verlo hoy. Te llamo en un momento.

Le colgué a mi hermana antes de que pudiera apilar más mierda sobre mí. Caroline fue obligada a asumir una gran responsabilidad después de que me fui de casa, pero me hallaba haciendo todo en la universidad y buscando ser seleccionado por un equipo de la NFL por ellos, así podría cuidarla a ella y a nuestros dos hermanos menores.

Porque a nuestra madre seguro que le importaba una mierda.

Aliviado de haber guardado el número del pediatra de Colton en mi teléfono después del año pasado cuando se contagió de varicela, le marqué a la recepcionista y me alegró que pudieran anotarlo para una revisión en la tarde.

Cuando llamé a mi hermana, sonaba más tranquila. —Gracias, Noel. Lamento haber enloquecido contigo. Yo solo...

—Oye, nada de disculpas. Sé cómo es eso, ¿recuerdas? Y para eso estoy aquí. Solo hazme saber lo que dice el doctor. Oh, y espera, ¿tienes dinero para la cita o para la medicina que le prescribirán?

Suspiró. —Sí. Tengo... un poco guardado.

Hice una mueca. Por su tono reticente, supe que ella tendría que sacar de su escondite privado que seguramente ocultó de mamá. Eso era lo que siempre tuvo que hacer.

—¿Para qué ahorrabas?

—Para nada —murmuró.

—Caroline. —La advertencia en mi voz la hizo suspirar de nuevo.

—Yo solo... hay un baile en la escuela. Y Sander Scotini me pidió que fuera. Esperaba poder comprar un nuevo vestido...

—Espera, espera, espera. —Negué con la cabeza para detenerla—. Un momento. ¿Sander qué? ¿Conozco a este chico? ¿Por qué nunca antes había escuchado sobre él? ¿Es tu novio o solo una cita para el baile?

—Noel. —Prácticamente podía escucharla rodando los ojos, pero no me importó. Me enojaba que esta fuera la primera vez que escuchaba de ella y un *chico*. No me gustaba la idea de ningún pene excitado olfateando alrededor de mi pura e inocente hermanita.

—¿Y dijiste Scotini? ¿Cómo en *Terrance* Scotini, el rey de los neumáticos? —Una imagen de un comercial que vi en la televisión cuando crecía pasó por mi cabeza. A Terrance Scotini le gustaba pasear a través de su tienda, usando una tonta capa y corona, diciéndole a la audiencia que compraran en su tienda todas sus necesidades automotrices.

—Su hijo —admitió Caroline en voz baja.

Los vellos en mi nuca se levantaron con preocupación. Sabía que mi hermana tenía casi dieciocho y era casi legalmente una adulta, pero aún era mi hermanita. Siempre lo sería. No quería que el hijo de un idiota rico pensara que ella ofrecía cosas gratis solo porque era la hija de Daisy Gamble.

—¿Él es...?

—Está bien —recalcó—. Y le gusto. Sé lo que estás pensando.

—¿Qué? ¿Que ningún odioso de mierda nunca será lo suficientemente bueno para mi hermanita?

Se echó a reír. —Sí. Algo por el estilo.

—¿Qué hay de sus padres? —insistí, todavía sin gustarme la idea en lo más mínimo—. ¿Están de acuerdo con todo esto? —Porque si la trataban con nada menos que respeto, explotaría. Simplemente... explotaría.

Después de una pausa tranquila, Caroline admitió—: No creo que lo sepan.

Gemí. —Car... —Su situación ya tenía escrito “problemas” por todas partes.

—No lo hagas —suplicó—. Por favor. Es solo un baile. Él es agradable, y divertido, y sé que pasaríamos un buen rato. Eso es todo.

Eso no estaba ni siquiera cerca de ser “todo”. Yo no nací ayer. Sabía que si algún imbécil de la escuela secundaria desafiaba a sus padres para llevar al baile a la pobre chica del parque de remolques, tenía que haber mucho más en juego. Estaba dispuesto a pedir prestado la camioneta de mi compañero de cuarto y conducir las once horas y media hasta casa para patearle el trasero a algún rico Scotini.

Pero no quería que mi hermana estuviera triste. Quería que tuviera tanta diversión en su sometida y desesperanzada vida como fuera posible. Prohibirle asistir a un baile no pondría una sonrisa en su rostro. Además, probablemente iría igual, y como me encontraba a más de mil kilómetros de distancia, no podía detenerla.

Frotando un lado de las sienes doloridas, me obligué a calmarme. Era mejor comportarme como amigo antes que el imbécil hermano mayor; de esa manera, recurriría a mí si se metía en problemas. —Está bien. Está bien. Pero me harás saber si pasa *algo*, ¿verdad? —Maldita sea, era un blandengue.

—Por supuesto. —Me di cuenta que ella sonreía, lo que ayudó a aflojar el nudo en mi pecho.

Asentí y me volví hacia el campus, sin estar preparado para hacer frente a los obstáculos en mi propia vida, pero decidido a hacerlo de todos modos. —También hazme saber cuánto tienes que gastar. Me aseguraré de que estés reembolsada antes del baile. ¿De acuerdo?

—Está bien. Gracias. Eres el mejor hermano mayor, Noel.

Riéndome, me acerqué a la acera. —Y no lo olvides. Cuida de Colton por mí.

Sonreí mientras colgaba, a pesar de que un dolor pesado atravesó mi pecho. Hablar con uno de mis hermanos siempre me hacía echar de menos a casa.

Está bien, no echaba de menos al hueco en el piso del remolque en el que solía dormir cada noche, siempre preocupado por los tipos de problemas que mi madre podría traer a casa —si es que se molestaba en volver— pero claro que extrañaba a los tres niños menores de edad que seguían atrapados allí. Mi sonrisa vaciló.

Empujando hacia abajo la culpa consumiente y la sensación reiterada de que los había abandonado, me di cuenta que olvidé preguntar por Brandt. En su anterior llamada telefónica de “¿qué tengo que hacer?”, Caroline estaba asustada por un par de rufianes de unos trece años que andaban merodeando. Lo último que necesitaba era que nuestro hermano mediano quedara atrapado en las drogas o una pandilla. O las dos cosas. ¡Jesús! Esa sería mi suerte.

—Oye, Gamble. Espera.

Ante el grito, me estremecí, preguntándome qué catástrofe iba a atacar ahora. Mi horrible mal karma generalmente venía de tres en tres, y ya que necesitaba algo más para igualar la marca, me preparé para que el último elemento se pusiera en línea con mi D en el ensayo y hermanos preocupantes.

Sin embargo, cuando me volví, lo único que encontré fue a Quinn Hamilton, un ala cerrada de primer año, corriendo para alcanzarme. Me relajé. —Oye, hombre. ¿Qué pasa?

—Me preguntaba si ibas a la sesión de entrenamiento de esta noche o en la mañana.

Durante la temporada baja, el equipo de fútbol tenía sesiones obligatorias para entrenar en el gimnasio. Como trabajaba todas las noches en las que estaba disponible, por lo general optaba por los entrenamientos de la mañana antes de la clase. Solo me daba tres o cuatro horas de sueño en las noches en las que trabajaba, pero para mantener mi beca deportiva, el sueño se hallaba sobrevalorado. Tenía tres personas muy especiales que confiaban en que mantuviera todo en orden.

—Soy un pájaro madrugador, ¿no lo sabías? —Cuando mentí, le golpeé el hombro juguetonamente. Nunca fui madrugador. Odiaba las mañanas. Dormiría todos los días si pudiera.

—Genial. Yo también. —Quinn se rascó la nuca y miró hacia otro lado, dejándome saber que tenía algo más importante que preguntar—. Y esperaba que pudieras, si quieres, eh, mostrarme unas cuantas técnicas de lanzamiento.

Levanté las cejas. Mierda. ¿Este era el mal karma número tres? —¿Qué? ¿Buscas robar mi posición?

A pesar de que una fisurita de temor y pánico me pilló desprevenido, sonreí y llevé mi brazo alrededor del hombro de Quinn para hacerle saber que bromeaba, aunque, sinceramente, no quería competencia. Ya tenía un segundo y un no tan buen tercer mariscal de campo babeando por mi lugar. Lo que era peor, Hamilton era jodidamente talentoso, y lo veía siendo un mejor mariscal de campo que la posición que ocupaba ahora. Él no encajaba completamente como un ala cerrada.

Mientras no sea mejor que yo, podía manejar esto.

Quinn se ruborizó y agachó la cabeza. —He jugado de mariscal en la escuela secundaria —admitió.

—Oye, está bien. —Le apreté el hombro para tranquilizarlo—. Tienes que hacer lo que sea mejor para ti. ¿Quién sabe? Si la Dra. Kavanagh tiene algo que decir al respecto, estoy en camino a ser despedido académicamente. Sin duda necesitaremos otro mariscal entonces.

El estudiante de primer año parpadeó hasta que se dio cuenta de que bromeaba... o, al menos, un poco. Luego sonrió. —¿También tienes una clase con Kavanagh? Hombre, ella es severa.

To professor  
with love

Linda Kage

—Sí —concordé con entusiasmo—, una perra rabiosa. —No es que en realidad la considerara una perra. Era dura y se mantenía firme en el aula, lo cual respetaba. Pero era mucho más fácil echarle la culpa por mis notas horribles que admitir que simplemente no era lo suficientemente inteligente. Así que, sí. Vamos a llamarla perra.

De cerca, alguien dejó escapar una tos sorprendida y discontinua.

Mierda. Por alguna razón, sabía que no iba a necesitar tres intentos para averiguar quién me había oído. Introduzca el karma número tres. Ya temiendo lo que iba a descubrir, miré a mi alrededor para centrarme en Kavanagh, que caminaba por el sendero justo detrás de nosotros.

De hecho, podía ver a mi D bajando a una F mientras su mirada de ojos verdes se dirigía hacia mí.

Bueno, mierda. Sin importar lo que pasara después, me negaba a dejarle ver lo mal que me sentía por hacer que oyera lo que acababa de decir.

15



LIBROS DEL  
Cielo

Traducido por Liillyana & Sandry

Corregido por Mel Markham

"Ella mira a un lindo hombre joven como si pudiera oler su estupidez."

Flannery O'Connor, *Good Country People*

## ASPEN

No puedo decir que me sorprendió oír a Noel Gamble llamarme perra rabiosa. Hubiera estado muy sorprendida si me hubiera defendido.

*No, en serio, es una profesora increíble; he aprendido mucho de ella. Me siento como si su impacto en mi vida hubiera ayudado a mejorar la calidad de lo que soy como persona.*

Sí, eso nunca iba a suceder.

Sin embargo. Su insulto —incluso esperado— me aturdió. El sonido que hice no fue planeado. Es solo algo que atravesó mi pecho y salió de mi garganta en un dolor estrangulador.

Cuando Gamble y su pequeño discípulo se dieron la vuelta, me sentí sorprendida en el acto, a pesar de que no había hecho nada malo. Un calor bochornoso inundó mis miembros. Queriendo morir antes de dejar que me viera dolida, acomodé mis facciones todo lo posible, conteniendo mi expresión cuando arqueé una ceja en silencio.

—Déjeme adivinar —murmuré con frialdad, o al menos en un tono que esperaba sonara glacialmente helado, como si no me importara su opinión, porque lo último que quería era que pensara que me importaba... él—. Usted está un poco molesto por la calificación que recibió en su ensayo.

Sus ojos azules, casi violeta, se estrecharon duramente. —Usted sabe, es como si pudiera leer mi mente, Dra. Kavanagh.

No parecía arrepentido por haber sido sorprendido atacándome. Ni avergonzado. Ni siquiera fingía sentir un ápice de remordimiento. Simplemente me miró enojado. Me preguntaba si había sabido todo el tiempo que había estado caminando detrás de él y quería que escuchara su insulto.



Junto a él, el jugador de fútbol que tenía introducción a la literatura conmigo se alejó un paso, disociándose a sí mismo de su amado mariscal de campo. Chico listo.

Fingí una sonrisa amable y asentí a mi némesis. —Bueno, tal vez cuando reciba su doctorado, también aprenderá el arte de la telepatía, señor Estrella Mariscal de Campo.

Sus ojos azules brillaban con odio al tiempo que movía la mandíbula y apretó los dientes. Los dos sabíamos que sus logros académicos nunca subirían tanto; no se encontraba aquí más que por el fútbol. De hecho, apuesto a que si comprobaba sus registros, iba a encontrar algo parecido a bordado como su carrera. Pero Gamble era un luchador. Se negaba a recostarse y aceptar mis golpes verbales.

—Si recibir un doctorado me convierte en una perra rabiosa que reprueba sin razón alguna a los hombres que no se lo merecen, entonces prefiero pasar. Gracias.

Manteniendo la barbilla alta, frunzo el ceño enseguida. —Como he dicho en clase, si tiene alguna pregunta acerca de su puntuación, siempre puede hablar conmigo al respecto. Estoy en mi oficina todos los días de tres a cinco, disponible para hablar con cualquier estudiante *serio*.

Por el disgusto en su mirada, sabía que nunca iría a cualquier lugar cerca de mi oficina. Gracias a Dios. Estar encerrada a solas con él en mi pequeño espacio de trabajo, me haría entrar en pánico, literalmente; un ataque de pánico a gran escala que me cortaría la respiración y necesitaría una bolsa de papel para respirar. Me recordaba demasiado a Zach.

Lo peor, era que incluso me afectaba de la misma manera que lo hacía Zach inicialmente. Odiaba la forma en que sus hermosos ojos hacían que mi cuerpo se calentara con todo tipo de respuestas inapropiadas, y también la forma en que la curva de sus labios me hacía querer tocarlos con mi propia boca, preguntándome cómo se sentirían al estar presionados. Por encima de todo, detestaba nunca haber superado mi obsesión de la secundaria de fijarme en el deportista líder.

Debe ser algo de la selección natural e interna que no podía controlar. La supervivencia del más apto me llevaba hacia el hombre más fuerte, saludable y atractivo que parecía más apropiado para la reproducción de la especie. Después de ver a esas dos putas a su alrededor hace unos minutos, sabía que tenía que ser bueno para algunas actividades reproductivas.

—Tal vez lo haga —murmuró.

Y ¡Dios mío! Hasta su voz me afectaba. Hizo que algo bajo en mi abdomen se apretara y luego zumbara. Como la vibración silenciosa de un timbre. *Ding dong, ¿hay alguien en casa? ¿Quieres venir a jugar?*

Dios, ¿por qué mi cuerpo querría jugar con este idiota en cualquier lugar, manera o forma? ¿Acaso mi primer desastre con una estrella del fútbol durante mi último año de escuela secundaria no me enseñó nada? Era exactamente el tipo de persona del que necesitaba mantenerme lo más lejos posible.

Y ¿por qué me atraía un alumno? ¡Un *estudiante!*

No importaba que fuéramos prácticamente de la misma edad, él seguía siendo un estudiante universitario. Toda la atracción era totalmente inmoral. Y yo siempre había sido ética. Profesional. Diablos, había salido del vientre en calma, sensible y ordenada. Seguí todas las reglas y políticas a la perfección. Nadie, y lo digo en serio, torcía mi mundo como lo hacían esos malditos chicos guapos del fútbol.

Por esto exactamente me molestaban los chicos que descontrolaban todo en mi interior. Mucho.

—Entonces supongo que más tarde lo veré en mi oficina —desafié y de inmediato fui a la acera para alejarme de él. Iba en la dirección equivocada, pero no me importaba. Tenía que escapar.

Un burlón resoplido de Gamble me siguió, diciéndome que sabía que yo corría asustada. El idiota arrogante pensaba que todo era solo por ser un atleta, una estrella de fútbol. Bien, todos en la universidad lo trataban de esa manera, desde estudiantes a profesores e incluso el presidente de la universidad. Para ellos, Noel Gamble no podía equivocarse. Para mí, él todavía no podía escribir un ensayo de inglés decente ni aunque su vida dependiera de ello.

Pero ya no quería pensar más en él. Bloqueando los ojos azules y cretinos de mi cerebro, me marché. Después de crecer con mis padres, dominé el pequeño talento de apartar los pensamientos inquietantes. Y me sentía muy agradecida por la técnica.

Pensando en el libro que había comenzado esta mañana, me centré en el lugar al que iba. Ya que me dirigía en dirección al centro estudiantil y tenía una hora libre antes de mi siguiente clase, decidí no salir a mi coche para ir a buscar mi chaqueta como planeé originalmente porque había estado helada en el aula, donde parecía estar de pie directamente bajo las ventilaciones de aire. Me metí en el centro, compré un sándwich y un capuchino en la sala de comidas.

Era un día inusualmente soleado, así que comí sentada en un banco, para calentarme bajo un roble al que el aire primaveral le ayudó a brotar una gran cantidad de pimpollos verdes entre sus ramas. Me gustaba cómo los rayos de sol se filtraban a través de las ramas y echaban charcos cálidos de color en la hierba a mi alrededor.

Cómoda junto al acogedor paraguas de la sombra y luz, saqué mi Kindle y retomé la lectura de la historia que había empezado antes de venir hoy al trabajo. Como una romántica empedernida, actualmente devoraba todo lo que escribía Jennifer L. Armentrout.

Dos capítulos, y medio sándwich de jamón y queso más tarde, justo cuando decidí que Alex tenía que estar pronto con Aiden, mi celular sonó desde el maletín que usaba como una mesa improvisada. Me demoré unos segundos en sacar la comida, migas y lector de libros electrónicos antes de que pudiera abrirlo y comprobar mi identificador de llamadas. Al ver los nombres de mis padres en la pantalla, se me tensó el estómago.

Me aclaré la garganta y respiré hondo antes de contestar. *Podía hacer esto. Podía hacer esto. Podía hacer esto.* —¿Hola?

—Hola, Aspen. —Solo escuchar la voz de mi madre, frígida y profesional como siempre, hizo que mi corazón retumbara con fuerza en mi pecho con una combinación de esperanza e intimidación—. Como sabes, tu padre tuvo su último tratamiento esta mañana.

Tragando el trozo de pan repentinamente seco que estaba masticando, asentí. —Sí, yo... iba a llamar después de mi última clase. ¿Cómo fue?

En los últimos dos años, a mi padre tuvieron que amputarle tres dedos de los pies. Su diabetes había progresado tanto que acababa de terminar una temporada de seis semanas de terapia de oxígeno, visitando una cámara hiperbárica dos veces al día, para recuperarse de una herida desagradable que tuvo en la pantorrilla. Si no se curaba después de su último tratamiento de esta mañana, el médico quería quitarle la pierna, a partir de la articulación de la rodilla hacia abajo.

Contuve el aliento y esperé tensamente a que mi madre me contara el pronóstico. —Quieren extender su terapia otras dos semanas.

Exhalé una bocanada de aire. —Bueno, eso es... eso es bueno. —¿Cierto? Al menos todavía no estaban dispuestos a empezar a cortar las extremidades.

—¿En serio? —El tono de mi madre sugirió que tenía el ceño fruncido con su expresión habitual.

*Oh, mierda.* Tal vez eso no era tan bueno.

—¿Y cómo es esto *bueno*, Aspen? La salud de tu padre sigue en riesgo, y tú estás... ¿alegre?

Me sonrojé. Incluso a los veintitrés, viviendo a más de mil kilómetros de casa y dando clases en una universidad de primera categoría, todavía le daba el poder para convertirme en una idiota llorona con una sola pregunta.

—Yo... —Tanteando ciegamente, usé la servilleta libre de migas para limpiarme la cara. Mis palmas comenzaron a sudar, así que las froté para que se sequen pronto—. Yo solo quería decir...

—Deja de ser graciosa. Tu intento de humor es completamente grosero e irrespetuoso. Esto no es algo para bromear.

—Pero no quise decir... —Me mordí el labio y bajé la cabeza, deseando que mi pelo cayera para que ocultara las lágrimas brillando en mis ojos. Dios,

¿por qué las palabras para defenderme siempre me fallaban cuando atacaba la Dra. Mallory Kavanagh?

—Sí, tienes razón —murmuré—. Pido disculpas.

Ella resopló con irritación. Lejos de ser un indulto. —Sabía que estudiar esa basura de *literatura* te convertiría en una especie de idiota vulgar. Debiste habernos escuchado cuando tratamos de dirigirte hacia la física teórica. Algo razonable y que vale la pena.

Estudiar literatura *había* sido mi única gran rebelión, y mis padres nunca me perdonaron por ello. En pocas palabras, estuve tentada a apaciguarlos al entrar en las ciencias, pero nunca había sido capaz de traicionar mi devoción por la escritura. Y la única cosa a la que no me sometí los llevó a su desprecio eterno.

Si dependiera de mí, habría estado satisfecha con una licenciatura en inglés. Habría estado bien con compartir mi amor por las historias con niños de primer grado. Pero hice un programa de doctorado para apaciguar a Richard y a Mallory.

Sin embargo, no parecía importar lo que haga. Mis padres nunca habían estado “orgullosos” de mis logros. Nunca mostraron su aprobación. Siempre exigían algo más grande y mejor.

Pero su desaprobación constante se hacía agobiante. Por una vez, ojalá pudiera ser simplemente *lo bastante buena* ante sus ojos.

Lamentablemente, hoy no iba a ser ese día.

—Uno pensaría que con tu *carrera*, serías capaz de dominar las palabras que salen de tu boca con un poco más de respeto y decoro.

—Una vez más, lo siento. Yo...

—Las disculpas son para los imperfectos, Aspen. Deja de destacar tus imperfecciones. —Dejó escapar un suspiro de disgusto—. Te voy a poner al día con el pronóstico de tu padre cuando lo considere necesario.

Desconectó la línea antes de que pudiera decir una palabra más.

—Mierda —murmuré. Quién sabía cuánto tiempo pasaría antes de que volviera a llamarme. Yo sabía que no contestaría si intentaba llamar de nuevo para darle una disculpa elocuente que no sonara como la disculpa de una hija “imperfecta e idiota”.

Yo solo esperaba que fuera lo bastante misericordiosa para mantenerme actualizada acerca de mi padre.

Esta vez, cuando levanté la servilleta, me limpie la base de las pestañas en lugar de mi boca. Tenía que dar otra clase en quince minutos; no quería aparecer con los ojos hinchados y húmedos o con moqueo nasal. Si mis padres me habían enseñado algo, era que una imagen digna significaba todo.

Pero, maldita sea, me gustaría saber por qué siempre permito que me afecten las palabras de mi madre. A estas alturas, debería *esperar* su trato frío, impersonal y condescendiente. Sin embargo, todavía me dolía no tener un poco de afecto por parte de mis padres. El noventa por ciento de todo lo que hacía era para ganar su amor. Pero no podía dejar de hacerlo. Porque, sinceramente, si una chica no podía conseguir que su propia familia se preocupara por ella, ¿quién lo haría?

Después de guardar mi celular y E-reader, cierro mi maletín y sacudo las migas de mi regazo. Actuando como si nada me estuviera molestando, tiro el resto de mi almuerzo y regreso al departamento de inglés para terminar mis últimas dos clases del día.

La tarde pasaba lentamente, y más de una vez, tuve que morderme el interior de mi labio para no pensar en la conversación que había tenido con mi madre. Las buenas noticias eran que eso desvió mi mente de un cierto cretino de ojos azules que quería odiar.

Pero debí haber sabido que él iba a encontrar una manera de entrar de nuevo en mi día. Después de todo, los cretinos de ojos azules tenían el talento de hacer eso.

A eso de las tres, entré en el santuario de mi oficina. Hice una pausa en el umbral y aspiré el aroma de los viejos libros que cubren las paredes, ayudando de inmediato a aflojar mis músculos tensos. Deslice cuidadosamente mi maletín en el hueco entre el escritorio y la pared donde siempre lo guardo, y apoyé mi trasero en el cojín de la silla. Entonces y únicamente solté un pequeño gemido de placer.

Hogar.

Algunos podrían considerar triste y patético que uno de los dos lugares en los que me sentía como en casa fuera cuando estaba escondida en mi oficina pequeña en la universidad, pero no me importaba. Al menos, por fin *tenía* un lugar que se sentía acogedor. Así que me aferraba a él.

Encendiendo mi computadora, me mordía una uña mientras esperaba a que apareciera mi pantalla de bienvenida y pidiera mi contraseña.

Al mismo tiempo que la pidió, alguien golpeó a la puerta abierta de mi oficina. Por un breve instante, mi corazón saltó en mi garganta. Pero querido dios, si Noel Gamble en realidad había aceptado mi invitación para hablar de su ensayo esta tarde, yo iba a tener una insuficiencia cardíaca. No podía invadir mi refugio. Mi casa. Simplemente no podía.

Casi me desmayé de alivio cuando vi al decano del departamento de inglés parado en la puerta. Gracias a Dios.

—Dr. Frenetti. —Me puse de pie, apartando el flequillo de los ojos—. Por favor, entre.

Entró en la habitación. —Dra. Kavanagh —saludó con un movimiento de cabeza antes de ir directamente a su punto—. ¿He oído que estás siendo dura con Noel Gamble?

Oh, Dios mío, tenía que ser una broma.

No estoy segura de qué era peor; que Noel Gamble visitara mi oficina, o que lo hiciera alguien *preocupado* por Noel Gamble. Solo quería escapar de todo lo relacionado a él.

Sacudiendo la cabeza, le ofrecí al Dr. Frenetti una sonrisa confundida y tensa. —¿Dónde ha oído eso?

—Su entrenador se contactó conmigo hoy.

Apreté los dientes. ¿Quién lo hubiera dicho?; el arrogante se quejó con alguien acerca de mí. ¿Por qué no me sorprendía?

La cara del Dr. Frenetti mostraba desaprobación, y por desgracia, él ya tenía una de esas caras que parecían condenar sin ninguna ayuda. Con una nariz grande y plana, las arrugas del entrecejo permanentes y una papada carnosa que caía con una desaprobación rotunda; cuando él fruncía el ceño se veía completamente acusador.

Haciendo caso omiso de la necesidad de volver a mi asiento y empezar a pedir disculpas por mis errores, me obligué a dar un rígido asentimiento. Esto era por las deficiencias de Noel Gamble, no las mías. Aun así, se sentía como si estuviera confesando un pecado cuando le contesté—: Él no lo está haciendo bien, no.

Sin esperar mi invitación, el Dr. Frenetti se sentó en la silla frente a la mía y me dejó inquieta delante de él. Me moví un paso, sin saber si debía sentarme también. Fue algo bueno que al final lo hiciera porque lo que dijo luego, dejó muy débil mis rodillas para permanecer en posición vertical.

—Tenía mis dudas cuando el consejo te contrató, Aspen. Alguien tan joven e inexperta... —Sacudió la cabeza y suspiró—. *Sabía* que iba a causar problemas. Pero la referencia que nos dio tu antigua profesora fue impecable. Ella habló tan bien de ti que yo esperaba que todo fuera a salir bien. Pero no estoy seguro de que entiendas muy bien la gravedad que tendría el reprobar a este estudiante. Estábamos invictos esta temporada hasta las eliminatorias. Y es posible que todavía no lo veas, pero el fútbol es la columna vertebral de esta universidad.

Oh, lo veía bien. Simplemente no entendía cómo eso debía afectar mi calificación.

—Cuanto antes todos en el departamento de inglés se den cuenta de ello, es lo mejor. Si el equipo consigue el campeonato divisional el próximo año, nuestro poder de reclutamiento se iría hasta el techo, lo que significa que si más estudiantes toman cursos de inglés y entra más dinero, por lo tanto, es una mejor oportunidad para aumentos de sueldo... bonificaciones. En esencia, si

ayudas a este chico, te ayudas a ti misma y a *todo el mundo* en el campus. Él es la clave para una mejor universidad, Aspen. Sus buenas calificaciones son lo único que lo mantiene aquí. Él no puede perder su beca.

Tuve que pellizcarme la pierna para abstenerme de rodar los ojos. Pero ¿en serio? Un chico —que escribió un ensayo desastroso— ¿era la clave de todo? ¿Muy dramático, viejo?

Discurso dramático o no, mis pobres oídos resonaban de conmoción. Me di cuenta desde el primer día aquí, que los deportes en el campus dominaban todo lo demás, pero me decepcionó oír al *Decano* del departamento de inglés hablar al respecto con tanta franqueza. ¿Qué hay de una calificación honesta? ¿La integridad? ¿Educación?

En silencio, conté hasta diez antes de hablar. —Entonces, ¿me dice que lo apruebe, sin importar que esté fallando?

—Por supuesto que no. —Con un bufido irritado, frunció el ceño y apretó sus flácidos labios. Parecían dos panqueques rosas, uno apilado encima del otro—. Pero estoy seguro de que hay algo que puedes hacer para que *no* falle. Eres maestra. Por el amor de Dios, *enséñele al chico*.

Oh, no lo hizo. Nadie cuestionaba mis habilidades de enseñanza. —*Lo hago!* Dr. Frenetti, yo...

—Bueno, es obvio que no lo estás haciendo lo bastante bien si él no está mejorando. Tu clase es la única que está fallando. ¿Por qué es eso?

Quizá porque todos los profesores le aprobaban, sin importar lo mal que lo hiciera en realidad. Puede que ya hayan recibido el mismo sermón que yo ahora.

—Yo... —Negué con la cabeza, y mi cara se calentó a un nivel abrasador.

¿Cómo se atreve? ¿Cómo se atreve a culparme por esto? Ni siquiera podía defenderme. Al ser el miembro más nuevo de la universidad, no podía ir a quejarme con nadie acerca de él, sin poner en riesgo mi trabajo. Además, ¿a quién diablos conocía yo para quejarme por no compartir sus opiniones sesgadas?

Dios, odiaba nunca poder defenderme contra nadie.

—Aspen, estoy preocupado por ti.

Quería darle una bofetada. El idiota no se preocupaba por mí. Y no me gustaba su falsa táctica para hacerme entender. Me había cabreado bastante el hecho de que cuestionara mis habilidades como maestra.

Cruzando las manos, se inclinó hacia delante. —No quiero que nadie te guarde rencor si es tu culpa que Gamble pierda su beca y tenga que abandonar los estudios. Después de unos años aquí, cuando trates de conseguir ser titular —algo que sé que quieres ya que me lo has mencionado— necesitarás que los otros miembros de la facultad voten por ti. Ellos no lo harán si tú sola arruinas

nuestra primera oportunidad en veinte años para ganar un campeonato de fútbol.

El hielo corría por mis venas. Y aquí venían las tácticas amenazadoras. Vaya, no iba a lanzar un solo golpe, ¿verdad?

Frotándome la frente, asentí en conforme humildad. —Entiendo.

—Bien. Esperaba que lo hicieras. Ahora me gustaría que tú...

Nos interrumpió un golpe en la puerta.

Genial. Me preguntaba quién podría ser ahora. Mi suposición era que la Parca venía a llevarse mi maldita alma. Cuando miré hacia la puerta, sin embargo, deseé que *hubiese* sido la Parca, porque al menos él podría haberme sacado de mi desdicha.

La presencia de Noel Gamble solo se añadía a la misma.

—Bueno. —Pareciendo sorprendido, Frenetti se puso de pie y sonrió con encanto al recién llegado—. Hola, Noel. ¡Qué agradable sorpresa!

Puse los ojos en blanco y, al instante me sonrojé cuando Noel me miró y atrapó mi respuesta inmadura al saludo lameculos de Frenetti.

—Me gustó mucho ese último enfrentamiento contra el South Central —le decía Frenetti—. El pase que tiraste al final y que ganó el juego fue increíble. Juraba que iban a echarte.

Noel miró al hombre mayor durante un segundo. Luego me dirigió un vistazo rápido antes de volverse hacia el decano. —Bueno... me sacaron tan pronto como el balón abandonó mi mano.

—Pero aun así lograste meterlo a la zona de anotación y en las manos de tu receptor. Eso es todo lo que importaba. ¿Y qué fue eso? ¿Un pase de treinta yardas?

—Cuarenta y dos.

Frenetti silbó. —Qué gran brazo tienes, hijo.

Noel asintió respetuosamente. —Gracias, señor. —Me miró de nuevo—. ¿Es un mal momento?

—No, no —respondió Frenetti “el idiota” por mí—. Vamos, entra. Estoy seguro de que tú y la Dra. Kavanagh tienen mucho de qué hablar. Así que los dejo.

Espera, ¿qué? ¿Tenemos de que hablar?

El decano me lanzó una mirada directa antes de encerrarme dentro de mi oficina... a solas... con Noel Gamble. Las paredes al instante nos cercaron y mi pecho hizo lo mismo, apretando en torno a mis pulmones hasta que estaba segura de que me asfixiaría en cualquier momento. Casi podía sentir las manos



fantasmales sujetándome y tapándome la boca mientras un cuerpo fuerte me inmovilizaba en asiento trasero de su coche.

—¿Quién era ese tipo? —preguntó Noel, alejándose de la puerta cerrada y enviándome una mirada perpleja.

Él no actuó para nada como si estuviera a punto de atacar, así que meforcé a pasar el oxígeno entre mis dientes apretados, calmando mis nervios. Entonces entrecerré los ojos, preguntándome si de verdad no tenía idea de quién era Frenetti o si trataba de jugar conmigo. Finalmente, me encogí de hombros, pensando que no importaba si actuaba, o si de verdad vino aquí por sus propios medios. De cualquier manera, iba a tener que “trabajar con él” como había añadido Frenetti.

—Ese era el Dr. Frenetti —le dije—. Es el decano del departamento de inglés. —Cuando Noel solo parpadeó, sin mostrar entendimiento, suspiré con impaciencia—. Es mi jefe.

—Oh. Entonces, ¿cómo sabía quién era yo?

Creo que fue la furia dentro de mí lo que me impedía explotar en una bola de pánico porque de repente, ya no me importaba estar sola en una pequeña habitación con este hombre. Y ya no me preocupaba por cómo iba a tomar mi próximo aliento. Solo me preguntaba qué tan difícil sería sacar un cadáver de aquí y deshacerse de él para siempre.

—¿Quién no sabe quién es usted, señor Gamble?

Sus fosas nasales se dilataron mientras respiraba. Podía verlo frenar su temperamento al tiempo que movía la mandíbula y se centró en el teclado de mi escritorio. Su proceso calmante debió de haber funcionado, porque lo único que me dijo fue—: De acuerdo. —Entonces miró la silla que había abandonado Frenetti, pero no se sentó—. Así que... he venido a hablar con usted acerca de mi último ensayo, si tiene un minuto. —Me sonrió—. Como dijo que yo debía hacer.

Asentí, sin hacer contacto visual. —Bueno, al parecer, debo hacerme tiempo para usted ya que mi jefe acaba de amenazar mi trabajo si no saca las notas mínimas por mi culpa.

—¿En serio? —Noel parecía genuinamente sorprendido cuando echó un vistazo hacia la puerta donde había estado de pie el Dr. Frenetti. Confundido, se volvió—. ¿Por qué haría eso?

Cerré los ojos por un instante. —¿Por qué cree usted que lo haría, señor Cuarenta y Dos Yardas?

Se sonrojó. Era difícil saber si el color vino de la ira, el shock, la humillación, la culpa, la vergüenza, o de qué. Apretando los dientes, espetó—: Yo no fui a quejarme a nadie, si eso es lo que está insinuando.

No importaba si lo hizo o no. De todas formas, fui advertida. Ahora debía comportarme según las estúpidas reglas injustas *del Hombre*.

Pero nadie dijo que no podía desquitar mi enfado con el estudiante al que me obligaban a aprobar.

—Sabe, me parece irónico que *usted* sea el que escribe las mediocres tareas de escritura y *yo* sea la regañada por ello.

Si Noel Gamble tuviera plumas, juro que se habrían erizado. Parecía tan ofendido que yo quería animar mi capacidad para hacerlo enfadar. —Mire, no le pido un trato especial solo porque a su *jefe* parece gustarle la manera en que juego a la pelota.

—Y sin embargo, a pesar de *nuestros* deseos, va a recibir ese trato.

—¿Sabe qué? Que la jodan. Usted me dijo que viniera aquí si necesitaba ayuda. Y aquí estoy. Pero es obvio que no quiere ayudarme. Así que, muchas gracias por su tiempo para nada.

Cuando se dio la vuelta, entré en pánico. Cabrear al decano durante mi primer semestre como profesora no sería un buen augurio para mi futuro. Tenía que calmar las erizadas plumas de Noel Gamble. Ahora.

Apretando los dientes, me puse de pie y murmuré—: Gamble, siéntese.

—Ni lo sueñe. —Sin detenerse, abrió la puerta y levantó una mano para mostrarme por encima del hombro el dedo del medio a modo de despedida—. Perdón por *molestarla*, profesora.

Maldita sea, él y yo estaríamos jodidos si atravesaba la puerta.

—¿Quiere aprobar mi clase o no?

Por último, se detuvo y miró hacia atrás. Cuando atrapé el destello de vulnerabilidad y orgullo terco en su expresión tensa, me derretí. Mierda, ¿por qué tiene que hacer algo así de humano? Las personas fuertes y obstinadas que muestran una debilidad siempre me derretían como el azúcar en el agua caliente.

—Siéntese —murmuré en voz baja, con tono de disculpa. Señalando a la silla, más tranquilamente añadí—: Por favor.

Con su mandíbula tensa, cerró los ojos y murmuró algo ininteligible antes de volver a cerrar la puerta y sentarse con una mirada petulante. Al tiempo que tamborileaba los dedos con impaciencia en su rodilla vestida con vaqueros, levantó una ceja, diciendo en silencio: *¿Y bien? Enséñeme ya.*

No tenía idea de cómo iba a lograrlo, pero estaba decidida a hacer que Noel Gamble se *ganara* el aprobado que me obligaban a darle.

Traducido por Anelynn\*

Corregido por Key

“Todos son unos genios. Pero, si juzgas un pez por su habilidad para trepar un árbol, pasará toda su vida creyendo que es un estúpido”.

Albert Einstein.

## NOEL

Con la garganta seca mientras el ácido en mi estómago hacía saltos mortales, miré a través de los ojos entrecerrados al otro lado de un escritorio sorprendentemente limpio a mi maestra de inglés y su deliciosa boca, la cual me había vuelto loco desde el primer día de clase cuando ella tomó su lugar detrás de la mesa de instructor.

Eso me asqueaba más que cualquier cosa. Nada sobre la Dra. Kavanagh era mi tipo. Yo prefería a las rubias con hermoso cabello largo y suelto. Mi profesora de literatura mantenía su oscura cabellera hacia atrás y oculta en un apretado moño asegurado en la base de su cuello.

Yo era un amante de cuerpos largos y esbeltos que les gustaban mostrar sus curvas impresionantes con reveladoras ropas modernas. Kavanagh era pequeña, y quizá muy redondeada para mi gusto. O al menos me imaginaba que ella tenía rollitos que quería ocultar. ¿Por qué más querría usar ropa tres tallas más grandes para ella?

Y me gustaba la sensualidad confiada en una mujer, alguien que sabía lo que tenía y se movía como si quisiera que cada chico en ochenta kilómetros a la redonda dejara lo que estuviera haciendo para mirarla boquiabierto cada vez que pasaba. Kavanagh no tenía un solo paso coqueto en su repertorio. Ella tenía la sensualidad de una monja, y no parecía gustarle los chicos en absoluto. No es que pensara que fuera una lesbiana como sugirió Tenning. Solo la veía como un ser anti-sexual. Sin género. Al menos, quería que fuera así.

La cual era otra razón por la que odiaba estar tan al pendiente de ella cada vez que se encontraba cerca. Mientras me imaginaba cómo se sentirían

sus dulces labios alrededor de mi parte favorita del cuerpo, sabía que ella no tenía nada más que la maldita literatura en el cerebro.

—En realidad traté, sabe —dije, intentando enfocarme en sus ojos verdes y no en su boca—. Esa era seguramente la mejor maldita tarea que he escrito. Y no hice trampa como estoy seguro que hizo la mitad de la clase. Leí el libro, las notas de ayuda, los ensayos de muestra. Incluso vi la extraña película. Hice *todo* el jodido trabajo.

Sentándose en silencio en la silla opuesta a mí, la Dra. Kavanagh me dio una sonrisa tensa. —Y aun así se perdió el propósito de la tarea.

*Bueno, mierda, ¿Eso cree?* Sacudí las manos en el aire. —Tal vez porque no *entendí* el maldito propósito. Es decir, ¿qué demonios quería que dijera?

Sabía que debía bajar el tono del lenguaje, pero ella me desesperaba. Y solo había estado en su oficina por dos minutos. Cómo es que esta persona pequeña pudo haberme indignado tan rápido, no lo sabía. Pero aquí estaba, enojado, encendido, avergonzado, alarmado y francamente perturbado por mi atracción, mientras estaba igual de cabreado con ella por saber lo mucho que no merecía poner un pie en este campus porque era tan jodidamente estúpido.

Y, joder, ¿se había puesto brillo labial o algo desde que la vi esta mañana en clase? Su boca se veía más brillante que nunca. Me atrapé a mi mismo mirándolos otra vez y aparté la mirada de golpe. Maldición, las maestras maliciosas no deberían tener labios como esos.

Suspiró y entrelazó las manos antes de apoyarlas sobre su escritorio. —No era lo que yo quería que dijera; sino lo que usted necesitaba decir.

Y ahí se fue toda mi compostura. Otra vez.

—¿Qué *necesitaba* decir? —Me paré y jalé mi cabello al tiempo que comencé a pasearme por el metro y medio de espacio que tenía en su estrecha oficina—. ¿*Qué necesitaba decir?* ¿Qué jodidos siquiera quiere decir eso?

La Dra. Kavanagh permaneció tranquila y serena, maldita sea, sentada en su silla mientras me observaba con calma convertirme en una pila de ansiedad. —Eso quiere decir que no hizo lo que se le pidió. Quería que hiciera una correlación entre un personaje en la historia y *usted*. No hizo tal conexión. De hecho, no habló de usted en absoluto.

Resoplé. —Tal vez no *sentí* una conexión con un puñado de idiotas ricos de los veintes, lloriqueando sobre el amor perdido mientras ellos extendían el adulterio como si fuera un tipo de caramelo. ¿Cómo debía correlacionar algo cuando no hay *nada* para correlacionar?

Ella se dejó caer en su silla y me miró frustrada con el ceño fruncido. —Señor Gamble... —Con otro suspiro, sacudió la cabeza y pasó las manos con cansancio sobre su cara, lo cual desafortunadamente me hizo enfocarme en sus labios.

Maldita sea, esa boca no debería ser legal. Podía imaginarla fruncida tan perfectamente alrededor de mi polla, que casi podía sentir el deslizamiento húmedo de su boca pasando por toda mi longitud mientras me succionaba profundamente.

Mierda, ahora estaba duro.

Por suerte, ajena a mis crudos pensamientos indeseados, ella tensó sus hombros, se sentó hacia adelante otra vez y me miró directamente a los ojos. — La literatura verdaderamente talentosa es de esa manera por alguna razón. Ésta siempre —siempre— encuentra un camino hacia cada persona que la lee. Toma un tema sobre la condición humana y la convierte en su pequeña perra.

Mis cejas se dispararon hasta la línea de mi cabello. ¿Qué demonios? Sacudí la cabeza, parpadeando. —¿Acaba de decir...?

—Sí —espetó—. Lo hice. Porque es verdad. Tome una palabra sobre los sentimientos o emociones y será capaz de encontrar el tema para él en *El Gran Gatsby*. Se lo prometo. —Cuando no hice más que mirarla boquiabierto, ella arqueó una curiosa ceja—. Tiene emociones, ¿no es cierto?

—Estoy teniendo algunas justo ahora. —Y ellas me estaban asustando totalmente, pero joder, me gustaba ver su perfecta y muy pura boca formando palabras sucias. Era como alguna enfermedad fea y humillante. Quería que lo hiciera otra vez.

*Di perra otra vez. Por favor. Solo una vez más.*

Pero no lo hizo.

—Bien. —Su mirada era directa. Conocedora—. Déjeme suponer. Está sintiendo frustración. Ira. Odio.

—Uh... —Levanté una ceja. *Cerca, pero no tanto.*

—Eso está perfectamente bien. Puede usarlas. Hágala relacionarse con alguien en ese libro y dígame todo al respecto.

Al asentarse las palabras, fruncí el ceño. Algo caliente e interesado se derritió dentro de mí. Derrota. —¿Cómo? —pregunté en voz baja, sintiéndome como un completo idiota que todavía no entendía, y quizá *nunca* entendería.

Parpadeó. —¿Qué quiere decir? Si está frustrado, enojado y lleno de odio por mí, escriba sobre eso, explique por qué, luego explique donde alguien en la historia comparte esos mismos sentimientos y por qué los experimentó. Haga los dos en uno. Golpéeme todo lo que quieras en papel, pero muéstreme esa correlación que quiero ver y le daré una mejor calificación.

Resoplé y sacudí la cabeza. De ninguna manera. De ninguna jodida manera. —No comprendo ¿por qué tengo que escribir sobre mis jodidos sentimientos?

Dejó salir un gruñido frustrado, lo cual solo me encendió más. —Así sé que usted entiende la historia y lo que pasó.

—Bueno, no entendí la historia. Maldición. Se lo dije. No tengo nada en común con...

—¡Sí, lo tiene! —espetó, golpeando las palmas sobre la superficie de su escritorio antes de ponerse de pie y fulminarme con la mirada—. Todos en el planeta tienen al menos una cosa en común con al menos uno de los personajes en esa historia. ¡Ahora vaya y Pruébalo!

Furioso, solo la fulminé con la mirada.

Ella cerró los ojos y se frotó en el centro de su cabeza. —De acuerdo —murmuró como si se hubiera dado por vencida con la pelea.

Cuando chupó sus labios, casi enloquecí. Cristo, esto se estaba poniendo vergonzoso. Su boca iba a ser mi perdición. Si ella me lo pedía, probablemente la tomaría en su agradable y limpio escritorio ahí y ahora. Podía tan claramente verme lanzándola, juntar hacia arriba su falda desaliñada, meterme entre sus muslos y dejar claro mi punto.

También quería envolver su garganta con las manos y estrangularla por hacerme sentir tan idiota.

Tal vez no era sano tener dos emociones tan drásticas en el mismo momento, pero ahí estaban. Absolutamente rugiendo.

La buena profesora se hundió de nuevo en su silla. —¿Qué hay de esto? Haré su trabajo tan fácil como sea posible para usted.

*Sí, solo atiende al idiota.* Aparté la mirada, apretando mi mandíbula con rebeldía. —No necesito... —Maldición. Sí, lo necesitaba. Por eso estaba aquí, porque necesitaba ayuda.

—Le daré un tema para que use. Así que... escoja un tema. Cualquiera. —Abrió los ojos y las líneas en su piel alrededor de ellos se profundizaron más que antes—. ¿Codicia? ¿Poder? —Levantó las manos mientras se encogía de hombros—. No lo sé. ¿Cómo se siente cada vez que juegas al fútbol?

Mi cara se calentó con ira. —Oh, muchas gracias. Me gusta que mencione mi fútbol después de decir codicia y poder. —Inclinándome ominosamente sobre el escritorio para mirarla, me golpeé con el dedo índice en mi propio pecho—. ¿Usted piensa que todas las razones para estar en este campus es solo un *viaje codicioso* de egoísmo y poder? Bueno no sabe una mierda, señorita. No me conoce en absoluto.

Se fue hacia atrás en su silla, con sus ojos verdes enormes mientras parpadeaban rápidamente. Finalmente, apartó la mirada y su lengua salió para humedecerse los labios. Sí, sí, el movimiento hizo que mi polla pulsara con glotona necesidad, pero me encontraba muy cabreado para importarme. En ese momento, odiaba más lo que le hacía a mi ego.

En una voz mucho más calmada, murmuró—: Lo siento si lo ofendí. —Lo cual totalmente me conmocionó y me hizo retroceder un paso para hundirme en mi silla y mirarla asombrado—. Pero sinceramente no tengo idea de lo que el

fútbol es para usted, así que, ¿por qué no me lo cuenta? Una palabra. ¿Qué es el fútbol... para usted?

Mi aliento se volvió dificultoso mientras bajaba la mirada hacia mi mano empuñada en mi regazo.

—Desesperación —dije sin querer.

Mierda. ¿Por qué dije eso? Era la verdad cien por ciento. ¿Pero por qué le confesaría eso? ¿A ella?

Cuando me atreví a levantar la mirada, me sorprendí de encontrar que ella se veía igual de sorprendida. Quedó boquiabierta. —Yo... —Parpadeó, sus ojos amplios del shock—. No esperaba que dijera eso.

Apartando mi mirada, pasé de golpe la mano por mi cabello y maldije silenciosamente. —Sí, bueno, no quería hacerlo.

Diversión llenaba su voz. —Sin embargo tengo la sensación de que es lo más honesto que ha dicho desde que entró en mi oficina.

Mi mirada furiosa regresó a ella, pero simplemente levantó esa maldita ceja desafiante, retándome a contradecirla.

Siseando, me desplomé más en mi silla. —Entonces, ¿qué hago con el tema de desesperación?

Aparentemente entusiasta de repente, la Dra. Kavanagh se inclinó hacia adelante, sus ojos iluminados con un brillo de entusiasmo. —Bueno, ahora es la parte fácil. Encuentre un momento de la historia donde alguien se sienta desesperado, al borde, como si nada estuviera bajo el control de él o ella. Explique por qué, entonces dígame cómo entiende esta emoción y cómo puede relacionarla al escuchar todas las razones por las que se siente o se ha sentido desesperado, al borde, y como que nada está bajo su control.

Eso debería ser fácil. Me sentía de esa manera casi todos los días. Con todo. Demonios, me estaba sintiendo así justo ahora, por ella. Pero aun así...

Cerrando los ojos, susurré—: Cristo. —La mujer podría también pedirme que le desnude mi alma. Abriendo las pestañas, le disparé un fruncimiento de ceño—. ¿Y no tiene ninguna aprensión sobre el hecho de que esta tarea es totalmente intrusiva e infringe en la privacidad de una persona?

Sonrió. —Ninguna en absoluto. —Su sonrisa brillante me atrapó fuera de guardia. Era... encantadora.

Mmm. Qué extraño. La Dra. Kavanagh tenía una sonrisa encantadora. Eso me dejó sin aliento y tambaleante.

No quería que pasara, pero mis labios se curvaron en admiración reacia. —Es un poco mala, profesora.

Eso pareció complacerla. Enderezó su espalda y se pavoneó. —Oye, apuesto que acabo de impulsarlo a escribir el mejor jodido trabajo que jamás ha escrito.

Maldición, amaba la manera en que ella *maldecía*.

Esta vez, me reí entre dientes. Me gustaba mucho cómo hoy seguía sorprendiéndome. Actuaba tan puritana y seria en clase, como si una maldición nunca hubiera dejado sus labios santos.

—Tal vez —murmuré, mirándola bajo una nueva luz—. Ya veremos. ¿Qué tan pronto lo necesita?

—Tan pronto como sea posible.

Rodé los ojos. —Sin presión. —Con un suspiro, me puse de pie—. De acuerdo, Dra. Kavanagh. Tendré el mejor *maldito* trabajo que jamás he escrito en sus manos tan pronto como sea posible.

—Excelente. —También se puso de pie—. Eso es todo lo que pido.

Jesús. Ella era una cosita sarcástica. No quería que me gustara eso. Pero totalmente me gustaba.

Titubeé, y un silencio incómodo pasó entre nosotros. Si ella fuera un hombre, seguramente habría extendido mi mano y se la habría estrechado, agradeciéndole por la segunda oportunidad que me acababa de dar. Diablos, si fuera una mujer mayor, o tal vez otra mujer, podría haber hecho lo mismo. Pero con ella, justo entonces, se sentía... prohibido. Travieso.

Profesora dura y puritana o no, había algo sobre la suave curva de su rostro de porcelana pálida con una casi invisibles pecas espolvoreando sus mejillas y nariz que iban con sus succulentos labios que me provocaban. Sabía instintivamente que nunca debería tocarla.

Debió haber sentido mi nerviosismo porque se removió y aclaró su garganta, sin hacer contacto visual. —Bueno, asumo que eso es todo lo que necesita.

—Sí. —Con un simple bamboleo de la cabeza, murmuré—: Gracias. — Me giré, pero justo antes de dejar la pequeña habitación apiñada con estantes de libros, me detuve y miré hacia atrás—. Y estoy, usted sabe, arrepentido... por llamarla perra más temprano.

Esta vez sus dos depiladas cejas oscuras se levantaron. Presionó una mano contra el centro de su pecho. —¿Qué? ¿Está rescindiendo de lo que podría ser el más lindo cumplido que he recibido de un estudiante en todo el semestre?

Resoplé una risa pero asentí. —Sí, lo estoy. Fue grosero e inmerecido. Y me disculpo.



En respuesta pestañeó mucho contra la parte superior de sus mejillas. Cuando una humedad brilló como un fino lustre sobre sus ojos verdes, entré en pánico. Mierda, no quería hacerla llorar.

Pero guau. ¿Quién sabía que podía en realidad hacer llorar a la dura e inexpresiva Dra. Kavanagh? No debía ser ni de cerca tan dura como hacía creer allá fuera. Me hacía preguntarme cuan suave podía ponerse.

Lo cual estaba mal. Mal, mal, mal.

Se sobrepuso, gracias a Dios, y asintió. —Disculpa aceptada —murmuró mientras hacía una señal hacia la puerta para hacerme saber que me hallaba excusado.

Dudando otro segundo, estudié sus delicados rasgos, aún maravillado de que fuera lo suficientemente mayor para ser profesora de universidad. Si no actuara tan arrogante y usara ropa tan desaliñada, probablemente la habría confundido con una estudiante novata y ya habría coqueteado con ella para este momento. No me habría detenido de perseguirla tampoco, no hasta que se diera por vencida y me dejara tener un parte de ella, porque mi tipo o no, había algo que me atraía.

—¿Cuántos años tiene? —solté antes de poder detenerme.

Mierda. ¿Por qué había preguntado eso? No hacía ninguna diferencia la edad que tuviera mi maestra.

Levantando sus cejas con lo que era irritación o diversión, no podía saberlo bien, murmuró—: No es de su incumbencia —en una lenta voz envuelta con caliente sensualidad.

Provocó cada hormona dentro de mí, aunque sabía que ella no quería hacerlo.

Me libré de la lujuria generándose y murmuré—: Claro. —Era momento de salir de aquí. Ahora.



“Citas citables son monedas frotadas suavemente por circulación”.

Louis Menand.

## ASPEN

Noel Gamble apartó la mirada y estaba cerca de la puerta de mi oficina cuando se detuvo y miró mi tablero de citas. Un alfilerero de corcho para todas mis tachuelas que sujetaban las notas adheribles y trozos de papel; mi tablero de citas estaba lleno de frases de libros que había coleccionado en los años.

Dejando de caminar, estudió algunas de las citas que había acumulado. —¿Qué es esto?

Nadie jamás me preguntó eso.

Agaché mi caliente rostro, sintiéndome repentinamente tímida. Pero se sentía como si él estuviera escaneando un pedazo de mi alma. Todavía inquieta por cómo me preguntó por mi edad, murmuré—: No es nada. Solo un tablero de citas.

Miró hacia atrás, y la curiosidad en sus ojos azules chisporrotearon mis entrañas.

Me aclaré la garganta. —Cuando leo una frase de una historia que me gusta, la clavo ahí. —Era como lo mío.

—Mmm. —Levantó su mano para deslizar a un lado una de las citas más nuevas para leer una de las más antiguas oculta detrás de ella. Cuando soltó una lenta risa, mis hormonas se tensaron en un inmediato conocimiento. Dios, su risa me estaba provocando—: Esa es una buena.

Ya que no tenía idea de a cual se refería, no respondí. Por otro lado, consideraba buenas a todos ya que me había tomado el tiempo de ponerlas ahí, así que probablemente no podía evitar estar de acuerdo.

Miró hacia atrás. —“Algunas preguntas son complicadas pero las respuestas, simples”

Eso tenía que ser lo más profundo que alguien me ha dicho. ¿Pero qué quería decir con eso? ¿Se refería a mi tarea? ¿Pensaba que lo había hecho muy complicado? ¿Debería trabajar en mis métodos de enseñanza?

Aclaré mi garganta. —¿Discúlpame?

Se sonrojó ligeramente y se volvió hacia la cita para dar un toque con su dedo en la nota adherible. —Es del Dr. Seuss. Otra cita que podría agregar.

—O-oh. Gracias. Esa... esa es de hecho una excelente. —Y lo era. Realmente. Qué extraño.

To professor  
with love

Linda Kage

Noel me recompensó con un indicio de una sonrisa. Entonces agachó su cabeza y salió de la habitación.

Una vez que se fue, me sentí despojada. Colocando mi mano sobre mi corazón, me hundí en mi silla y solté una larga y temblorosa respiración. Bueno, así que mi enamoramiento por un estudiante acababa de crecer a épicas proporciones. Me pregunté qué tendría que decir mi perfecta y crítica madre sobre eso.

35



LIBROS DEL  
Cielo

Traducido por keren88 & Val\_17

Corregido por Emmie

“Cuando estás en la cárcel, un buen amigo tratará de pagar tu fianza. Un mejor amigo estará en la celda junto a ti, diciendo: ‘Maldición, eso fue divertido’”.

Groucho Marx.

## NOEL

Tenning holgazaneaba en la cocina cuando entré por la puerta principal de nuestro apartamento. Mientras la cerraba de una patada tras de mí, apareció en la abertura junto al desayunador, con los pies descalzos y sin camisa, y sus pantalones colgando en sus caderas. Solo tuvo que ver mi cara para saber que pasaba algo.

Una petulante mirada lasciva se extendió por sus rasgos. —Así que... ¿cómo estuvo tu reunión con *Kavanagh*?

Le di mi mejor mirada de *jódete* y dejé caer mi mochila pesadamente en el suelo antes de desplomarme de espaldas en el sofá. —Es como si acabara de tener una sesión de una hora con una psiquiatra. Lo juro por Dios, ¿quién diría que la literatura era sobre *sentimientos* y *emociones*? Maldición.

Tenning se rió disimuladamente. —Entonces, ¿va a dejarte reescribir un nuevo trabajo o qué?

—De hecho, sí. Es raro, ¿eh? Pero solo porque su jefe tiene una erección por mí o algo y la forzó a darme una segunda oportunidad.

—¿De verdad? ¿Tuviste que darle sexo oral para que eso pasara? —Se apoyó en la pared y movió las cejas sugestivamente.

—¿Qué? —Deslizando un cojín que descansaba bajo mi cabeza, lo lancé hacia él tan fuerte como pude—. Jesús, Ten. Eres un imbécil tan vulgar, que me irritas completamente.

Atrapó el cojín en su pecho y rió disimuladamente. —Maldición, también te amo, bebé. Oye, apuesto que si te ofrecieras a enseñarle a la lesbiana a

batear para el equipo correcto, cambiaría tu calificación a una A sin que tengas que preocuparte por escribir otro trabajo por el resto del semestre.

Suspiré y decidí ignorarlo, o se pondría peor. Pero el idiota había tocado una fibra sensible. Si alguna vez se diera cuenta de que en realidad pensaba en ella de esa forma, nunca dejaría de recordármelo. Vaya humillación.

Enfocando mi atención en el techo, noté una nueva mancha de humedad creciendo en la esquina. Genial. La peor parte era que no podía mencionarle la fuga a nuestro casero o aumentaría nuestra renta de nuevo, como lo hizo este invierno cuando le pedimos que arreglara el sistema de calefacción. *Las reparaciones no son gratis*, había dicho.

—Oye, deja de fantasear con follar a tu maestra, idiota. —Ten pateó mis pies del extremo del sofá al tiempo que pasaba, dirigiéndose hacia el corredor que llevaba a nuestras habitaciones separadas—. Es noche de chicas. Tenemos trabajo que hacer. Pido ser el primero en la ducha.

Gemí, habiendo olvidado completamente qué día era. Cada jueves era noche de chicas en Forbidden, el bar donde Ten y yo trabajábamos. Eso significaba que solo los empleados varones tenían que ir a trabajar, y ya que los cinco chicos éramos barman, algunos de nosotros teníamos que cambiar y hacer de mesero por esa noche.

Mis propinas se elevaban cuando atendía mesas en las noches de chicas, pero maldición, las mujeres ebrias podrían ser jodidamente inquietas. No es que no me molestara un pequeño agarrón de trasero de alumnas lindas. Pero después de un par de horas de eso, mi trasero empezaba a irritarse.

Y eso era solo de las mujeres que iban por la puerta de atrás. Me vi forzado a usar un suspensorio un par de meses atrás debido a todas las manos hambrientas que agarraban mis genitales.

Sí, era así de loco.

Una hora después, estaba siguiendo a Ten hacia afuera, ataviado con una entallada camiseta negra y vaqueros, lo que era el uniforme reglamentario de los hombres en Forbidden. Ya que no poseo mi propio auto, me subí al asiento del pasajero de la camioneta de Ten al mismo tiempo que él se deslizaba detrás del volante.

Cinco minutos después, nos estacionamos frente al club nocturno y tomamos un minuto para ver el silencioso edificio antes de salir de la camioneta. En una hora, el lugar estaría a reventar, y desaparecería la paz que teníamos ahora. Pero... también pagaba las cuentas y me ayudaba a enviar a casa algo de fondos extras a Caroline, de modo que pudiera pagar aquellas cuentas.

—¿Estás listo para esto? —pregunté, abriendo la puerta.

Ten rió. —Nací listo, hijo de puta. —Mientras me seguía a la puerta principal, sacudí la cabeza, preguntándome si siquiera era capaz de no salir

con una respuesta políticamente incorrecta a cualquier pregunta que alguna persona le hiciera.

Después de abrir la puerta y deslizarnos dentro, busqué con la mirada en el interior a los otros tres chicos que se suponía trabajaban esta noche.

—¿Dónde están todos? —Con Ten, raramente éramos los primeros en llegar, y ni siquiera habíamos llegado temprano.

—Bueno, Pick siempre llega tarde —dijo Ten, bajando una silla de la primera mesa que vio y poniéndola verticalmente—. Y los gemelos están... —Vio el lugar y se rascó la cabeza—. ¿Dónde demonios están los gemelos?

Como respondiendo a su pregunta, la puerta de la oficina del gerente se abrió, y la hija mayor del dueño de Forbidden, Jessie, salió lentamente seguida de un extraño, un chico de cabello oscuro, de mi edad, más o menos la misma altura y talla... lo que solo podría significar una cosa.

Nuevo empleado. Uno de mis compañeros debió haber renunciado.

—Mierda —gruñó Ten, reflejando mis pensamientos, antes de levantar la voz y gritar a través del bar vacío—. Oye, Jess. ¿Dónde están Huey y Louie? —En realidad los gemelos se llamaban Heath y Landon, pero Ten tendía a asignar a cada quien su propio apodo.

Jess nunca había sido una fan de Oren Tenning, así que le entrecerró una dura mirada amenazadora. —¿Dónde crees? Renunciaron. Tal vez ya no querían trabajar con tu inútil trasero. Aquí está su reemplazo. Que alguien le enseñe lo que debe hacer.

Con eso, dio media vuelta y empezó a caminar de regreso a su oficina.

—Oye —gritó Ten detrás de ella—. ¿Y qué hay del otro?

Jesse se detuvo y miró hacia atrás para arquear una intimidante ceja. —¿El otro qué?

—Este lugar va a estar lleno dentro de una hora, mujer. *Necesitamos* al menos cinco chicos trabajando esta noche, no tres y un despistado novato. ¿En serio vas a reemplazar *ambos* gemelos con este único imbécil?

El despistado y novato imbécil en cuestión le dedicó una mirada de reojo que parecía más entretenida que insultada por su comentario al tiempo que Jess siseó con exasperación.

—Sí, lo voy a hacer. Así que enseñale qué hacer. —Con eso, volvió a su oficina cerrando de un portazo, dejándonos a los tres solos en el bar.

—Definitivamente me desea. —Ten aspiró intencionadamente hacia la puerta cerrada, mientras yo suspiraba y ponía las manos en mis caderas, haciendo entrar al chico nuevo.

Dios, no podía esperar a que el papá de Jess regresara a trabajar. Él tuvo una operación a corazón abierto recientemente, y ella había tomado el control

mientras tanto. Pero si él no apuraba su trasero y se recobraba pronto, su bebé preciosa arruinaría completamente este club.

Inclinando mi cabeza en un saludo, dije—: Hola. ¿Cuál es tu nombre?

El chico nuevo metió las manos en sus bolsillos traseros y desvió su atención de Ten para mirar en mi dirección. —Mason —dijo—. Mason Lowe.

Asentí. —Gusto en conocerte. ¿Has trabajado de barman antes?

Cuando Lowe sacudió la cabeza, Ten resopló y me golpeó en el estómago. —Todo tuyo, bebé. —Apartándose de nosotros, regresó a su trabajo de bajar las sillas de las mesas.

—Bien —grité—, entonces nosotros atendemos la barra; tú atiendes las mesas.

—Qué mierda. Haz que el nuevo atienda las mesas.

—Mierda, ¿quieres que renuncie en su primera noche?

Ten se detuvo para estudiar a Lowe de pies a cabeza. Luego asintió. —Sí, con una cara bonita como la suya, serías acosado más allá de todo arreglo dentro de los primeros cinco minutos. Me ocuparé de las mesas. Pero solo por esta noche. —Apuntó amenazadoramente a Lowe—. ¿Entendiste, novato?

Lowe empezaba a parecer un poco alarmado. —¿De qué está hablando? Pensé que este era un bar normal.

Ajá. No había nada regular en Forbidden. Pero para tranquilizarlo, dije—: Lo es. —Con una palmada amistosa en su espalda, me encogí de hombros—. No le hagas caso a Ten. Simplemente está irritado porque anoche su vagina fue montada muy duro.

—Hijo de puta —gritó Ten desde el otro lado de la habitación.

Lo ignoré, concentrándome en Lowe. —Pero todos los jueves es noche de chicas, así que tal vez se ponga un poco loco. Las bebidas tienen un descuento del cincuenta por ciento para todas las mujeres que vengan, lo que significa que un montón de chicas ebrias y manoseadoras van a tratar de tener un pedazo de ti... toda la noche.

Un matiz verde inmediatamente cubrió la cara de Lowe. —Grandioso —murmuró en voz baja.

Con una risa, le di un codazo en el brazo. —Confía en mí. Lo es. Tus propinas se triplicarán. Pero en serio, querrás proteger a los chicos. Te recomiendo usar un suspensorio cada jueves de hoy en adelante.

—Seguro. —Tragando saliva y mirando hacia la salida, Lowe asintió.

—Tu acento es diferente —señalé mientras lo guiaba hacia la barra—. ¿De dónde eres?

—De Florida. Acabo de mudarme aquí hace algunos meses.

—Amigo. —Apareciendo de la nada, Ten se dejó caer en un banquillo y puso los codos en la barra mientras le fruncía el ceño a Lowe—. ¿Por qué diablos dejarías *Florida* por el jodido Ellamore, Illinois?

Mason se encogió de hombros como si no fuera gran cosa. —Mi novia es de aquí. Ella quería venir a casa.

Ten resopló. —Espera, espera, espera. ¿Viajaste desde casi el otro lado del país por un coño? Maldición, eso es estúpido.

Pensé que Lowe iba a saltar a través de la barra y estrangular a mi lamentable compañero de cuarto, así que me adelanté. —Ignóralo —dije, estirando la mano para golpear a Ten en un lado de su cabeza—. Como dije, vagina irritada.

Mirándome, Ten resopló. —Al menos no me estoy follando a mi maestra por una buena calificación.

Oh, eso era todo.

—Lárgate. —Apunté a su cara y le di una mirada mortal hasta que rodó los ojos y se alejó tranquilamente. Una vez que había dado media vuelta, no pude evitar dirigir una mirada preocupada hacia Lowe—. No estoy...

Levantó las manos e hizo un gesto para tranquilizarme, diciéndome que no tenía que explicarme. —Oye, las mujeres mayores no son lo mío. Pero si tú...

—Ella no es mayor —siseé a la defensiva antes de poder detenerme—. Quiero decir... mierda. —Clavé los dedos entre mi cabello, mientras mi mente daba vueltas para encontrar la forma de salir de esto porque eso sonó como si me estuviera follando a mi maestra—. Bien, no me estoy acostando con ninguna de mis maestras. El lameculos solo está hostigándome porque de alguna forma milagrosa convencí a mi estricta profesora de inglés para que me permitiera reescribir un trabajo. Es todo.

Demonios, soné muy a la defensiva, ¿verdad?

—Kavanagh y Gamble sentados en un árbol —cantó Ten, el niño de cinco años atrapado en un cachondo cuerpo de veintiún años, desde el otro lado del cuarto—. B.E.S.Á.N.D.O.S.E.

Lo callé al tomar un balón de fútbol americano de un estante detrás de la barra y mover mi brazo hacia atrás para apuntarlo. Cuando lo golpeé justo en la espalda, gruñó y cayó despatarrado en el suelo.

Lowe silbó, claramente impresionado por mi habilidad. —Tiro de suerte.

—¿Suerte? —Giré la cabeza para mirar boquiabierto al chico nuevo—. Obviamente no tienes idea de quién soy.

—Uh... —Sus cejas se arrugaron al tiempo que sacudía la cabeza—. No. ¿Quién eres?



—Hijo, estás en presencia de una leyenda local. —Con una reverencia extensa, me presenté—: Noel Gamble, amado quarterback del equipo de fútbol americano de la universidad.

—Oh, sí. —Lowe asintió con reconocimiento brillando en su mirada—. No me transferí hasta este semestre, pero escuché lo bien que lo hizo el equipo este año. Y estoy bastante seguro de que he escuchado tu nombre por todo el campus.

Con una carcajada orgullosa, grité hacia mi compañero de cuarto. —¿Escuchaste eso, Ten? Incluso el novato ha escuchado de mí.

Ten resopló. —Solo eres popular porque *te hacemos* lucir bien.

Reí y me volví de nuevo a Lowe. —Ése es Idiota, también conocido como Oren Tenning. Pero la mayoría lo llama Ten<sup>1</sup>. Sin embargo, si me preguntas, es más como un Cero. Es un receptor de segunda del equipo.

—De segunda mi trasero. Jugué más que tú esta temporada.

Es cierto, pero no lo admitiría en voz alta. Ignorándolo, le pregunté a Lowe—: ¿Cuánto sabes de mezclar tragos?

La triste sonrisa y el levantamiento de sus cejas me dijo que no sabía nada. Suspiré, ya listo para que la noche terminara. —Impresionante. Entonces empezamos a aprender, ¿de acuerdo?

Le explicaba lo más sencillo, mostrándole cómo mezclar las más básicas de las bebidas y manejar la caja registradora cuando Pick entró justo antes de abrir, molestándome con su usual retraso. Por su personalidad, el chico era mi compañero favorito, pero maldición, a veces no llegaba sino hasta después de que abríamos.

—Es bueno de tu parte que por fin te nos unas —grité, arrojándole un delantal de forma que lo golpeó justo en la cara—. Tú atiendes el piso con Ten esta noche. Los gemelos renunciaron. Este es el nuevo chico, Mason Lowe. Ahora empieza a trabajar.

Mi abrupto y corto discurso, para ponerlo al día, solo lo hizo sonreír. Los piercings de plata en su ceja se movieron. —Maldición, tu mandona boquita nunca deja de excitarme, Gamble.

Resoplé porque Pick Ryan era más mujeriego que Ten y yo juntos. Supongo que las mujeres iban por la imagen del chico malo tatuado y con perforaciones en la cara. Pero si me preguntan, diría que él era lo más alejado de un verdadero chico malo como era posible para cualquier tipo.

Él se desgastaba con dos trabajos para mantenerse, además respetaba a las mujeres más que cualquiera que conocía. Siempre era el primero en saltar y

---

<sup>1</sup> Juego de palabras: Ten = Diez.

patear traseros si algún idiota ebrio molestaba a una mujer, y sabía qué decir para hacerlas felices. Simplemente amaba todo sobre las mujeres, y ellas amaban todo sobre él.

—¡Pick! ¡Mi hombre! —Ten saltó hacia adelante, prácticamente tacleando al recién llegado—. Gracias a Dios que no renunciaste también. Parece que tenemos el piso esta noche, hijo de puta. ¿Te pusiste tu suspensorio?

Cuando cerró su mano en un puño y fue a golpear a Pick en el paquete, éste le golpeó la mano. —Oye, eso no es un juguete, princesa. Una suertuda señorita podría necesitar usarlo luego.

Ten resopló. —Lo que sea, imbécil. Sabes que te estás reservando para mí. —Él realmente atacó al otro chico entonces, frotándole la pierna.

—Esta noche no, cariño. —Con voz tranquila, Pick lo empujó hacia atrás por la frente—. Tengo dolor de cabeza.

—Qué demonios. Definitivamente me deseas.

Mientras ellos se alejaban aun bromeando de un lado a otro para abrir las puertas principales, Mason miró en mi dirección. —No bromeabas sobre lo del suspensorio, ¿verdad?

Reí y sacudí la cabeza. —No. No era broma.

Él palideció. —Eso era lo que me temía.



Media hora después, ya nos encontrábamos abarrotados con chicas que sorbían sus bebidas elegantes a mitad de precio, y penes calientes esperando cosechar los beneficios. Vi al nuevo chico vender algo, sonriendo con inquietud a una chica que le dio su número de teléfono junto con su pago en efectivo. Una vez que ella se dio la vuelta, él arrojó el pedazo de papel discretamente en el bote de basura.

Me acerqué lentamente a él cuando estiró la mano para tomar la boquilla equivocada para hacerle un Tom Collins a la próxima chica que era incapaz de apartar sus ojos de él, y lo corregí en silencio, tomando su mano para que alcanzara la palanca correcta. —Jesús, eres popular esta noche. Se supone que yo soy el genial aquí, pero cada mujer que viene al bar me ignora para mirarte a ti. —*Debe ser un asunto de carne fresca.*

Rodando los ojos, murmuró—: Ve por ellas, no estoy interesado.

Resoplé. —Sí, pude notarlo.

Cuando estuve a punto de informarle que podía mandármelas la próxima vez que una chica quisiera darle su número, atisbé una cara familiar acercándose a la barra. Aliviado de saber que alguien estaba ahí para verme, y no a Lowe, salté hacia adelante con una sonrisa lista. —Ahí está mi fan favorita. —Me estiré a través de la barra para atrapar a Tianna por su nuca y arrastrarla a medio camino para un rápido pero delicioso y sucio beso; luego le sonreí agradecido.

—Hola, cariño —dijo distraída, alejándose de inmediato de forma que pudiera estirar la cabeza y asomarse detrás de mí para darle un vistazo a Lowe—. ¿Quién es el chico nuevo?

Cuando sus ojos brillaron con lujuria pura, rechiné los dientes y quemé a Lowe con una mirada letal. Él simplemente sonrió como si estuviera divertido con mis celos. Su leve encogida de hombros parecía decir: *Oye, ¿qué quieres que haga al respecto?*

De ninguna forma iba a dejar ir a mi fan de fútbol favorita. Así que me volví a Tianna y mentí entre dientes—: Ese es Milo. Acaba de salir de la cárcel. Es casado con tres hijos.

Pero la mentira no pareció desalentarla en lo más mínimo. Siguió mirándolo e incluso revolvió su cabello antes de mover los dedos hacia él en un empalagoso saludo antes de presentarse.

Mierda. No pensaba que el chico era tan guapo, pero aparentemente era alguna maldita clase de afrodisíaco para las mujeres. El bastardo.

Sin embargo, la acosadora mirada de Tianna pareció disgustarlo, porque añadió amablemente—: Cuatro niños. Tenemos a otro en camino.

Sonreí, decidiendo que podría ser bueno después de todo.

—¿Dónde está tu amiga esta noche? —le pregunté a Tianna, tomando su mano para jugar con sus dedos y traer su atención de vuelta a mí—. ¿Sigue en pie lo de ese trío que me ofreciste?

Tianna finalmente apartó la mirada de Lowe. —Oh, lo siento. Marci tenía clases de baile esta noche. Así que tendremos que hacerlo en otro momento. Pero sí, no te preocupes. Aún está de acuerdo con ello. Juro que las bragas de esa chica han estado mojadas por ti durante meses. Desde que los presenté en esa fiesta después del último partido de fútbol, no deja de hablar de ti. Es muy molesto.

—Habla de mí, ¿eh? —Una sonrisa se extendió por mi cara, alimentando un poco mi ego, al saber que *alguien* todavía me prefería antes que al maldito Mason Lowe. Y su nombre era Marci. Lindo.

—Bueno, odio hacer sufrir a una chica. ¿Qué dices si conectamos en algún momento? Pronto.

—Seguro. —Su mirada volvió a Lowe mientras seguía hablando—: ¿Vas a esa fiesta de fraternidad el próximo fin de semana?

—¿El próximo fin de semana? —gemí—. Me estás matando, Tianna. Necesito algo antes del próximo fin de semana.

Dejó escapar un enojado suspiro y me frunció el ceño. —Muy bien, bien. Veré lo que puedo hacer.

—Eres la mejor. —La acerqué para otro beso rápido—. Gracias.

—Sí, sí. Solo asegúrate de llevar también a tu nuevo amigo a la fiesta, y te lo devolveré... en un gran momento. —Pasó una uña por mi mejilla al tiempo que su rostro se iluminó con una sonrisa astuta.

Iba a decirle que no intentara nada con Lowe, ya que él parecía unido a su novia, pero Ten apareció por detrás de ella. —¡Tianna! —Le dio una fuerte palmada en el culo—. ¿Ya estás lista para darme otro paseo?

Resoplando, Tianna se giró para cruzar los brazos sobre el pecho y lo fulminó con la mirada. —Todavía no he perdido la razón, así que... demonios no. Tócame otra vez, y patearé tus pelotas hasta la garganta.

Mientras se alejaba, dejé escapar un bajo silbido y una mueca de dolor por solo pensar en ello. Ten tenía algún tipo de talento. Era el único hombre que conocía que podía molestar a la reina del sexo casual. Tianna nunca se enojaba con ningún tipo, por nada. Me hizo preguntarme qué demonios le había hecho para ofenderla. Por otra parte, era Ten. Las posibilidades eran infinitas.

Después de verla alejarse, él se giró para sonreírme. —Ella me desea. Estaba preguntando por mí, ¿no?

Me reí. —Entre besarme, mirar a Lowe, y engancharme con una de sus amigas, no, tu nombre no salió ni una vez.

—Engancharte, ¿eh? ¿Quién es su amiga? ¿La doctora Kavanagh?

Entrecerrando los ojos, lo apunté amenazadoramente. —Lo juro por Dios, si no te callas, yo patearé tus pelotas hasta la garganta.

—Lo que sea, hombre. Sabes que deseas a tu profesora. —Entonces fue a tomar el lugar de Mason y comenzó a coquetear con un par de señoritas sentadas en la barra.

Lo triste era que Ten solo se burlaba porque estaba seguro de que yo no la quería, mientras que, incluso la mención de ella agitaba algo dentro de mí.

Debí haberle pedido a Tianna el número de Marci. Necesitaba algo, cualquier cosa, para eliminar los pensamientos de cierta profesora desaliñada

de mi cabeza. Porque si esto continuaba, sin duda me encontraría en un tazón de mierda lleno de problemas.



Cuando llegó la hora de cerrar, puse a Lowe en el turno de limpieza. Mientras limpiaba la mesa, sonó su teléfono. Lo sacó del bolsillo y, lo juro, tan pronto como vio el identificador de llamadas en la pantalla, su cara se iluminó como un niño en la mañana de navidad.

—Oye, Sweet Pea —respondió, poniendo su voz toda ronca y privada, haciéndome saber que debe estar hablando con su chica. Metiendo el teléfono entre el hombro y la oreja para continuar su trabajo, se rió en respuesta a algo que le dijo ella—. Ha sido... interesante. Te contaré todo cuando llegue a casa. ¿Ah, sí? —Levantó las cejas, y solo podía imaginar lo que su chica le sugería hacer cuando llegara a casa, porque todo se encendió en su rostro.

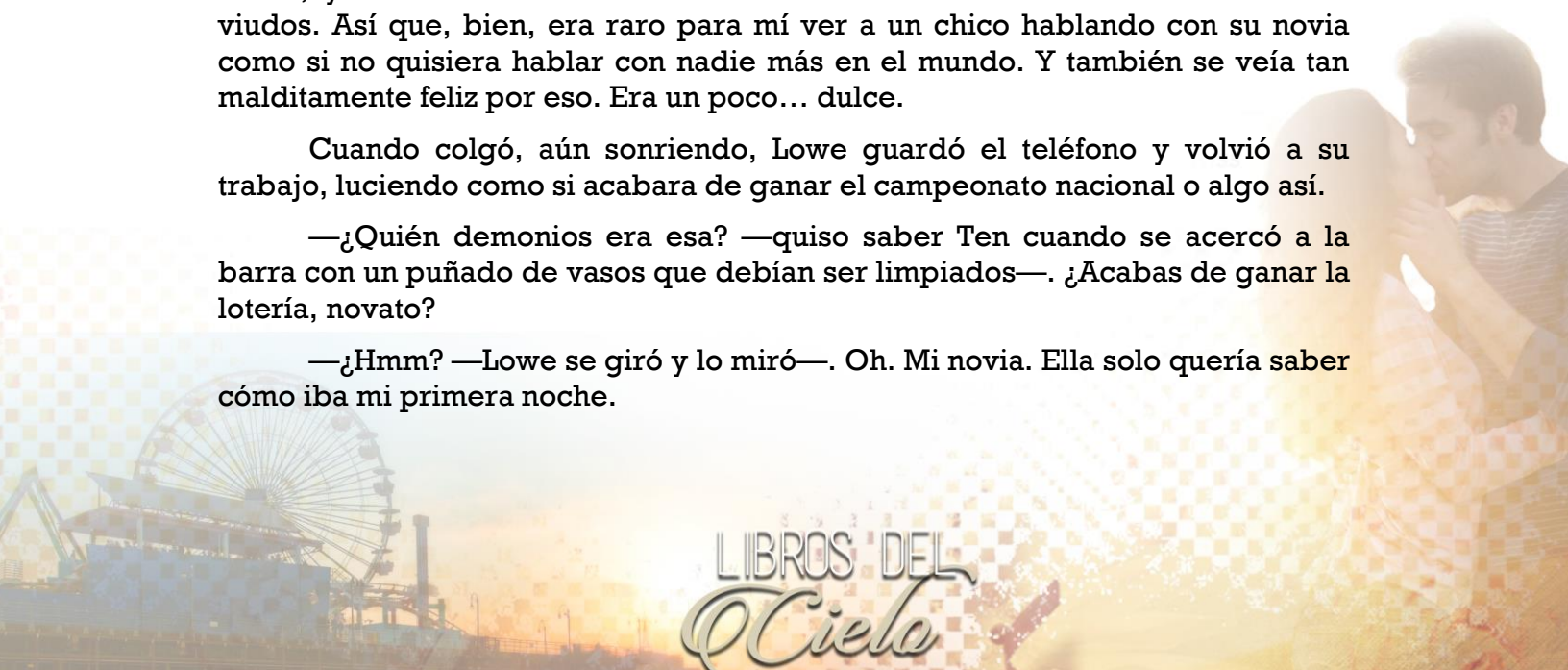
Sin embargo, no era capaz de apartar la mirada cuando lo veía hablar con ella. Era tan... extraño. Los chicos del equipo de fútbol que tenían novias estables nunca parecían felices cuando sus mujeres los llamaban para *saber* de ellos. Rara vez eran fieles a sus chicas y siempre tenían aventuras de una sola noche cada vez que jugábamos fuera de la ciudad. Me hacía preguntarme por qué siquiera se molestaban en tener una relación.

Ahora que lo pensaba, en mi vida no había crecido cerca de *ninguna* pareja monógama. Mi mamá rara vez llevó a casa al mismo tipo más de dos veces, y todos los matrimonios en nuestro barrio terminaron en divorcio o viudos. Así que, bien, era raro para mí ver a un chico hablando con su novia como si no quisiera hablar con nadie más en el mundo. Y también se veía tan malditamente feliz por eso. Era un poco... dulce.

Cuando colgó, aún sonriendo, Lowe guardó el teléfono y volvió a su trabajo, luciendo como si acabara de ganar el campeonato nacional o algo así.

—¿Quién demonios era esa? —quiso saber Ten cuando se acercó a la barra con un puñado de vasos que debían ser limpiados—. ¿Acabas de ganar la lotería, novato?

—¿Hmm? —Lowe se giró y lo miró—. Oh. Mi novia. Ella solo quería saber cómo iba mi primera noche.



Otra vez con la dulzura. Era un poco entrañable ver esa pura emoción iluminar su rostro cuando hablaba de ella. De repente me sentí muy curioso por las novias y la monogamia. Tal vez no era tan horrible como algunos de los chicos del equipo lo hacían parecer. Tal vez no sería el fin del mundo establecerse con una persona.

Quiero decir, nunca nadie me había llamado para ver cómo iba mi día. A nadie le había importado. Sabía que mis hermanos y hermana me amaban, pero nunca se me comunicaron conmigo solo para tranquilizarme cuando me sentía nervioso antes de un partido, o una gran prueba, o incluso preguntarme cómo había salido algo. No es que yo los molestara con ese tipo de mierda; tenían sus propios problemas por los que preocuparse.

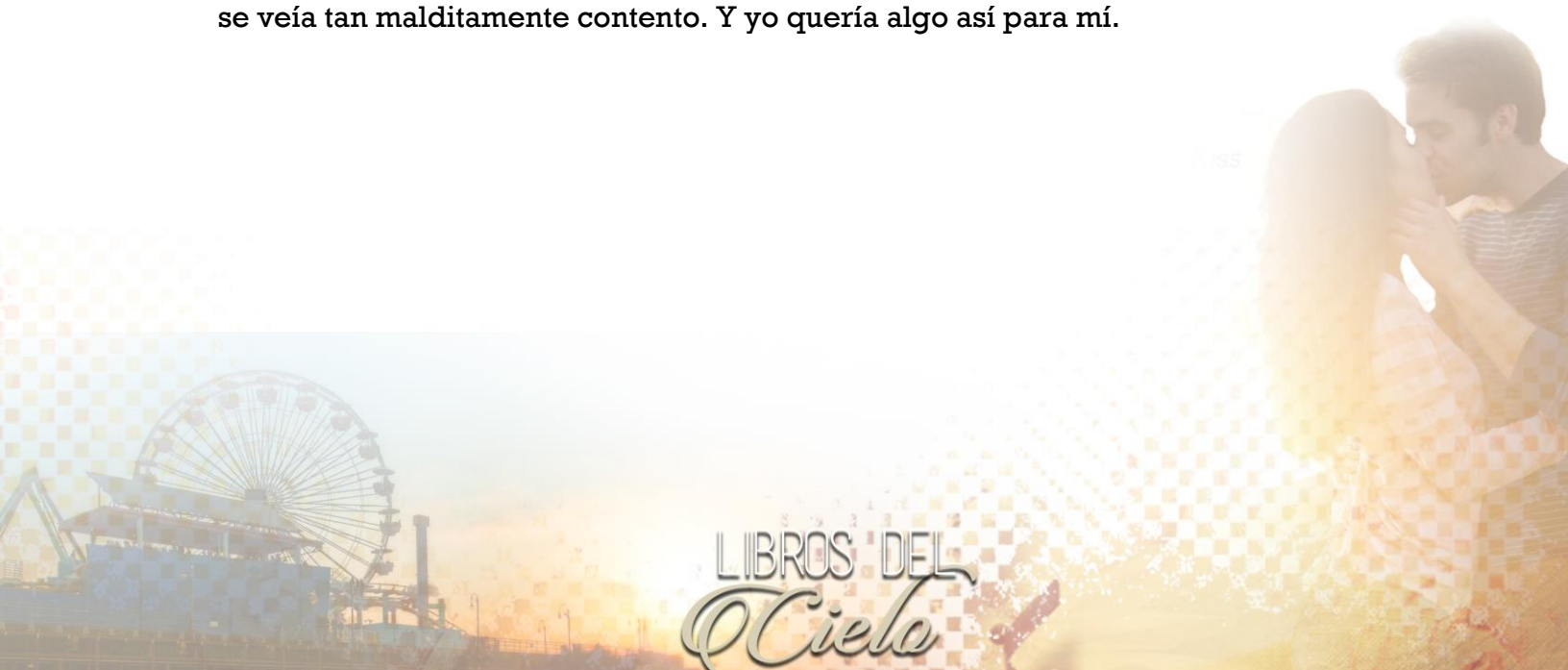
Pero tal vez, no lo sé, tal vez sería agradable si...

—Dios, novato, eres tan dominado. —Ten resopló y se retiró de nuevo, yendo a limpiar mesas mientras Pick barría el piso.

Me di la vuelta y terminé de contar la caja registradora, ligeramente mortificado por mis propios pensamientos. No tenía ningún problema para conseguir compañía femenina en esta ciudad. La mayoría de mis compañeros se quejaban de cuán afortunado era. ¿Por qué demonios fantaseaba con algo más?

Otro rápido vistazo a Lowe, quien tatareaba alegremente (sí, *tarareaba*) en voz baja, me dijo exactamente el por qué. Él tenía algo bueno y confiable, algo que lo hacía feliz y alegraba todo su día. No tenía que conocer a una nueva chica cada noche y tratar de aprender de ella en un par de minutos así sabría cómo encantarla en una cama. Ya tenía a alguien que probablemente conocía por dentro y por fuera, y que sin duda lo comprendía también a él. No tenía que fingir que le gustaban sus historias solo para sacarle la camiseta o actuar como un rudo mariscal de campo para mantener una fachada. Simplemente podía ser él mismo con ella, y disfrutar la vida.

Por primera vez en mi vida, me puse celoso de alguien en una relación comprometida. Me sentía muy incómodo, pero no era capaz de evitarlo. Lowe se veía tan malditamente contento. Y yo quería algo así para mí.



# 5

Traducido por NnancyC & Vani

Corregido por Gabriela♥

“Todo lo que siempre quise fue extender un brazo y tocar otro ser humano, no solo con mis manos, sino con mi corazón”.

Tahereh Mafi, *Shatter Me*.

## ASPEN

Me encantaba el olor de las palomitas de maíz. Era el aroma prohibido de una juventud que nunca me permitían saborear. Sodas gasificadas también fueron un tabú en mi casa durante mi niñez.

Tan pronto como pagué mi combinación de Pepsi y palomitas de maíz en el puesto, tuve que tomar un rápido sorbido de mi pajita y alzar un puñado de delicia mantecosa directo de la cima del cubo. Un par de palomitas cayeron por los lados demasiado llenos, y aterrizaron en el piso de concreto para mezclarse con las caídas de todas las compras anteriores. Me encantó. Era tan desastroso y despreocupado, algo que les habría dado un infarto a mis padres.

—Gracias —le dije en apreciación a la chica que acababa de entregarme mi refrigerio. Mis padres me habrían regañado por charlar con la boca llena, pero aquí, a nadie le importaba. Disfrutando de mi zorrería vergonzosa, me volví y casi me estrellé con dos chicas que esperaban en la fila detrás de mí.

—Tengo una clase de álgebra con él, y oh, dios mío, está tan bueno —decía una de ellas, sin siquiera darse cuenta que yo necesitaba pasar.

—Cierto. —La segunda chica se abanicó—. Tendría los bebés de Noel Gamble sin pensarlo.

Oh, hermano. Rodando los ojos, murmuré un severo—: Permiso. —Y me giré de lado para deslizarme entre ellas. Pero esto estaba mal. Me desvivía por el mismo chico que un par de zorras quinceañeras y cabezas huecas. ¿Qué demonios pasaba conmigo? ¿Y por qué demonios empeoraba mi obsesión al asistir al partido de práctica primaveral... dónde él, obviamente, estaría jugando?

Tal vez, debido a que yo en realidad amaba el fútbol, a pesar de lo mucho que todos los otros profesores con los que trabajé pensaban de forma absurda que debería anteponerse a una buena educación. O quizás, solo quería ver a Noel Gamble en pantalones ajustados arrojando un balón por todas partes durante todo la tarde. Me estremecí por el pensamiento y entré al estadio por la primera entrada que encontré. Mi asiento se ubicaba dos secciones por arriba, pero no me importaba la caminata. Ayudó a despejar mi cabeza para lo que vería.

Un par de jugadores se encontraban en el campo, calentando, pero no sabía quiénes eran por sus números o cascos puestos, así que me concentré en encontrar mi asiento. Fue usado por un par de ocupantes ilegales, pero los eché a correr con una mirada intencionada a mi boleto antes de enviarles mi mirada de maestra de ceja arqueada.

Una vez instalada con las palomitas de maíz en el regazo, me bajé más la gorra en mi cabeza, esperando que me hubiera ocultado lo suficientemente bien. Ir de incógnito era también parte de la diversión. Ya que nunca me atreví a hacer nada que mis padres no hubieran aprobado cuando viví en casa, nunca tuve la emoción de escabullirme.

Aquí, me sentía perfectamente bien por asistir a un partido que horrorizaría a Mallory y Richard Kavanagh. En realidad, no tenía que esconderme. Pero era divertido fingir. Además, ahora no quería ser reconocida como la *Dra. Kavanagh*. Los estudiantes siempre se aproximaban con alguna clase de pregunta de una tarea, y en este momento, solo quería ser Aspen, la espectadora de hombres sexys en pantalones ajustados... eh, quise decir, de fútbol. Las personas no tendían a reconocermme cuando usaba pantalones vaqueros y una camiseta de mangas largas con la mascota del campus de un Vikingo. Así que fui con ello.

Levantando la cadera solo lo suficiente para jalar la lista que adquirí, y sacándola de mi bolsillo trasero, la desdoblé y de inmediato comprobé el nombre de quién-tú-sabes. Él era el número doce.

El doce se convirtió en mi nuevo número favorito.

Al ser único juego fuera de temporada, este partido de práctica era una exhibición. Y me preparé para un espectáculo. Ahondando en las palomitas, comí puñados de una vez y tomé mi bebida, sintiéndome sorprendentemente joven y alegre. Mmm, reconfortante.

Criada por dos profesores universitarios, que me tuvieron en sus cuarenta y tantos, algunas veces me sentía como si nunca se me hubiera permitido tener una infancia. Esperaron que superara al resto; y habitualmente lo hacía. Cuando había comenzado la escuela, de inmediato me pusieron en clases superdotadas. Siempre fui más joven que todos mis compañeros y aun así, se esperaba que actuara tan madura como ellos, si no más madura debido a mi coeficiente intelectual. Y ya que nunca nadie quiso relacionarse con la chica



fenómeno y genio, jamás tuve ningún amigo que podría haberme enseñado cómo ser una niña normal.

Hoy parecía como si pudiera ser uno de esos días donde podía sentirme tan alegre como quisiera.

Este extremo del estadio se protegía perfectamente del sol de la tarde, así que cuando un viento suave sopló en mi rostro, sentí un poco de frío. Me acurruqué más profundo en mi camiseta, curvando los hombros hacia adelante para mantener tanto calor corporal como fuera posible, solo para saltar cuando un grupo escandaloso de chicos en la sección siguiente soltaron carcajadas entre ellos.

Eché un vistazo en su dirección y sonreí ante cuanta diversión tenían. Las dinámicas desconcertantes de amistad siempre me habían eludido, pero en una forma curiosa. Solo porque nunca nadie hizo amistad conmigo, no significaba que no observaba los círculos sociales durante los años, ni anhelaba ser bienvenida en uno. Miré, me asomé y lo envidié.

Pero mientras los miraba, el brillo en mi euforia se atenuó y dejé caer los hombros bruscamente mientras que la soledad surgió poco a poco. El grupo escandaloso se volvió más ruidoso al tiempo que los chicos se empujaron e intercambiaron insultos amistosos, estableciendo una jerarquía de clases. Sinceramente, ¿cómo podrían los amigos ser tan malvados y decirse esos insultos, que yo no acusaría ni a mi peor enemigo, solo para sonreír y reír como si se hubieran dado el mejor cumplido?

Dios, quería que alguien me llame por un nombre sucio y luego cuelgue un brazo alrededor de mí, apretándome con genuino compañerismo.

Ya en la próxima mirada hacia los chicos ruidosos, fruncí el ceño con irritación envidiosa. ¿Tenían que restregar su felicidad así? Sabía muy bien que me encontraba sola por aquí, sin un solo...

—Te están molestando a ti también, ¿no? —me preguntó el hombre a mi lado, mientras echaba un vistazo y observaba mi expresión.

Parpadeé y volví mi atención a él, sobresaltada de encontrarlo sonriéndome. Parecía estar en sus treinta y pocos, cabello castaño claro y ojos color té para combinar. Usando pantalones vaqueros sueltos y una camiseta apoyando a la universidad, podría ser cualquiera.

Rodando los ojos con exageración, señaló con la cabeza hacia la pandilla alborotadora. —Parece que esta es siempre mi suerte; quedó atascado en el grupo más revoltoso de idiotas inmaduros en el estadio entero. —Justo cuando dijo eso, cada chico en el grupo escandaloso se puso de pie, mientras pasaban un trío de chicas lindas. Silbando y gritándoles, se levantaron las camisas para mostrarles sus vientres pintados, los cuales deletreaban la palabra “Vikingo” con cada letra en un pecho diferente. Las chicas impresionadas se rieron y gritaron cumplidos, pero siguieron caminando.

—¿Ves a lo que me refiero? —Mi compañero colocó el codo en la parte posterior del asiento vacío entre nosotros, que lo hizo parecer de repente muy cerca—. Idiotas.

Le envié una pequeña sonrisa, ni cerca de confesar que estuve ansioso ser una idiota junto con ellos. —Al menos sobresalen en el espíritu escolar —contesté educadamente.

Echando la cabeza atrás para revelar un cuello fuerte y moreno, el hombre se rió. —Esa es probablemente lo único en lo que sobresalen. Juro que he reprobado al menos a la mitad de esa pandilla.

Enderezándome más, me espabilé para prestarle atención. —¿Eres profesor en Ellamore?

Con un regio asentimiento, ofreció una mano. —Philip Chaplain. Soy profesor en el departamento de historia.

—Entonces somos vecinos. —Animándome, le estreché la mano. Sabía que el edificio del departamento de historia se localizaba al lado de Morella Hall, mi edificio, pero nunca conocí a nadie del cuerpo docente de allí—. Acabo de comenzar este semestre, enseñando literatura.

La sorpresa reinó en sus rasgos antes de darme una sonrisa vacilante. —¿Eres una asistente licenciada?

Negué con la cabeza. —No. Estoy en el cuerpo docente. Como tú.

Habitualmente me molestaba cuando alguien me confundía con una estudiante o una simple asistente de profesor. Pero Philip estaba siendo tan agradable, que lo perdoné sin dudarlo.

Otra vez, pareció sorprendido y confundido antes de que cambiara su expresión. —*Oh*. —Arrastró la palabra cuando el reconocimiento iluminó sus ojos—. Tú eres la... —La mirada viajó sobre mi rostro y por mi cuerpo hasta que sus ojos se detuvieron en mi pecho, y asintió—. Sí, por supuesto que eres tú.

Aquellas cinco palabras murmuradas me confundieron. Por supuesto que yo era, ¿qué? ¿Hasta él escuchó que era la única profesora en el campus dispuesta a reprobar a Noel Gamble? Quizás Frenetti tenía razón; iba a tener una mala reputación si no...

—Su reputación la precede, Dra. Kavanagh. —Philip interrumpió mis pensamientos sonriendo con genuina cordialidad—. Todos hemos escuchado sobre el miembro más joven del cuerpo docente que enseñó en Ellamore, pero ninguno de mi departamento la ha conocido aún. Estábamos comenzando a pensar que eras un mito que creó la gente inglesa, porque ya sabes, les gusta la ficción.

Me abstuve de rodar los ojos ante su juego de palabras trillado. —Sí, nos gusta. Pero puedo asegurarte que soy completamente real. Por favor, llámame Aspen.

—Aspen —repitió; sus ojos adquirieron una clase de brillo intenso y bajó la voz—. Un bello nombre para una bella mujer.

Me sonrojé de la cabeza a los pies, insegura de cómo tomar tal cumplido. Un poco me gustó, pero no me encontraba segura si se me permitía que me gustase.

Antes de que pudiera trastabillar con algún desganado agradecimiento, el presentador del juego interrumpió a través del altavoz, dando inicio a los acontecimientos del día.

Philip y yo regresamos nuestra atención al final del área donde posaba una Jumbotron gigante. Una serie de avances de dos segundos de varios jugadores fueron exhibidos por la pantalla, creando un monólogo estimulante del equipo como un todo. Cuando mostraron a Noel usando una camiseta del equipo con el número doce y un balón acunado en sus manos grandes, mi interior saltó con energía agitada.

—Se trata de ese momento en que todo se reduce a nada más que la unidad y determinación para tener éxito —dijo a la multitud, antes de que la cara de un nuevo jugador iluminara toda la pantalla.

Aún imaginando al número doce, fruncí los labios, recordando la otra palabra con “D” que él utilizó para describir este juego. No era motivación ni determinación, sino desesperación.

Todavía me preguntaba por qué dijo eso y lo que quiso decir. Pasaron dos días desde nuestra reunión en mi oficina y aún no entregó su trabajo, pero tenía curiosidad por saber por qué eligió esa palabra.

—Entonces, te gusta el fútbol, ¿no? —La voz de Philip interrumpió mis pensamientos y yo, salté literalmente, haciéndolo reír y poner una mano en mi hombro, para estabilizarme—. Lo siento.

Moví la mano, perdonándolo al instante. —No, está bien. Me... distraje. Pero, sí, siempre he disfrutado viéndolo. Es casi como un tablero de ajedrez, pero más... físico. —Poniendo los ojos en blanco, porque seguro sonaba como una idiota, le mostré una sonrisa tímida—. No hay mucho contacto en mi vocación, así que siempre he tenido curiosidad y estímulo por ello.

Al levantar la mirada para captar su reacción, decidí abruptamente que *físico*, *contacto* y *estímulo*, podrían no haber sido la elección ideal de palabras. Volvió esa luz tenue en sus ojos que vi cuando dijo mi nombre.

Sus labios se torcieron con una sonrisa divertida. —Me encanta cuando una mujer es estimulada por el fútbol. —Fue todo lo que dijo antes de que las personas en la multitud a nuestro alrededor volaran fuera de sus asientos y comenzaran a aplaudir. Aparté mi atención de Philip y miré al campo para ver a todos los jugadores hacer su gran entrada. Inmediatamente, me puse de pie con todos los demás.

No necesité mucho tiempo para encontrar el jugador número doce. Corrió cerca de la parte delantera de la línea, llevando un suéter marrón, mientras que la mitad del equipo vestía de blanco. Con su casco y almohadillas haciendo sus hombros increíblemente amplios, personificaba a la estrella de fútbol perfecto. Contuve el aliento y llevé mis nudillos a la boca, poniéndome en puntillas para poder mantener una visual constante de él.

—Con Gamble en su último año, creo que vamos a tener campeonatos nacionales, sin ningún problema —dijo Philip, inclinándose hacia mí.

Salté, olvidando que se encontraba allí. ¿Pero en serio? ¿Cómo supo mencionarlo justo cuando pensaba en él? Ugh, probablemente porque siempre pensaba en Noel Gamble.

Le envié al profesor de historia una débil sonrisa. —Por lo tanto, ¿es tan bueno?

La sonrisa de Philip era deliberada y un poco coqueta. —Solo mira. Es el mejor mariscal de campo que probablemente hemos tenido.

—Mmm. —Traté de no parecer demasiado intrigada. Pero no había manera de ocultar mi anticipación veinte minutos más tarde cuando el equipo de Noel tomó la ofensiva y él corrió por la cancha. En su primera jugada, movió el brazo hacia atrás tan pronto como el central lanzó la pelota en sus manos. Con perfecta precisión, la llevó hacia otro jugador que corría por el campo. Su receptor no tuvo que frenar ni acelerar. Ni siquiera tuvo que estirarse para atraparla. Simplemente ahuecó los dedos y la pelota aterrizó en la cuna enguantada que eran sus palmas.

—Oh, Dios mío —murmuré asombrada—. Podría ser el próximo Aaron Rodgers.

A mi lado, Philip gimió y luego se echó a reír mientras colocaba su mano sobre su corazón, haciendo una mueca. —Dios, por favor no me digas que eres fan de los Packers.

Arqueando las cejas, me volví hacia él, dispuesta a defender a mi equipo con lealtad. —Obvio. ¿Por qué, qué equipo apoyas?

—Hola. Estamos en Illinois. Al Bears, por supuesto. —Arrugué la nariz, pero se apresuró a decir—: Pero mi mariscal favorito en la liga es Tom Brady.

Asentí, concediéndole esa. Brady no estaba mal. Para nada. Pero... —Soy muy aficionada a Alex Smith.

Esta vez, fue el turno de Philip para asentir como si me permitiera esa concesión, antes de añadir—: Por lo menos no dijiste Manning.

Sonreí. —¿Cuál?

Me señaló, con una gran sonrisa en su cara. —Diablos, sabes de tus mariscales. Muy bonito, Dra. Kavanagh. —Nunca me dijo si hablaba de Eli o

Peyton, pero parecía tan impresionado por mi conocimiento del deporte, que creo que no importaba.

Encantada de haber sido capaz de impresionarlo, le devolví la sonrisa y recordé—: Es solo Aspen.

—Cierto. Aspen. —Cuando su mirada se calentó de ese modo masculino interesado, me mordí el interior del labio, sin saber qué hacer con toda su atención.

A nuestro alrededor, el estadio se volvió loco. Puse mi atención en el campo, justo a tiempo para ver al número doce esquivar a un defensor corpulento y saltar a la zona final, anotando.

—Oye, ¿qué haces el próximo sábado? —preguntó Philip, distrayéndome otra vez, y sorprendiéndome mucho—. Porque me encantaría salir contigo.

Abrí la boca. —Emmm... —No podía creerlo. Vine aquí para comerme con los ojos a otro hombre, y acabé siendo invitada a salir por un compañero de trabajo. Sacudiendo la cabeza, porque todavía me sentía confundida por el hecho de que esto sucedió, farfullé—: ¿La administración no menosprecia ese tipo de cosas? Compañeros de trabajo... ¿socializando?

Philip se encogió de hombros. —No somos exactamente compañeros de trabajo. Trabajamos en departamentos diferentes. Además, hay un par de miembros de la facultad en el campus, que están casados entre sí. La única política que estoy seguro que tienen sobre socializar es entre profesores y alumnos.

Miré hacia el número doce en el campo, que actualmente era atacado por sus compañeros de equipo, para felicitarlo. La punzada en mi pecho me dijo que me sentía decepcionada al oír en voz alta la política profesor-alumno, a pesar de que ya sabía que existía. Aún más atontada por mi reacción porque incluso si hubiéramos sido libres para salir, apostararía que Noel nunca me daría la hora del día, y lo último que necesitaba era un mujeriego como él. ¿Entonces por qué me sentía triste?

Volviéndome a Philip, tomé una respiración profunda. Mi corazón dio un vuelco rápido en mi pecho, incapaz de creer que en realidad iba a hacer esto. —Está bien —dije—. Sí. Creo que me gustaría.

Me devolvió la sonrisa. —¿En serio? —Cuando asentí, respiró hondo y me envió una enorme sonrisa de alivio—. Genial. Es una cita entonces.

Vaya. Una cita.

Una aclamación de la multitud llevó mi atención hacia el campo, cuando la defensa interceptó la pelota y la ofensiva de Gamble trotó de vuelta al campo.

Sacudí la cabeza con desconcierto. No podía dejar de preguntarme qué es lo que haría el número doce si supiera que me había ayudado a organizar mi primera en cita dieciocho meses. Ya que me odiaba, estoy segura que lo haría

To professor  
with love

Linda Kage

molestar, así que sonreí aún más. Bien. Se necesitó al hombre adecuado para hacerme pensar en él tan inapropiadamente como lo hice.

54

LIBROS DEL  
Cielo



# 6

Traducido por Ayrim

Corregido por LucindaMaddox

“El hombre llega mucho más lejos para evitar lo que teme que para alcanzar lo que desea”.

Dan Brown, *El Código Da Vinci*.

## NOEL

El martes por la mañana, entré en la clase de literatura irascible y nervioso. Después de venir directamente desde el laboratorio de impresión más cercano donde había impreso un documento rehecho de ocho páginas para la Dra. Kavanagh, me sentía abierto en dos y en carne viva.

Ella había exigido que hablara de mis sentimientos. Así que hablé. Puse mi alma en la estúpida tarea. Había cavado dentro de mí y lo puse todo en el papel, descubriendo cosas que no me di cuenta incluso de haberlas sentido.

Sin decir una palabra a la mujer ya sentada detrás del escritorio mientras rebuscaba dentro de un maletín abierto, dejé las páginas grapadas en un lugar vacío, bocabajo.

Alzó la cabeza de golpe, sus grandes ojos verdes le daban un aspecto muy joven para tener un doctorado. Estrechando la mirada, pasé un segundo observándola antes de darme la vuelta y buscar un sitio para sentarme.

Después de acomodarme en mi silla, miré en su dirección para verla observando el ensayo con curiosidad. Luego, sin darle la vuelta para leerlo, lo deslizó con cautela por la mesa y lo guardó en el bolsillo de malla dentro de la tapa de su maletín. Después cerró el pestillo, levantó su atención y comenzó la clase... como si nada aplastante en la tierra hubiese acabado de suceder.

Dejé escapar un suspiro. Se terminó. Acabado. No tenía que volver a insistir con esa cosa estúpida y ridícula.

Aunque un par de mis dedos estaban vendados porque les había dado un golpe en un partido de entrenamiento de este fin de semana, los tamborileé sin cesar en mi muslo. No podía quitar mis ojos de ese maletín cerrado. Con la

sangre corriendo por mis venas como un exceso de velocidad de un tren, no podía librarme de este loco e inquieto sentimiento de pánico.

A mitad de la clase, de repente me di cuenta de lo que había hecho. Dejé entrar a una mujer que me disgustaba a mis pensamientos más íntimos. Jesús, confesé todo para ella, todos mis miedos e inseguridades, mis deseos y sueños más profundos, mi infancia jodida y todos los problemas de mis hermanos. Y el mayor de mis secretos.

Ahora ella sabría cuántas veces tuve que quedarme en casa para cuidar a los niños cuando mi madre nos dejaba para emborracharse y drogarse antes de llegar a casa para follarse a un desconocido en nuestro sofá. Sabría cuantas veces me había metido en problemas en la escuela por ser un miembro de la familia Gamble. Sabría exactamente lo mal que pensaba de mí todo el mundo en mi ciudad natal. Sabría... Ella lo sabría...

*Mierda, ella podría romperme con todo el forraje que yo había juntado cuidadosamente y entregado en mano. ¿Qué demonios había hecho? ¿Qué pensé al escribir toda esa mierda?* Tan pronto como comencé, sin embargo, perdí el control y escribí mis pensamientos y sentimientos y la vida familiar; simplemente seguí, incapaz de detenerme. Las palabras salieron de mí.

Pero ahora... ahora...

Un sudor frío se filtró por el centro de mi espalda. No oí ni una sola palabra de la conversación que me rodeaba. Solo podía mirar con sombría fatalidad a ese maletín negro.

Tan pronto como acabó la clase una hora y media más tarde, me levanté de mi asiento, decidido a rectificar esta situación. Corriendo a toda velocidad, pasé a otros estudiantes para atraparla antes de que se fuera y me la encontré aún en su escritorio. Cuando la alcancé apenas había reabierto su maletín para meter sus notas en el interior.

—¿Dra. Kavanagh? —Totalmente sin aliento, mi voz la sobresaltó. Alzó la vista y tendí la mano con impaciencia—. Acabo de recordar algo que me olvidé de poner en ese trabajo. ¿Puedo recuperarlo?

Con una elevación de sus cejas, bufó. —No lo sé. *¿Puede?*

Apenas me contuve de poner los ojos en blanco. Sin saberlo, la mujer tenía el poder para aplastarme, esperando inofensivamente en su maletín, ¿y ella quería corregir mi puta gramática? Era de esperarse.

—*¿Puedo?* —dije entre dientes, amablemente. Le seguiría la corriente, siempre y cuando recuperara el trabajo.

—Lo siento, pero no. —Enviándome una sonrisa tensa, cerró su maletín; el sonido hizo eco en mi pecho y endureció mis músculos con miedo.

*¿No? ¿Qué quiso decir con no?*



Cuando agarró el asa y levantó el maletín de su escritorio para salir de la habitación, la seguí. Pero ella no pareció darse cuenta, por lo que la esquivé para bloquear la salida.

—Pero me olvidé de corregirlo. Deme un par de horas y se lo devolveré. Se lo juro.

Negó con la cabeza. —Es demasiado tarde, señor Gamble. Ya le di más oportunidad que nadie en la clase de mejorar la nota. Esta es la última vez que voy a aceptar nada para esta tarea. —Comenzó a rodearme.

—Entonces me quedo con la primera D —estallé, más que frenético. Mierda, ¿qué decía? No podía aceptar la D inicial. Pero eso era mejor que dejar que ella leyera mi artículo.

La Dra. Kavanagh se detuvo. Cuando levantó la cabeza para arquear su maldita ceja otra vez, cedí, listo para arrodillarme, suplicando.

—Estaba enfadado, está bien. —El carraspeo en mi voz reveló mi desesperación, y lo odié. Pero seguí suplicando, necesitando recuperar mi trabajo más de lo que necesitaba mi próximo aliento—. Usted me provocó y respondí en un acto reflejo. No era mi intención escribir toda esa mierda. Así que... —Le tendí la mano con cautela, como si me acercara a un animal salvaje acorralado y herido—. Déjeme hacerlo de nuevo. Una última vez. Por favor.

Ella me miró boquiabierta, sus ojos verdes muy abiertos por la sorpresa. Echando un vistazo a mi interesada palma, dijo—: Ahora sí que me siento obligada a conservar este ensayo, solo para ver lo que ha escrito.

—Maldita sea —gruñí—. Devuélvame el maldito trabajo. ¡Es *mío*!

Sin pensarlo, traté de agarrar su maletín. Ella saltó lejos, saliendo de mi alcance. —¡Señor Gamble! ¿Qué cree que está haciendo?

Al darme cuenta de lo que acababa de hacer, me retiré, solo para poner mis temblorosos dedos en la boca y apretar los labios, manteniendo el impulso instintivo de pedir disculpas.

Pero, Jesús. ¿En qué demonios pensaba? ¿Enfrentándola a las afueras de un salón de clases, mientras que pasaban cientos de estudiantes —*testigos*— a raudales?

Sacudí la cabeza y cerré los ojos, intentando recuperar mi sensatez. *Cálmate, Gamble.*

Cuando alcé mis pestañas, seguía mirándome con anchos ojos recelosos. Se veía una pizca de miedo en esas profundidades verdes, y experimenté un profundo pesar que ni siquiera podía nombrar. Abrí la boca para disculparme, pero una vez más, me detuve.

—Como quiera —murmuré, deslizándome un paso lejos.

Eran solo palabras. Las palabras no eran nada. Si ella trataba de hacer algo de esto, me gustaría simplemente encogerme de hombros y decir que me

To professor  
with love

Linda Kage

lo inventé. Solo palos y piedras pueden romperme, ¿verdad? No dejaría que su respuesta sin sentido a mis palabras me molestara.

Pero un miedo innato ya me había empapado. Me di la vuelta antes de que pudiera avergonzarme más. Pero mierda, esto probablemente me iba a romper. No solo le di el poder de aplastar mi espíritu a un nivel personal, sino que también le entregué una razón muy válida para que me echaran de la universidad de forma permanente.

58



LIBROS DEL  
Cielo

“Nunca se entiende a una persona hasta que consideras las cosas desde su punto de vista, hasta que te metes en su piel y caminas con ella”.

Harper Lee, *Matar a un ruiseñor*.

## ASPEN

Metí la pata. Abrí el ensayo de Noel Gamble en el trabajo y lo leí en mi oficina.

Simplemente no pude evitarlo. La forma en que me había enfrentado para recuperarlo, para que no viera lo que escribió, me puso curiosa y me dejó un poco demasiado agitada. Por un breve instante, pensé que iba a luchar hasta el fin para recuperarlo. Parecía lo bastante desesperado.

Entonces su expresión se había despejado, y pareció tan conmovido y horrorizado por sus acciones, que me preocupó que se echara a llorar. Lo peor, era que si lo hubiera hecho, yo habría hecho algo igualmente horrible, como abrazarlo. O darle su ensayo.

Gracias a Dios que no había hecho nada de eso.

Porque una vez que empecé a leer su ensayo, no pude parar. Leer cada frase conmovedora y observar el desarrollo de su horrible vida era como ser testigo de un accidente de auto.

Mi pecho dolía cuando terminé la última línea del ensayo. Maldita sea. No se suponía que Noel Gamble fuese así. No debía tener una infancia tan dura, o poseer cualidades rescatables, ni hacerme sentir ningún tipo de compasión por él. No debía llegar a mi alma y agarrar mi corazón ni provocarme estos sentimientos, exactamente como acababa de hacer. Nadie debería ser capaz de hacer eso en ocho páginas.

Pero él lo había hecho.

Mis mejillas seguían húmedas por las lágrimas que cayeron al leer su estúpido, increíble y bien escrito ensayo.

Es posible que pudiera haber mentido. Podría haber inventado todo para hacer el trabajo. Pero teniendo en cuenta la forma en que reaccionó después de la clase, sabía que no fue así. Estos eran sus verdaderos pensamientos. Sus verdaderos sentimientos. Sus verdaderos actos.

Él había roto las reglas, cosas por las que normalmente yo habría estado horrorizada, pero lo hizo por la más noble, dulce e increíble razón. Su amor desesperado por sus hermanos le dio la determinación para llegar a donde hoy se encontraba.

To professor  
with love

Linda Kage

Me estremecí, abrazando su ensayo contra mi pecho mientras secaba en mi cara la última de las lágrimas. Ojalá alguien me hubiera amado de la forma en que él amaba a sus hermanos y hermana.

Bueno, una cosa era cierta. Noel Gamble había logrado lo imposible: Logró cambiar completamente mi punto de vista de él.

Oh, diablos.

60

LIBROS DEL  
Cielo



Traducido por Alexa Colton & Issel

Corregido por Valentine Rose

“Tus emociones son esclavas de tus pensamientos, y tú eres el esclavo de tus emociones.”

Elizabeth Gilbert; *Eat, Pray, Love*

## NOEL

—Entonces, ¿qué crees que debo hacer?

Gimiendo, cerré los ojos y dejé que la parte trasera de mi cabeza chocara contra la superficie del banco del aparato para levantar pesas que se hallaba debajo de mí. Por encima, la barra que acababa de levantar, quedó apoyada sólidamente en los montantes cromados.

—No sé, Caroline. —Era demasiado pronto para esto. Anoche trabajé hasta tarde, y hoy había otra noche de mujeres pero éramos únicamente cuatro hombres para todo el bar—. ¿Qué tan malo es el moretón?

—¿A qué te refieres? —gritó mi hermana a través del teléfono—. Es un maldito moretón... alrededor de su ojo. Ya sabes que esa pandilla de matones lo golpeó.

Solté un suspiro agotado. Realmente necesitábamos un quinto camarero en Forbidden. Inmediatamente. Me encantaba el dinero que me traía el tiempo extra de trabajo, pero esto iba a matarme. —Sí, probablemente —le dije sin entusiasmo, y luego bostecé.

—Oh, Dios mío —reprendió Caroline—. No pretendo que te preocupes por nosotros, ni nada. Nuestro hermano mediano fue agredido por una pandilla. Pero el pobre Noel está cansado así que...

—¡Cristo! —Me senté, con el ceño fruncido en la sala de entrenamiento al tiempo que interrumpía a mi hermana—. Lamento si no estoy completamente centrado. He estado trabajando mucho para poder ayudarte, lo sabes. Lo que me recuerda, ¿recibiste el cheque que envié el lunes? —¿O nuestra madre lo interceptó y compró drogas?

—Sí, llegó ayer, pero eso no ayuda...

—¿Qué esperas que haga? ¿Que conduzca doce horas hasta casa para que les patee el culo a los pequeños vándalos? Ni siquiera tengo coche.

—Quería que hablaras con él.

—De acuerdo. —Me froté las sienes doloridas—. Ponlo al teléfono.

—Está durmiendo ahora.

Con un suspiro, cerré los ojos. —Está bien. Voy a llamar esta tarde después de clases y antes de ir a trabajar. Ahora, ¿qué pasa con Colt? ¿Se está sintiendo mejor?

La fiebre había persistido durante algunos días después de su episodio con faringitis estreptocócica. Caroline me llamó llorando el sábado, justo antes de mi gran partido, para preguntar si alguna vez él mejoraría, pero entonces ayer, por fin me informó que había regresado a la escuela.

—Oh, se encuentra bien. Ni siquiera se notaría que estuvo enfermo. No estoy segura de por qué me preocupé tanto.

Sonreí con cariño. —Porque eres aprensiva de nacimiento. Seguro estás preocupada por el baile que tienes este fin de semana.

—No es cierto —argumentó, pero podía oír la sonrisa en su voz.

Me reí entre dientes, solo para ponerme serio cuando pregunté—: ¿Mamá aún no vuelve a casa?

Era una pregunta que rara vez me molestaba en hacer, pero mi hermana parecía más estresada de lo habitual. Necesitaba un poco de alivio. Y aunque mi madre era horrible, su presencia tenía que ser mejor que nada.

—Estuvo un par de horas la noche del martes. Se comió la mitad de los comestibles de la nevera, y luego se dio una ducha y volvió a irse.

Rodé los ojos. —Parece normal. —Por lo menos en esta ocasión no había traído a un perdedor con ella para acosar a mis hermanos.

Cuando un suspiro llegó a través del otro extremo de la línea, sentí la necesidad de hacer sonreír a Caroline. Ella no sonreía lo suficiente. Me di cuenta al escuchar el sonido de su voz.

—¿Ya conseguiste ese nuevo vestido para el baile? —le pregunté, para nada interesado en los vestidos, pero amaba a mi hermana sin condiciones.

—Sí. El martes después de la escuela fuimos de compras con mis amigas.

Asentí. —¿De qué color es? —Cuando un tacle derecho que entrenaba a un par de metros de distancia se detuvo para enviarme una mirada extraña por hacer esa pregunta, me di la vuelta. Podía pensar lo que quisieran de mí. Yo sabía que hablar de vestidos animaba a Caroline.

Y así lo pareció. —Azul —respondió, con la voz notablemente animada—. Bueno, verde azulado, técnicamente.

No tenía ni idea de qué color era verde azulado, pero eso no importaba. Caroline seguía divagando, describiendo su largo y el tipo de tela y la cantidad de volantes.

—Sander incluso vino de visita anoche para poder verlo y encontrar un ramillete que combine.

Alcé las cejas. —De visita, ¿eh?

—Oh, Dios mío. No ocurrió nada. Te lo juro, eres el hermano más sobre-protector de todos. Colton estuvo aquí todo el tiempo. Y él siguió a Sander a donde quiera que fuera.

—¿Solo Colt? ¿Dónde estaba Brandt?

—Te lo dije, se encontraba fuera recibiendo una paliza por esa maldita pandilla.

—Ah, claro. Lo olvidé. —Preguntándome que era exactamente lo que iba a decirle a Brandt para ayudarlo a mantenerse fuera de problemas, volví a bostezar. Maldita sea, necesitaba dormir más. Mi cerebro se puso confuso. Cerrando los ojos, me imaginé en mi colchón en mi apartamento y me pregunté cuando tiempo pasaría antes de que pudiese apoyar mi cabeza en la almohada de nuevo, acurrucado bajo las sábanas, y solo...

Inesperadamente, una imagen de mi profesora de literatura me vino a la mente. Con el cabello libre de su moño y la chaqueta arrojada a los pies de mi cama. Cuando sus manos fantasmas se deslizaron suavemente por mi pecho desnudo, salté y abrí los ojos.

Jesús, sin duda ha pasado mucho tiempo desde que estuve con una chica.

Aún sudoroso y sin camisa, levantando pesas en la sala de formación de la universidad, me di cuenta que Quinn Hamilton se acercaba, tal vez queriendo más concejos para lanzar. Solté un suspiro interno.

—Debo colgar, Care. Pero me pondré en contacto con Brandt más tarde y averiguaré lo que está pasando con él. ¿De acuerdo?

Ella masculló algo que no entendí, pero al final accedió y me dijo que me amaba antes de colgar.

La siguiente media hora pasó con ejercicio más extenuante, repasando diferentes jugadas y escenarios con Hamilton, enseñándole cómo ser un mejor jugador de lo que era. Dios, esperaba que no resulte ser mejor que yo. Todo esto no valía la pena si terminaba perdiendo mi lugar en el equipo y ni siquiera atraía la atención de los cazatalentos de la NFL.

Algunos días, solo quería darme por vencido y dormir, o faltar al trabajo, o simplemente saltarme el pesado entrenamiento y ni siquiera asistir a clases. Pero tenía una sensación de hundimiento de que si fallaba, aunque sea una vez,

volvería a atormentarme. Así que seguí adelante, trabajando con todo de mi y esperando que todo saliera bien.

Pero, Dios, estaba tan cansado. Sentía que había un peso de veinte kilos en mi pecho. Si tan solo pudiera descargar toda mi mierda con otra persona, hablar con alguien...

Caroline podía contar conmigo para escuchar sus problemas, pero yo no le decía a nadie acerca de todas mis inquietudes y preocupaciones. Ni siquiera a Ten. Él no tenía idea de lo que era mi vida fuera de Ellamore.



Todavía medio fuera de sí después de mi noche de insomnio, irrumpí en clase. Estaba tan perdido que me olvidé por completo la terrible tarea que le entregué el martes a Kavanagh. No pensaba en nada de eso cuando entré en piloto automático a la habitación... hasta que dijo mi nombre.

Maldita sea, pero su voz siempre me provocaba algo.

Me detuve, con el pie levantado para subir el primer escalón hacia la parte posterior de la clase donde vi descansar a Ten. Volteando la mirada, eché un vistazo hacia ella, pero no me miraba. Con su atención en un documento que examinaba en el escritorio, estiró el brazo y levantó otra pila de hojas grapadas de la parte superior de su maletín y me lo ofreció para que yo me acercara.

Mi estómago cayó hasta mis rodillas. Mierda. ¿Ya lo había leído?

Quedé inmóvil, sin poder moverme ni un centímetro. Continuó leyendo la hoja en su escritorio durante otros diez segundos antes de que al fin levantara la cara y me lanzara una mirada mordaz. Cuando movió el ensayo a modo de invitación para que fuese ahí, me quedé mirándola, mientras toda mi vida destellaba ante mis ojos.

Leyó mi artículo, y ahora lo sabía. Y, eh, supongo que había descargado todos mis problemas con alguien, después de todo, ¿cierto? Mierda, ¿por qué tenía que ser ella? Estudié su rostro con cautela, temiendo lo peor. Pero no me mostró nada, excepto una expresión medio molesta porque no me movía.

Ella tenía que ser una de esas personas que eran capaces de poner una buena cara de póquer, ¿verdad? No pude descifrar nada de lo que pensaba.



Ahora me sentía más preocupado por lo que debe de pensar de mí, que por mi nota; di un paso a ella, solo para hacer una pausa. Dios, no quería recibirlo. Debía estar cubierto de rojo, diciéndome exactamente lo que iba a hacer con todo lo nuevo que conocía de mí.

Bajé la mirada a mi ensayo en su mano, caminé los últimos pasos y lo tomé, solo para enrollarlo y no poder ver la calificación o todos sus comentarios en los márgenes.

Mi corazón golpeaba con fuerza en mi pecho mientras caminaba sin ver a mi escritor. Ella había leído. Lo sabía. Entonces, ¿qué diablos pensaba de mí ahora? Y ¿qué iba a hacer con toda la información?

—¿Cuál es la calificación? —exigió Ten tan pronto como me senté. Eché un vistazo hacia él, pero no lo miré. El miedo y la ansiedad nublaban por completo mi visión; solo pude sentir la falta del ensayo cuando él lo arrancó de mi mano.

—¡Oye! Idiota. —Lo cogí de nuevo antes de que pudiera desenrollarlo—. Aparta tus manos, imbécil.

—Bueno, ¿a qué esperas? ¿Que venga el hada mágica y lo transforme en una A?

Apreté la mandíbula y lo miré. Cuando él apenas me miró, esperando, suspiré y rodé los ojos. Tratando de actuar como si esto no fuese el fin del mundo, desenrollé lentamente las páginas, rogándole a Dios que no se diera cuenta del leve temblor en mi mano.

Cuando vi una A, quedé boquiabierto. Parpadeé, pensando que mis ojos seguían jodidos. Pero la A no desapareció.

—Santa mierda.

—¿Qué? —Ten arrancó el papel de mi mano, pero estaba demasiado impresionado para recuperarlo—. Santa mierda —repitió. Su boca se abrió también mientras levantaba las cejas en mi dirección. Luego sonrió—. Y dijiste que no te la follaste, jodido mentiroso.

—¿Disculpa? —Instantáneamente irritado, tiré del papel y lo presioné contra mi pecho—. Me gané esta nota, muchas gracias.

Levantó las manos. —Oye, apoyo totalmente lo de arreglar tu nota con un nuevo trabajo. Pero, ¿de una D a una A? —Miró alrededor antes de inclinarse más cerca—. Hombre, eso es sospechoso. ¿Qué tuviste que hacer para lograr eso?

—Nada —gruñí, frunciéndole el ceño—. Tuve que *re-escribir* el artículo.

Ten alzó las cejas con incredulidad. —¿De verdad? ¿Eso es todo?

—Sí. —Con ojos furiosos, lo miré de mala manera hasta que levantó las manos nuevamente y retrocedió.

—Está bien, hombre —dijo, pero sonreía como si creyera que no era así—. Si tú lo dices... mascota de la profesora.

—Lo digo, maldita sea.

Cuando la Dra. Kavanagh se puso de pie y comenzó la clase, Ten se giró para mirar al frente, pero yo seguí mirando duramente la parte trasera de su cabeza. Quería seguir discutiendo con él, diciéndole lo mucho que me esforcé para ganar esta nota. La había ganado malditamente bien.

Pero como él, también lo encontraba imposible de creer.

En el frente, mi profesora actuaba tan fría y contenida como siempre, como si ella no supiese todos mis secretos. Aunque trataba de mantenerme discreto, la miré, esperando el momento en que mirase en mi dirección y revelara lo que pensaba de mí ahora y qué iba a hacer sobre mis infamias. Pero durante toda la hora, ni siquiera echó un vistazo en mi dirección.

No quería admitirlo, pero eso como que me hizo sentir mal. Compartí algo personal con ella, y ni siquiera pareció impactarle. Nada sobre ella había cambiado. Apretando los dientes, miré la cima de mi escritorio, decepcionado de que no pareciera tan completamente alterada como yo me sentía.

Después de clases, salí con todos los demás, refrenándome para no mirar en su dirección. Esperé hasta que tuve un momento solo, lejos de las personas, antes de entrar en el baño y encerrarme en un cubículo. Solo para asegurarme de que aún tenía una A, saqué de nuevo mi artículo del bolso. No tenía un signo de más a su lado tal como el ensayo de Sidney Chin, pero aun así tenía esta hermosa letra escarlata marcada en la parte de arriba.

Bajé la mirada para asegurarme que era el mismo artículo que entregué, y al final vi las pequeñas marcas de gramática que había hecho, corrigiendo comas y palabras mal deletreadas. No había notas escritas en los márgenes hasta que pasé hasta la última página. Después de mi último párrafo, ella había escrito: *Mucho mejor. Sabía que podrías comprender el concepto de esta asignación.*

Parpadeé. ¿Eso era todo? Le detallé sobre esa vez en que uno de los hombres de mi madre me había golpeado fuertemente cuando se drogó en nuestra sala. Sobre los lugares para escondernos que había encontrado para mis hermanos y hermana cada vez que mi madre tomaba demasiado y estaba molesta. Pero lo más grande de todo, le conté como había ahorrado todo mi dinero y le pagué a un nerd de la escuela para que arreglara mi promedio en el sistema informático, pues así tendría una mejor oportunidad de recibir una beca.

Era una farsa y un mentiroso que no pertenecía a aquí. Y ahora ella lo sabía. Si quisiera, podría hacer que todos lo demás también lo supieran. Podría arruinarme.

No tenía idea de por qué me incriminé a mí mismo de esa manera. Ella podía haber ido a la administración y denunciarme. Pero mis transgresiones me recordaron inquietamente al jodido personaje de Gatsby en su libro y como él había engañado y mentido para conseguir todo por la mujer que amaba. Hice lo mismo, solo que por las tres personas que más amaba en el mundo.

¿Y todo lo que Kavanagh tenía que decir sobre esto era mucho mejor?

Jesús. ¿Qué significaba eso? ¿Iba a mantener mi secreto? ¿Iba a usarlo como chantaje en mi contra? ¿Iba siquiera a mencionármelo?

Volví a la primera página y miré la nota que me dio. Tenía la sensación de que no habría escrito una A si tuviese la idea de sacarme de Ellamore. Podría haberle llevado el artículo directo a su amargado jefe. Pero me *había* dado una A. Y me había devuelto la evidencia.

Exhalé, y por fin, los músculos en mi estómago se relajaron.

Mierda. Me estaba dando otra oportunidad. Me hallaba de vuelta en el juego y en realidad me sentía bien por primera vez en todo el semestre sobre la posibilidad de que podría tener éxito en todo esto.



A la mañana siguiente aún flotaba por la emoción de esa maravillosa nota, cuando vi al entrenador Jacobi en el salón de entrenamiento.

—¡Oye, Gam! —gritó en su vibrante voz de entrenador—. ¿Cómo te fue en ese en el artículo de recuperación que escribiste para tu clase de literatura?

Me detuve e incliné hacia un lado mi cabeza. ¿Cómo diablos sabía que hablé con Kavanagh para que me dejara rehacer un artículo? —Obtuve una A —murmuré, curiosamente—. ¿Cómo sabe sobre eso? —Oh, diablos. A lo mejor Kavanagh fue con él después de todo y le dijo que había hecho trampa en mi promedio de la escuela.

Mi entrenador apenas sonrió. —¿Qué? ¿Crees que no mantengo un ojo puesto en mis jugadores estrellas? Jesús, Gamble, he estado viendo todo el semestre que tus notas bajaban en esa clase. Consideré que era hora de hablar con Frenetti, el decano del Departamento de Literatura. Me alegra ver que al fin vuelven a hacer lo que corresponde.

Mi boca se abrió. No podía jodidamente creerlo. Sabía que Kavanagh fue forzada a darme otra oportunidad por su decano, pero no había sabido... Joder, ¿por mi propio entrenador? ¿*Et tu, Jacobi?*<sup>2</sup>

Y aquí, yo pensaba que en verdad me gané esa A. Que di lo suficiente de mí para merecer una A. Pero...

A lo mejor ella trató de decirle a alguien como había hecho trampa para obtener mi beca. A lo mejor nadie la había escuchado. Quizás...

Sintiéndome de repente mal, realicé incompetentemente el resto de mis levantamientos. Si ella había sido forzada a darme una buena nota, ¿entonces que me merecía realmente en mi ensayo? ¿Había sido solo otra D?

Desde que pisé este campus, hice las cosas correctamente. Había trabajado duro para ser un buen jugador, un estudiante honesto y bueno, y un buen empleado en Forbidden. Pero si los demás mentían y hacían trampa por mí, ¿eso significaba que era incapaz de mejorar, condenado a ser un fraude por el resto de mi vida? Era aún un gran bueno para nada que solo resultaba tener un buen brazo lanzador.

---

<sup>2</sup>Expresión de traición en latín.



Traducido por Annabelle

Corregido por Sofía Belikov

“Sé quién eres y di lo que sientes, porque aquellos a los que les molesta no son importantes, y aquellos que sí son importantes, no les molesta.”

Bernard M. Baruch.

## ASPEN

El viernes por la mañana, llegué temprano al trabajo. Me gustaba leer en mi oficina antes de clases. Tranquilizaba mis nervios más que cualquier otra cosa.

Mi gran cita con Philip era mañana, lo cual me ponía jodidamente ansiosa, así que me quebré e intenté llamar a mi madre por la mañana. Se rehusó a contestar el teléfono, así que no tenía ni idea de cuál era el pronóstico de mi padre, si aún tenía las dos piernas, o qué.

Luego de darle un vistazo al currículum que quería utilizar en cada clase, dejé salir un pequeño suspiro de alivio y abrí mi lector electrónico, ansiosa de escapar en algo de jugosa ficción. Pero un golpecito en la puerta me hizo apretar los dientes.

*Necesito algo de tiempo a solas aquí, gente. ¿Por qué...?*

Todo pensamiento se congeló en mi cabeza cuando vi a Noel Gamble.

—¿Qué...? —No sabía qué decir. Simplemente abrí la boca. Su cabello se encontraba mojado y su rostro brillaba como si acabase de salir de la ducha o hubiese estado sudando profundamente. Echando una ojeada por su atlético cuerpo, noté que usaba pantalones de algodón grises, zapatos deportivos sin medias, y una camisa marrón arrugada que abrazaba su definido pecho.

Entró a mi oficina, con la mandíbula tensa y la mirada llena de ira. — Oiga, no quiero que me dé una nota que no me merezco. Luché por una A, maldición. Y quiero *habérmela* ganado.

Mi boca se abrió de par en par. —¿Qué...? —dije de nuevo, luego sacudí la cabeza. *Decoro, Aspen*. Luego de un profundo respiro, lo intenté de nuevo—: ¿Qué le hace pensar que *no* se la ganó?

—Porque acabo de venir de levantar pesas y mi entrenador me dijo que se quejó con su decano. Y recuerdo que ese tipo estaba en su oficina cuando vine a hablar con usted la semana pasada. Creí haberle dicho que no quería ningún tratamiento especial simplemente porque...

—Y no lo traté diferente. —Fruncí el ceño al caer en cuenta de lo que me decía. Por supuesto, vino a discutir conmigo por una A. Solo Noel Gamble haría algo así—. Lo lamento, señor Gamble, pero en todo caso, fui aun más severa en la evaluación debido a eso. Créame, se *ganó* la nota.

Dejó salir una amarga risotada y se giró para introducir una mano por los mechones de su cabello. —¿Por qué me cuesta tanto creer eso?

—No tengo idea. —Me levanté y apoyé las manos sobre mis caderas, fulminándolo con la mirada—. Tal vez sea porque es un individuo terco, desconfiado y despiadado. —Se giró de nuevo para mirarme con sorpresa.

Arqué una ceja. —Y para su información, no disfruté para nada que mi jefe me llamara la atención por las notas justas que doy. Me hizo querer darle una aún peor que la anterior. Pero entonces escribió eso, y de repente, ya no tuve que preocuparme por lo que me dijo Frenetti, ya que simplemente pude haber llevado su ensayo a la junta y hacer que lo expulsaran permanentemente. No había ninguna razón para darle una A, excepto que me sorprendió por completo cuando escribió un ensayo decente. Me demostró lo mucho que está dispuesto a hacer para lograr sus metas, y decidí no quitarle eso. Así que simplemente tendrá que aceptar el hecho de que soy una profesora tan asombrosa e increíble que pude atravesar su cráneo en la única reunión que tuvimos, y que milagrosamente le enseñó el significado del análisis de la literatura. ¿Entendido?

Parpadeó. Cuando no cambié mi expresión, parpadeó un par de veces más hasta que su rostro se suavizó. Luego de soltar un suspiro, sacudió la cabeza y se echó para atrás. Con la mirada llena de preguntas, murmuró—: En serio cree que me enseñó así de bien, ¿eh?

Levanté la barbilla, obstinada. —Oh, sé que lo hice.

Una sonrisa apareció en sus labios. Luego soltó un bufido divertido. — Bueno, está bien entonces. Si dice que fue una A verdadera, no lo discutiré.

—¿Quiere decir, como lo estuvo haciendo durante los últimos cinco minutos?

—Sí. —Esta vez, su sonrisa fue un destello brillante.

Me hizo cosas que estaría completamente mortificada de admitir en voz alta. Pero mi cuerpo continuó respondiendo, sin importar cuánto le ordenara que se calmara.

—De acuerdo, entonces. —Asintió y se giró para marcharse.

Sorprendida de que se fuese a desvanecer tan abruptamente como había aparecido, entré en pánico. No quería que ya se fuera. Mi cerebro se revolvió en busca de algún motivo para que se quedara. Había muchísimas cosas que sabía que debía decir, pero en vez de eso, solté—: Y para futura referencia, puede que quiera investigar lo que significa demasiada información.

Cuando se giró, me encogí un poco. No esperaba que eso lo detuviese en seco, pero estuve perversamente satisfecha cuando lo hizo.

—Si lo recuerda bien —murmuró, acercándose hasta mi escritorio y poniendo las manos encima para así poder inclinarse y mirarme directo a los ojos—, intenté que me lo devolviera.

Con un pequeño asentimiento, logré encontrar su mirada con lo que esperaba fuese una expresión indiferente. —Y debí haberlo devuelto. Pero me alegra no haberlo hecho.

Me hundí en el asiento, intentando poner mi atención en el salvapantallas de la computadora. Pero en todo lo que podía enfocarme era en el hombre al otro lado de mi escritorio.

Me sorprendió cuando se sentó en la silla frente a mí, con la mirada alerta y llena de curiosidad. Me senté derecha, mirando de la silla hasta su rostro. —¿Eso qué significa? —demandó.

Mierda, me había expuesto demasiado al decir eso, ¿cierto? —Yo... yo... nada. Siento haber dicho eso. No debí hacerlo.

—Pero lo hizo. Ahora dígame. —Su puño se deslizó de la mesa, y luego lo llevó hasta su boca. Por encima de sus nudillos blancos, me miró con... ¿preocupación?

No. No podría preocuparle mi opinión. Seguramente no. Ya le dije que no lo iba a delatar.

—Se lo aseguro, no hay nada que decir. —Mi voz era suave, como queriendo reconfortarlo. Pero no quería reconfortarlo. ¿Cierto?

Su garganta se movió al tragar. Luego bajó la mano, y su lengua mojó nerviosamente sus labios.

—Usted... —Se detuvo y bajó la mirada a sus manos, que se flexionaban y relajaban sobre sus piernas. Con una suave y nerviosa risa, levantó su rostro solo para retirar la mirada hacia uno de mis librerías—. ¿En verdad no va a delatarme? Eso es simplemente... —Volvió a mirarme, con una expresión confusa y a la vez llena de esperanza—. Pudo haberse deshecho de mí para siempre.

—Sí —dije—. Pero no lo hice.

Se inclinó hacia mí, con la mirada llena de curiosidad. —¿Por qué no?

—Se... se lo acabo de decir.

Sus cejas se fruncieron. —¿Porque le impresionó lo bien que hice mi ensayo? *¿Eso es todo?*

Aclarándome la garganta con discreción, retiré la mirada, deseando no sentirme como un insecto debajo del lente de un microscopio. —Bueno... en su mayoría —contesté evasivamente.

—Entonces, ¿por qué otra razón? —Su voz era irresistible. Tenía que devolverle la jugada antes de que soltara algo embarazoso.

—¿Por qué me dijo algo así? —pregunté, pero podía ver en su rostro la respuesta. Había leído suficientes libros de asesinos seriales como para saber que a veces las personas simplemente necesitaban confesar lo que hicieron, quitarse ese peso de los hombros.

Pero, ¿por qué Noel Gamble me contó sus secretos a *mí*?

Sacudiendo la cabeza, me lanzó una mirada que me hizo saber que no estaba demasiado seguro de por qué me eligió a mí. —No... —Cerró los ojos—. Me desafió. Me dijo que encontrara algo que tuviese en común con alguien en el libro. Y lo hice.

Asentí, con la mente abrumada por lo que ocurría aquí, entre nosotros. —Sí, definitivamente lo hizo. Y me tendió pruebas escritas de que entró a esta universidad con puros engaños.

—Y usted me devolvió esas pruebas —contrarrestó, con la voz baja, y sus ojos azules llenos de alerta.

Era cierto. Se las devolví sin decirle a un alma lo que había escrito. —¿Cuánto alteró el promedio?

Suspiró. —Cuatro décimas de un porcentaje. Solo lo suficiente para obtener la beca.

Le creí. Había revisado sus expedientes y pude ver que tenía el promedio mínimo para obtener la beca. Pudo haberse colocado una nota máxima, pero lo mantuvo humildemente bajo. Para ser un estafador, se mantuvo sorprendentemente honesto.

Esa fue otra pequeña pero insignificante razón por la que no le dije nada a nadie.

Sus ojos azules me miraban, recordándome la otra razón, la más grande, por la que había guardado silencio.

Sacudió la cabeza. —No he... se lo juro, no he hecho nada como eso desde que entré aquí. En Ellamore, todo lo que he obtenido ha sido mío. Al cien por ciento. —Su sonrisa era auto-burlona—. Incluso esos ensayos en los que obtuve D.



Descansé las manos sobre mis piernas, ya que habían comenzado a temblar. Querían volar hasta él y calmarlo, asegurarle que nunca haría nada que perjudicara su educación aquí. Nunca podría lastimarlo. Al igual que él, quería que fuese exitoso. Quería que fuese capaz de escapar de su antigua vida, y ayudarlo a sacar a sus hermanos de allí también.

—Le creo —dije—. Por eso es que no he dicho nada.

Dejó salir un suspiro. —Gracias. No tiene idea de lo que esto significa para mí. No soy... no estoy acostumbrado a obtener segundas oportunidades.

—Lo sé. Leí su ensayo, ¿recuerda? —Quise hacer una broma, pero hizo una mueca.

—Sí, lo leyó, ¿no es cierto? Jesús, probablemente ahora piensa que soy un pedazo de mierda estúpido y pobre.

Aliviada de que no estuviese mirándome, parpadeé repetitivamente ante la amenaza de las lágrimas que ardían en mis ojos. Dios, quería abrazarlo con tanta fuerza. ¿Qué había pasado con la estrella de fútbol americano con el ego inflado que siempre veía en él? Además de que mantuviese la boca cerrada con respecto a su engaño, ¿por qué le preocupaba tanto lo que yo pensara de él como persona? Aparte de ser su odiosa profesora de literatura, no era nadie para él.

Obviamente no dejaba que muchas personas supieran estas cosas. La forma tan insistente en que intentó quitarme su ensayo, incluso antes de poder leerlo, era prueba de ello. Y aun así, me permitió entrar a mí. Me enseñó el verdadero Noel Gamble, algo que no le mostraba a cualquiera.

Halagada de haber recibido semejante regalo y a la vez aterrorizada de poder manejar la fragilidad detrás de todo, respiré profundo antes de murmurar—: Eso es lo último que pensé. De hecho, ni siquiera entró en la lista de todo lo que pensé.

Su mirada me examinó, y me sentí electrocutada. Santo Dios, pero la esperanza brillando en sus ojos me introdujo en una burbuja donde no existía nada más que él y yo.

—Entonces, ¿qué pensó?

Mis mejillas se sonrojaron. No había forma de que le dijera lo que en verdad había pensado. Sin importar qué, no podía enterarse del enorme enamoramiento que tenía por él. Así que solté algo aún peor—: Pensé en lo idiota que fui.

Noel parpadeó. —¿Ah?

Maldición. Ahora tenía que mirar hacia otro lado y estudiar mis librerías mientras renuentemente, admitía—: Lo juzgué demasiado rápido al comenzar el semestre y preconcebí opiniones que no debí haber hecho, basadas en mi propio pasado. Al leer su ensayo me di cuenta de lo totalmente equivocada que estaba. No lo culpo para nada de lo que tuvo que hacer para salvarse a usted, a

sus hermanos. Todo este tiempo, lo miré como del tipo indiferente, arrogante, egocéntrico, que creía que el mundo debía revolve a su alrededor. Creí que sería fanfarrón, presumido y... y cruel.

Ladeó la cabeza. —¿Cruel?

Rascándome detrás de la oreja, sin siquiera tocarla, y al mismo tiempo pensando en el mariscal de campo cruel de mis años de secundaria, aclaré mi garganta. —El punto es que me sorprendió completamente. Tiene la valentía de arriesgar todo por las personas que ama. Proviene de una increíblemente difícil... niñez, y al mismo tiempo tomó la responsabilidad de sus hermanos menores, y aun así, pudo lograr tantas cosas. Todo el ensayo fue totalmente desgarrador e inspirador. Fue brillante, y necesité toda una caja de pañuelos al leerlo.

Coloqué las manos sobre el escritorio, esperando poder detener de alguna forma todo el vómito de palabras que salían de mi boca. Para mi completo horror, siguieron saliendo.

—No pude dejar de pensar en ello, con la esperanza de que ese hombre tan increíble del que leí lograra cumplir todas sus metas y encontrara satisfacción en su vida. Además, en verdad espero que pueda sacar a su familia de ese lugar tan horrible. Y en serio necesito callarme ya porque esto es completamente vergonzoso, y nunca en mi vida le he dicho nada tan poco profesional a un estudiante. Y si sabe lo que le conviene, se levantará y...

Noel estiró una mano y la colocó sobre el mesón junto a la mía. Ni siquiera me tocó —había un buen centímetro entre nosotros— pero se sintió como si acabase de cubrir mis dedos con los suyos, transmitiéndome vida.

Efectivamente detuvo el flujo de palabras.

—Gracias —dijo. Eso fue todo. Un simple *gracias* y casi me pongo a llorar. Mis pestañas se movían como locas y todo mi rostro se encontraba encendido; me sorprendía no haber activado los detectores de humo.

Cuando se inclinó hacia mí, me mecí hacia adelante hasta que ambos estuvimos lo suficientemente cerca para encontrarnos en el medio.

Se detuvo a menos de treinta centímetros. —¿Qué estoy haciendo? —murmuró en voz alta para sí mismo.

Me encontraba haciéndome la misma pregunta. ¿Por qué me acerqué tanto? Contestándole de la misma manera, dije—: No lo sé. ¿Qué está haciendo?

Se echó hacia atrás, quitando la mano del escritorio. Empuñó los dedos y los llevó de nuevo hasta su boca, con la expresión llena de sorpresa y pavor mientras me miraba intensamente. Luego parpadeó, sacudió la cabeza y dijo rápidamente—: Lo lamento.

Ya que me hallaba en completa negación ante el hecho de que siquiera haya contemplado la idea de besarme, arqueé las cejas. —¿Por qué?

—Por nada —dijo de inmediato. Apretó los costados de su silla, todavía mirándome fijamente—. Ya tengo que irme.

Levantándose rápidamente, se giró y salió corriendo. Pero entonces se detuvo en mi pizarrón de citas. Luego de rebuscar en sus bolsillos, sacó un pedazo doblado de papel. Sin abrirlo, sacó una tachuela del corcho y pegó su nota en el centro. Luego se fue, y la entrada por la que había desaparecido ahora lucía extremadamente vacía.

Un nanosegundo después, miré estupefacta las palabras que escribió en una letra oscura y despreocupada.

“Los mejores alumnos usualmente no son las personas más sabias.” Geoffrey  
Chaucer.

Un segundo después, sacudí la cabeza y sonreí. —*Touché*, señor Gamble. *Touché*.

Alumno de literatura o no, acababa de cometer un error enorme; le había demostrado a Noel Gamble lo mucho que me afectaba.

Aún me encontraba un poco afectada para el momento en que volví a mi silla. Miré mi lector pero no pude hacer que mi mano abriera de nuevo la historia que había estado leyendo. En todo lo que podía pensar era en...

Mi teléfono de oficina sonó.

Contesté sin prestar atención a lo que hacía.

—Hola. —Una alegre voz masculina entró por mis oídos—. ¿Todavía saldremos mañana por la noche?

—¿Qué? —Sacudí la cabeza—. ¿Quién es?

—Es, uh... Philip. Philip Chaplain... del...

—Oh, por Dios. Lo lamento. Por supuesto. —¿Quién más podría ser? No era como si tuviese una vida social muy activa—. No estaba pensando. Por favor, discúlpame. Tengo puesto el cerebro del viernes.

Me dio una risa insegura. —Está bien. Ha sido una larga semana.

Ni que lo diga. —Sí, es cierto.

—Oye, sobre mañana... —Cuando se detuvo, supe que me iba a cancelar. Maldición. Esto tenía que ser un récord; alejé a mi cita incluso antes de salir.

—Surgió algo... —*Síp, lo sabía. Algo sucedió... es inevitable... quizá algún otro día... bla, bla, bla. Aún podemos ser amigos. No me llames, yo te llamaré—*. Así que, ¿crees que podríamos encontrarnos allí, digamos a las siete treinta?

Me tomó un momento darme cuenta de lo que me preguntaba. Había estado esperando la cancelación usual. El que “*nos encontremos allí*” me tomó por completo de sorpresa.

—¡Oh! Uh... seguro. Espera, ¿dónde nos encontraremos exactamente?

—El Club Nocturno Forbidden. Está en la segunda entre Grand y Admiral. Es un lugar enorme. Tienen bebidas increíbles. Creo que te gustará.

Nunca antes estuve allí, ni siquiera había escuchado de ese lugar, y los clubes sin duda no eran lo mío. Pero dije que sí porque ya había comprado un vestido para la ocasión, y quería —no, *necesitaba*— una razón para sacar de mi mente a cierto estudiante. —Eso suena genial. Te veré allí.



Traducido por Miry GPE

Corregido por Itxi

“Pocas personas se atreven hoy en día a decir que dos seres se han enamorado porque se han mirado el uno al otro. Sin embargo, es de esta manera que comienza el amor, y de esta manera solamente...”

Victor Hugo, *Los Miserables*.

## NOEL

El club se encontraba más lleno de lo habitual. Con una toalla blanca sequé el sudor de mi frente mientras miraba el enjambre de cuerpos que inundaban el otro lado de la barra.

Cuando una camarera apareció con una bandeja redonda llena de botellas vacías, levanté mi barbilla a modo de saludo. —¿Alguna buena propina esta noche?

—Oh, sí. —Movié las cejas antes de tirar los envases vacíos en el cercano contenedor de basura. El familiar tintineo y el quiebre de cristales casi me consoló porque había llegado a ser tan común. Pero ése era el único consuelo que sentí esta noche.

Debía tener la noche libre, sin embargo en los últimos nueve días desde que renunciaron los gemelos, había estado atrapado detrás de la barra del Forbidden todos esos putos días. Planeé reunirme con Tianna y su amiga Marci en la fiesta de la fraternidad de esta noche, para un esperado trío. Pasaron casi seis semanas desde que estuve dentro de una mujer. Ese fue un gran período de sequía para mí.

Tal vez fue lo que me hizo pensar en cosas sucias sobre mi profesora de inglés. Últimamente, he pensado en ella justo antes de irme a dormir. Cuando mi cabeza se encontraba recostada en la almohada y mis ojos acababan de cerrarse, era cuando ella llegaba vacilante a mi subconsciente hasta que tenía oficialmente más de un sueño húmedo sobre ella.

Seguía sin poder creer que casi la besé en su oficina ayer por la mañana. Tenía que ser lo más vergonzoso y horripilante que jamás había hecho.

Era imposible decir si ella se hizo la tonta después, o si honestamente no tenía ni idea de lo cerca que estuve de inclinarme y devorar su boca. Agradecía que no hiciera un problema de eso.

Pero añadía una razón más por la que *realmente* necesitaba encontrar una mujer para una agradable y satisfactoria liberación. Y pronto. Excepto que, Jessie, maldita sea, justo tuvo que llamarme para venir a trabajar. Con Ten fuera de la ciudad visitando a su familia y el chico nuevo, Lowe, haciendo una cosa u otra con su novia, nos dejaba con Pick trabajando involuntariamente en nuestra noche libre.

—¿Qué te daremos, cariño? —preguntó Pick a la camarera cuando ella apoyó los codos contra la barra y tomó una respiración profunda y vigorizante como si también necesitara un día libre.

—Necesito un ron doble con cola y dos botellas de cerveza Coors. Y tomaré valium si tienes uno.

—Ah, no puede ser tan malo. —Pick se inclinó sobre el mostrador para masajear las sienes de la camarera mientras cogía un vaso para preparar su pedido.

Me reí entre dientes. —Sí, deberías trabajar en la noche de mujeres por nosotros alguna vez. *Entonces* te escucharé hablar acerca de un mal turno.

Me lanzó una mirada sucia solo para cerrar los ojos y gemir cuando Pick tocó una zona sensible. Sacudiendo mi cabeza por la forma en que sin esfuerzo él siempre hacía suspirar a las chicas, puse el ron con cola en una servilleta de cóctel y cogí las cervezas de la nevera.

Sosteniendo el cuello de las dos botellas en una mano mientras quitaba las tapas con un abridor, miré hacia Pick y la camarera justo cuando una mujer cruzó mi línea de visión entre las personas detrás de ellos. Apenas alcancé a ver su perfil, pero fue suficiente para estirar el cuello un poco más y tratar de verla de nuevo.

Ella usaba un vestido oscuro, sin espalda, cuya falda se ensanchaba desde su diminuta cintura y terminaba justo por encima de las rodillas. Sus delgados y delicados hombros eran color crema pálido y atractivos. Y su pelo... guau, su pelo era oscuro, pero no negro. Tal vez un profundo caoba con toques de marrón. Lo había peinado con raya a un lado y lo juntó en un rizo suelto, mientras que el otro lado lo dejó cayendo por su espalda.

Me encantaba cuando las mujeres hacían eso, dejando un lado todo misterioso y escondido bajo una recompensa de ricos rizados, mientras que la otra mitad me tentó con una vista abierta de carne desnuda. Siempre quise hacerlos a un lado e inclinar la cabeza para besar el hombro descubierto

mientras sumergía mis dedos por la parte que fluía libre para acariciar lo que se ocultaba debajo. Lo mejor de ambos mundos.

Y con esta dama que llevaba un vestido sin espalda, mi mente ya desenterraba visiones de cómo podría simplemente seguir besando, haciendo un camino hacia abajo, hasta esos hoyuelos gemelos en la parte superior de su trasero.

Me estremecí por el repentino peso que ajustaba mis pantalones y puse a ciegas las dos botellas en la bandeja en espera al lado de Pick.

—Gracias, Noel —gritó la camarera mientras me alejaba. Ni siquiera le respondí cuando me incliné un poco más sobre la barra para escudriñar en la multitud.

*Maldita sea. ¿Dónde había ido?*

—Oye, ¿podemos conseguir un screaming orgasm por aquí?

Rechinando los dientes, me giré hacia tres chicas que me hacían señas. Todas se hallaban escasamente vestidas y sexys, pero seguía tentado a buscar a la mujer con el vestido negro.

Controlándome, sacudí la cabeza para liberarla de pequeños vestidos negros y regresar a mis deberes. Sonriendo amablemente a las tres, bajé el timbre de mi voz. —Claro que sí. ¿Quién quiere gritar primero?

Rieron y se inclinaron más cerca, apoyándose en la barra para dejarme ver por debajo de las tres blusas. Una de ellas no usaba sostén. Grandioso.

Senos-libres rió. —Nos referíamos a la bebida.

—Oh, oh. —Apoyé la mano en mi frente, fingiendo vergüenza—. Tonto de mi parte. Por supuesto que se referían a eso. Bueno, también pueden tener algunos de esos. —Le guiñé un ojo—. Ya vuelvo.

Pick se acercó furtivamente a mi lado mientras preparaba la primera mezcla para ellas. —¿Seguro que puedes manejar a esas tres encantadoras dulzuras, compañero? —preguntó, insinuando el doble sentido cuando movió sus cejas, haciendo que el arete de plata destellara bajo las tenues luces del techo.

Bufé. —Confía en mí. Puedo con esto.

Se rió entre dientes, pero dio un paso atrás para ayudar a un tipo que se acercó para ordenar. Regresé con las chicas y les pasé sus bebidas. Pagaron en efectivo, y cuando metieron un par de billetes extra en mi tarro de propina, mi sonrisa se hizo un poco más ancha. —Gracias.

—Oye, ¿acaso no eres Noel Gamble, el mariscal de campo de ESU? —La más alta del grupo finalmente tuvo el coraje de preguntar.

—Sip. Ese soy yo. —Siempre encantado cuando alguien reconocía mi cara por algo bueno, apoyé los codos sobre la barra mientras me inclinaba hacia ellas—. ¿Me han visto jugar, señoritas?

Dos negaron con la cabeza, mientras que la tercera, no muy en voz baja, dijo—: Me encantaría verte *jugar*.

La sonrisa que le envié prácticamente decía: *en cualquier momento, cariño*; aunque, sinceramente, mi mente todavía se hallaba en “vestido negro”. Pero flirtear me daba más dinero, así que seguí flirteando.

—¿Cuándo sales de trabajar? —preguntó otra.

Abrí la boca para responder con otra respuesta pícaro que esperaba pudiera traerme más dinero cuando vi a alguien acercarse a la barra y sentarse en un taburete al otro extremo. Miré por encima y casi tragué mi lengua cuando la vi. Su pelo oscuro magnífico caía sobre un hombro, y ese vestido negro brillaba ligeramente con las luces del techo.

—Discúlpenme —murmuré y abandoné a las tres chicas universitarias para acercarme a mi dama misteriosa. Nada me impediría que al menos obtuviera su número.

Pero Pick se me adelantó yendo hacia ella. Agarré su brazo y tiré hacia atrás, haciéndole perder el equilibrio.

—¿Qué demonios? —dijo, tropezando contra mí.

—He cambiado de opinión. Puedes quedarte con las tres. La quiero a ella.

Se rió y volvió a mirar a la mujer que se hallaba ocupada con la cabeza inclinada, buscando algo en su bolso de mano a juego con la tela de su vestido. Cuando él volvió a mirar hacia las chicas coquetas, una lenta sonrisa se extendió por su cara.

—Bueno, diablos, Gamble. Creo que es la primera vez que has preferido la calidad sobre la cantidad. Estoy impresionado.

—Solo ve a ocuparte de las cabezas huecas. —Lo empujé hacia las tres que se seguían esperando en el bar.

Se rió de mi fijación obvia con la mujer sola, pero obedeció, caminando lentamente hacia el trío.

Tomé una respiración profunda, un poco ansioso por la primera impresión que le daría, y caminé hacia ella. No notó mi aproximación, lo cual me dio un momento para planear mi estrategia.

Al final, me decidí por lo simple.

—¿Qué puedo hacer por ti? —pregunté, poniendo mis manos en el borde de la barra y flexioné mis brazos porque sabía muy bien que al hacer eso, mis músculos se abultaban a través de mi camisa. Dejé que mi sonrisa comenzara a



extenderse mientras ella levantaba su rostro. Las chicas siempre afirmaron que mi sonrisa les gustaba tanto como lo hacían mis bíceps.

Ella levantó la vista, y contuve la respiración, esperando el momento en que nuestros ojos conectaran. Una sacudida pasó a través de mí. Esperé una cara bonita, y joder, no me decepcionó. Pero la emoción desolada que vi en un par de ojos verdes me tomó por sorpresa. Se hallaban muy abiertos y delineados con algo de maquillaje oscuro que la hacía lucir totalmente sexy y apetecible. Pero muy, muy triste. Mis instintos protectores se pusieron en marcha, listos para destrozarse a quien la había herido.

Entonces miré su boca. Sus labios maduros, comestibles y con forma divina, al igual que... espera un segundo. Conocía esos labios. Eran demasiado familiares, incluso cuando se separaron por la sorpresa.

—Santa mierda. —Me aparté, fijando mi mirada de nuevo en sus ojos y luego, a su cara para obtener toda la imagen.

La maldita mujer ardiente era mi maldita profesora de inglés ardiente.

Boquiabierto, no podría haber contenido mi sorpresa ni aunque lo intentara.

—¿Dra. *Kavanagh*?

¿Qué. Diablos? Esto no podía estar pasando. No podía estar pasando, en absoluto. Había anhelado a una mujer que me ayudara a sacar de mi mente a mi maestra. ¿Y el universo me la envía usando un ardiente vestido negro? Increíble.

Me hallaba cabreado de inmediato por dos razones. Esto no me ayudaba a superar mi obsesión. Y la misteriosa mujer que podría haberme ayudado a hacerlo, resultó ser tan prohibida como lo era ella, porque eran la misma. Entrecerré los ojos y apreté los dientes. Bueno, esto era simplemente genial.



“Me pregunté si él se daba cuenta que la forma en que me miraba era mucho más íntima de lo que jamás podría ser si me tocara.”

Maggie Stiefvater, *Shiver*.

## ASPEN

Me plantaron. No hablé con Philip desde el día anterior, cuando volvimos a organizar la cita, pero pensé que seguía en pie.

Oh, cuánto me equivocaba.

Pero ya me encontraba aquí, así que me quedé y seguí buscándolo. No quería ser una perdedora lamentable e irme a casa sola, con el vestido más bonito y más sexy que tenía, para enfurruñarme en el sofá mientras comía bombones y veía repeticiones de mi único y verdadero amor, Damon en *The Vampire Diaries*. Quería que mi maldita cita apareciera.

Así que, vagué entre grupos de amigos de fiesta, sintiéndome sola y abandonada. Incómoda por hallarme rodeada de tantos universitarios, me pregunté por qué Philip eligió este lugar. ¿No quería descansar de la multitud?

Gracias a Dios, aún ninguno me reconoció como su profesora de inglés, pero ciertamente reconocí a algunos de ellos. O tal vez debería decir que nadie me reconoció hasta que finalmente me acerqué a la barra, después de buscar por el lugar a Philip durante los últimos cuarenta y cinco minutos.

Los ojos de uno de mis estudiantes se abrieron en conmoción y pronunció—: ¿Dra. *Kavanagh*? —Miré boquiabierta hacia la estrella de fútbol, decidiendo que Joseph Conrad fue un genio al escribir “*El Corazón de las Tinieblas*” y se inventara la frase: ¡*El horror, el horror!* Porque así fue como me sentí. Absolutamente horrorizada.

El mejor modo para hacer de mi noche un infierno: incluir a Noel Gamble en la mezcla cuando fui plantada en una cita.

Gemí soltando un poco de lloriqueo en voz baja, preguntándome que hice para que el karma me pateara en los pechos así. Si Philip aparecía ahora, no sería capaz de concentrarme en él porque Noel lucía increíble en esa camisa negra ajustada. Y sus brazos eran tan abultados...

¡Mmm, rico!

¿Por qué, de todos los lugares, tenía que trabajar *aquí*?

Aclarando mi garganta, enderecé los hombros y traté de pretender que era perfectamente normal para mí estar aquí, vestida con la ropa más reveladora que poseía, y disfrutando un poco de alcohol potente para aliviar mis nervios alterados.

—S-sí. T... tomaré una cerveza Bud Light Lime. —Ya está. Sonó bastante... bien. Mujer normal ordenando una bebida a un camarero normal... quien daba la casualidad era el protagonista en todos los sueños sucios que tuve la semana pasada.

Me miró boquiabierto un segundo de más, luego sacudió la cabeza y débilmente repitió—: Bud Light Lime. —Como si fuera una grabadora. Pero tan pronto como las palabras parecieron ser absorbidas por su cerebro, frunció el ceño y soltó un bufido—. ¿Una Bud Light Lime? ¿En serio?

—¿Qué? —Frunci el ceño, curiosa por el veneno en su voz.

Se encogió de hombros. —No lo sé. Solo pensé que sería más del tipo que ordenaba champán rosado en una copa. —Pestañeó un par de veces para completar su burla.

Su desprecio me impactó. Hubiera pensado que me despreciaría mucho menos en este momento. Por fin le di una A. Le aseguré que guardaría su secreto. Incluso fingí no darme cuenta cuando casi me besó. Dolía darme cuenta que *todavía* pensaba en mí como la perra del siglo.

—Bueno, no lo soy —murmuré, tratando de ocultar el dolor—. ¿Puedo tener una Bud Light Lime o tengo que ir a otro lugar para una bebida?

—No, no hay necesidad de irse. Puedo traérsela. —Una sonrisa torció sus labios, y sus ojos se endurecieron—. Identificación, por favor.

Cuando estiró su brazo, quedé boquiabierta a su palma extendida. —¿Es broma?

Su expresión brillaba con malvado deleite mientras lentamente negó con la cabeza. —No, señora. No bromeo. El que los menores de edad consuman alcohol es un asunto serio, y nosotros aquí, en Forbidden, no permitimos ese tipo de actividad.

Murmurando en voz baja, furiosa, abrí el broche de mi bolso y comencé a buscar en su interior. —Te estás desquitando con esto, ¿no es así, Gamble? —Arranqué mi licencia de conducir y la empujé hacia él.

—No tiene ni idea —murmuró mientras tomaba el plástico de mis dedos antes de bajar la mirada. Un segundo después, su frente se arrugó—. Aspen, ¿eh?

Cruzando los brazos sobre mi pecho, frunci el ceño. —Es correcto. ¿Qué pasa con eso?

Noel negó con la cabeza. —Nada. No sabía su nombre.

Apreté los dientes y le tendí la mano. —¿Ahora puedo recuperar mi identificación? ¿Noel?

Él la apartó de mí y sacudió la cabeza. —Un momento. Todavía tengo que comprobar su edad. —Cuando su mirada parpadeó a mi fecha de nacimiento,

su mandíbula cayó abierta—. Santa mierda, ¿solo tiene veintitrés? —Levantó su rostro—. ¿Cómo demonios es que tiene un doctorado a los *veintitrés*?

Suspiré y quité impaciente un poco de cabello de mis ojos. —Vamos a ver. Me gradué de la escuela preparatoria a los quince, obtuve mi licenciatura a los dieciocho, mi maestría a los veinte, y recibí mi doctorado como una de las mejores de mi clase el *año pasado*. Suma todo, y eso me hace de... ya sabes, veintitrés.

Sacudiendo la cabeza lentamente hacia adelante y hacia atrás, se quedó boquiabierto. —Bueno, mierda. ¿Graduada en la escuela preparatoria a los *quince*? Joder, debí haber sabido que era una de esas extrañas niñas genio —dijo luego entre dientes con un bufido burlón.

—También estoy sedienta. —Me incliné hacia delante y tomé mi licencia de conducir de su mano—. ¿Qué hay de esa bebida?

—Por supuesto, *profesora*. —Su voz era despectiva mientras se giraba y se alejaba. Miré detrás de él, molesta al darme cuenta que todo lo que pensé que compartimos ayer debió haber sido nada más que producto de mi imaginación. Y sin embargo, no me hallaba lo bastante molesta como para no comerme con los ojos su trasero apretado en esos pantalones vaqueros azules.

En serio. Guau.

Obligándome a mirar hacia otro lado, abrí mi bolso y fingí buscar algo, aunque ya tenía mi dinero listo para pagar antes de que siquiera viera quién se encontraba detrás del mostrador.

—Tome. —Su voz no era muy educada al colocar una botella abierta en la barra delante de mí.

—Gracias. —Le di un asentimiento regio y tomé un tentativo sorbo.

Después de que pagué permaneció frente a mí, viéndome beber. Su postura se cernía como si no pudiera esperar a que me fuera, pero sus ojos... Oh Dios, sus ojos.

Poniendo cálida bajo su mirada directa, miré a nuestro alrededor, esperando decir algo que al menos, lo hiciera mirar hacia otro lado, porque su atención cautivada hizo que la parte interna de mis muslos cosquilleara. Un lento ardor se esparció desde la boca de mi estómago, hacia la punta de los dedos de mis pies. —No sabía que trabajabas aquí.

—Eh. —Sus labios se torcieron con desprecio incluso aunque sus ojos siguieron devorándome—. Quiere decir que, ¿hubo algo que olvidé mencionar en mi ensayo?

Sonreí a pesar de su mirada. —Aparentemente. Aunque en realidad, dijiste que trabajabas en un bar para apoyar a tus hermanos. Solo que no diste ningún nombre.

—Cierto. —Asintió lentamente, y su mirada siguió todos mis movimientos mientras tomaba otro sorbo. Cuando siguió el rastro de la botella en mi mano a mi boca, mi estómago se enredó en nudos. Tragué saliva con nerviosismo, y juro que su mirada trató de seguir el líquido bajando por mi garganta. Lo aún más perspicaz, era que su atención volvió a mis labios cuando bajé la botella. Si sus ojos tuvieran lengua, él la habría pasado por mi boca y bajado hacia mi barbilla, sobre mi garganta hasta justo entre mis pechos... y de regreso.

—No puedo creer que solo sea dos años mayor que yo.

El comentario me sorprendió tanto, que derramé un poco de cerveza por mi barbilla en mi siguiente trago. Moviéndome rápidamente, me limpié con el dorso de la mano, a pesar de que él vio todo el asunto, y me aclaré la garganta. —¿Por qué? ¿De cuántos años me veo?

Sus labios se inclinaron hacia arriba con diversión. —Diecinueve. Pero ese no es el punto.

—Entonces, ¿cuál es el punto? —Aparté la mirada más allá, ansiosa por encontrarme atrapada bajo su lectura directa.

Inclinándose cerca, bajó la voz. —En clase te comportas más como si tuvieras cincuenta.

Me volví hacia él para estudiarlo. Ojos azul pálido brillaron con una emoción que no podía nombrar, pero solo se limitó a regresarme la mirada; el desafío allí me ordenó devolver el fuego y llegar a algún tipo de réplica.

—Guau —dije, encogiéndome internamente porque pude detectar un temblor en mi voz mientras traté de hacer que mi tono sonara seco y poco impresionado como el que tenía él—. Debes encantar a todas las mujeres con ese tipo de halagos.

Solo se rió entre dientes. —Apuesto a que tengo más sexo que ustedd. — Y ahora incluso sus palabras me retaron a un duelo con él.

Con un rodar de ojos, me reí y enderecé los hombros, poniendo más espacio entre nosotros. —No diría que eso es algo para presumir.

No podía creer que le contesté de esa manera. Debí sentirme ofendida y haberle gritado por estar fuera de lugar con ese comentario poco profesional a su profesora. De hecho, aún debería gritarle por eso. Sí. Sí, creo que lo haría.

Pero tan pronto como abrí la boca, lo llamó otro cliente. Siguió sosteniendo mi mirada mientras levantaba una mano hacia la otra persona. Luego sonrió ligeramente hacia mí. Después pasó una mirada rápida por mi cuerpo, se volvió y se fue a atender a alguien más, dejándome privada y caliente en todos los lugares incorrectos.

# 10

Traducido por Valentine Rose

Corregido por Paltonika

“—Sabes —dijo Clary—, la mayoría de los psicólogos están de acuerdo en que la hostilidad es, en realidad, simple atracción sexual contenida.”

Cassandra Clare, *Cuidad de Hueso*.

## NOEL

Sabía que jugaba con fuego, pero no me importó. Cada vez que tenía un momento libre, me encontraba deambulando de vuelta a Aspen al final de la barra.

Aspen. Amaba su nombre. No era en absoluto lo que debería ser el serio y conservador nombre de profesor. Era inusual y único, justo como el efecto que tenía en mí. El por qué me provocaba cosas que nadie antes provocó, era algo que no conocía, pero no lo cuestionaría. Me gustaba.

Me decía a mí mismo que era solo para mantener un ojo en ella, porque ordenaba una nueva cerveza cada vez que me volteaba; casi me convencí que estar cerca era noble, o alguna mierda parecida. Pero estar más cerca de ella se sentía correcto, justo donde pertenecía. O quizá me lanzó algún tipo de hechizo. No me podía alejar lo suficiente antes de que regresara.

Peor aún, me seguía hablando cada vez que entablaba una conversación. Tenía que seguir retrocediendo. Debía hacerlo.

—No puedo decidir si ustedes van a estrangularse, o van a hacerlo justo aquí —murmuró Pick la tercera vez que me alejaba de ella por un intrépido cliente.

Levanté la mirada del vaso que sostenía bajo un grifo de cerveza que fluía. —¿A qué te refieres?

Sabía exactamente lo que quería decir. Solo esperaba que no fuera tan obvio para alguien externo.

Pick enarcó su ceja como si no pudiera creer que haya preguntado. — Siguen mirándose entre sí, y diciendo cosas que parecen un intercambio de

insultos. Pero son los malditos insultos más calientes que he visto intercambiar a dos personas. Como si cada “jódete”, fuera solo un código, que en su lugar dice “jódeme”.

*Mierda, veía exactamente como me sentía.*

La observé porque no podía evitarlo. Se volteó ligeramente de manera que podía mirar a la multitud. Pero, incluso verla hacer eso, me provocó un choque de lujuria que se propagó a través de mi cuerpo.

—Sí —murmuré distraídamente, ya que Pick no iba a la universidad y no podía saber que era una de mis profesores—. Tal vez.

Sin embargo, admitirlo en voz alta no disminuyó nada mi deseo. Después de verbalizarlo, mi cerebro pareció aceptar lo que mi cuerpo ya sabía, y solo me hizo desearla más.

Deslicé el trago rebosante al chico esperando con un billete levantado en mi dirección. —Guarda el cambio —gritó.

—Gracias. —Ni siquiera presté atención al billete. Simplemente abrí la caja registradora, y lo metí. Mi mente y cuerpo solo pudieron concentrarse en una cosa en ese instante.

Volteándome hacia ella sin que lo note, me incliné contra la barra y grité sobre la música y conmoción—: Así que, ¿qué hace en la escena universitaria, dado que obviamente está muy mayor para ser uno de nosotros; los simples estudiantes mortales que vamos a clases a un ritmo normal?

Saltó ligeramente, y giró hacia mí, electrizándome con esa increíble mirada verde. La sonrisa secreta que mostró jugó con cada posible nivel cuando se rehusó a responder mi pregunta.

Asentí, intencionadamente. —Ah. ¿Una cita, no?

Se sonrojó, estimulándome en una caliente y pesada lujuria. Jesús, su sonrojo era adictivo. Y maldita sea, ¿por qué demonios me sentía *provocado* por mi desaliñada profesora de literatura? Todo esto iba mal. Ella no debería ser permitida de usar un vestido como ese, o peinar su pelo así, o maquillar su rostro de esa manera. O lamer sus jodidos y succulentos labios, nunca, pero especialmente no después de cada trago que bebía.

Quería arrastrarla a la parte trasera, y follarla sin sentido en el débil sillón de la sala de descanso. Desde atrás. Ya podía imaginar cómo se sentiría enterrar mi rostro en ese desnudo hueco del cuello mientras quitara de un tirón la falda, y deslizaría las bragas.

Y ahora me pregunté qué tipo de bragas usaba mi desaliñada profesora de literatura.

*¿Usaba bragas?*

Dios mío.

—No dije que era una cita. —Sus hombros se enderezaron en ese modo altanero que hacía en clases. Pero, sin su anticuada chaqueta con hombreras para ocultarlo, lucían muy atractivos cuando subían con indignación. *Muy sensual*. Muy malditamente ardiente. Quería pasar mis manos por su cuerpo. Mucho.

Pero sonreí para esconder mi intensa calentura. —Ah. Así que es una noche de chicas... —Mirando alrededor suyo para asegurarme que estaba sola, agregué—: *¿Sin las chicas?*

Endureció la mandíbula, y bebió un rápido trago. Maldita sea, el modo en que su boca se frunció sobre la cima del cuello de la botella me volvía loco.

Disfrutar de cuán fácil era incomodarla provocaba que ciertas partes de mi anatomía también se hallaran muy incómodas, por lo que me incliné para apoyarme con mis antebrazos en la barra. —*¿O solo buscaba encontrar a un extraño para la noche?*

—Oh, Dios mío —jadeó, y me mostró un ceño fruncido que superaba a todos—. Es una cita, *¿de acuerdo?* Estoy aquí para reunirme con mi *cita*.

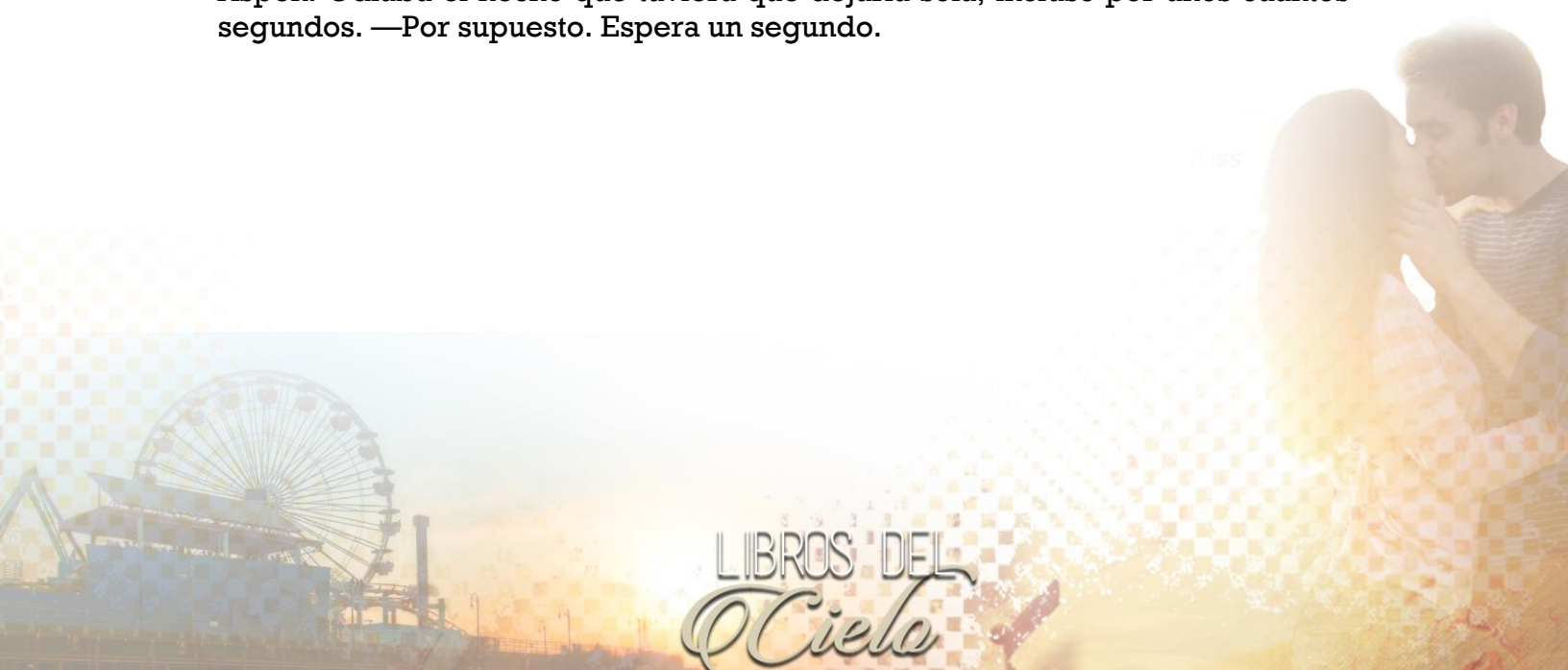
Sonreí victoriosamente, y le di un despreocupado encogimiento de hombros como si no me hiciera ninguna diferencia el por qué estaba aquí, a pesar de que al pensar en alguien más besando esa piel desnuda de su hombro me hacía querer cometer un crimen de asesinato. —*¿Cuándo se suponía que tenía que reunirse con él?*

Miró inquietamente alrededor mientras jugaba con un mechón de oscuro cabello con su dedo. —Llegué un poco temprano. Eso es todo.

Asentí. Así que el idiota llegaba tarde. *Estúpido despreciable*. Apuesto a que si supiera cómo lucía ahora mismo, hubiera estado aquí hace horas.

—Oye, *¿podemos tener un trago?*

Cuando un par de chicos universitarios movieron las manos para captar mi atención, asentí hacia ellos y me enderecé, llevando mi mirada de vuelta a Aspen. Odiaba el hecho que tuviera que dejarla sola, incluso por unos cuantos segundos. —Por supuesto. Espera un segundo.





“—Espero que sea una ingenua; eso es lo mejor que una chica puede ser en este mundo; una hermosa pequeña ingenua.”

F. Scott Fitzgerald, *El Gran Gatsby*.

## ASPEN

Seguía regresando conmigo. Sabía que no debía, pero me gustaba cada pequeña visita. Me permití soñar que él quería estar cerca de mí porque me encontraba irresistible y emocionante. Y con cada cerveza que bebía, ese sueño se filtraba en mi sistema hasta que me mareaba con él. Me deseaba.

A pesar de que atendía a una chica que parecía tener una identificación falsa, y también pechos falsos, su mirada se dirigió a la mía al final de la barra. Aceptó su pago, apenas mirándola, a pesar de que era bastante obvio que se interesaba en él. Entonces regresó... a mí. Observarlo caminar más cerca era un ajetreo.

Este era el por qué permanecí aquí. Ansiaba cada vez que se alejaba de mí, solo así podía observarlo volver.

—¿Necesita otra?

Sacudí la cabeza. —No. —Pero, tan pronto como las palabras salieron de mi boca, solté abruptamente—: Sí.

Noel sonrió, y otra botella de cerveza apareció en su mano. Cuando quitó la tapa, y la dejó frente a mí, levanté la cabeza lo suficiente para hacer que mi cabello cayera sobre mi hombro.

—¿Cómo supiste que estaba aquí para una cita?

Apoyó sus codos en la barra para inclinarse hacia mí. —Tal vez porque no necesito un doctorado para leer mentes como usted lo hace, profesora.

Un fundido, caliente y exquisito torbellino pasó por mi cuerpo cuando recordé la conversación que tuvimos en el campus hace una semana. Amaba cuando alguien recordaba algo que les dije anteriormente, y lo decía semanas después. Significaba que puso atención y había penetrado lo suficiente para llevarse una parte de mí con él.

Resistiéndome a la urgencia de temblar, y balancearme hacia él, sonreí. —Eso, o tienes un increíble razonamiento deductivo.

Se rió. —O eso. —Enderezándose de la barra para tirar el trapo blanco sobre el hombro, tomó mi botella vacía, y la tiró a la basura. Le siguió el sonido del vidrio quebrándose, lo que me hizo estremecer—. Lleva más maquillaje del que usa en clases —dijo al final—. Su cabello está arreglado, bonito y tentador. Su vestido es coqueto y seductor. Huele lo suficientemente bien para devorar.

—Una vez más, se inclinó sobre la barra, de manera que pudo ver el otro lado de esta, y echarle un vistazo a mis pies. Después de mirarlos fijamente, alzó la vista otra vez, y nuestros ojos permanecían a unos centímetros de distancia—. Y está usando el más tentador par de tacones “fóllame” que creo nunca haber visto. Agrega eso, y deletrea cita.

Retrocedí aterrorizada, pero más aterrada por la manera en que mis pezones se tensaron ante sus palabras. —¿Tacones fóllame? —Ya escuché ese término una o dos veces. Pero nadie nunca me acusó de usar un par. Me hacía sentir viva. Cálida. Peligrosa.

Lasciva.

Cuando se deslizó hacia su lado de la barra, le di toda mi atención a la fuente de esos sentimientos desenfrenados y dije—: Y yo todo lo que quería provocar era un *bésame y desordena un poco mi cabello*.

Noel sacudió la cabeza. —Créame. Desde el punto de vista de un chico, gritan un definitivo *fóllame*. Tal vez en el asiento trasero porque esperar hasta que vaya adentro para encontrar una cama tomaría mucho... tiempo.

La imagen que plantó debería aterrorizarme. En el asiento trasero con una cita era donde comenzaron mis más grandes pesadillas. Pero escuchar la descripción de Noel, con su ardiente voz y cautivantes ojos azules puestos en mí, solo crecía más mi lujuria.

Guau. Pero en serio, guau. Eso es lo que mis tacones significaban ahora. Para él.

¿Qué? No. Eso no es lo que significaban para Noel Gamble. Para nada. Pero, guau, era algo así.

*Dios, me tenía confundida.*

*¿Cuánto bebí?*

Arreglándomelas para actuar menos despistada de lo que me sentía, alcé la barbilla y murmuré—: Hmm. Gracias por el aviso. Supongo que es algo bueno que él no haya venido. No creo haber querido ir tan rápido en la primera cita. —Luego, sin poder evitarlo, agregué—: Con él. —Y la manera que lo miré dejaba claro que puede que no haya sido tan perspicaz en una primera cita con alguien en concreto.

—Maldición. —Sus labios se abrieron, y las mejillas comenzaron a enrojecer. Su pesada mirada me trazó, y me provocó ansias porque casi parecía... tentado.

Dios, permanecía en un profundo hoyo. Desafortunadamente, amaba la sensación de ahogarme en su presencia. No quería que se terminara este momento.

“Solo aquellos que intentan resistir la tentación, saben lo difícil que es.”

C.S. Lewis.

## NOEL

Mi autocontrol se iba de las manos. Juro que intenté recordarme ser un caballero, pero cosas inapropiadas seguían deslizándose de mi boca, y luego ella respondió con algo tan...

*Maldición.* Me sentí casi aliviado cuando me llamaron y me alejé, porque cualquier cosa que le dijera a la Dra. Aspen Kavanagh sería una proposición malintencionada y absolutamente inapropiada. Demonios, probablemente me hubiera arrodillado y rogado por un pedazo de ella.

Por suerte, el tiempo lejos mantuvo mi cordura. Pero seguía volviendo a ella tan pronto como me era posible.

Era casi la una y media, y cuánto más se acercaba el cierre, más inquieto me ponía. Una vez que el bar cerraba, tendría que irse, y nuestra noche estaría acabada. Temía eso.

—Creí que ustedes no ganaron el campeonato nacional este año —dijo un instante antes que sus ligeros dedos rozaran mi antebrazo.

Sentí un escalofrío cuando su caricia exploraba cada poro de mi ser. Apenas me tocó; apenas debí haberlo sentido. Pero lo sentí. Más que la vez que fui sacado de las eliminatorias y terminé en el hospital con una conmoción cerebral. Sus dedos dejaron salir una viva corriente eléctrica a través de cada nervio en mi interior, hasta que me encontré tan duro, que mi polla palpitaba en sincronización con mi latido.

Me di cuenta que nunca antes tuvimos contacto piel con piel. Y tenía que decirlo, la primera impresión de mi piel desnuda contra la suya era, mierda... intensa.

*Esta mujer, justo aquí, era peligrosa.*

Levantó la mirada mientras esperaba mi respuesta, recordándome qué había captado su atención: el estúpido tatuaje en mi antebrazo.

—Ese es el resultado de una celebración previa... al estilo ebrio —le dije, asintiendo al marcador.

Su mano y todas las preciosas uñas pintadas con un sexy rosado subieron por mi piel, justo sobre el tatuaje. Sacudiendo la cabeza, siguió acariciándolo. —No entiendo.

Suspiré profundamente... por dos razones. Una: Bueno, mierda, me acariciaba. Se sentía tan bien concentrarse en nada más. Pero dos: odiaba

confesar mi estupidez, y ese maldito tatuaje era una de las más grandes estupideces que he hecho.

—La noche antes del juego —dije, incapaz de quitar la mirada de los dedos que parecían encariñados a mi brazo—, algunos nos emborrachamos bastante y todos tuvimos estos para celebrar nuestro triunfo.

Me miró un segundo antes de finalizar—: Y... al día siguiente, perdieron. —Cuando rodé los ojos y asentí, echó hacia atrás la cabeza y rió.

Si no fuera por el hecho que se reía de mí, hubiera estado totalmente cautivado por ese honesto y abierto sonido de diversión. *Oh, a la mierda.* Observé, quiero poner mi boca en esa expuesta garganta.

Me tomó un segundo antes de poder chasquear mi lengua, y sacudir la cabeza. —Adelante. —Le hice un gesto con la mano como si estuviera enojado, a pesar de que comencé a reírme con ella—. Ríete. Pero el próximo año, cuando ganemos el título, planeo cambiar el último dígito del año, y este bebé será un recordatorio de nuestro logro... no nuestros fracasos.

Se inclinó, los ojos verdes brillaban como esmeraldas resplandeciendo. —¿Y si pierden de nuevo?

Quería besarla tanto. Sus labios perfectos prácticamente me rogaban que los dominara. Pero respiré, y me concentré. Decidí contestar dulcemente en lugar de ser serio. Así que con una sonrisa, flexioné mi músculo bíceps que ella aún sostenía. —¿Qué? ¿Con este brazo lanzador de oro? Eso no es posible.

No rió como esperé que lo hiciera. No, la deliciosa y tentadora mujer contuvo el aliento, y su toque se volvió atrevido cuando deslizó su mano por el músculo tenso. —Oh, Dios —suspiró—. Apuesto que las mujeres aman agarrar estas armas cuando te introduces en ellas.

*Santa...*

Mi mente quedó en blanco.

O más exactamente, no se blanqueó por completo. Simplemente perdió todo pensamiento razonable cuando imágenes de cada manera en que podría agarrar mis músculos bíceps cuando me introdujera en ella llenaron cada espacio en las sinapsis. Demonios, en una de las imágenes, ni siquiera tenía que tocar mis brazos. Solo tenía que gritar mientras la hacía venirse.

Después de follarla mentalmente de cada manera conocida por la humanidad, sacudí la cabeza y me aclaré la garganta. Tuve que alejar la mirada antes de intentar actuar impulsivamente. No es que ayudara mucho. Aún sabía que permanecía ahí. Aún sabía que quería agarrar mis brazos mientras yo... demonios, no debería ir ahí. Pero lo hice una y otra vez.

Así que mirar hacia otra parte no ayudaba a que mi polla se relajara, pero sí ayudó a darme cuenta... giré hacia ella. —Mierda. Estás totalmente ebria, ¿no es así?

Sabía que bebí botella tras botella, pero no actuaba como una ebria risueña como la mayoría de las estudiantes que acostumbraba a ver. Lo que dijo, de algún modo, fue como nada que pudiera imaginar que me dijera la Dra. Kavanagh... nunca. Ni siquiera ebria. Sin embargo, ya que lo *hizo*, tenía que estar completamente fuera de combate.

Y ahora que buscaba señales, sus ojos eran brillantes y vidriosos. Y su postura se mantenía un poco débil.

—Nunca he estado ebria en mi vida. —Intentó enderezar la columna en su estilo puritano de profesora, pero simplemente terminó volcándose a un lado. Dándose cuenta de lo que hacía, soltó mi brazo para apoyar una mano en la cima de la barra y recuperarse. Cuando las cejas se frunció con irritación, la alcancé y la ayudé a situarse bien. Ya extrañaba la falta de sus manos en mí. El cálido fantasma de ellas aun quemaba mi piel.

—¿Echaste algo fuerte en mi trago? —acusó, frunciéndome el ceño—. Porque de repente me siento un poco... mareada.

Resoplé. —¿Mareada? Cariño, pasaste de mareada a ebria al instante en que me preguntaste detalles de mi vida sexual.

Su espalda volvió a enderezarse con toda la superioridad moral. —¿Disculpa? Estoy completamente segura que no... oh, mierda. —Su rostro se inundó de color cuando abrió la boca—. Acabo de preguntarte sobre tu vida sexual.

Observar sus labios diciendo *mierda* fue mi perdición.

Retrocedí, deseándola tanto que mis músculos vibraban por la tensión que usaban al retenerme.

—No te preocupes. —Sacudí una mano para excusar su comportamiento, para hacer como si no fuera tan caliente y sexy como era realmente—. Sé todas las metidas de patas que provoca el alcohol, ¿recuerdas? —Le enseñé mi antebrazo, y me alejé de inmediato, en una retirada petrificada.

No quería irme, pero necesitaba espacio antes de que hiciera algo imperdonable.

Le di un empujón a Pick en su dirección, quitando el trago de fresa de la mano. —Tienes que mantenerme lejos de ella —jadeé, tentado a tomarme el trago, en lugar de llevárselo a su propietario—. Si va a la parte trasera por cualquier razón, no me dejes seguirla. ¿Entiendes? Si trata de darme su número, no me dejes conservarlo. Y si ella... ¡Jesús! —La observé justo a tiempo para ver que un chico le golpeteaba el hombro, llamando su atención—. Y mantén a ese marica lejos de ella, ¿de acuerdo?

Pick parpadeó. —Eh...

—Gracias. —Me giré, dejándolo con su nuevo deber.

*Traducido por Cynthia Delaney*

*Corregido por ElyCasdel*

“Hay un encanto sobre lo prohibido que lo hace indeciblemente deseable”.

Mark Twain.

## NOEL

Pick hizo la mayor parte de su trabajo. Al hablar con ella toda la noche, debo haber estado manteniendo lejos a los merodeadores. Porque tan pronto como me sumergí en el trabajo, sirviendo bebidas, los hombres la inundaron, tratando de coquetear con ella. Pick no alejó exactamente a los perdedores, pero en realidad no tuvo que hacerlo ya que ella los alejaba por su cuenta. Dios la bendiga.

Me dije a mí mismo que no significaba nada. Ella había recibido bien mi atención y prácticamente me preguntó cómo me gustaba tomar a mis mujeres, pero rechazaba a los otros. Eso no significaba... tal vez sí. Incluso borracha, me prefirió sobre los demás.

Cuando le preguntó a Pick donde se encontraba el baño y desapareció en la parte trasera, toda fibra de mi ser quería que la siguiera. Pero mi maldito y molesto compañero de trabajo me agarró del brazo.

—Me dijiste que no te dejara ir, hombre.

Tiré mi brazo de su agarre y le envié una mirada sucia, pero me quedé detrás de la barra como un buen chico. Pero cuando ella no regresó a los cinco minutos, me encontraba listo para morderme mi propio brazo.

—¿Y si alguien la atrapó allí atrás y la está acosando? —le gruñí a Pick, necesitando comprobar su seguridad, lo que malditamente me sorprendió. Aparte de mis hermanos y hermana, y bien, tal vez mis compañeros de equipo en el campo, oh, y posiblemente mis compañeros de trabajo, nunca me había sentido protector por nadie. No por una chica que deseaba.

—Veré como está —dijo Pick, levantando las cejas en ese modo paternal, diciéndome que retrocediera.

Lo fulminé con la mirada mientras prácticamente lo empujaba hacia el pasillo. —Bueno, ve, entonces.

Se fue y volvió casi de inmediato. —Está bien —fue su única respuesta.

Abrí la boca para demandar más detalles. ¿Bien, cómo? ¿Con otro chico? ¿No vomitaba? ¿Dormía pacíficamente e intocable en la oficina trasera? Necesitaba saber más. Todo.

Pero llegó la última llamada, y el trabajo robó mi atención durante la siguiente media hora. Seguí buscándola, pero no volví a verla. Debió haberse deslizado entre la gente cuando yo no miraba. Lo que me irritó muchísimo. No pude ni siquiera darle un último vistazo en ese inolvidable vestido sin espalda.

Pick encontró un par de chicas borrachas y se ofreció a llevarlas a casa, dejándome para que limpiara detrás de la barra. Más personas se fueron, y las camareras se hallaban ocupadas barriendo y ordenando el área principal.

Limpiaba la barra cuando vi a alguien por la esquina de mi ojo yendo a los tropezos por el pasillo que conducía a los baños. Ya que cerramos hace diez minutos y el lugar se hallaba vacío de clientes, eché un vistazo para decirle a *quienquiera* que fuese que debía irse.

Pero Aspen Kavanagh se encontraba demasiado ocupada excavando en su bolso y sacando un set de llaves para notarme.

Mi boca se abrió. Aún no se había ido. La observé otra vez, tan ocupado con mi escrutinio que me tomó un segundo darme cuenta de lo que hacía.

Cristo, no iba a conducir en su condición, ¿o sí?

Rebuscando en el anillo lleno de metales hasta que encontró la llave que buscaba, tropezó con sus tacones, chocando contra el costado de una mesa, y luego enderezándose antes de dirigirse hacia la puerta.

Oh, diablos, no. —¡Oiga! —grité—. Dra. Kavanagh.

No me escuchó, o simplemente me ignoró.

Cuando salió, maldije. —Vick. —Me giré hacia una camarera que sacaba cuentas y contaba en la caja registradora—. ¿Están bien aquí, chicas?

Ni siquiera detuvo su cuenta, sino que asintió y me hizo señas con su mano. —Sí. Puedes irte.

—Gracias. —No esperé a que cambiara de opinión. Poniendo una mano sobre el mostrador, salté sobre él y corrí hacia la puerta.

El aire fresco del viento atravesó mi camiseta tan pronto como salí y me recordó que dejé mi chaqueta dentro. Pero no me importó; la recogería más tarde.

Buscando a mi profesora y localizándola de inmediato, puse las manos alrededor de mi boca. —¡Aspen!

Vaciló y giró, dejando caer sus llaves en medio de la calle. Un coche acababa de doblar, pero ella no pareció notar su aproximación mientras se agachaba para recoger su llavero, sorprendiéndome con una vista de cuán bien lucía su culo en ese vestidito corto. El pánico saltó en mis venas cuando me preocupé por el auto que estaba a punto de convertirla en un panqueque.

Saltando de la acera, corrí hacia adelante, agarré su codo y la puse en posición vertical al tiempo que ella agarraba el manajo de llaves. El próximo auto desaceleró cuando nos atrapó con sus faros, pero la saqué del camino de todos modos.

Apartó mi mano tan pronto como llegamos a la zona de estacionamiento y el coche aceleró, pasándonos.

—¿Qué crees que estás haciendo? —demandó.

Puse las manos en mis caderas y me cerní sobre ella. —Trato de averiguar que mierda crees *tú* qué haces.

Intentó mantenerse en pie, endureciendo los hombros, pero acabó tropezando un paso a la izquierda. —Yo... —Hizo una pausa para hipar. Maldita sea, ¿por qué tenía que pensar que las chicas borrachas con hipos eran tan adorables?—. Voy a casa. El bar cerró. Mi... mi cita me plantó.

Una arruga se formó entre sus cejas cuando lo confesó. Lució confundida y dolida.

Suspiré. Mierda. *Mierda, mierda, mierda.* —Pero no ibas a *conducir* a casa, ¿o sí?

Se giró para mirar su auto como si estuviera considerando su respuesta. Luego evadió descuidadamente. —Bueno, seguramente no me llevará *volando* a mi casa.

—Querido Dios. —Froté mi frente—. ¿Cómo puedes tener un doctorado a los veintitrés y ser tan ingenua?

Con un suspiro, presionó la palma de su mano contra el pecho. —¿En qué estoy siendo ingenua?

—¿En qué crees? No puedes conducir a casa borracha. ¿Qué si tienes un accidente? ¿Qué si te detienen? Irías a la cárcel y perderías tu trabajo. Entonces nunca serías capaz de darle a un pobre idiota como yo otra D en tu vida.

—Tienes razón —admitió. Luego giró los ojos verdes en mi dirección y pareció tan perdida que quise alejar todos sus problemas—. ¿Pero cómo se supone que vaya a casa? —Sus hombros cayeron—. Solo quiero ir a casa.

Suspiré. Maldita sea. Si tan solo no hubiera habido un temblor en su miserable y abatida voz.

—Te llamaré un taxi —ofrecí, ya hurgando en mi bolsillo. Después de trabajar en el bar por tantos meses como lo he hecho, tenía el servicio de taxi favorito enumerado en el marcador rápido.



—Pero no puedo dejar mi auto aquí. —Sonó horrorizada.

Hice una pausa, cerniendo mi pulgar sobre el botón de llamada. —Está bien. La gente lo hace todo el tiempo. Este es un estacionamiento bastante seguro. Puedes regresar y recogerlo en la mañana, no hay problema.

Mordiéndolo su labio inferior, miró su Sedan oscuro con preocupación.

—Maldita sea —murmuré bajo y guardé mi teléfono—. De acuerdo, bien. —Jesús, no podía creer que fuera a ofrecer esto—. Dame tus llaves, y te llevaré a casa.

Se giró hacia mí con esperanza en su expresión, incluso cuando dijo—: ¿Pero qué hay de tu auto? ¿Cómo irás a casa?

Sacudiendo la cabeza, traté de no estar encantado sobre el hecho de que todavía se encontraba bastante consciente para pensar en mí. —Me quedaré contigo.

—¿Qué? —Tropezó lateralmente mientras abría la boca.

Reí. —Es broma. Llamaré un taxi desde tu casa y haré que me traigan de vuelta.

Está bien, así que me encontraba demasiado avergonzado para decirle que no tenía un coche. Ya que solo vivía a ocho cuadras, planeé caminar a casa. Pero podía llamar a un taxi desde su casa si tenía que hacerlo.

Parpadeó, y el movimiento la hizo parecer un búho. El maldito búho más lindo que he visto. Mirando lejos porque ella aún me sostenía bajo el asilo de su encanto con su cara bonita y ropa sexy, solté un suspiro, medio esperanzado de que declinara y me dejara llamarle un taxi, pero a la vez de que pudiera pasar otros minutos en su compañía mientras se encontraba así.

—¿Harías eso por mí? —Las palabras arrastradas sonaron extrañas al salir de su perfecta boca porque su habla siempre era tan concisa en clases. Era como si ella fuera una persona completamente diferente. Una persona a la que estaba permitido desear—. ¿Por qué lo harías? —Me miró, perdida y confusa de nuevo—. Tú me odias.

—Yo no... —Cuando sacudí la cabeza, tuve que apartar mi cabello de mis ojos—. No te odio —dije, más suave está vez. *Lejos, lejos de ello.*

Sus labios se separaron y quise morderlos —especialmente el más lleno, el inferior— luego chuparlo dentro de mi boca y lamer para alejar el ardor.

En silencio, me tendió las llaves. Una oleada de conciencia se desató a través de mi sistema.

No debería hacer esto. Era peligroso. Tentador. Todavía tenía un lado de su cabello levantado, aunque después de las últimas horas en el calor del bar y en medio de la presión de tanta gente, había comenzado a ceder en algunos lugares. Todavía... lucía tentador, como si alguien hubiera tenido sus manos en él.

To professor  
with love

Linda Kage

Si solo esas pudieran ser mis manos.

Cediendo a su atracción, tomé las llaves y contuve el aliento cuando sus dedos rozaron los míos. Dios, esto iba a ser malo. Ya podía decirlo.

98

LIBROS DEL  
Cielo



Traducido por Zöe. & CamShaaw

Corregido por LizzyAvett'

“Esos son los tiempos que ponen a prueba las almas de los hombres”.

Thomas Paine.

## NOEL

—¿No te encanta cómo se reflejan a través del parabrisas las luces de la calle? —Aspen se inclinó sobre el asiento del pasajero para acariciar el vidrio sobre el salpicadero de su auto. Pero su cinturón de seguridad se trabó antes de que pudiera apenas tocarlo, y volvió a caer en su asiento con un suspiro triste—. Es tan lindo —murmuró, admirando la vista con nostalgia.

Sacudí la cabeza, divertido mientras su sistema de navegación me decía que girara a la derecha en la esquina. —Sí, sin duda bebiste demasiado —dije, más para mí mismo, ya que ni siquiera me escuchaba, demasiado absorta en las lindas luces para notar mi presencia.

—Se ven como luces de feria. —Me miró de soslayo—. ¿Alguna vez has estado en una feria?

Parpadeé. —Umm... seguro. —¿Quién no había ido nunca a una feria?

Siempre que venían a mi ciudad se asentaban en el aparcamiento al aire libre que estaba cerca de nuestro parque de remolques. Solía escabullirme y llevar a Caroline, también a Brandt cuando tuvo edad suficiente para subirse a los juegos. Sin embargo, no me quedé el tiempo suficiente para llevar a Colt, antes de irme a la universidad. Espero que Caroline haya hecho eso por mí. Algunos de mis recuerdos más felices eran al comprar dulces y boletos y ver a mis hermanos mientras subíamos a los juegos. Colt necesitaba un recuerdo así. Demonios, todo el mundo necesitaba esa clase de recuerdos.

—Nunca he ido a una feria —dijo Aspen suavemente. Miré a través del silencioso interior de su auto para ver que su expresión se llenaba con más nostalgia—. Mis padres decían que las ferias eran tontas y una pérdida de tiempo.

Maldición. Sus padres parecían completos idiotas.

—¿Crees que si mi cita se hubiese presentado habría tenido suerte esta noche? —Hizo una pausa y se mordió el labio—. Yo podría estar teniendo sexo en este momento. Vaya, ni siquiera puedo recordar cuando fue la última vez que tuve sexo.

Mierda. Mal tema.

Ella estuvo hablando sin parar desde que la puse en su coche, pasando de un tema a otro más rápido de lo que yo podía cambiar las velocidades. Pero no nos habíamos sumergido de nuevo en este territorio tabú desde que me apretó el bíceps en el bar.

—Pero sí recuerdo la última vez soñé con tener relaciones sexuales —continuó—. Me lo estabas haciendo en el escritorio de mi trabajo y...

¿Qué? ¿Ella también había soñado eso? Irreal.

—... y me hallaba tumbada sobre mi espalda con todos estos trabajos calificados clavándose en mi espina mientras tú estabas parado en el suelo entre mis piernas para poder... ya sabes. Entonces golpeaste ese punto en mí... Oh, por Dios. Se sintió tan bien. De alguna forma pateé la pantalla del monitor de mi computadora. Pero tú solo continuaste, y creo que me iba a venir, pero entonces me desperté mojada y dolorida, y nunca descubrí cómo terminaba ese sueño.

Oh, yo sabía cómo terminaba ese sueño.

Pero maldición. Esto no era bueno. Escuchar cómo la había puesto toda mojada y dolorida rompió las cadenas alrededor de mi control como si fueran hojas de tijeras cortando un mechón de cabello.

—Tal vez no deberías estar hablándome de esto —le dije, con la voz ronca.

Me miró. —¿Por qué no? Has tenido sexo, ¿verdad? —Entonces bufó y echó la cabeza hacia atrás para reírse abiertamente—. ¿Qué estoy diciendo? Eres Noel Gamble. Probablemente has tenido sexo más veces en este mes que el que yo he tenido en mi vida entera.

Fruncí el ceño. —De acuerdo, ahora me estás insultando.

—Seis —dijo.

Sacudí la cabeza, sin entenderla. —¿Qué?

—He tenido sexo seis veces en mi vida. Tres chicos diferentes.

Quedé boquiabierto. Jesús. No necesitaba un recuento. Pero demonios, ahora que me dio uno, pensé que tal vez *había* tenido más sexo solo en este mes que el que ella tuvo en su vida entera. De acuerdo, no *este* mes ni el último exactamente. Pero sí durante un mes de la temporada de fútbol.

Inclinó la cabeza hacia un costado y frunció el ceño de modo pensativo. —Espera. ¿Si no lo haces por tu propia voluntad, cuenta?

Enfocando mi atención en ella, casi me paso una luz roja. Apretando los frenos, exploté—: ¿Perdón?

—Dije...

—¡Te escuché! Jesucristo. Si no lo haces por tu propia voluntad, no creo que siquiera sea considerado sexo. Se llama *violación*.

No acababa de decirme que había sido... No. De ninguna manera.

Frunciendo el ceño pensativamente, murmuró—: No. No, mis padres me dijeron muy específicamente que no podía llamarlo así. Dijeron que no le podía decir a nadie, que no podía ir a la policía ni volver a hablar de ello jamás. No. —Sacudió la cabeza vigorosamente—. No fue una violación. Me lo merecía. Después de todo, acepté ir a una cita con él. Incluso me subí en ese asiento de atrás con él por mi propia voluntad. Ellos dijeron que debí haberlo esperado.

¿Haberlo esperado...?

Jesús. Pensé que tal vez vomitaría. Pero, ¿qué mierda?

Con mis dedos estrangulando el volante y pretendiendo que era el cuello de su violador, me las arreglé para preguntar—: ¿Hace cuánto tiempo fue?

—Nueve años. Tenía catorce. Fue mi primera vez. —Presionó un dedo contra sus labios pensativamente antes de agregar—: No creo que la primera vez de una chica deba ser así.

—No —asentí tranquilamente—, no debería. —Por alguna razón pensé en Caroline. Mierda, no había tenido ese baile esta noche, ¿verdad?

¿Y si ese chico Scotini esperaba más de ella de lo que estaba dispuesta a dar? ¿Y si aceptaba subirse a la parte trasera con él por algunos besos y luego se asustaba cuando él quisiera más e intentara frenarlo pero no la dejaba? Rompería cada hueso en su jodido cuerpo. Estaba tentado de sacar mi teléfono y ver cómo se encontraba, pero también quería estar aquí para Aspen. Era obvio que pasaba por algo ahora, y me gustaba ser el que escuchara sus revelaciones borrachas.

—Alguna vez... —Lamí mis labios secos mientras giraba en su calle—. ¿Alguna vez le dijiste a alguien de esto, además de tus padres?

Rogaba que me dijera que había ido a la policía, a pesar de los deseos de mami y papi, y que el imbécil fue echado tras las rejas, donde había estado hasta que murió después de haber sido violado por otros veinte reclusos. Cuando no respondió inmediatamente, miré hacia ella tan pronto como llegué a su calle y estacioné.

Se había acurrucado en su asiento con las rodillas presionadas contra el pecho y los brazos envueltos protectoramente alrededor de sus piernas. Me daba un vistazo de sus sedosas bragas negras, pero en este momento estaba demasiado preocupado por ella como para comérmela con los ojos.

Viéndose una década más joven que veintitrés, me miró con los ojos abiertos de par en par. —Por supuesto —dijo—, le dije a mi terapeuta. En el mundo de mis padres es muy elegante tener un terapeuta. Pero el mío me ayudó a superarlo. Quiero decir, el primer chico con el que estuve después que sucedió no cosechó ningún beneficio. Ni siquiera se quedó a terminar nuestro primer encuentro juntos de tanto que lo asusté. Se retiró tan pronto como comencé a llorar. Luego salió corriendo y nunca más me llamó. Pero el segundo chico atravesó más de un encuentro antes de dejar de devolver mis llamadas. Sin embargo, eso es algo, ¿verdad? Es un progreso.

Siseé una maldición debajo de mi aliento. Bastardos. Los tres. Podía decir que cada uno de sus compañeros anteriores la había lastimado, incluso si no fueron como el primer imbécil. Quería traerla a mi regazo y solo sostenerla. O incluso mostrarle cómo era el lado bueno de la pasión.

Pero me contuve.

Había estado mirando por la ventana de enfrente, probablemente a las luces de nuevo, cuando de repente, me miró. —Leí tu trabajo.

Sus tranquilas palabras hicieron que mi estómago ya inestable rugiera con ansiedad. —Sí. Ya lo leíste y me lo devolviste, ¿recuerdas? Tuvimos toda una discusión en tu oficina sobre si merecía una A o no. Y cómo vas a guardar mi secretito sucio.

—Cierto —murmuró suavemente como si lo recordara de repente—. Sí, entonces, creo que te debía un secreto, ¿verdad? —Sonrió pero no era muy alegre. Sus ojos verdes se levantaron—. Estaba tan excitada todo el tiempo que me estuviste gritando, diciéndome que te quitara esa A si no la merecías. Si me hubieras besado ese día, te habría devuelto el beso. Y más.

Santa jodida mierda. Abrí la puerta del conductor y me lancé fuera del coche. El aire frío fue un sacudón bienvenido para mi excitación. Pero entonces ella abrió la puerta y también salió.

—Yo, uh, voy a llamar al taxi. —Dios, eso sonó penoso, pero ella estaba ebria. No podía hacer nada sobre todas sus confesiones. No ahora.

Asintió, entonces se estremeció y se abrazó a sí misma antes de dirigirse a la acera, que llevaba a su pórtico delantero. Cuando se tropezó y casi cayó, maldije un poco fuerte y volví a arrojar mi teléfono en el bolsillo.

—Espera —grité, lanzándome tras ella y agarrando su brazo justo cuando se tropezaba de nuevo—. Déjame ayudarte.

Se balanceó hacia mi lado hasta que estuvo apoyándose completamente sobre mí. Tuve que deslizar mi brazo alrededor de su cintura para mantenerla de pie. Joder, ¿quién hubiera dicho que tenía una cintura tan pequeña?

Levantando la cabeza, sonrió cautivadoramente. —Fue el mejor ensayo que he leído, sabes.

—Hmm. —Tragué saliva, negándome a responder, y la ayudé a subir los escalones de su pórtico. Cuando parecía no poder encontrar las llaves en su bolso, las sacudí para hacerle saber que todavía las tenía yo. Sonrió y dio un paso al costado, dejándome que me ocupe alegremente.

—Tu gramática aún era mala —continuó mientras yo abría la puerta—. Y probablemente perderías un examen de ortografía con un niño de primer grado, pero... oh por Dios. Me hizo llorar. Lo leí una y otra y otra vez. Incluso lo fotocopié como una horripilante acosadora, para poder seguir leyéndolo después de devolvértelo. Y cada vez que lo miro, no puedo parar de llorar. Por ti.

Levantando la mano, atrapó un mechón de mi cabello y lo corrió ociosamente sobre mi frente para quitarlo de encima de mis ojos. La sensación de sus manos sobre mí era como un shock eléctrico. Poderoso, sobrecogedor. Un completo ataque a mis hormonas y a mi corazón.

Mi madre me había abofeteado antes por decir algo fuera de lugar, o me empujaba por cruzarme en su camino. Las chicas con las que me acostaba me clavaban las uñas en el trasero cuando las hacía sentir bien. Mis hermanos se acurrucaban cerca de mí cuando se sentían asustados. Mis compañeros me palmeaban la espalda felicitándome. Pero nunca nadie me había tocado así, con afecto puro y honesto, como si quisieran cuidar de mí.

—Has pasado por mucho —murmuró; la simpatía dominaba su tono—. Tienes mucho con lo que lidiar. Quiero perseguir a tu madre y hacerle daño por lo que te hizo pasar.

Dejé escapar una sonrisa triste al mismo tiempo que sacaba la llave de la cerradura. Pero ya no tenía tanta prisa en que entrara... lejos de mí. Meforcé a regresar mi atención a la puerta de enfrente, pero quería seguir mirándola. Verla tal cual era —suave, dulce y un poco vulnerable— por el resto de mi vida.

Su mano cayó de mi cabello solo para bajar sobre mi brazo. Cálidos y suaves, sus dedos tentaban y seducían mientras trazaban lentamente un recorrido abrazador hacia mi codo.

—Lo siento —susurró—. Pensé que eras como él. Pero no lo eres. No te pareces en nada a él.

¿De qué habla? Pasé la mirada de sus dedos sobre mí hasta sus ojos. —  
¿Cómo quién?

No respondió. En vez de eso sorbió y se secó las mejillas con la palma de la mano; el movimiento la hacía lucir como una niña en vez de una profesora de universidad. —Él me hizo odiar a los jugadores de fútbol. Sobre todo a los mariscales de campo. Me hizo... me hizo fría y solitaria. Vacía por dentro. Pero tú nunca harías eso. Nunca lastimarías a nadie de la forma en que él...

Cuando sus palabras se desvanecieron, una ardiente pizca de enojo se desató en mi estómago.

—¿Qué hizo? —la alenté a seguir suavemente. No respondió. Eso solo me enfureció y preocupó más—. ¿Aspen? ¿Él es el que... el que te violó? —Mierda. No era de asombrarse que siempre me lo hiciera pasar tan mal. Yo le recordaba a eso.

Odiaba saber que yo le hacía eso.

Se giró hacia mí y me sonrió suavemente. —No eres parecido a él. Eres... no lo sé. Eres algo asombroso.

Ahogué una risa áspera y abrí su puerta con un empujón salvaje. —Sí, muy asombroso. Soy mugre rota, apenas estoy manteniendo mi beca de fútbol a flote y a punto de defraudar a las tres personas que más me importan si no puedo mantener mi mierda en orden. Y no olvidemos cómo llegué aquí con trampas... ni cómo te recuerdo al chico que te violó. No hay nada asombroso en eso.

—Ven aquí. —Aspen tomó mi mano suavemente y me dirigió dentro de su oscura casa. Yo seguí. No tengo idea de por qué ni siquiera dudé, sino que fui a dondequiera que me llevaba.

Una vez dentro, estiré la mano, buscando a tientas hasta que encontré un interruptor de luz. Cuando una pálida luz iluminó la esquina de una ordenada sala de estar decorada en diferentes tonos de azul, la miré al mismo tiempo en que ella me miró.

Enmarcando mi rostro con sus manos, me miró a los ojos y dijo—: Eres asombroso, Noel Gamble. —Luego dejó salir una sonrisa borracha—. Jesús, habría pensado que el jugador estrella del invicto equipo de fútbol de la universidad sería un poco más creído y confiado de sí mismo.

Sacudí la cabeza. —Uno crece como el pobre y tonto hijo de la puta de la ciudad y tus compañeros te quitan la arrogancia a golpes cuando eres joven. Literalmente.

Se inclinó hacia adelante y apoyó la frente en mi hombro. —Pero tienes todo el derecho de estar orgulloso de quién eres. Eres un sobreviviente.

La apretada bola en mi pecho me dificultaba respirar, y la forma en que sus dedos suaves se sentían en mi cuello mientras bajaban por mis mejillas y sobre mis hombros montaba un numerito con mi polla. —¿Por qué? —demandé, con voz un poco áspera—. ¿Por qué sé cómo lanzar un balón?

Alzó la mirada una vez más. —No. Porque no solo eres una cara bonita en una cáscara vacía. Amas. Temes. Sientes las cosas con tanta... tanta fuerza.

Cuando una mano cayó justo sobre mi corazón, respiré fuertemente.

Tomó todo lo que tenía mantener mis manos alejadas de ella. —Todo el mundo siente, Aspen. Solo que algunos son mejores cubriéndolo.



—Pero tú sientes cosas buenas. Tal vez sean un poco toscas, pero tienes un buen corazón. Un corazón compasivo. —Entonces besó mi pecho, a través de mi ropa y sobre mi corazón. Hubiera sido tan fácil enterrar los dedos en su cabello, inclinar mi cabeza hacia abajo e inhalar su esencia. Pero no lo hice, sin importar cuánto me matara contenerme.

—Aspen, deberíamos...

Alzó la cabeza, sorprendiéndome mientras suspiraba complacida. —Me encanta la forma en que dices mi nombre.

—Aspen —murmuré, diciéndolo de nuevo porque simplemente no pude evitarlo.

Dios, ¿qué hacía?

Cerró los ojos y suspiró de nuevo. —Haces que me estremezca cada vez que te veo.

Maldición, si quería hablar sobre estremecerse... Se lamió los labios de forma inconsciente y mi polla se estremeció desde la base hasta la punta, poniéndose tan dura como una piedra.

—Creo que he estado perpetuamente mojada desde el primer momento en que te vi entrar en mi clase.

Jesús.

Un gruñido se escapó de mi garganta. Agarré su hombro, diciéndome a mí mismo que debía alejarla, pero en vez de eso, la sostuve justo donde estaba.

—La primera vez que entraste a mi clase sentí esta chispa, como un sofoco, que me cubría de pies a cabeza. Recuerdo tartamudear cuando me presenté porque me sentía muy asombrada. Tú me asombraste. Nadie me asombra. Pero entonces me enteré que eras el preciado mariscal de campo de Ellamore y todo se aclaró. Él también era la estrella del fútbol, y yo tenía un flechazo tan grande. Creo que esa es mi maldición. Pero solo me prestó atención para hacerme creer que estaba interesado, y así humillarme... y luego me lastimó. Pensé que serías exactamente así. Quiero decir, tuve exactamente la misma impresión de ti que con él. Excepto que contigo, fue como... cincuenta veces más fuerte. Yo solo... me encanta mirarte. Me encanta el sonido de tu voz. La forma en que caminas. La forma en que sonríes y corres el cabello de tus ojos. Pero nunca superaré la forma en que amas a tu familia y cómo harás cualquier cosa para salvarlos. Yo solo... deseo que, algún día, alguien me ame de esa forma.

La mirada en sus ojos era obvia. Quería que yo la amara de esa forma. Extrañamente, la idea no aterrorizaba. Quiero decir, no había caído en ese instante ni nada. Pero después de escucharla confesar toda la mierda que me había confesado, quería que alguien la amara de esa manera casi tanto como ella.

Cuando me balanceé hacia adelante sin querer, ella levantó la cabeza. Pero me detuve y cerré los ojos, con mi barbilla abultándose mientras me tragaba la tentación de tomar codiciosamente. Tenía que dejar de pensar con mi polla, porque esto se puso demasiado personal y demasiado emocional. Y ella seguía demasiado...

—Estás borracha —le recordé.

Asintió, concordando. —Muy borracha.

—No puedo besarte. Estaría tomando ventaja. —Joder, ¿por qué había mencionado besarse? No habíamos estado hablando de eso.

Pero ella no pareció notar mi cambio de tema. —De acuerdo —dijo arrastrando las palabras—. Entonces... ¿qué tal si mejor te beso yo?

Sucedió así. No le dije no a tiempo así que se paró de puntillas y presionó su boca contra la mía. Cerré los ojos, tratando de resistirlo. Pero la palma con la que había estado acunando mi mejilla se deslizó hasta que capturó mi nuca. Cuando sus uñas rasparon la base de mi cráneo mientras peinaba mi cabello, me estremecí. Y sus labios, Cristo, sus labios eran suaves y flexibles. Sabía a Bud Light Lime y rayo de sol, y no pude contenerme. Abrí la boca para probar solo un poquito más.

Maulló un sonido hambriento, lo que me hizo acunar su rostro mientras metía mi lengua.

—Si no nos detenemos ahora seré un imbécil.

—No te preocupes. —Volvió a tirar de mí hacia ella—. Ya te consideraba un imbécil.

Me reí solo para que me besara otra vez. Un gruñido ahogó mi risa y me ahogué en sus labios hasta que pude alejarme... solo para maldecir y regresar por más. Ella era tan pequeña, que me cansaba de encorvarme para besarla, así que la alcé y enroscó sus piernas alrededor de mi cintura inmediatamente.

Aplastando su espalda contra la pared, la besé un poco más, alcanzando la cavidad dentro de su boca hasta que mi lengua se sintió tan cómoda allí como lo hacía dentro de la mía. Mis labios no querían alejarse de los suyos, pero había mucho más que quería probar.

Viviendo la fantasía que tuve en el bar cuando la vi por primera vez esta noche, enterré mis dedos en la parte de cabello que había dejado suelto y besé un camino hacia el costado de su garganta, y luego a su hombro.

No tenía idea de que ella fuera tan suave, ni oliera tan bien. Empañaba mi cabeza así que cuando deslicé la mano hacia abajo por su perfecta espina desnuda, solo seguí avanzando hasta que tomé su trasero y nos froté el uno contra el otro.

En serio, no fue mi intención meter la mano bajo de falda, pero su vestido se las arregló para subirse naturalmente cuando ella levantó las piernas.

Cuando tuve su increíble culo en mis manos, me encontré palmeando sus bragas de seda negra en lugar de la falda. Dándome cuenta de que estaba allí, tuve que seguir explorando entre sus piernas hasta que encontré el material húmedo; empapado de excitación. Ella estaba lista para mí.

Desde ese momento, estuve bastante jodido. —¿Dónde se encuentra tu habitación? —jadeé, moviendo los dedos hasta que ella se retorció contra mí, exigiendo más con su cuerpo.

—Hacia el salón. —Señaló descuidadamente por encima de mi hombro—. La primera puerta. Lado derecho.

Fusionando nuestras bocas nuevamente, la aparté de la pared y la llevé a través de la oscura sala, solo tropezando una vez, cuando me topé con una silla.

Se rió y enterró su cara en mi cuello, lo que me brindó un momento para centrarme en la dirección en que íbamos y disfrutar de la forma cálida, suave y perfecta en que ella se sentía envuelta alrededor de mí.

Cuando entré en su dormitorio, ella estiró el brazo para encender la otra luz. Su santuario se hallaba brillantemente coloreado y mucho menos ordenado que la sala. Las sábanas estaban apenas lanzadas sobre el colchón y la ropa, esparcida por el suelo mientras que los libros yacían apilados en cada rincón y grieta en la que podían caber.

Esta era ella. La verdadera, no una profesora aburrida y tensa frente a un salón de clases. Esta habitación representaba a la mujer en mis brazos, y tuve la sensación de que no mucha gente vio a la verdadera Aspen Kavanagh.

La llevé a la cama. Una vez que había sido colocada suavemente sobre su espalda, me sonrió y se quitó perezosamente los tacones “fóllame”. Cuando extendió los brazos, me sentí atraído. Sin pensar en las consecuencias, la moral o las reglas, me subí encima de ella y junté nuestras bocas otra vez.

A diferencia de casi todos los chicos que conocía, en mi caso, los besos no eran solo un pre-show para lograr que la chica estuviera lista para el gran evento. Besar era importante. Me han conocido por hacer nada más que besar a una chica toda la noche, hasta que ella era la que pedía algo más. Yo podría hacerlo hasta que mis labios estuvieran entumecidos y era imposible decir qué lengua era de quién.

Encontrar a una chica que besaba a la perfección era como una mina de oro. Y Aspen Kavanagh era la mina de oro de todas las minas de oro. Suspiró en mi boca; su cuerpo era caliente y flexible. Enterré los dedos en su pelo, arruinando la manera tentadora en que lo había arreglado.

No tengo ni idea de cuánto tiempo nos besamos, uniendo y forjando con nuestras bocas un vínculo que iba mucho más allá del mero comportamiento físico. Pero cuando encontró el dobladillo de mi camisa y pasó sus dedos hasta mi abdomen, yo estaba más que dispuesto a devolverle el favor.

—Estás tan duro —murmuró; el asombro en su voz me mató.

—Y ni siquiera estás tocando la parte más dura. —Sonreí al tiempo que mis labios encontraron su mandíbula, y luego fui hasta su garganta, mientras mis dedos exploraban debajo de su blusa.

—Se siente tan bien —murmuró, justo cuando su mano se relajó y se dejó caer sobre el colchón a su lado.

Mi lengua se detuvo en su pulso y mi mirada se lanzó a su mano caída.

—¿Aspen? —La miré para encontrar sus ojos cerrados y sus labios entreabiertos, con el rostro inclinado a un lado.

La mujer se había desmayado conmigo. Mi cuerpo gritó en negación, mientras que una parte muy distante de mi cerebro trató de decirme que era algo bueno. Pero yo estaba más de acuerdo con mi pobre cuerpo palpitante. Esto era malo.

—Jesús. —Comenzando a temblar, me aparté de ella y aterricé sobre mi espalda. Frotándome la cara para refregar mi piel ardiente, solté un suspiro antes de contar hasta veinte en mi cabeza.

Entonces volteeé mi cara para ver cómo se encontraba. Sip. Aún fuera de combate.

Esto tenía que ser un nuevo punto bajo para mí. Había tomado ventaja de una chica borracha hasta que ella se desmayó en mis brazos. Y no cualquier chica, sino que la más prohibida.

Mi polla palpitaba en mis pantalones, apretada dolorosamente contra la parte posterior de mi cremallera. Después de acomodarme, miré hacia Aspen para revisarla nuevamente.

Bueno, al menos *ella* se veía en paz. Aunque lo intentara, no podía lograr que mi cuerpo se calme. Mis hormonas seguían haciendo estragos, y no era de ayuda ver sus húmedos labios entreabiertos mientras ella respiraba.

Girando la cabeza hacia otro lado, inspeccioné su habitación en busca de algo que me distrajera, para poder combatir la lujuria de una vez por todas e irme. Uno de los libros de bolsillo en su mesita de noche me llamó la atención. En la portada, un tipo de pelo largo con el torso desnudo asomaba su cara en el escote de una chica con un vestido grande de volantes. El título era algo sobre rechazar a un escocés.

Una sonrisa separó mis labios. Apuesto a que no enseñaba sobre este tipo de novelas en sus clases. Lo alcancé y volteeé la portada para estudiarlo un poco más a fondo. La mujer que yacía junto a mí era una adicta al romance. Qué extraño. No fui capaz de detectarlo en ninguna de sus clases. Parecía tan fría y profesional al enseñar, que yo nunca habría adivinado que tenía una soñadora en su interior.

Girándome, examiné su cara pasiva, al tiempo que mi pecho se llenaba de punzadas compasivas. Las cosas comenzaron a tener sentido. Sus padres imbéciles nunca la llevaron a un carnaval. No le dieron una infancia adecuada,

pero probablemente le exigieron tanto en la escuela hasta que ella se adelantó los cursos y fue excelente en la educación. No podía imaginarla con un montón de amigos si siempre había sido la genio fenómeno. Y si el hijo de puta que la lastimó cuando ella tenía catorce años daba alguna pista de cómo había sido su vida, ella no se sentía muy querida ni protegida. Probablemente había estado muy sola.

Y sin embargo, leía novelas de amor, hasta que quedaban deshilachadas y desgastadas en las esquinas. Ella todavía tenía esperanzas de algún tipo de felices para siempre.

Era tan parecida a mí que era francamente extraño. Nos encontrábamos separados entre dos mundos. Ella era la profesora desaliñada y genio, que ocultaba esperanzas románticas y sueños. Yo era la estrella de futbol mujeriego que trabajaba muy duro para salvar a mi pobre y rota familia. Vaya pareja hacíamos. Y qué imbécil me sentía. Ella no era solo un trozo de fruta que quería probar, porque se hallaba prohibida. Era mucho más profunda de lo que había imaginado.

Poco a poco, extendí la mano hasta que apenas toqué su mejilla. Suspiró en su sueño y se puso de lado hacia mí. Cuando encontró mi calor, se acurrucó estrechamente. La rodeé con los brazos, abrazándola contra mí, y terminó con la mejilla en mi pecho y su brazo alrededor de mi cintura.

Era dulce, cómodo y tan jodidamente angustioso tenderse así con ella que terminé quitándome los zapatos, acurrucándome, cerrando los ojos y enterrando mi cara en su cabello.

Nos quedamos dormidos envueltos en los brazos del otro, y no podía recordar una noche en la que dormí tan profundamente.



*Traducido por Mire & Jasiel Odair*

*Corregido por Daniela Agrafojo*

"La preocupación nunca le robará la melancolía al futuro, solo debilitará la fuerza del presente."

A.J. Cronin

## ASPEN

Mi cabeza se sentía como si fuera a explotar.

Rodando hacia la fuente de calor que me mantuvo cómoda durante toda la noche, enrollé mis piernas, esperando encontrar algo sólido y tangible que irradiara calor y refugio. Pero todo lo que mis dedos encontraron fueron frías sábanas vacías. Arrugando mi frente, hice una mueca cuando las pequeñas hachas en mi cabeza acuchillaban el interior de mis sienes. Con un gemido, enterré mi cara aún más en mi almohada para bloquear la luz que inundaba mi habitación.

Inhalando un nuevo olor, algo picante y masculino, respiré profundo, preguntándome en dónde se originó ese aroma encantador y qué hacía en mi almohada. Hasta que recordé...

Noel Gamble. En mi coche. Trayéndome a casa. Luego, Noel Gamble. En mi cama. Besándome. Con lengua. Su mano entre mis piernas.

Querido Dios, besé a Noel Gamble y lo traje directo a mi dormitorio. Me arqué debajo de él, rogándole que... Oh, Dios. Esto era malo.

Ya temiendo lo peor, me lancé en posición vertical, abriendo los ojos y mirando hacia el otro lado de mi cama, sabiendo que lo encontraría allí. Pero cuando no encontré nada más que sábanas y una almohada aplastada, me sentí decepcionada y descorazonada.

Mi cabeza palpitaba, y me balanceaba vertiginosamente.

Fue entonces cuando me di cuenta del vaso lleno de agua en la mesita de noche al lado de una botella de aspirina con una hoja doblada de papel blanco apoyada contra ellos.

Gimiendo mientras mi dolor de cabeza rugía de nuevo a la vida, agarré la nota.

"No hay ningún pecado y no hay ninguna virtud. Solo hay cosas que hace la gente".

John Steinbeck, *De Las Uvas de la Ira*.

*Oye. Solo quería que supieras que no hiciste nada malo anoche, y no hay motivos para lamentar lo ocurrido... como sé que lo estás haciendo. Pero no te preocupes. Podríamos haber hecho mucho más. Sé que lo correcto, tal vez, sea disculparme por no pararte de inmediato cuando me besaste borracha. Pero no me arrepiento en absoluto. Fue... increíble. En serio, no te preocupes. Todo va a estar bien. Cuídate. Bebe todo el vaso de agua y no tomes más de tres píldoras. Si necesitas algo, llámame.*

N. G.

Me quedé mirando su número de teléfono, que garabateó en la parte inferior de la página, memorizándolo a pesar de que mandaba a mis ojos a mirar a otro lado.

Pero, oh guau, me dejó una dulce carta considerada. Y sus palabras en realidad funcionaron. El pánico que había estado experimentando una fracción de segundo después de despertarme fue involuntariamente drenado de mi sistema.

No habíamos hecho nada tan malo después de todo. ¿O lo hicimos y él solo trataba de endulzarlo? Mierda, no podía recordar mucho de lo que había sucedido, pero Noel parecía pensar que estábamos bien, por lo que me negaba a preocuparme.

Excepto que durante todo el día, pequeñas piezas del rompecabezas de mi memoria volvían, recordándome algunas de las cosas que le dije. De verdad no podía creer que le apretara el brazo en el bar y le preguntara si a las mujeres les gustaba tocar sus músculos mientras tenían relaciones sexuales con él. No, debí haber soñado esa. No importa cuán acabada estuviera, yo nunca diría...

Oh, Dios. ¿Lo hice, verdad? Era tan horrible. ¿Cómo se suponía que volviera a mostrar mi cara en clase? ¿Cómo podría siquiera poner un pie en el campus?

Mientras el domingo avanzaba, seguía mordiéndome las uñas y mirando el teléfono, solo esperando que algún administrador de la universidad llamara y me despidiera.

Luego me atormentaron otros recuerdos, como aquel donde Noel Gamble me levantaba, y yo enrollaba mis piernas alrededor de su cintura al tiempo que él me besaba sin sentido contra una pared. O cuando se frotó a través de mis bragas. Mi estómago se calentó y mis muslos se volvieron débiles. Incluso aunque los recuerdos eran vagos y borrosos, tenían el poder de agitarme hasta que me volví un desastre caliente y desenfrenado.

Sabía que tenía que estar completamente avergonzada y escandalizada. Tiré por la ventana mi código de ética y moral, y escogí a uno de los más grandes mujeriegos en el campus para hacerlo. Me *sentía* horrorizada de mí misma. Más o menos. Todos los halagos mantenían ahogados mis pensamientos honorables, porque me encontraba totalmente encantada de que Noel Gamble, el chico que me encendía como nadie más, el chico que me encantó con su ensayo de literatura y me confió sus más grandes secretos, me *quisiera*. Podría tener a cualquier chica del campus, más guapa, más joven y más a la moda, con una personalidad mucho más animada que la mía.

Espera. Noel Gamble *podía* tener a cualquier chica que quisiera. Así que ¿por qué me eligió a mí? Yo no era gran cosa.

Tragando temerosamente, presioné la mano contra mi pecho y traté de luchar contra la sensación de hundimiento cayendo pesadamente en mis entrañas. Esto no tenía nada que ver con ese ensayo que escribió, ¿verdad? Porque ahora tenía un seguro de que yo nunca contaría su secreto a la administración de la universidad. Podrían despedirme con seguridad si alguien se enteraba de que estuve por ahí con un estudiante. No había tal regulación para los estudiantes. Solo para la facultad. Si llegara a pensar en decirle a alguien acerca de su falso promedio de notas de escuela secundaria, él podría agitar *esto* frente a mi cara; lo que me llevaría a ser expulsada de Ellamore con tanta seguridad como si hubiera tenido sexo con él.

Y el inteligente de Gamble, ni siquiera tuvo que rebajarse a estar por completo conmigo.

Dios, ¿era malo pensar eso? ¿Me sentía *insultada* porque no tomó ventaja de mí en mi estado de embriaguez? ¿Qué ocurría conmigo?

Probablemente esa nota. Él no parecía un bastardo conspirador que solo quería cubrir sus posibilidades. Era como si le importara. La nota fue dulce y preocupada, tratando de ayudarme en mi culpabilidad. Sabía exactamente cómo me sentía, y me encantaba eso.

Pero mierda, ¿cualquier chico que quisiera un favor, no diría algo dulce y aparentaría estar preocupado de esa manera?



De acuerdo, tenía que dejar de pensar en esto. Me estaba volviendo loca. Y todo lo que tenía, eran especulaciones. No había hechos buenos y concretos para demostrar que cualquier parte de la noche anterior era genuina. O falsa.

Pero pensar en eso simplemente era un acto deprimente, porque las partes que recordaba fueron tan increíbles. Fui a ese bar con la esperanza de conectar con alguien, tener una conversación decente, y si mis estrellas se encontraban alineadas, a lo mejor tenía una decente sesión de besos. Y la tuve. Conseguí todo eso.

Solo que estuve con el hombre equivocado.

Hablando de eso, Philip no llamó en todo el domingo. Ese idiota. Pero ni siquiera me perturbaba. De hecho, era un alivio. Me encontraba demasiado asustada preguntándome si todavía tendría un trabajo al día siguiente como para molestarme con lo que pasó anoche.

El universo debía de pensar que no tenía suficientes preocupaciones, porque recibí una llamada antes de que terminara el día. El ama de casa de mis padres, Rita, me llamó por teléfono. Ella sabía que mi madre no hablaba conmigo, así que atendía las llamadas las pocas veces que intentaba ponerme en contacto con cualquiera de mis padres. Así que tuvo mucho sentido cuando dijo—: Tal vez me despidan por llamar si alguien se entera, pero pensé que debías saberlo. Tu padre desarrolló un desagradable caso de neumonía. Su doctor lo ha ingresado en el hospital esta mañana.

Siempre había tenido un estómago de hierro, pero todo el alcohol que bebí anoche, de repente trataba de hacer una reaparición. Cuando sentí las náuseas, puse la mano sobre mi boca antes de bajarla para decir—: ¿Qué tan malo es? ¿En qué hospital está? Creo que puedo llegar allí por la noche. ¿Están dejando entrar visitantes?

—No, no. Por favor, no vengas. Si te presentas, sabrán que te he llamado.

Cerré los ojos y apreté los dientes. Mis instintos me gritaban que saltara a mi coche y viera a mi padre. Pero no quería que Rita perdiera su empleo. Siempre fue la madre que quise tener. Era amable, o al menos tan amable como podría ser sin arriesgar su propio cuello en el proceso. Me había deslizado comida cuando ellos me encerraban en mi habitación por mucho tiempo, pero eso fue lo más lejos que había ido. Era una viuda con tres hijos que cuidar. No podía poner demasiado esfuerzo en preocuparse por mí. Y entendía eso.

—Te haré saber si algo cambia. —La voz baja de Rita llenó mi oído antes de que la línea hiciera clic, terminando la llamada.

Asentí, pero no bajé mi teléfono mientras seguía de pie allí. ¿Y si mi padre moría antes de que lo volviera a ver otra vez? ¿Y si moría antes de decirme que me amaba?

¿Qué si no me amaba?

Aunque sabía que era un esfuerzo inútil, llamé al hospital. No podían decirme nada, salvo que Richard Kavanagh se hallaba, en efecto, registrado como paciente. Debatí llamar a mi madre, pero probablemente se daría cuenta que lo sabía, y Rita se metería en problemas, así que dormí mal, revisando mi historial de llamadas cada hora para asegurarme de que no me perdía ningún mensaje entrante en medio de mi estrés acerca de cuánto tiempo tendría antes de que me despidieran de mi trabajo.

Cuando la alarma me despertó la mañana del lunes, me sentía peor de lo que me sentí con mi resaca la mañana anterior. Lo ocurrido con mi padre, mi incertidumbre laboral, y Noel Gamble, iban a darme una úlcera, lo sabía.

Pero ni una sola arruga estropeó mi vestuario de trabajo. Mi chaqueta de traje era lo suficientemente floja como para esconder mi figura de chica, y mi falda era lo suficientemente larga para ser seria y profesional. Me veía de la misma forma que lo hacía todas las mañanas antes de irme a trabajar. Mi espejo no pudo detectar nada fuera de lo común. Incluso me sorprendí cubriendo satisfactoriamente las bolsas debajo de los ojos con maquillaje. Pero todavía tenía una sensación incómoda, mientras caminaba de mi coche al edificio de inglés, de que hacía la caminata de la vergüenza.

Todos los que me miraran sabrían exactamente donde tuve mi boca tan solo dos noches atrás. Mirarían mis ojos y verían mis manos deslizándose sobre los bíceps y el cabello de Noel. Abriría mi boca y mi voz reflejaría toda mi culpa y vergüenza. Había besado a un estudiante y lo llevé a mi habitación, a mi cama. El solo pensarlo, se sentía demasiado extraño e irreal. No era esa clase de persona. Nunca haría eso.

Sin embargo, lo hice.

Entendía por completo que toda la paranoia era simplemente eso; basura en mi cerebro que no podía sacar. Pero cuando el Dr. Frenetti asomó su cabeza en mi oficina a primera hora, antes de que siquiera tuviera mi primera clase, mi alarma chilló y casi me oriné encima mientras me ponía de pie de un salto.

—Acabo de comprobar las notas de Gamble en línea. Parece que ya lo está haciendo mejor.

El oír el nombre de Noel de esa manera, no ayudó a mi ansiedad. Los latidos de mi corazón sonaban fuertes en mis oídos, y apenas pude oírme contestar después de aclararme la garganta. —S-sí, él... lo hizo muy bien en el trabajo que le dejé presentar.

El decano levantó una ceja. —¿Y realmente lo logró?

Parpadeé. ¿Qué clase de pregunta era esa? —Por supuesto.

Sonriendo con un poco de regodeo, Frenetti asintió en complicidad. — Eso es lo que pensé. Solo necesitaba un poco de tiempo para adaptarse al plan de estudio. Miré tu programa de estudio, y se ve bastante extenuante.

Volví mi atención a la computadora para evitar rodar los ojos. —Sí, bueno... se necesitó una sesión muy intensa de uno a uno para por fin llegar a él.

Mi cara se calentó tan pronto como las palabras salieron de mi boca. Dios ¿eso sonó como una insinuación sexual o qué? Todo lo que podía pensar era en la sesión intensiva que tuvimos la noche del sábado. En mi dormitorio. Pero mi supervisor no pareció darse cuenta de ningún significado travieso detrás de mis palabras. Asintió, complacido. —Me alegra oír eso. —Y desapareció antes de que tuviera que seguir con un diálogo más mortificante.

Más allá de agradecer que no fuera martes, para no estar enseñando en su clase, hojeé mis lecciones para el día hasta que casi se me hizo tarde para la clase. Sin embargo, me sentí completamente expuesta cuando me detuve al frente del salón. Los ojos se volvieron hacia mí, y yo sabía, simplemente sabía, que veían todo. Que lo sabían todo. Cada vez que un par de estudiantes se inclinaban entre sí para susurrar de forma conspiradora, sabía que hablaban de lo que yo había hecho. Cada ruido inesperado me sobresaltaba. Y cada chico de cabello oscuro que veía tenía a mis entrañas sacudiéndose con un subidón de adrenalina al instante.

Lo odiaba. Esto era demasiado drama, y *no* era una buscadora de drama. Mis músculos se encontraban tan tensos para cuando terminé la lección del día, que tomé un puñado de analgésicos tan pronto como me retiré a mi refugio. Dejando la puerta de mi oficina abierta, me desplomé en la silla detrás de mi escritorio y cerré los ojos, aliviada de que todo hubiera terminado. Sobreviví un día, y nadie parecía saber nada.

—Jamás sería una espía —murmuré para mí misma.

Cubrir verdades y pretender que todo estaba perfecto era desgastante para mí. Como una muñeca floja e irregular, me quedé sentada allí, tratando de recuperar mis sentidos dispersos.

Y entonces alguien tocó el marco de mi puerta, provocándome una insuficiencia cardíaca.

Grité, con un vergonzoso grito de niña y salté.

—Lo siento. —Levantando las manos a modo de disculpa, Philip entró en mi oficina. Sus ojos suplicaban perdón mientras se encogía—. Solo soy yo.

Me hundí en la silla, poniendo mi mano sobre mi corazón. Guau, ¿necesitaba relajarme o qué?

Sentándose al otro lado de mi escritorio, Philip respiró hondo antes de preguntar—: Entonces, ¿en cuántos problemas estoy, y qué puedo hacer para lograr que me perdones?

¿Eh? ¿Perdonarlo? —¿Por qué? —pregunté tontamente, antes de darme cuenta. Oh, Señor. Lo olvidé. La cita, por supuesto.

—¿Por el sábado? —preguntó, mirándome inquieto. Luego soltó una risa nerviosa y se removió en la silla—. No tienes que fingir que no fue un gran problema. Sé que fui imperdonablemente grosero por no llamarte, pero surgió algo y me llamaron de la ciudad, y... —Parecía estar lleno de excusas. La expresión indefensa permaneció mientras terminaba—. ¿Qué puedo hacer para compensarte?

Yo ya me encontraba sacudiendo la cabeza y agitando mi mano antes de empezar a hablar. —En serio, está bien. —Quiero decir, tenía mi propia carga de culpabilidad por el momento. ¿Quién era yo para reprocharle algo a alguien más?—. Estoy segura de que tu... uh, situación era inevitable.

Además, me sentía un poco mal porque ya había olvidado nuestra cita que nunca sucedió.

Él parpadeó y enderezó la espalda. —Entonces... ¿me perdonas? ¿Así de fácil? —Arqueó una ceja y me dio una mirada desconfiada—. ¿En serio?

Su perplejidad era adorable. Me eché a reír. —Si te hace sentir mejor, podría darte veinte latigazos, pero los látigos y las cadenas no son lo mío.

Cuando su mirada se calentó con interés, de repente me di cuenta del mal significado que tuvieron esas palabras. Dios, ¿por qué seguía diciendo cosas de mal gusto impulsivamente? Con la cabeza pesada por toda la sangre corriendo a mis mejillas, puse una mano sobre mi boca para amortiguar la exclamación—: Oh, Dios mío. Acabo de decir eso en voz alta, ¿no es así?

Riéndose con deleite, Philip me inspeccionó con un par de ojos marrones brillando con aprobación. —Yo no escuché nada, si no quieres que lo haga.

Aclarándome la garganta y aferrándome a la última pizca de dignidad, dejé caer mi mano y discretamente murmuré—: Gracias.

Asintió. —¿Esto significa que podemos tratar de tener otra cita... pronto?

Abrí la boca, sorprendida por la pregunta. —Uh... Yo... Bueno, no estoy segura. Tú me *plantaste* y no me contactaste en *dos* días.

Sin embargo, mi travieso comentario del látigo debió darle un poco de confianza, porque apenas hizo una mueca. —Entonces te voy a dar un poco de tiempo para pensarlo. Así que... llámame cuando cambies de opinión.

No le respondí. Me dio un saludo y se volvió, saliendo de mi oficina. Me quedé mirando el lugar vacío en mi puerta por donde había desaparecido, mordiendo mi labio, sin saber si debía darle una segunda oportunidad o no. El hombre era bastante agradable, con un buen sentido del humor y era fácil hablar con él.

Nunca fui buena en el mundo de las citas, así que sería una opción ideal con la que salir. Pero me *plantó*. Me abandonó en un lugar donde me sentía completamente incómoda, y terminé cometiendo el peor error de mi vida a causa de ello. Debería estar totalmente molesta con él. Nunca hubiera bebido tanto para aliviar mis nervios si me hubiese pedido encontrarnos en un buen

restaurante o un aburrido bar de cócteles. Y no hubiera dejado que Noel Gamble me llevara a casa si me hubiera encontrado sobria. Y ciertamente no habría pasado mi lengua por su garganta y no hubiera hecho esas cosas con él en mi cama si no me hubiera llevado a casa.

Santa mierda, podía culpar de todo esto a Philip, ¿no? Perfecto. Salvo que no, no, no podía. Yo era una de esas personas masoquistas que tomaba toda la culpa de todo lo que pasaba en mi vida. Me había metido en este lío. Y no podía culpar a Philip Chaplain, sin importar lo bien que pudiera sentirme temporalmente. Idiota suertudo.

Pero en serio, la idea de ir a otra cita con él simplemente no... me emocionaba. Solo estuve ligeramente interesada en la primera cita. Y ahora, con toda la preocupación por mi padre y por mi trabajo, y por Noel Gamble, de ninguna manera sería capaz de concentrarme en Philip si pasáramos más tiempo juntos.

—Por favor, no me digas que ese es el idiota que te plantó la noche del sábado. ¿El Dr. Chaplain? ¿En serio?

Parpadeé, dándome cuenta de que miraba a una figura borrosa de pie en mi puerta.

Su voz me golpeó primero. Sabía exactamente quién había venido a mi oficina antes de que mi mirada se aclarara lo suficiente como para enfocarlo.

El verlo de pie en el umbral de mi oficina enloqueció mis nervios. Tambaleándome sobre mis pies, miré frenéticamente detrás de él, esperando ver a Frenetti cargando hacia mí para despedirme.

—¿Qué demonios está haciendo aquí? —susurré, en un tono demasiado culpable.

Entró y cerró la puerta, enviando mi corazón a chocar contra mis costillas en pánico, como un pájaro asustado y desesperado por escapar de su jaula. Hice un sonido de negación en la parte posterior de mi garganta, pero eso fue todo lo que pude manejar.

—He venido a hablar sobre lo que pasó...

Jadeé y aplasté mi mano sobre mi pecho agitado. No se atrevería. No aquí. No acerca de eso.

—Entre nosotros —continuó—, el sábado en la noche.

Bueno, se atrevió.

Pero la peor parte era cómo se veía cuando lo dijo. Yo me sentía confusa e inestable hasta mi núcleo. Y él se veía absolutamente increíble. Su pelo oscuro se mantenía a la moda, desordenado como si se hubiera peinado con los dedos antes de salir de casa. Sus ojos azules, con ese precioso toque de lavanda, eran brillantes y alertas, llenos de vivacidad. Y su cuerpo. Dulce

misericordia; recordaba cómo se sentía contra el mío, presionándome contra mi cama mientras su boca me llenaba.

Sacudida por el aspecto físico de mi atracción y desquiciada por el hecho de que él quería discutir la peor cosa que había hecho, en mi *oficina*, me quedé mirándolo con ojos que se negaban a parpadear. Pero mi visión se volvió gris en los bordes. Dios, esperaba no desmayarme.

Espera, tal vez desmayarme ayudaría a evitar esta conversación. ¿Sería demasiado infantil contener la respiración en este momento?

—¿Cuáles son sus planes, señor Gamble? —pregunté, horrorizada al darme cuenta de que no podía controlar la rapidez con la que mi respiración se aceleró—. ¿Chantajearme? ¿Amenazarme con decirle a la administración que me lancé a usted *en mi estado de ebriedad* si no le doy una A?

Su boca se abrió. —Guau. —Soltó una carcajada breve y dura—. Pero... —Pasándose los dedos por su cabello, soltó otro sonido cínico—. Guau. De verdad crees que soy un gran imbécil, ¿no? Solo vine aquí para asegurarme de que estuvieras bien.

Dándome cuenta de inmediato que me había equivocado por la forma en que sus ojos brillaron con —¿eso era dolor?—, me tragué mi vergüenza. De ninguna manera podría fingir esa emoción.

Bajando la mirada, contuve la respiración mientras la idea de hacerle daño me rasgaba. —Yo no... eso no es... usted no es...

—Respira —ordenó en voz baja.

Sorprendentemente, lo hice, inhalé un poco de aire, mi cuerpo seguía inconscientemente sus órdenes y aliviaba la tensión en los músculos que había estado allí todo el día. Cuando levanté la mirada, abrí la boca para disculparme por mis acusaciones, pero no salió nada.

—Así que, supongo que no estás —dijo, levantando las cejas— bien, eso es.

—¡Por supuesto que no! —exploté, con un áspero susurro antes de mirar hacia la puerta cerrada—. Estaba totalmente borracha y me metí con uno de mis estudiantes. —Agitando las manos para mostrarle cuán mal me encontraba, susurré—: Estoy completamente aterrorizada en estos momentos.

Noel hizo lo peor que posiblemente podía hacer. Esbozó una sonrisa. —Dios, eres linda cuando estás en pánico.

—¡Noel! —grité, escandalizada por lo bien que se tomaba esto. Su actitud displicente solo me inquietaba más.

—Correcto. —Volviéndose serio, asintió y se aclaró la garganta antes de dejar escapar un suspiro sin ganas—. Entonces, ¿qué vamos a hacer?

La forma en que dijo “vamos” suscitó una emoción que casi me hizo llorar. No creo que nadie nunca haya usado esa palabra conmigo. Ni un padre o

amigo, ni... cualquier persona. Siempre había hecho todo por mi cuenta. Ser parte de un equipo, una pareja, Dios, era lo que siempre había querido. Pero ser parte de algo con él era un error.

Parpadeando rápidamente, traté de controlar mi corazón acelerado al respirar profundo. Con determinación. —Bueno —dije, y tomé otra respiración profunda—, lo correcto sería confesar. Por lo tanto, si quieres decirle al decano del departamento de inglés lo que te hice, para que no haya secretos ni mentiras, yo... lo entenderé. Puedo ir contigo en este momento, si lo deseas.

—Yo no... —Se puso delante de mí para bloquear mi camino a la puerta, como si temiera que me lanzara por encima de él para ir a hablar con Frenetti sin su aprobación—. Es decir, vaya. Oye. —Soltó una risa nerviosa y levantó las manos. Me recordó a un animal insignificante tratando de calmar a una temerosa criatura acorralada—. No hay ninguna razón para hacer eso. Nadie nos vio. Nadie lo sabe. Y desde luego no tienes que hacer que te despidan por esto. —Entrecerró los ojos—. Y lo harían, ¿verdad?

Asentí. —Sí. —Mi voz se quebró cuando traté de añadir—: Yo sería...

—Despedida —completó con un asentimiento decisivo.

Cuando logré un rígido asentimiento, sus hombros cayeron. —Eso es lo que me temía. —Chupó su labio inferior entre los dientes en un gesto pensativo. Era una lástima que se viera tan delicioso. Yo solo quería... ¡Dios! Tenía que dejar de pensar de esa manera.

—Así que, ¿qué opinas? —Encontré el valor para preguntar, ya que me gustaba pensar en esta colaborativo término de “nosotros”.

Levantó la mirada, con ojos sorprendidos. —¿Sobre qué?

Tragué saliva, sonrojándome. —Sobre lo que debemos hacer.

—Oh. —Exhaló suavemente—. Uh... —Su mirada se deslizó sobre mí, calentándome mientras recordaba cómo mi piel se sentía bajo sus manos. La mirada que me envió, decía exactamente lo que quería hacer. El ardor que me atravesó cuando su mirada viajó por mi cuerpo hizo que mis pezones se levantaran, firmes y hormigueando.

—¿Estás loco? —jadeé, sin aliento de repente.

—Sí. —Suspiró con fuerza mientras daba un paso atrás—. Creo que tal vez lo estoy. Solo un poco. —Luego su mirada me recorrió otra vez—. O tal vez mucho. Jesús, puedo ver lo duros que están tus pezones a través de la blusa.

Golpeando mis brazos alrededor de mi pecho para cubrir a las chicas, lo miré y susurré—: No vamos a iniciar un romance ilícito, señor Gamble.

—Claro que no —repitió, pero lo hizo más como una pregunta que una afirmación.

Me sonrojé. —¡No! Oh, Dios mío. Es... sería inmoral, peligroso, sórdido, y... y... y demás. Somos completamente incompatibles.

—¿Qué? —El último comentario lo hizo parpadear de nuevo a la realidad y fruncirme el ceño—. ¿Crees que no? Y yo no puedo dejar de recordar lo muy bueno que somos juntos.

—¿Vas a detenerlo? —El calor me inundó de pies a cabeza, sabiendo exactamente lo que quería decir.

Inclinó la cabeza hacia un lado, luciendo confundido. —¿Detener qué?

—Detener... detener el coqueteo y las referencias a lo que pasó. Vamos a olvidarnos de eso. ¿Recuerdas?

Pero él sonrió. —Si se supone que debo olvidar, entonces, ¿cómo puedo recordarlo?

—Oh mi Dios, eres imposible.

—Si me dejas, terminaría aquí lo que empezamos. Ahora mismo. Ya no estás ebria, y eso era lo único que me retenía. —Una sonrisa curvó el lado derecho de su boca—. ¿No me dijiste que has soñado conmigo tomándote en este mismo escritorio?

El color se drenó de mi cara. —No lo hice. —Pero Cristo, ¿lo hice? ¿Qué le había dicho?

—Oh, sí lo hiciste. Con muchos detalles. —Se veía muy feliz de informar mi horrible comportamiento, y yo quería darle una bofetada y luego darle un beso y luego probablemente derribarlo en mi escritorio para que me tomara con ese detalles.

—No deberíamos estar hablando de esto. —Me alejé, enfrentando una pared de estanterías. Dios Santo, no había ningún lugar a dónde ir. Tendría que rodearlo si quería escapar a través de la única puerta. Había una ventana, pero nos encontrábamos en la tercera planta.

Tal vez debía intentarlo de todos modos.

—Así que... supongo que eso significa que no vamos a hacer nada al respecto, ¿no?

—Tienes que irte, señor Gamble. Esta conversación es... está mal.

—No veo cómo es peor que aceptar salir con un hombre que ya está comprometido para casarse.

—¿Qué? —Giré el torso hacia él.

Arqueó una ceja desafiante. —El Dr. Chaplain. ¿Me estás diciendo que no sabes que ya tiene una prometida?

Mi boca se abrió. —¿Discúlpame? No, ciertamente no la tiene.

Oh, Dios mío. ¿Tenía prometida? No, de ser así la habría llevado con él al partido. ¿Verdad? ¿O era una de esas mujeres que no les gustaba el deporte?



—Le propuso matrimonio en una de las clases que tomé con él el semestre pasado. —La voz de Noel me trajo de nuevo al presente.

La decepción me invadió. Y Philip había parecido tan prometedor. No me importaba que él no me interesara de la forma en la que lo hacía el estudiante irritante delante de mí, pero era... agradable, sencillo. Accesible. Bueno, aparte de toda la situación de abandonarme en un bar. Oh, mierda. Era un hijo de puta.

—Pero ¿por qué... por qué iba a invitarme a salir si está comprometido?

Noel se encogió de hombros, algo parecido al arrepentimiento destelló en sus ojos, como si se sintiera mal por iluminarme con la verdad. —Tal vez pensó que lo sabías. Y no te importaba.

—Oh, Dios, —Giré de nuevo. ¿Podría alguien tomarme como ese tipo de persona?

—En serio, ¿por qué sigues girando para enfrentar la estantería?

Mierda. Ahora Noel sabía de mi locura. —Porque estoy buscando un libro. —Improvise en el último momento, sorprendida y orgullosa de mí misma por pensar en esa respuesta tan rápido. Y ya sabes, ahora que pensaba en ello, *había* un libro que tenía que comprobar. Era una de esas segundas copias, donde había hecho notas en los márgenes. Y si recordaba correctamente, eran muy, muy buenas notas. Salvo que, estaba casi segura de que se encontraba escondido en una caja... en el estante superior.

Oh, bueno. Había llegado hasta aquí. Bien podría seguir. Agarré la silla al otro lado de mi escritorio, ya que no tenía ruedas y podría mantenerse firme.

—¿Qué demonios estás haciendo? —preguntó Noel mientras me subía.

—Pensé que te había pedido que te fueras. —Levantando los brazos, usé la punta de los dedos para mover la caja y sacarla de la estantería.

—Por el amor de Dios. Déjame bajar eso antes de que te hagas daño.

—Lo puse aquí; creo que puedo bajarlo. Y se supone que debes irte... como te lo pedí.

—No lo pediste. Lo exigiste y, Jesús, Aspen. —Su voz sonaba llena de advertencia—. No lo hagas. Vas a hacerte daño. Mido uno noventa. Puedo llegar allí mucho más fácil que tú.

—Bueno, yo mido uno sesenta. ¿Cuál es el punto? Puedo alcanzarlo... bien. —Mierda. Mis dedos apenas tocaban la superficie. Me levanté de puntillas y lo intenté de nuevo.

—No, no puedes. Déjame... ¡Aspen!

—Deja de llamarme por mi nombre de pila. No es adecuado.

—Maldita sea, mujer. ¡Bájate! —Agarró mis caderas y me tiró hacia atrás justo mientras agarraba los bordes de la caja. Salió volando de los estantes con

To professor  
with love

Linda Kage

mi tirón repentino y se abrió, con todo su contenido lloviendo sobre nosotros dos.

122

LIBROS DEL  
Cielo



Traducido por \*~ Vero ~\*

Corregido por Niki

"Sospecho que es lo que más podemos esperar; y no es un poco de esperanza, sino que nunca nos demos por vencidos, que nunca dejemos de permitirnos tratar de amar y recibir amor."

Elizabeth Strout.

## NOEL

Golpeé mis dedos sobre mi rodilla mientras presionaba el teléfono a mi oído, esperando que alguien contestara.

Pick se tomó su tiempo antes de dar un saludo somnoliento como si lo hubiera despertado de la cama a las cuatro y media de la tarde. —¿Sí?

—Oye, ¿puedes cubrir mi turno esta noche?

—Vete a la mierda, eliges el peor momento de todos, Gamble. ¿Por qué no puedes trabajar?

—Es una larga historia. —Miré a Aspen tendida en la cama junto a mí, con los brazos descansando plácidamente a sus costados mientras sus pies se extendían hacia el final del colchón. Sospechaba que estaba despierta, aunque tenía los ojos cerrados—. Estoy en el hospital... con un amigo.

—¿Todo bien? —La preocupación en la voz de Pick me hizo sonreír. Podía actuar como un matón todo lo que quisiera, pero el corazón del hombre era tan blando como el de un gatito. Se habría cortado su propia pierna para ayudar a un amigo que lo necesitara.

—Nada que no puedan arreglar un par de puntadas. —Mi mirada halló el parche de gasa en la parte superior de su brazo casi hasta la curva de su hombro. Quince puntos de sutura para ser exactos.

—Bueno, está bien. Pero me debes una.

—Gracias. —Colgué y bajé el teléfono al mismo tiempo que las pestañas de Aspen se abrieron. El medicamento para el dolor que le habían dado debía

de estar haciendo efecto porque sus ojos verdes parecían vidriosos e incoherentes.

—No tienes que quedarte. En serio. Estoy bien. Si tienes que ir a trabajar, ve. Probablemente me darán el alta muy pronto.

—Y vas a necesitar a alguien que te lleve a casa una vez que lo hagan — discutí en un tono suave y razonable.

Me sentí como una mierda por haberla lastimado. Pero, ¿quién sabía que las esquinas de las cajas de cartón abiertas podrían causar tales profundos y desagradables cortes? Jesús, debí haberle dejado que tire de la maldita cosa ella misma. Habría estado, sin duda, *ilesa* ahora mismo. Y sabía que le había dolido, y mucho. Me dejó llevarla al hospital sin una palabra de resistencia.

—Puedo conducir bien. Tengo un pequeño corte. No es que me cortaran todo el brazo. —Pero tan pronto como habló, el color se fue de su cara. Sus ojos se desdibujaron como si sus propias palabras hubieran provocado un recuerdo doloroso. Cerrando los ojos, dejó escapar un gemido de pesar—. No debí haber dicho eso.

Eché la cabeza hacia un lado, confundido. —¿Por qué no?

Parpadeó de nuevo, volviendo a enfocarse. —Porque... —No contestó, solo me miró con los ojos muy abiertos—. Mi padre —añadió al final, pero eso fue todo lo que dijo.

De su bolso, un teléfono comenzó a sonar. Porque estaba sobre una mesa junto a mí, y no quería que ella se moviera, lo alcancé sin pedir permiso y abrí la presilla superior. Su teléfono descansaba cerca de la parte superior. Mientras lo sacaba, vi que la llamada era de *Padres*.

—Toma. —Se lo di, pero solo me miró. Uno habría pensado que le daba una manzana envenenada o algo así. Así que traté de ser útil al decir—: Son tus padres.

—Oh, Dios. —Si antes había estado pálida, ahora era una hoja blanca—. Es el karma.

Sonreí, feliz de saber que no era la única persona que le culpaba toda su mierda al karma.

—¿Por qué el karma utilizaría el teléfono de tus padres para llamar?

Trataba de ser lo suficiente lindo para hacerla sonreír. No funcionó. En todo caso, parecía sentirse peor. —Si supieras.

Por alguna razón, quise saber. —Entonces dímelo.

Aspen se me quedó mirando con expresión sorprendida. El teléfono seguía sonando entre nosotros. Parpadeó y sacudió la cabeza antes de tomarlo con dedos temblorosos.

—Ho... ¿hola? —Su voz sonaba tan joven y asustada. No me gustaba eso. Pensé que lo odiaba en clases cuando su tono se volvía de profesora. Pero en este momento, hubiera dado cualquier cosa por oír ese tono potente y seguro.

Desde mi asiento, escuché la voz ahogada de una mujer decirle a Aspen que su padre estaba en el hospital. Hmm. Qué casualidad. Debe darse en la familia el visitar un hospital hoy. Día Nacional de los Kavanagh en el Hospital. Esperé a que le explicara que ella también estaba en uno. Pero no lo hizo.

—Eh... um, ¿cuánto tiempo lleva allí? —Asintió cuando una respuesta débil llegó a través del receptor—. ¿Y su pierna? —preguntó a continuación—. ¿Esto va a afectar eso? Todavía la tiene, ¿verdad? ¿No le han amputado nada todavía?

Oh, así que por eso los chistes de perder extremidades eran tabú para ella. Era bueno saberlo.

Cuando cerró los ojos y cruzó los dedos, experimenté esta necesidad ineludible de extender la mano y estrechar esa mano, o por lo menos cruzar mis dedos junto con los de ella.

Se veía tan sola y pequeña en esa cama, cruzando los dedos con una esperanzadora ansiedad infantil. Me hizo sentir incómodo verla de esta manera, sobre todo porque no podía hacer nada para ayudarla, o más exactamente, porque no debería.

Pensando a *la mierda, necesita esto*, extendí el brazo y le tomé la mano. Sus dedos se sentían fríos y se sacudieron por la sorpresa debajo de mi agarre. No la solté. Sus ojos se abrieron para mirarme, pero solo asentí, haciéndole saber que me encontraba allí. Cuando sus dedos por fin apretaron a modo de respuesta, juro que sentí que el apretón se ajustaba alrededor de mi corazón en lugar de mi palma.

—Bien, eso es bueno —dijo al teléfono solo para luego hacer una mueca como si supiera que no tenía que decir eso. Pero no debió haber recibido la respuesta que temía porque un segundo después dejó escapar un suspiro de alivio—. Está bien, entonces. Gracias por llamar.

Y eso fue todo. Eché un vistazo alrededor de la habitación antes de volverme hacia ella. —¿Eso es todo? —pregunté—. ¿Por qué no les dijiste que también estabas en el hospital?

Se sonrojó y me devolvió el teléfono. Lamentablemente solté sus dedos para tomarlo. —Yo... —Sacudió la cabeza y agitó su brazo malo—. Esto no nada serio. Solo me habría ridiculizado por ser torpe.

—Pero *no* fuiste torpe. Fue mi culpa que te lastimaras.

—No... —Suspiró como si estuviera exhausta—. No fue tu culpa. Y aun así, ella habría encontrado alguna manera de echarme la culpa.

Fruncí el ceño, lo que le causó apartar la mirada. Sus dedos jugueteaban con las mantas.

De escuchar sus parloteos borrachos el sábado, ya creía que sus padres eran unos completos idiotas. Pero ahora, no me gustaban para nada. No me gustaba la forma en que le afectaban, haciéndole tartamudear y volviéndola nerviosa. Esta no era la mujer que había visto llevar una clase en los últimos meses. Y sin duda no era la mujer que sostuve entre mis brazos toda la noche del sábado.

—Después de todo lo que te han hecho, me sorprende que continúes hablando con ellos —solté antes de poder detenerme.

—¿Qué? —Su cara una vez más drenó de color—. ¿Cómo sabes... quiero decir, de qué hablas? No sabes nada acerca de mi relación con mis padres.

La miré. —Sí, y es obvio que no te acuerdas de todo lo que me dijiste el sábado.

—Oh, Dios. —Sus ojos parecieron demasiado grandes para su cabeza y se quedó boquiabierta de horror—. ¿Qué te dije?

Jamás podría repetir lo que me había dicho. Abrí la boca, pero no salió ninguna palabra.

—¿Noel?

Mi nombre en sus labios me mató. Me hizo desear cosas, como lastimar a sus padres o al otro futbolista imbécil que le hizo daño. Me dieron ganas de alcanzar su mano nuevamente o inclinarme y alejar todo el dolor en sus ojos al apoyar mis labios en su frente.

Sí, sin duda me encantó cómo dijo mi nombre. Pero antes de que pudiera quedar como un tonto y reaccionar, la puerta se abrió, y una enfermera entró.

—Muy bien, señorita Kavanagh. Es libre de irse.

—Es doctora —dije antes que pudiera Aspen; no es que ella luciera como si fuera a corregir a la enfermera. Ambas mujeres parpadearon hacia mí—. Ella es una doctora, no una señorita. Es... —Mierda, ahora me sentía como un idiota pretencioso por hacer un alboroto por su maldito título. Pero Aspen merecía el respeto de tal magnitud. Había trabajado mucho para ganarlo—. Una profesora de literatura —terminé patéticamente.

La enfermera se sonrojó. —Oh, yo... disculpe, Dra. Kavanagh. —Se volvió hacia Aspen en tono de disculpa, pero ésta le hizo un gesto con la mano antes de darme una mirada extraña.

Me encogí de hombros, sin interesarme si sonaba cursi. Ahora mismo, quería que todos la adoraran y trataran como si fuera lo único que importaba.

Pasaron unos minutos después de eso para que dejáramos el hospital. Cuando saqué de mi bolsillo las llaves de su coche, se concentró en ellas.

—Puedo conducir.

—¿En serio? —Mostrándole mi dedo medio, le pregunté—: ¿Cuántos dedos ves?

En vez de ofenderse y decirme que me comportara, entornó los ojos y se inclinó hacia mí, pero perdió el equilibrio y casi se me cayó encima. La agarré por la cintura, manteniéndola en posición vertical.

—Respuesta equivocada. Voy a conducir. Además, vinimos aquí juntos. ¿Cómo esperas que llegue a casa?

En vez de alejarse para caminar sola como si estuviera completamente coherente, se inclinó un poco más contra mí. —Podría llevarte a la escuela para buscar tu auto.

Ahí iba de nuevo, pensando que tenía mi propio coche. Suspiré. —Ni siquiera puedes ver a un metro delante de ti. *Voy a conducir yo.* —Cuando me frunció el ceño, simplemente le envié una sonrisa socarrona—. Lidia con ello, cariño.

Suspiró, cediendo, y apoyó la cabeza en mi hombro mientras la llevaba el resto del camino a su auto. Se sentía bien, pero aun así tenía que mirar los alrededores para asegurarme de que nadie nos viera. Dudaba que pudieran despedirla porque se encontraba herida, y drogada, y no tenía idea de lo que hacía. Sabía que no debía correr el riesgo, pero se sentía demasiado bien en mis brazos como para dejarla ir.



—Aquí tienes. —Le entregué a Aspen un vaso de agua.

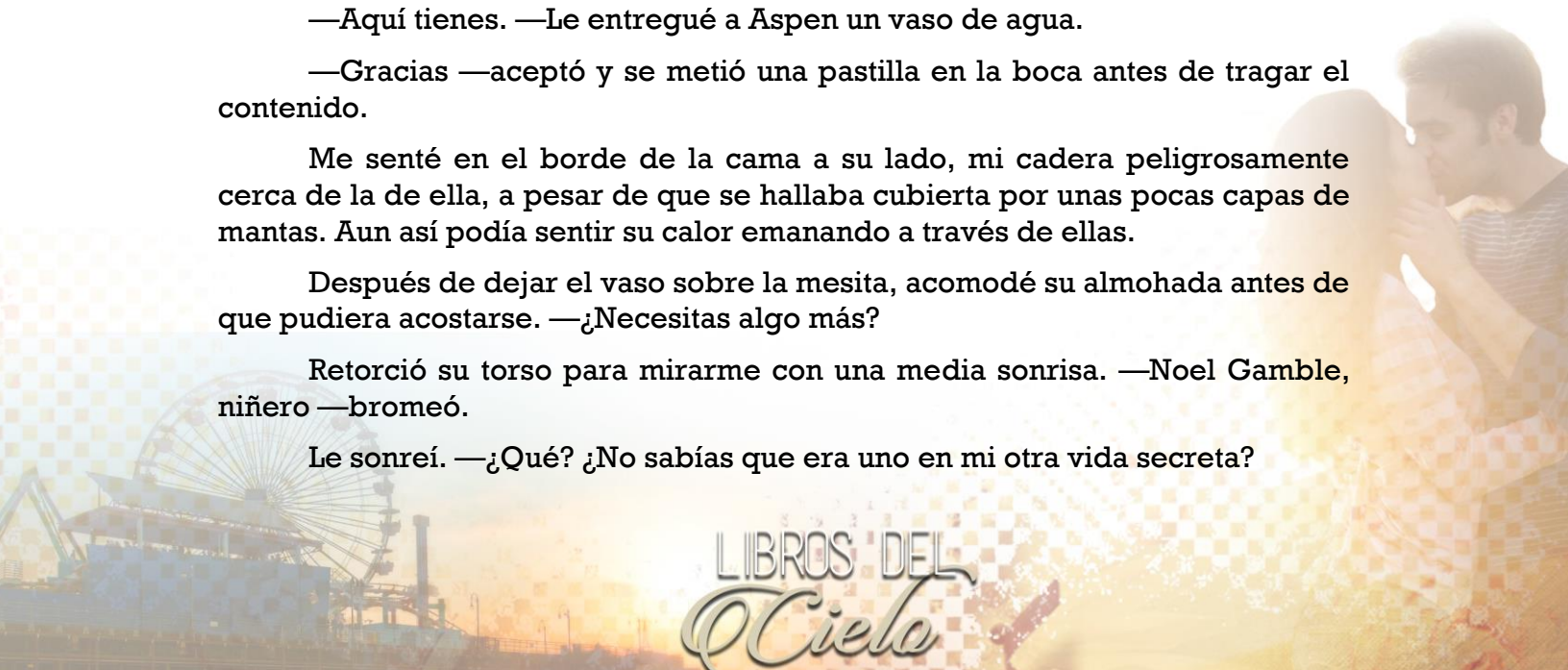
—Gracias —aceptó y se metió una pastilla en la boca antes de tragar el contenido.

Me senté en el borde de la cama a su lado, mi cadera peligrosamente cerca de la de ella, a pesar de que se hallaba cubierta por unas pocas capas de mantas. Aun así podía sentir su calor emanando a través de ellas.

Después de dejar el vaso sobre la mesita, acomodé su almohada antes de que pudiera acostarse. —¿Necesitas algo más?

Retorció su torso para mirarme con una media sonrisa. —Noel Gamble, niño —bromeó.

Le sonreí. —¿Qué? ¿No sabías que era uno en mi otra vida secreta?



—¿Cuántas otras vidas secretas tienes? —Se acostó, pero no en la almohada que acababa de prepararle. Se acurrucó sobre mí, envolviendo sus cálidos brazos alrededor de mi cintura antes de poner su mejilla en mi muslo. Luego cerró los ojos y suspiró con satisfacción.

—Maldita sea, Aspen —gemí, incapaz de detener mis propios brazos mientras se entrelazaban alrededor de ella. Levantándola ligeramente, me deslicé hacia abajo para poder estar a su lado y ofrecer mi hombro como su almohada.

Presionando mis labios en su cabello, suspiré. —¿Por qué siempre te pones tan dulce y tierna cuando estás un poco fuera de sí? —*¿Cuando no podía, con buena conciencia, hacer nada al respecto?*

—Siempre soy tierna —respondió, con voz gruesa y lenta—. Solo lo notas cuando estoy un poco fuera de sí.

Me reí y puse las mantas hasta su barbilla. Con los ojos todavía cerrados, suspiró de nuevo y una sonrisa se dibujó en su rostro.

De ninguna manera podía dejarla así. Además, estaba herida. Alguien debía velar por ella. Pero me dejé los zapatos puestos, dejando que mis pies colgaran al borde del colchón, pensando que de alguna manera hacía que esto no fuera tan tabú.

Enterrando mi nariz de nuevo en su cabello, cerré los ojos.

—¿Quieres saber un secreto? —susurré, esperando que estuviera fuera sí por completo para confesarle todo a su subconsciente en lugar de a ella.

—Hmm. ¿Qué es eso?

Sonreí con cariño a la forma en que arrastró las palabras. Me recordó mucho al sábado cuando estuvo borracha y nos habíamos besado. Y eso me ayudó a soltar mi confesión con más libertad. —Quedé completamente loco por ti ese primer día de clases.

Levantó la cara y me miró, sus pestañas parpadearon hasta revelar sus ojos empañados de drogas. —No puede ser.

Asentí. —Sí, puede. Tenía la mirada gacha y hacía garabatos en un bloc de notas o algo así. Entonces oí tu voz, al presentarte, y tuve que alzar la vista. Parecías tan... no sé. Cautivara. Incluso usando uno de esos horribles trajes que te pones para clase, te deseaba.

Sus labios se curvaron con placer. —¿En serio?

Asentí. —Por supuesto. Algunos chicos tienen debilidad por las piernas, o los traseros, o pechos. Pero yo sin duda soy un hombre de bocas. Y tu boca... —Extendí la mano para apenas presionar la yema de mi dedo índice en sus labios—. Cristo, Aspen. Creo que tuve unas cincuenta visiones instantáneas de todo lo que quería hacer con tu boca. —Sacudiendo la cabeza, sonreí mientras ella continuaba mirándome con ojos perezosos y cansados, pero paralizados—.



Quería impresionarte con el primer trabajo que nos asignaste. Quería que me recordaras y pensaras en mí como uno de tus alumnos favoritos. Pero odiaste mi trabajo. Creo que nunca había puesto tanto esfuerzo en una estúpida tarea de literatura, y obtuve una maldita C. Me voló la cabeza. Entonces, cuando contesté una pregunta que hiciste un día en clase y te enteraste de que estaba en el equipo de fútbol, me miraste como si fuera un completo desperdicio. Eso como que dolió, sabes.

—Lo siento —murmuró, apoyando la mejilla sobre la almohada con tristeza—. En realidad no era que no me gustaras. —Levantó una mano para tocarme, pero sus dedos cayeron lánguidamente como si pesaran demasiado para poder manejarlos. Así que tomé su muñeca y le alcé la mano, trayendo sus nudillos a mi boca para besarlos.

—Lo sé. *Ahora*. Pero con cada C y D que me diste, dejabas de gustarme cada vez más hasta que te odiaba con una pasión ardiente. Me molestaba tanto sentirme tan atraído por ti, y que todo lo que veías en mí era un gran y tonto deportista.

—No eres tonto, Noel. Ni siquiera cerca.

Negué y sonreí de forma burlona, siguiendo con mi propio tema. —Sin importar lo que sintiera por ti, siempre fue intenso. Atracción u odio, todo era intenso. He sido muy consciente de ello desde el día en que llegaste a mi vida. Cada vez que nos asignabas algo, el impresionarte era como un reto personal para mí, pero mi nota seguía bajando. Me sentía tan estúpido. Yo solo...

Tomé un mechón y lo aparté de su cara. —Quería que me miraras y vieras el éxito que yo quería ser. No el fracaso que sabía que era.

—Pero veo un éxito. —Ya que todavía sostenía su mano junto a mi boca, fue fácil para ella abrir los dedos sobre mi mejilla—. Has logrado tanto.

—No. Solo desearía hacerlo. —Me incliné hacia delante para presionar mi frente contra la suya, añadiendo un par de metas más que sabía nunca alcanzaría en mi lista de deseos, y todos en relación con ella.

Su caricia se deslizó por mi mandíbula hasta que los dedos suaves se cerraron alrededor de mi nuca y me instaron hacia abajo, inclinándome hasta que me encontré cara a cara con ella. Cuando trató besarme, me resistí.

—Aspen —susurré a modo de advertencia, apretando los dientes—, no eres consciente de tus actos. No puedo aprovecharme así de ti dos veces seguidas.

—No voy a decirlo si tú no lo dices —susurró y tiró de mí con un poco más de fuerza.

Resistirle a su boca no era algo posible para mí, así que le di un beso, suave. Pero, maldita sea. Su boca. Mis labios no podían tener suficiente. Se volvieron hambrientos y se movieron con un poco más de insistencia hasta que

la tuve abriendo la boca bajo mi insistencia. Mi lengua estuvo allí junto a la de ella, girando con la suya y enroscándose en el interior.

Gemí, profundo y bajo, tratando de suavizar el beso para que pudiera separarme de forma segura. Pero sus manos recorrieron mi cuerpo, y acabé besándola con más fuerza.

Mis dedos se morían de ganas de explorar. Mi corazón latía con fuerza, y mi cuerpo ansiaba cubrir el suyo. Antes de darme cuenta, la estaba rodando sobre su espalda y arrastrándome sobre ella.

—Eres tan hermosa. —Tracé la delicada curva de su mandíbula antes de recorrer su garganta. Levantó la barbilla, dándome acceso, así que me incliné para besar su pulso.

Con un dulce gemido de aceptación, enterró los dedos en mi cabello. Mi boca encontró su clavícula y mi lengua se adentró en el pequeño espacio. Tiré suavemente de su blusa con mis dientes para exponer más piel de su pecho. Y mientras mis labios creaban un camino al sur, mi mano pasó por su brazo hasta su hombro, solo para encontrarse con el montón de gasa, tapando los puntos de sutura en la parte superior de sus bíceps.

Fue el golpe que necesitaba para volver a la realidad. —Mierda — respiré contra su garganta y cerré los ojos mientras apartaba mi boca de ella.

—¿Qué ocurre? —Su palma acunó mi mejilla.

Permanecí cernido sobre ella un segundo más antes de levantar mis pestañas y encontrar su preocupada, pero todavía nublada mirada. —Nada. — Sonreí—. Descansa ahora, ¿de acuerdo?

Cuando intenté alejarme de ella, tomó un puñado de mi camisa y se aferró a él. —Quédate.

Asintiendo, metí un mechón de cabello detrás de su oreja. —No te preocupes por nada. Yo cuidaré de ti.

Su mano se relajó y su cuerpo se acomodó. —Gracias —murmuró una última vez antes de que estuviera completamente inconsciente.

Lo más inteligente hubiera sido irme. Pero no había otro lugar en el que quisiera estar. Y le prometí quedarme. Así que me senté a su lado, ignoré la enojada erección en mis pantalones, y me acosté junto a Aspen Kavanagh por segunda vez. Y fue tan increíble como la primera noche que la había abrazado hasta el amanecer.

Traducido por Mary  
Corregido por Victoria

“Generalmente evito la tentación a menos que no pueda resistirla”.

Mae West.

## ASPEN

—La ciencia se trata de hipótesis, teorías y códigos creados a partir de hechos que han sido probados con el tiempo. Las matemáticas están hechas de absolutos, donde solo hay una única respuesta correcta a cada pregunta. Pero con la música, el arte, la *literatura*, las posibilidades son infinitas. No hay un código específico ni una pregunta qué haga que una pieza de literatura sea denominada *buena*. Hay millones, literalmente. Y aquí está la sorpresa. Es todo completamente subjetivo. Una canción puede dar placer al oído de una persona, mientras que irrita completamente el oído de otra. Entonces, ¿eso la hace buena, mala o simplemente promedio? ¿Qué opinan? ¿Qué hace muy buena a la literatura *buena*? ¿Qué la hace superar la prueba del tiempo hasta que estamos aquí, años, décadas y siglos después, discutiéndolo en un salón de clases?

Desde el fondo, una voz masculina supuso—: ¿Es por ser lo suficiente aburrida?

Plegando mis manos en mi cintura, esperé pacientemente para que la risa muriera, luego asentí al estudiante, dejándole su respuesta. —Puede ser aburrida para usted, señor Tenning. Pero obviamente no es aburrida para alguien más, o no hubiese sido publicada, y republicada, y luego republicada de nuevo tantas veces, así que... inténtelo de nuevo.

Él no tuvo otra respuesta ingeniosa, por lo que se encogió de hombros y se desplomó en su silla. Me encogí de hombros también, lo que tiró los puntos de sutura de mi brazo. Con un gesto de dolor, conseguí cubrirlo brevemente, desviando mi mirada no muy lejos de señor Tenning, a donde se sentaba Noel.

Hace una semana desde que me dormí en sus brazos, los suficientemente drogada para decir cosas que sabía no debería pero lo suficientemente sobria para recordar todo lo que dije. Supe que también se quedó hasta la mañana

porque tomé algo a las tres debido a mi garganta sedienta y él seguía ahí, junto a mí, manteniéndome caliente, protegiéndome. Pero se había ido para cuando mi alarma sonó, despertándome a las cinco y media.

Y ahora, aquí nos encontrábamos, ocho días después, a cada lado del salón, mientras una línea de decencia nos separaba de estar juntos.

Él se sentó en su silla con sus largas piernas flexionadas y cruzadas en los talones al tiempo que golpeaba ligeramente su lápiz contra la libreta en su escritorio. Sin embargo, sus ojos estaban en mí. Y ellos se estrecharon cuando se lanzaron a mi mano cubriendo la herida.

Dejé caer mis dedos y puse mi atención en la chica del frente levantando su brazo. —¿Sí?

—Nos provoca emociones —respondió Sydney Chin.

Con un asentimiento aprobatorio, le di una sonrisa brillante. —Muy bien, señorita Chin. —Volteándome a los otros, comencé a caminar hacia el otro lado del salón—. Las personas recurren al arte para encontrar una emoción. Vamos a ver una película de terror para tener miedo, o una comedia para reír. Con los libros pasa lo mismo, salvo por todos los efectos especiales en una pantalla. De hecho, tienen que usar su imaginación. —Di un golpecito a un costado de mi cabeza—. Y la mejor parte de usar la imaginación es que cada persona en este salón puede leer la misma línea en una página, y retratarán algo totalmente diferente en sus cabezas. Todos sentirán algo distinto al respecto, porque vienen de distintas partes del mundo, fueron criados bajo valores diferentes, influenciados por distintas personas, enseñados por diferentes antecesores. Dos personas son diferentes, por lo tanto dos opiniones tampoco pueden ser iguales, y por esa razón evalúo únicamente ensayos. Creo completamente que no hay respuesta equivocada a la opinión sobre una historia... siempre que se pueda tener suficientes razones para secundar una opinión. —Miré hacia el reloj en la pared—. Lo que me recuerda, llevo leyendo la mitad de los trabajos que me entregaron la semana pasada, por lo que debería entregárselos el próximo jueves.

Extendiendo los brazos, le mostré al salón una larga sonrisa. —Y con eso, chicos, los veré el martes.

Un suspiro colectivo se expandió sobre el salón. Por el modo en que ellos se lanzaron a recoger sus cosas e irse, podría pensarse que estaban excitados por escapar. Mmm. Sacudí la cabeza. Una multitud difícil. Oh, bien. Sidney Chin parecía interesada en lo que había dicho. Una oyente era mejor que ninguna. Mis hombros se desplomaron, haciendo que el dolor en mi brazo lesionado palpitara incluso más.

Masajeé el lugar sensible mientras el grupo de atletas de la parte trasera salía del área de asientos. No pude contenerme de mirar hacia Noel. Tenning le hablaba animadamente, pero él debió haber sentido mi mirada porque me

echó un vistazo. Todo dentro de mí despertó a la vida. Era como si este hombre sostuviera el interruptor de mis endorfinas de felicidad.

—Señor Gamble —dije, asintiendo hacia él con una mirada fría—, ¿puedo tener un momento, por favor?

Él se detuvo y pateó a su amigo cuando Tenning le murmuró algo al oído. Pero se quedó detrás, sin moverse hasta que todos en su grupo habían llegado a la puerta. Entonces, y solo entonces, la preocupación llenó sus ojos mientras se acercaba a mí.

—¿Estás bien? Estuviste frotándote el brazo. ¿Te duele? —Cuando trató de tocarlo, me aparté y miré detrás de él, donde un par de rezagados seguían aquí.

Noel apretó los dientes al tiempo que se volteó a ellos, luego de vuelta a mí, y bajó la voz. —No puedo creer que continúe molestándote después de una semana. Debes tener más cuidado para que se cure. Estás recordando tomar las pastillas para el dolor, ¿cierto?

Fruncí el ceño. No lo había llamado después de clase para que me dé un sermón. De hecho, tenía algo importante que decirle. —No puedo tomarlas. Hacen que todo sea... confuso. Y necesito la mente despejada para enseñar.

Se acercó, llegando casi al borde de mi espacio personal. Fue... lindo, pero este no era el momento ni el lugar. —No debes sentir ningún dolor. No me gusta saber que sigues herida por algo que hice yo.

—Oh, por el amor de Dios. —Me encogí y eché un vistazo hacia los estudiantes que se hallaban a milímetros de salir por la puerta, sin prestarnos nada de atención. Más bajo, susurré—: Mi brazo está bien. Los puntos están sanando y todo estará bien. Esta no es la razón por la que necesitaba hablar contigo.

Sus cejas se levantaron con interés. Noel inclinó su postura de petulante arrogancia. —¿No es eso? Bien, entonces... ¿Qué pasa, profesora? —Cruzando los brazos sobre el pecho, esperó a que continuara.

Suspiré y tendí su ensayo que había leído anoche. —No puedo aceptar este ensayo.

Su mirada bajó antes de levantarla otra vez. —¿Por qué no? ¿No entendí el objetivo de la asignación esta vez?

—Ya sabes porque no —susurré—. Te metes en un terreno peligroso. Arriesgas demasiado.

Torció los labios como si todo esto lo divirtiera, como si no hubiera nada de qué preocuparse. —Pero tú pediste un ensayo sobre ciertos eventos que cambian las metas de una persona. Y acabas de decir, hace dos minutos, que no había respuestas equivocadas. ¿No te di suficientes razones con respecto a la opinión y sentimientos que tengo?

No me gustó que usara mis propias palabras en mi contra, pero me gustó que él hubiera estado escuchando y absorbiéndolas.

Uy. Ese no es el punto.

—No puedes escribir algo como eso. ¿Qué si alguien más pone su manos en esto y lo lee?

Se encogió de hombros. —¿Entonces qué? No te nombré. —Pero escribí sobre cómo alguien que estaba prohibida para él, había entrado a su vida y cambiado algunas de sus prioridades. Alteró sus esperanzas y sueños. Era muy halagador saber que lo hice cuestionarse lo que quería de su vida y lo único que lo retenía de perseguir su nuevo sueño era mi seguridad.

Pero él anunció directamente que quería salir con una de sus profesoras, escribiendo esta línea: *me mantengo alejado solo porque las consecuencias de fraternizar con un estudiante son demasiado grandes para ella.*

—De hecho escribiste la palabra *fraternizar* —acusé.

Me dio una amplia y orgullosa sonrisa. —Lo sé. Hasta yo me sorprendí con esa. Buena frase, ¿no?

—Noel. —Sacudí la cabeza. Él era imposible. ¡Imposible!—. No puedo aceptar este ensayo.

—De acuerdo, bien. —Con un revoleo de ojos, resopló y sacó una pila de papeles grapados de su bolso de mensajero para ponerlos en mi escritorio—. ¿Qué hay de este, entonces?

Bajé la mirada, viendo lo que parecía ser otro ensayo. —¿Qué...? —Eché un vistazo hacia él, completamente confundida.

Parpadeó. —Tenía la sensación de que me pedirías otra versión. Así que, aquí está, sin una sola palabra de lo que me haces.

—Tú... ¿Escribiste dos versiones diferentes de tu ensayo?

Cuando asintió, sacudí la cabeza, desconcertada. —¿Por qué?

Sus azules ojos se llenaron con una intensa emoción que hizo que se me secara la garganta. —Porque quería que supieras, quería que entendieras.

Mi corazón se retorció en mi pecho al tiempo que él se giraba y salía de mi salón de clases.



Está bien. Admito que el loco ensayo de Noel Gamble me había afectado. También me afectó esa mirada honesta y suplicante cuando me dijo *quería que entendiera*.

Él acababa de colocar la pelota *firmemente* en mi cancha. Y era muy tentador para no lanzarme hacia ella. Aquí me encontraba yo, haciendo algo indescriptiblemente loco.

Forbidden era un nombre adecuado para este club, decidí. Sabía que no debía estar aquí, pero un escalofrío de anticipación se deslizó sobre mi cuero cabelludo cuando abrí la puerta y entré. No podía creer que estuviera cediendo a esto tan fácilmente, viniendo aquí con la esperanza de quizá solo verlo.

Tal vez él ni siquiera vino a trabajar esta noche. Dios, esperaba que no. No necesitaba que nada más me hiciera caer en su hechizo. No me preocupó lo mucho que quería verlo, incluso si era solo robando miraditas de anhelo desde el otro lado de una habitación sin que él supiera de mi presencia. Necesitaba cortar esta fascinación de raíz.

Era más fácil decirlo que hacerlo.

Él fue lo primero que vi. Al ser un martes en la noche, el lugar se hallaba mucho menos concurrido que la última vez que estuve aquí. Así que tenía una vista directa hacia la barra en el fondo. Luces azules fluorescentes iluminaban su cabello oscuro, y la tela negra de su remera se veía especialmente bien al extenderse sobre sus anchos y grandes hombros.

Un apretón en mi pecho me hizo contener el aliento. Él se encontraba ocupado, absorto en su trabajo, colocando una hilera de tragos. Sus manos se veían fluidas y elegantes mientras volteaba cada vaso con velocidad experta y luego vertía el líquido. Todo sobre él tan cautivante. Cuando se extendía en su asiento durante clases, garabateando en su cuaderno con trazos descuidados como si estuviera prestando atención a lo que enseñé. Cuando dirigía a su equipo en el campo, haciendo jugadas y señalando órdenes a sus compañeros. Y sin duda cuando hacía de Tom Cruse en *Cocktail*<sup>3</sup>.

Mis padres me repudiarían si supieran cuanto amo las películas de los ochentas. Pero no me preocupaba. Siempre tuvo algo por los barmans debido a esa película. Me gustaban casi tanto como me atraían los jugadores de futbol.

Esto era malo; él me atraía muy fácil. Debía irme. No me vio al entrar. Aún tenía una oportunidad de escapar antes de que él se diera cuenta de que me había convertido en una pervertida. Pero nop, no me moví.

Una camarera se me acercó y trató de tomar mi orden, pero la despedí con una sonrisa y una sacudida de mi cabeza. Y retorné a mi acecho.

---

<sup>3</sup> Cocktail es una película protagonizada por Tom Cruise, quien interpreta a un camarero.

Noel Gamble era un espectáculo para la vista. Mientras atendía a sus propios clientes, aún tenía tiempo de detenerse y ayudar a los otros camareros a mezclar sus tragos correctamente.

Cuando disminuyó el flujo de tráfico en la barra, me acerqué más. Mordí la esquina de mi labio, diciéndome que me quedara atrás, pero sí, no funcionó tan bien. Seguí avanzando, pero otra mujer que pasaba por el otro lado del bar capturó la atención de Noel. Él le echó un vistazo brevemente para luego volver a mirarla.

Los celos me dieron una bofetada en la cara. Era tan fácil para él notar a otra mujer. Yo, obviamente, no significaba tanto para como lo hizo parecer en su ensayo.

Pero luego estrechó sus ojos. —Oye, Jess —gritó, alzando la barbilla al tiempo que trataba de llamar su atención.

Ella lo ignoró y siguió caminando, entrando en un pasillo en la esquina y desapareciendo allí.

Arrancando la toalla seca que colgaba sobre el hombro, la golpeó contra la barra y gruñó—: Enseguida regreso. ¿Puedes encargarte del bar?

El chico de cabello oscuro que trabajaba con él levantó la cabeza con sorpresa. —Umm...

—Gracias —dijo Noel, sin siquiera mirar a su compañero mientras salía por la parte trasera del mostrador y se dirigía al pasillo en busca de la mujer.

¿Quién era? ¿Cuán bien la conocía? ¿Cuánto de su cuerpo desnudo ha visto ella?

Esas preguntas se repetían en mi cabeza con una estúpida obsesión que no podía apagar a pesar de que no tenía derecho ni me incumbía.

Dado que esta noche ya cedí a gran parte de mi acosadora interna, decidí que no podía hacer daño ceder un poco más. Me dirigí a la apertura del pasillo, tratando de parecer tan casual y despreocupada como era posible, y tuve la recompensa de saber que él no había ido muy lejos. Abriendo de golpe la primera puerta a la izquierda, irrumpió en el interior de lo que parecía una oficina por la breve visión y el ángulo que vi de un archivador.

Él dejó la puerta bien abierta y se detuvo en el umbral, colocando las manos en su cadera en tanto sus hombros se veían tensos con enojo. —Gusto en verte, *Jessie* —Entrecortada con sarcasmo, su voz me llegó perfectamente—. ¿Cuánto ha pasado? ¿Dos semanas? Sí, creo que ese es el tiempo desde que he trabajado aquí cada jodida noche y no te he visto.

—¿Qué es esto? —La voz de la mujer se oía un poco más baja, pero aun así la podía oír lo bastante claro—. ¿El empleado le da sermones a su jefa?

Se rió fuerte. —¿Jefa? Eso es gracioso. Porque por lo que puedo decir, no hemos tenido un maldito jefe desde que tu papá no ha estado aquí.



—¿Estás tratando de cabrearme, Gamble?

—Sabes que, déjame decirte que ha estado pasando aquí desde la última vez que decidiste honrarnos con tu presencia, ¿y tú dime cual de nosotros tiene razones para estar cabreado? La semana pasada, nos quedamos sin nuestra cerveza más popular, pero no te preocupes —alzó sus manos como si calmara su pánico—, reordené más. De nada. Pero nos enviaron el lote equivocado, por lo que tuve arreglar ese desastre. De nada. Luego, el jefe de bomberos se pasó por aquí. La inspección trimestral estaba vencida, así que todos tus empleados dedicados trabajaron duro para hacer segura que todo estuviera apto para la inspección que tuvimos ayer. Así que de nada... nuevamente. Además, Tansy tuvo un accidente de auto y se rompió la pierna. Ella es una de tus mejores camareras, por cierto, ya que seguro no tienes ni idea. Pero sí, no te preocupes por eso. Llamé a cada chica que trabaja en el piso y arreglamos las cosas hasta que los turnos de Tansy quedaron cubiertos para la próximas seis semanas, por lo que, oh sí, de nada también por eso. E hice una orden para todos los otros licores que se nos estaban acabando.

Él se detuvo antes de asentir y agregar un último, lento y burlón—: De nada.

En vez de disculparse o agradecerle por todo lo que había hecho, su jefa resopló. —Si vienes a decirme que todos esos problemas han sido tratados, ¿entonces de que demonios te quejas?

Noel apartó una mano de su cadera y golpeó la puerta. —No me pagan para ocuparme de tu trabajo y el mío. Tienes suerte de que no sea la temporada de futbol, o no te iría tan bien en este momento. No puedo seguir haciendo esto, Jess. Y por cierto, estás programando muy mal los turnos, Steffie solo tiene dos horas por semana, mientras que Gracie se mata trabajando con cincuenta.

—¿Y qué? No me gusta Steffie.

—Bien, tú no contrataste a Steffie. Tu papá lo hizo. Y si no quieres que él te repudie después de su regreso y encuentre la mierda de trabajo que has hecho, será mejor que saques la cabeza de tu culo y trabajes de una vez.

—Estoy aquí ahora, ¿no?

—Solo... —Saliendo de la oficina, como si no pudiera soportar hablar con ella un momento más, Noel masculló—: Arregla los malditos horarios, ¿sí? No puedo seguir trabajando así. Y contrata otro camarero mientras estás en ello. Necesito una noche libre, o algo de buen sueño, alguna vez en este año.

—Yo diría que sí. Te has convertido en un jodido quejoso.

—Jess —gruñó en señal de advertencia.

—Jesús, si estás tan apresurado por tener un mejor horario y un nuevo barman, entonces ocúpate de eso. Parece que te has acostumbrado a manejar este lugar, de cualquier manera.

Los músculos en su espalda se tensaron, pero se limitó a gruñir—: Bien. Lo haré.

—Oh, y aquí tienes las jodidas notas que me dan todos, quejándose por todos los días que quieren libres.

Noel entró solo para reaparecer un momento más tarde, apretando con la mano una bola de tozos de papeles. —Increíble —murmuró, yendo directo hacia mí. Pero parecía tan furioso que ni siquiera me notó. Me hice a un lado justo cuando salía de sala y marchaba de regreso a la barra. Depositó la pila de notas sobre el mostrador, y comenzó a organizarlas.

—¿Una fuzzy navel está hecha de jugo melocotón o naranja? —preguntó su compañero de trabajo un minuto después.

—Los dos —contestó Noel sin mirarlo—. Pon hielo, agrega un poquito de licor de melocotón y luego añade el jugo de naranja.

—Gracias. ¿Qué estás haciendo?

—Arreglando el maldito horario.

—¿En serio? Oye, ¿puedes darme más de dieciseis horas a la semana?

Noel detuvo lo que hacía y levantó su rostro. —¿Qué demonios? ¿Ella te solo puso dieciséis horas por semana? Imagínate. —Volvió a trabajar—. Pero sí, lo tienes. —Luego hizo una pausa y levantó un trozo de papel desgarrado a sus ojos entrecerrados.

—Oye, Lowe —grito cuando su compañero comenzaba a irse—. ¿Qué dice esto?

Regresó y tomó la hoja. Parpadeó y le dio la vuelta antes de devolverlo. —No tengo idea.

Noel suspiró y frotó su cara. —Bien.

—Noel, la mesa ocho necesita recargas.

Él miró a la mesera que se había acercado. —Seguro. ¡Oh! Oye, Mandy, ¿puedes leer esto?

La dejó leerlo mientras ponía una ronda de botellas de cervezas.

Con una sonrisa de disculpa, ella sacudió la cabeza y le dio el papel. —Lo siento, dulzura. Pero parece la letra de Julia si eso ayuda.

—Julia —murmuró, escaneando las mesas—. Ella no está trabajando esta noche, ¿cierto?

—Nop. —Mandy agarró las cervezas y se fue.

Él lucía tan derrotado mientras colocaba la nota en la barra y sacudía la cabeza, que no pude evitarlo. No podía soportar verlo así. Él trabajaba tanto, en todo. El chico necesitaba un respiro. O mejor aún, necesitaba mi ayuda.

—Déjame ver —dije y me acerqué lo suficiente para deslizar el papel a través de la barra—. Estoy acostumbrada a tratar de comprender la escritura descuidada.

Cuando él alzó la mirada y parpadeó, le mostré una sonrisa nerviosa, rodando los ojos. —Y por lo general es peor la caligrafía de otros profesores, no la de los estudiantes.

Una respiración salió de sus pulmones. —¿Qué haces aquí?

Ignoré la pregunta porque no podía lidiar con la respuesta y estudié el trozo de papel antes de levantar la mirada. Se veía tan estupefacto, que me asustó la alegría que palpitaba dentro de mí. Yo no debería entusiasmarme por complacerle, pero oh Dios, me sentía como un adicto. Tenía que hacer más para hacerlo sonreír.

—Dice “necesito libres todos los viernes por los partidos de mi hijo”. — Entonces aparté la mirada, incapaz de soportar la presión que sentía en mi pecho por la simple mirada en sus ojos azules.



# 16

Traducido por ElyCasdel

Corregido por Val\_17

“Lo que arriesgas revela lo que vales”.

Jeannette Winterson, *Escrito en el Cuerpo*.

## NOEL

—Has vuelto. —Las palabras resonaron en mi cabeza. Regresó. Mierda. Aspen había vuelto a Forbidden.

Me devolvió la hoja de papel. —Sí, yo... yo...

—¿Tienes ganas de tomar más Bud Light Lime? —sugerí, asegurándome de que mis dedos tocaran los suyos cuando recuperé la nota.

Se ruborizó y me lanzó una mirada horrorizada. —Dios, no. —Pero aún cuando negó con la cabeza, sus dedos parecieron deslizarse deliberadamente por la parte externa de mi pulgar cuando retiró su mano. Santo Dios. Me encogí por la obscena cantidad de placer que me causó—. No creo que pueda volver a beber ese veneno en un tiempo. Solo tomaré un refresco de cola. —Cuando se sentó, diciéndome que planeaba quedarse un rato, mi corazón casi se agrietó al golpear con tanta fuerza contra mi pecho.

Asentí y lancé la nota de trabajo a un lado antes de poner mis manos en el mostrador entre nosotros. —Sabes que hacen un refresco de cola genial justo al cruzar la calle, en ese restaurant *sin* alcohol de ahí. También es más barato.

Asintió y se deslizó de su taburete, levantándose. —Tienes razón. No sé... no sé lo que hago aquí. Debería irme.

Oh, demonios, no. Atrapé su mano cuando tocó la barra para alejarse. Atrapado contra el mostrador, esperé hasta que levantó la vista, sorprendida. —No te vayas. Lo siento. No debí haber bromeado. Solo quería escucharte admitir que te encontrabas aquí por mí.

Sus ojos se entrecerraron. —¿Por qué? ¿Por qué te gusta torturarme?

—No. —Sacudí la cabeza, sintiéndome lo bastante torturado por ambos—. Porque eso me habría alegrado todo el día.

140

Alejó la mirada. Cuando se perdió completamente y buscó su celular en el bolso, la decepción casi me comió vivo. Probablemente le decía a su cita que se apresurara porque no quería estar atrapada conmigo un segundo más de lo debido.

Si hubiera accedido a darle otra oportunidad al Dr. Chaplain, aún cuando él ya se encontraba comprometido, maldición, no sabía cómo lo tomaría. Creo que muy mal.

Pero tan pronto como alejó su teléfono, mi trasero vibró. Confundido, lo saqué de mi bolsillo y fruncí el ceño ante el número desconocido. Curioso por ver quién me enviaba un mensaje, lo abrí y mi boca se desencajó cuando leí lo que estaba escrito.

***ESTOY aquí por ti.***

—Oh. —El aire se liberó de mis pulmones. *Mierda*. El placer, el anhelo y la ansiedad que rugieron en mí eran mucho más intensos de lo que quería. La miré.

Se mordió el labio y miró hacia atrás, y esa abrumadora sensación rugió a la vida dentro de mí.

Dios, tenía que hacer eso, ¿no? —Ya sabes, me encontraba totalmente preparado para dejarte en paz. Me convenciste de que era mala idea. No iba a arriesgar toda tu carrera solo por mi propio placer. Pero que vengas esta noche... —Exhalé y sacudí la cabeza—. Es demasiado tentador para resistirlo.

Sus ojos se llenaron de pánico. Levantando su barbilla con elegancia, dijo—: No hay nada malo en ir a un bar a tomar un trago.

Me incliné hasta que pude sentir su aroma a lavanda. Luego ladeé la cabeza y sonreí. —No, no hay nada de malo en ello, para nada.

Se sentó lentamente, con la mirada desconfiada, como si sospechara de mis motivos ocultos. Le di una sonrisa inocente, pero simplemente estrechó más la mirada. Mujer paranoica. Amaba lo fácil que era hacerla sospechar.

—Ya regreso con tu... refresco.

Alejándome, tarareé para mí mismo mientras agarraba un vaso y abría el contenedor del hielo.

—Pensé que habías dicho que *no* te acostabas con tu profesora.

Levanté la vista para encontrar a Lowe lanzándome una mirada curiosa al tiempo que metíamos hielo en los vasos. Alzó las cejas. —No es que sea de mi incumbencia ni que esté juzgando —añadió rápidamente—. Pero parecías muy inflexible la otra noche al decir que no lo hacías.

—¿Qué te hace pensar que es mi profesora? —Lo evadí, curioso por saber cómo llegó a tal conclusión. Echando un vistazo sobre mi hombro, la miré. Con pantalones de mezclilla, suéter de cachemir y el cabello alzado en

una cola de caballo, parecía una universitaria. Ni una sola vibra de profesora la recorría.

Lowe simplemente sonrió. —Mi novia y yo tomamos obras maestras mundiales con la Dra. Kavanagh. Y Ten dijo su nombre la primera noche que estuve aquí, así que... —Me dejó entender solo el resto de su razonamiento.

Bueno, mierda. Si un chico podía averiguarlo sin esfuerzo, entonces ¿qué tan fácil sería para alguien más? ¿Qué tan peligroso sería para su trabajo que siquiera le hablara?

Sintiéndome fieramente protector, le fruncí el ceño a Lowe. —Creo que estás interpretando demasiado en algo que no está ahí. —La mirada en mis ojos y el tono en mi voz le dijeron que retrocediera de inmediato.

—Oye, no tienes que preocuparte por mí. —Alzó las manos, intentando decirme que todo se encontraba bien entre nosotros—. Nunca diría nada, y además, solo te provocaba.

No. Ten me *provocaba*, al pensar que no me interesaba en ella. Noté que Lowe sabía que en realidad sí me interesaba.

Miré en su dirección, y cada músculo de mi cuerpo se tensó. No quería causarle problemas. No quería que un chico que apenas conocía y en quien no podía confiar todavía la metiera en problemas. Pero luego dirigió su atención en nuestra dirección como si pudiera sentir mi mirada e hizo contacto visual. Cristo, pero tampoco podía mantenerme alejado de ella. La atracción que sentía hacia esta mujer era una locura, y sabía que debería luchar en su contra, pero seguía olvidando por qué.

Cuando las puntas de sus mejillas se sonrojaron y alejó la mirada, moví mi codo hacia Lowe. —No parece reconocerte de clases. —Y entonces me di cuenta; Aspen *no* lo reconoció. De hecho, ni siquiera parecía ser consciente de que él trabajaba a mi lado.

Desde que el cabrón comenzó, cada mujer me ignoraba para mirarlo primero. Sin excepción. Todas salvo Aspen. Ni siquiera se dio cuenta de que existía porque se encontraba ocupada robando otra mirada en mi dirección.

El calor se apoderó de mí. Quería ir hacia ella, y agarrarla, y solo... reclamarla como mía. Tal bárbaras urgencias de hombre de las cavernas nunca antes me habían afligido, pero ahora aparecieron. Ella me prefería antes que a Mason Lowe. Maldita sea. Me hizo querer preferirla sobre cualquier mujer que hubiera conocido.

O tal vez en realidad no lo había visto. Un ceño fruncido estropeó mi frente mientras la examinaba. No me gustaba la inseguridad que me causaban esas ideas. No había experimentado nada parecido desde que llegué aquí. En Ellamore, me trataban como la realeza. Los desconocidos me amaban por mis habilidades en el fútbol. Las mujeres me amaban por mi apariencia. Y los chicos, por mi actitud genial. Nunca tuve que preguntarme quién pensaba que

era un pedazo de mierda, porque ellos me decían que era asombroso. Hasta que llegó Aspen Kavanagh. Y ahora la incertidumbre encontró su camino bajo mi piel y exigía respuestas.

Sus dedos golpeaban ociosamente el mostrador al ritmo de la música como si esperara algo. A mí.

Pero no fui hacia ella.

—Oye, encárgate de ella por un momento —le dije a Mason, tomando la bebida de su mano y dándole la mía para intercambiar lugares.

Me miró sorprendido. No le di la oportunidad de negarse, porque ya me encontraba entregando la orden a su cliente. Apenas noté al tipo de mediana edad mientras veía cada movimiento que hacía Lowe. Se acercó a Aspen y puso la soda en el mostrador. Se giró hacia él con una sonrisa, que titubeó cuando descubrió quién le servía. Luego miró en mi dirección y me apresuré a parecer ocupado.

Lowe se quedó cerca por unos minutos, diciendo algo que no podía escuchar desde mi esquina. Ella respondió con un asentimiento y una vaga sonrisa. La postura de él se volvió más coqueta de lo que nunca había visto, y tuve que fruncir el ceño, listo para patear su trasero. ¿Qué demonios pensaba que hacía?

En lugar de pestañear un par de veces, o ruborizarse, o incluso —Dios, ayúdame— sonreír, Aspen deslizó su mirada hacia mí. Jesús, se encontraba sentada frente a Deseable Lowe y sus ojos seguían yendo en mi dirección. No sabía cómo lidiar con esto. El conocimiento me invadió y quería reclamar a mi mujer, tanto que puse mis manos en puños para pelear contra la urgencia. Dándole de nuevo su atención a él como si necesitara todo de sí para enfocarse en lo que decía, asintió y respondió a lo que le preguntó.

Apoyé las manos en la barra para recuperar mi aliento. Se sintió como si acabara de correr kilómetro y medio. Y mi piel seguía viva con la sensación ultra sensitiva. Jesús, esperaba que no me dé urticaria. No era la sensación más cómoda. Era demasiado nuevo para ser acogedor, pero anhelaba más. Solo quería mirarla de nuevo para acumular más del ímpetu que me causaba.

—Entonces, ¿pasó tu prueba? —preguntó Lowe cuando apareció a mi lado.

Ni siquiera había notado que la probé hasta ese momento, pero diablos, pasó. —Con honores —pronuncié. Jesús. Lo miré, necesitando ayuda. En serio—. ¿Qué demonios se supone que haga ahora? No debo... —¿Qué decía? No le podía confiar esto a Lowe. Entre menos gente lo supiera, mejor. Pero seguía furioso, porque me encontraba tan condenadamente desconcertado. Necesitaba algún tipo de guía—. No podemos...

Me palmeó la espalda melancólicamente. —Siempre es aquel al que uno no debería querer a quién termina queriendo más.

Con una elevación de mis cejas, esperé que lo explicara. No lo hizo. Solo me lanzó una sonrisa de complicidad y se inclinó confidencialmente cerca. — Pero si ella lo vale, nada más importa. Encontrarás la forma. Y sacrificarás lo que sea para llegar ahí.

Consciente de que hablaba de él y su novia, lo miré pensativo mientras se alejaba y tomaba un par de vasos sucios de una cubeta para lavarlos. Juro que acababa de darme su bendición para acostarme con mi maldita profesora.

*Si ella lo vale*, sus palabras resonaban en mi cabeza. Le di una mirada, y todo se fue de mi atención. Nadie nunca me había afectado de la forma en que lo hacía esta mujer. Me robaba el aliento de los pulmones con solo una mirada, y me hacía sentir más vivo y consciente de cada sentido más que cualquiera que haya conocido. Incluso podía hacerme enojar más que nunca. Tenía un poder sobre mí que debería asustarme mucho, pero solo me atrajo con más fuerza.

—¿En serio te gusta estar solo con una chica? —Agarré el brazo de Lowe cuanto intentó pasarme—. La monogamia, las relaciones y toda esa mierda. ¿De verdad lo vale?

Hizo una pausa y elevó una ceja. Después de estudiarme pensativamente por un momento, sonrió. —Si es *la* chica, entonces, diablos sí. —Soltándose de mi agarre, se fue por el pasillo hacia la cocina.

Y comencé a dirigirme hacia Aspen sin siquiera pensarlo. Me encontraba a medio camino antes de darme cuenta de lo que hacía. Iba tras ella, e iba a hacerla mía.

Pero algo en la pantalla del televisor sobre la barra atrapó su atención. Ladeó la cabeza y entrecerró la mirada como si intentara oír lo que decían. Cuando sus ojos se abrieron y sus labios se separaron, supe que era malo.

—¿Qué? —demandé, deteniéndome frente a ella e intentando girar mi cuello para ver la televisión.

Las palabras en la parte inferior de la pantalla hicieron que mi piel picara con temor. *Escándalo Sexual en Ellamore*.

Le di una mirada de reojo a Aspen. Cuando encontró mi mirada, su cara se puso pálida, así que busqué el control remoto bajo el mostrador. Cuando lo encontré, presioné el botón de subtítulos.

*El asistente del entrenador de voleibol de la ESU, Vander Wilson, fue despedido esta tarde por tener relaciones ilícitas con la jugadora de voleibol de primer año, Allison Belfries. De acuerdo con las declaraciones, la aventura entre ellos comenzó a principios de la temporada y duró hasta esta semana cuando la esposa de Willson los encontró juntos. Pero cuando éste intentó terminar la relación, Belfries fue con el jefe de entrenadores para confesarlo todo. Los*



*oficiales de la Universidad lo despidieron inmediatamente y han rechazado hacer cualquier comentario hasta ahora. Más de eso después...*

—Debo irme —jadeó Aspen, agarrando su bolso de la barra al tiempo que se levantaba del taburete—. No puedo... esto es... lo siento. ¿Puedo pagar mi cuenta ahora?

Me giré hacia ella, ya sabiendo lo que vería y temiéndolo. Ni siquiera me miraría. Sus mejillas se sonrojaron con culpa y su garganta se movía mientras tragaba compulsivamente.

—Aspen —comencé, dispuesto a luchar por ella. ¿Pero qué demonios? Acababa de decidir que valía la pena; ¿por qué el universo nos fastidiaría todo así?

—No lo hagas —suplicó, con voz tensa y pestañas húmedas.

Me derrumbó. Aquí, me hallaba completamente preparado para discutir nuestro caso. No éramos como ellos. Ninguno de nosotros estaba casado; no íbamos a ser infieles. Y si recordaba correctamente, el entrenador Willson tenía casi cuarenta. Probablemente era veinte años mayor que Allison Belfries.

Pero el sombrío y preocupado brillo de culpa en los ojos verdes de Aspen me recordó que nuestra situación quizá sería peor. El voleibol no era ni de cerca tan importante en Ellamore como el fútbol. Y Aspen era mi profesora, responsable de darme una calificación en literatura. Los medios harían del asunto algo mucho más grande de lo que hicieron por una pareja entrenador / jugadora. Y todo recaería sobre ella. Tendría los problemas, se ensuciaría su nombre, arruinaría su futuro. Conseguiría todo mientras yo saldría impune.

No importaba cuánto la quisiera, no importaba cuán sorprendente me hiciera sentir; no podía hacerle esto. Toda la parte del sacrificio era suyo, no mío.

Odiaba eso.

Dando un paso atrás físicamente, asentí en entendimiento y renuncié a mi batalla por intentar mantenerla. Pero Dios, me partió en dos dejar que se fuera la esperanza.

—Aquí está su cuenta, Dra. Kavanagh. —Lowe apareció detrás de mí, de regreso de su viaje a la cocina.

Sabía que intentaba ser de ayuda porque había visto todo lo que acababa de pasar. Pero sus acciones me irritaron. No quería que nadie supiera lo que pasaba entre nosotros. Y todavía más, no quería que él notara cuanto me dolía. Me molestaba mostrar mis vulnerabilidades. Quería darle un puñetazo a Lowe en la cara, de hecho, cualquier tipo de violencia para liberar esta sensación de mi pecho vendría bien. Y ya que él se hallaba cerca...

Parpadeando, Aspen balbuceó y su cara se sonrojó. —Sabes... ¿sabes quién soy?

—Mi novia y yo tomamos obras maestras mundiales —explicó. Luego se encogió de hombros y le mostró una sonrisa tímida—. De hecho, usted es su profesora favorita.

Ella palideció, pero asintió e intentó sonreírle mientras le entregaba veinte dólares.

Lowe se giró hacia la caja registradora y al mismo tiempo, me echó un vistazo. Pero su mirada era ilegible, y me sentí abandonado cuando se alejó.

Aunque Aspen continuaba justo al otro lado de la barra, de repente era inalcanzable.

No hablamos mientras esperábamos que Lowe regresara con su cambio. Y no nos miramos. La miré por la esquina de mi ojo y la vi abrazando el bolso contra su pecho. Doblé los brazos sobre mi pecho, frustrado porque no podía hacer nada para arreglar esto.

Lowe regresó demasiado pronto. Aspen se iría. Mi mente daba vueltas para llegar a la solución perfecta y así arreglar esto, pero no tenía nada.

Después de dejar diez dólares en el jarro de propinas, se giró y salió rápidamente. Sin siquiera decir adiós.

Apreté los dientes y miré a Lowe.

Dejó salir un largo suspiro. —Bueno... eso seguro fue horrible para ti.

Con una carcajada, sacudí la cabeza. —Sí. —Demonios. Todavía quería golpear algo—. Necesito un trago. —Agarrando la primera botella de whisky que encontré, alcancé un vaso y vertí una cantidad generosa. Después de tragarlo, siseé entre mis dientes, solo para descubrir que Jessie salió de su oficina y me miraba con una expresión desafiante mientras me servía otro.

Señaló con su índice amenazadoramente. —Pagarás eso, Gamble.

Después de que se giró y se fue por la noche, miré detrás de ella. —No. No lo haré. —Luego tomé el siguiente trago.



Traducido por Juli

Corregido por Vanessa Farrow

“Los sueños se hacen realidad. Sin esa posibilidad, la naturaleza no nos incitaría a tenerlos.”

John Updike

## ASPEN

Mi acogedora casa, de dos dormitorios y estilo bungaló se hallaba en medio de una calle con árboles en los patios delanteros y los juguetes de los niños en la parte trasera. La versión de la clase media del sueño americano. Este era el primer lugar en el que había vivido sola, el primer lugar en el que había vivido lejos de mis padres.

Aquí gané mi libertad. En las primeras semanas de la mudanza, había estado un poco salvaje. Bueno, mi versión de salvaje, de todos modos. Pinté las paredes de colores locos como mandarina y turquesa. Compré toallas y cubiertos que no coincidían para nada. Incluso fui a comprar una botella de vino para celebrar.

Si tan solo mis padres me hubiesen visto en ese entonces...

Pero esa es exactamente la razón por la cual lo hice, porque sabía que lo desaprobarían. Bueno, eso y porque me encantaban esos colores y también mi colección de cosas incompatibles, además tenía muchas ganas de hacer algo conmemorativo para celebrar.

Era una rebelión pequeña, pero lo bastante grande para mí. Al vivir sola, apreciaba cada cosita independiente que tenía que hacer.

Entonces, ¿leer en la bañera? Oh, lo hacía en cada oportunidad que tenía. En los cuatro meses que residí en Ellamore, esto se había convertido en mi ritual de la mañana del sábado. Además, esta mañana necesitaba algo que me levantara el ánimo. Me sentía deprimida desde el martes, cuando me alejé de Forbidden —y Noel— para siempre.

Todas mis velas de aromaterapia con aroma a lavanda se encontraban alrededor del borde de la bañera e iluminaban, lanzando un ligero toque de

calidez a través de las paredes de mi baño, mientras que la niebla del agua caliente empañaba mis espejos y provocaba que mis poros gotearan con la transpiración. Mis pies descansaban junto al desagüe, la espalda, contra el otro extremo, y la toalla que usé para envolver el pelo mojado también funcionaba como un buen amortiguador para mi nuca.

Eché la mayor parte de las burbujas a mis pies porque habían estado metiéndose con mi libro de bolsillo —burbujas *malas*— pero ahora que me encontraba en una parte bastante intensa y tremendamente física de la historia, de repente me sentí muy consciente de mi pecho flotando justo por debajo de la superficie del agua. Deslicé mi muslo por encima del otro y me moví, mientras el calor húmedo lamía mi cuerpo al mismo tiempo que la lengua del héroe rodaba sobre la piel de la protagonista. Poniéndome cada vez más inquieta, giré una página, ansiosa por saber lo que iba a hacerle a continuación, ya que tenía que decir que el hombre era ingenioso con algunas de las cosas que le gustaba lamer.

Me recordó a la lengua de Noel Gamble y cómo la había deslizado al otro lado de la clavícula antes de que mordisqueara una peca con sus dientes. Tragué cuando mis pezones comenzaron a sentir un hormigueo, volví a mover las piernas y las froté para aliviar algo de la tensión que aumentaba entre ellas. Pero eso agravó la situación mucho más. En la novela, la mano del protagonista vagó por su estómago tenso y luego entre los muslos suaves, y tuve que apretar los míos en respuesta.

—Ahora eres mía, Isabelle —gruñó en su oído, con voz áspera pero dedos tiernos.

Maldita sea, ¿por qué ningún hombre podía decirme ese tipo de mierda cursi?

Pero entonces, un eco de la voz de Noel pasó por mi memoria: *¿Quieres saber un secreto? Quedé completamente loco por ti ese primer día de clases.*

Un gemido salió de mis labios y cerré mi libro de golpe. La gran palabra con “m” llenó mi cabeza.

Para recuperarme del trauma de mi primer encuentro sexual, mi terapeuta había sugerido el auto-placer para que yo pudiera aprender que el sexo también podría sentirse bien, no solo doloroso, aterrador y debilitante. Tenía quince años y me sentí totalmente mortificada por toda la conversación. Me tomó tres meses para mirarla a los ojos una vez más después de eso y luego otros tres años para considerar siquiera la idea.

Las pocas veces que traté de darme placer, solo fueron incómodas y embarazosas. No me calentaba la idea del sexo en lo más mínimo. Lo único que funcionó había sido el tiempo y las novelas románticas. Pero esta vez, no me

detendría como había hecho antes. Mi cuerpo ya estaba receptivo a la idea. Dejando mi libro de bolsillo a un lado, decidí que un intento más no podía hacer daño. Así que cerré mis pestañas y un rostro con ojos azules y cabello oscuro azotado por el viento llenó mi cabeza.

Desde que me fui del bar el martes, solo lo vi una vez en clase. Y nuestras miradas se enfrentaron dos veces durante esa hora. Siempre, los dos desviamos la mirada, como si incluso un simple vistazo fuera demasiada tentación. Me rompía el corazón ni siquiera ser capaz de mirarlo, porque Noel Gamble era arte, como si fuera la disculpa de Dios por todos los hombres comunes en el mundo.

Cuando mis dedos encontraron un lugar dulce, gemí y arqueé la espalda, alterando el agua junto con cada terminación nerviosa de mi cuerpo. Mientras que en mi mente, lo vi, con la mejilla presionada contra mi almohada y él acostado a mi lado, susurrándome sobre la forma en que lo afecté la primera vez que me vio.

Me vine en un jadeo, salpicando agua accidentalmente del lado de la bañera y arruinando todas las velas, así como empapando mi pobre libro. Pero valió la pena. Oh Dios, valió la pena. De acuerdo, nada valía la pena para dañar un libro sagrado, a pesar de que en este momento pensaba en: "Simplemente compraré otro".

Pero, en serio. Mi primer orgasmo. Se sentía bien. Increíble. Nunca me había relajado lo suficiente como para permitir que los dos chicos que no me forzaron me hicieran llegar al orgasmo, y siempre paraba antes de tiempo cuando lo intentaba yo misma. Pero con algo de estimulación de Noel Gamble y la edición de bolsillo empapada a mi lado, la vida era buena.

Debía celebrar. Con helado. Tal vez un poco de chocolate. Y vino. Ooh, sí. El vino sonaba bien en estos momentos.

Sintiéndome energizada en lugar de relajada como me deberían haber dejado mis velas de lavanda, saqué el tapón del desagüe con mis dedos de los pies y me levanté. El agua se deslizaba de mí, haciéndome sentir fresca y sensual. Sexy.

Mmm, me preguntaba si un buen orgasmo siempre hace sentir hermosa a una chica.

Tarareando, sacudí la cabeza para aflojar la toalla envuelta alrededor de mi cabello y la usé para secarme. Y por una vez, no pensé en lo mucho que necesitaba endurecer el abdomen, o hacer algo por mis muslos flojos. Todos los pensamientos de autocrítica que por lo general aparecían cuando me veía desnuda se encontraban felizmente en silencio.

Maldita sea, ¿por qué diablos había esperado tanto tiempo para hacer esto?

Me reí en voz alta. —Gracias, Noel Gamble.

En respuesta, el sonido sordo de mi puerta atravesó la partición cerrada de mi baño privado.

—¡Mierda! —Se me cayó la toalla y me zambullí en busca de mi ropa, preguntándome quién diablos se encontraba al otro lado de mi puerta. *Había* encargado en línea unos zapatos nuevos, pero la información de seguimiento dijo que no llegarían hasta el lunes. Pero era el momento adecuado para que mi correo sea entregado. Y no era como si tuviera amigos ocasionales que se pasarían sin avisar. Podría ser un vendedor o los testigos de Jehová, pero pensé que era probable que fuera el hombre del correo.

Sin esperar que quien sea que haya venido se quedara mucho tiempo, evité mi sujetador y me puse mis bragas de algodón antes de ponerme los pantalones cortos de color azul y una camisa de mangas largas y a rayas de color melocotón y crema que había dejado encima de mi ropa sucia. Con los pies desnudos y el pelo todavía mojado y despeinado, abrí la puerta del baño y corrí por toda la casa.

Ni siquiera se me ocurrió comprobar la ventana antes de recibir a mi visitante. Simplemente desbloqueé todos los cerrojos y abrí la puerta, esperando la sonrisa de un repartidor. Cuando en su lugar vi a Noel, jadeé con sorpresa y salté hacia atrás, cubriendo mis pechos sin sujetador con las dos manos.

El resplandor de mi orgasmo que estoy segura todavía manchaba mis mejillas, desapareció para ser sustituido por la vergüenza horrorizada. Pero, oh, Dios mío, ¿haberme tocado mientras pensaba en él de alguna manera lo atrajo a mi casa? ¿Qué clase de mierda vudú había en esas velas? Tenía que comprar más.

—Yo... —comenzó, abriendo la boca como si estuviera listo para dar una larga explicación de por qué se encontraba allí. Pero luego su mirada se desplazó hacia abajo y quedó con la boca abierta. No salió ninguna palabra. La apreciación en su mirada mientras viajaban por mis piernas desnudas y regresaban arriba, agitó a todos los órganos de mi cuerpo.

Ahora que mi cuerpo sabía lo liberador y sorprendente que era el orgasmo, estaba listo para experimentar otro. Y esta vez, olvídate del recuerdo, ahora tenía al auténtico: un Noel Gamble entregado a mi puerta principal.

Lo cual estaba completa e increíblemente mal.

—¿Qué demonios haces aquí? —exploté, apretando los brazos con más fuerza alrededor de mí porque a mis pezones no parecía importarles que el hombre frente a mí podría condenar toda mi carrera. Apretados y posicionados en puntos duros, lo único que querían era sumergirse en la Gran O, Número Dos. Las perras egoístas.

—Yo... —intentó de nuevo, sin lograr mucho más en esta ocasión porque su mirada se congeló en mis brazos, donde la piel había empezado a ponerse

de gallina—. Oh, joder. No estás usando un sostén, ¿verdad? —Miró por encima de mi cara antes de palidecer—. Y también acabas de salir de la ducha.

Manteniendo a mis chicas seguramente cubiertas con un brazo, liberé el otro, para poder apartar el pelo mojado de mi cara. —Baño de burbujas —le corregí.

Gimió, literalmente. Alzando una mano como si fuera a darme órdenes para que no hablara más, se volvió hacia un costado para no enfrentarme directamente y luego se cubrió la boca con un puño. —Jesús, eres el mal. Ahora te imagino desnuda, cubierta de burbujas y rodeada de velas y esas cosas mientras lees un libro.

Maldición, era bueno.

—No te olvides de lo increíblemente mojada que estaba —dije porque, diablos, siempre le decía cosas a este hombre que sabía que no debía. ¿Por qué parar ahora?

Me calló con una mirada incrédula. —Estás tratando de matarme, ¿no es así?

Retrocediendo, se hundió en la silla de mimbre frente a mi puerta, donde me sentaba en las mañanas de domingo y bebía mi capuchino mientras leo. Por lo general, me tragaba entera. Pero al soportar la gran complejión de Noel, parecía pequeña y ridículamente femenina. Haciéndole parecer incluso más masculino que de costumbre.

—¿Qué diablos hago aquí? —murmuró para sí mientras se cubría la cara con las manos.

Tragué saliva, sintiéndome cachonda y mal por lo que acababa de decirle y torturarlo más de lo debido. Pero él fue el que vino a mí; *él comenzó esto.*

Por mucho que quería despotricarlo por alborotar el avispero de nuestra química, no podía dejar de pensar en cómo había estado conduciendo hasta aquí para verme mientras yo me corría con una imagen de él en mi cabeza. La persona que había estado anhelando, también me quería. Todavía me quería. Fue emocionante y desgarrador y tan hermoso saberlo que me deslicé hacia abajo en la puerta abierta para sentarme y levanté las piernas hasta el pecho, abrazando mis rodillas mientras lo veía luchar contra una batalla interna.

Levantó la cara para mirarme y parecía desmoronarse. —Dios, eres tan... —Negó con la cabeza.

Un cálido resplandor enrojeció mi piel. Nadie se mostró tan cautivado por mí. Era horrible que la primera persona en revelar una chispa tuviera que ser prohibido, pero de todas formas, me encantaba la sensación que provocó en mi ego.

Me miró por un segundo antes de sacudir la cabeza y decir—: Pasa el día conmigo.

Quería sonreír y suspirar, incluso cuando mis hombros cayeron. —Noel, ya lo discutimos el martes.

—No, en realidad, no discutimos nada. Simplemente te fuiste y... — Cuando abrí la boca para argumentar, levantó la mano—. Entiendo totalmente tus razones. Pero ha pasado algo desde entonces.

—Está bien. —Asentí, esperando que hubiese ocurrido un milagro y Ellamore haya cambiado su política escolar para permitir las relaciones entre alumnos y maestros—. ¿Qué pasó?

No respondió de inmediato. Con el ceño fruncido después de un largo momento de silencio, abrí la boca para preguntarle si se encontraba bien, cuando dijo—: Acabo de salir del entrenamiento con pesas... y vine directo desde allí.

—De... acuerdo —dije lentamente. No lucía como si hubiera venido del entrenamiento. El otro día, había estado usando sus pantalones de chándal y tenía el pelo mojado. Hoy, vestía pantalones marrones oscuros y una camisa con mangas largas de color negro y gris a rayas, que moldeaba los contornos de su pecho y le hacía lucir demasiado delicioso para estar sentado en mi pórtico.

Suspiró. —El entrenador nos juntó a todos, y nos dio una pequeña charla. —Por el tono ominoso de su voz, sabía que no me iba a gustar lo que había tenido que decirles su entrenador—. Después del gran escándalo con el equipo de voleibol y la cantidad de atención de los medios que atrajo, decidió crear una nueva regla, en la que si alguien del equipo era atrapado con alguien del personal o miembro de la facultad en el campus de alguna manera inapropiada, seríamos expulsados inmediatamente del programa de fútbol. Y ya que tengo una beca de fútbol...

—Perderías tu financiación y tendrías que dejar Ellamore por completo —terminé por él.

—Así es —dijo con el más leve temblor en su voz.

Cerré los ojos. —Bueno, te aseguro que no voy a ir a decirle a tu entrenador...

—Lo sé —murmuró, claramente irritado—. No es por eso que estoy aquí.

Parpadeando, fruncí el ceño, confusa. —Entonces, ¿por qué has venido?

—Porque... porque quería verte —dijo las palabras con rapidez, como si de ese modo le daría el coraje de decir las.

Solté una sorprendida, nerviosa y confundida risa. —Lo siento, pero... acabas de decirme que el riesgo para nosotros acaba de *duplicarse*. Ahora esto afectaría la vida de los dos, Noel, por no hablar de lo que le haría a tus hermanos, que *cuentan* contigo.

—Lo sé. —Gimió y rechinó los dientes—. Tenías que mencionarlos, ¿no?



—Bueno, alguien tiene que hacerlo. Y como soy la que está en la posición de autoridad, debería ser yo la que asuma la responsabilidad y diga que no. Ya hemos ido demasiado lejos. Esto se termina aquí.

—No. Solo escúchame. Por favor. —La desesperación en su voz me hizo pedazos. Odiaba saber que le causaba tristeza—. El martes te dejé ir porque eras la única que pagarías las consecuencias si pasaba algo. No me gustaba eso. Pero ahora... ahora, los dos correríamos el mismo riesgo. Tengo tanto que perder como tú. Así que... estamos en las mismas condiciones.

Con una risa nerviosa, negué con la cabeza. —Lo que dices no tiene sentido. ¿Cómo puedes sugerir...? Es decir, ¿después de que acabas de precisar las consecuencias para los dos?

—Porque sé las consecuencias. Sé exactamente lo que pasaría si empezamos algo y nos atrapan. Pero ahora... ahora quiero saber las consecuencias si *no* hacemos nada.

—Noel —le susurré. Debió haber escuchado el rechazo de mi voz porque se apresuró a cortarme.

—Me he estado volviendo loco, Aspen. Mi hermana llama todos los días con un problema tras otro. Mi madre no ha estado en casa en semanas y me siento como un maldito culpable porque no estoy ahí para ellos. Mientras tanto, he estado matándome trabajando cada noche para hacer suficiente dinero para ayudarlos, mientras trato de mantener mis calificaciones y... y todo el mundo aquí tiene expectativas completamente diferentes de mí, pensando que soy un héroe despreocupado del fútbol que no tiene nada de qué preocuparse, salvo el próximo partido o mantenerme en forma, o a qué chica voy a llevar a casa esta noche. Tú eres la única persona que lo entiende todo, mis dos lados. Y... siento cosas por ti, como si tuviera una conexión contigo. Yo... joder, no sé cómo decir esto. Ya sabes lo mucho que me cuesta expresarme.

Me abracé con más fuerza las rodillas contra mi pecho porque sentía como si mi corazón quisiera explotar de mis costillas. Diciéndome a mí misma que me mantuviera tranquila, le dije—: Estás haciendo un buen trabajo hasta ahora.

Me miró y sus ojos se arremolinaron por la emoción mientras sus labios se inclinaron con placer. —No es solo físico —dijo—. Es decir, claro, la química es *explosiva*. Pero... me gusta estar cerca de ti. Me gusta que me... conozcas. Y me gusta aprender de ti. Es que... quiero saber cómo sería estar juntos, qué nos perderíamos si no hacemos nada. Quiero saber si tal vez hay... más. Y si... joder, no sé. ¿Y si *vale la pena* arriesgar todo para estar juntos?

No parecía posible que alguien quisiera considerar un riesgo por mí. Rita, a quien quería como a una madre, desde luego, no tenía sentimientos tan fuertes por mí. Nunca arriesgó su carrera o su familia por mí. Así que escuchar lo que acababa de decir Noel, derritió por completo mis defensas. Indecisa, me mordí el labio y lo miré. Y, maldita sea, sus ojos suplicaban.

—He tenido un par de semanas de mierda —dijo—. Estoy cansado y estresado, y este es el primer día libre que he tenido en mucho tiempo. Pero todo lo que quiero hacer es pasarlo contigo. —Levantando las manos en señal de rendición, negó con la cabeza—. No es nada deshonesto, te lo juro. Ni siquiera voy a hablar de sexo. Solo quiero estar cerca de ti. Vamos a mantenerlo completamente platónico.

Me dije que tenía que ser la chica más estúpida del planeta justo antes de preguntarle—: ¿Qué tienes en mente?

Su cuerpo se desplomó como si el alivio lo hubiese dominado. Pero luego sonrió. —Hay un parque cerca de un río al que uno de mis compañeros de equipo me llevó durante mi primer año. Está a una hora de aquí. Nadie nos reconocería y estaríamos al aire libre, por lo que no estaría tentado a intentar nada... inapropiado. —Levantó las cejas y me envió una sonrisa traviesa—. Entonces, ¿qué dices? ¿Me das solo un día?

Traducido por florbarbero

Corregido por NnancyC

"No hay nada más íntimo en la vida que simplemente ser comprendido. Y comprender a alguien más".

Brad Meltzer, *The Inner Circle*.

## NOEL

—Este lugar es increíble.

La admiración en la voz de Aspen me hizo sonreír desde el otro lado de la cabina de la camioneta de Ten cuando estacioné en el borde de los terrenos, en la zona de aparcamiento para visitantes. —Tenía la sensación de que te gustaría.

Una larga pendiente de césped se extendía delante de nosotros antes de descender abruptamente hacia la ribera del río. La hierba era corta y verde; en algunas áreas empezaba a crecer, con la promesa de una nueva vegetación.

Un par de familias ya disfrutaban del día, tendidos en mantas de picnic, paseando a sus mascotas, o dejando que sus hijos se persigan unos a otros en el gran espacio abierto. Y más allá, se extendía una franja de pequeños kioscos y comerciantes, vendiendo sus mercancías a los lados de un camino adoquinado.

—¿Cómo descubriste este lugar? —preguntó Aspen, abriendo su puerta al tiempo que abrí la mía.

—Mi compañero de cuarto, Ten, me trajo aquí una vez. Vive en la zona y quería uno de sus perritos de maíz que venden. Creo que me burlé de él todo el camino mientras me arrastraba aquí, hasta que llegamos. —Le sonreí—. Pero el maldito perrito de maíz no estaba nada mal, así que me tuve que callar.

Empezó a reír. —¿Así que me trajiste aquí porque se te antojaba comer una salchicha de carne mal procesada colocada en un palillo, freída con mucho aceite y rebozada en harina de maíz?

—Demonios, no. —Enganché el balón que tiré en el asiento trasero antes de dirigirme a su casa esta mañana, lo levanté y le di vueltas en mi dedo antes

de capturarlo—. Tú, mi querida profesora, vas a aprender a jugar fútbol americano.

Aspen arqueó una ceja, al parecer interesada en lugar de horrorizada. — ¿En serio? ¿Qué te hace pensar que no sé cómo jugar?

Está bien, eso me tomó por sorpresa. Arqueé una ceja, sospechoso. — ¿Sabes?

Sus labios se curvaron, y se veían tan sexys con ese cómplice tironcito. Tuve que volver a recordarme que hoy no iba a tocarla. No se trataba de nada sexual. Simplemente una unión amistosa. Para conocernos.

Aunque al darme cuenta lo que significaba esa sonrisa, me quejé. — Demonios, *sí* sabes.

Todo su rostro se iluminó. —Estuve genial en Fútbol Fantasía el año pasado —confesó, sonando orgullosa de sí misma.

Eché la cabeza hacia atrás y me reí. —Mierda. No tenía ni idea de que *te gustara* el juego. Quiero decir, por la forma en que actuabas en clases, pensé que odiabas todo lo que tenga que ver con el fútbol, pero... —Entonces caí en la cuenta. Su comportamiento no tuvo nada que ver con su opinión por el deporte en sí, sino por su historia con cierto *jugador* de ese deporte. Solté un suspiro—. Correcto. Bueno, guau. Si hubiera sabido que eras una fanática, te hubiera fastidiado para que vinieras al partido de práctica, que tuvimos hace un par de semanas.

—No te preocupes, fui.

—¿Entonces me viste...? —Con las cejas elevadas, señalé a mi propio pecho. Asintió y yo tenía que saberlo—. Bueno, ¿qué pensaste?

Sus ojos se iluminaron con coqueteo, mientras rodeaba la camioneta de Ten para reunirse conmigo al otro lado. —Pensé que podrías ser el próximo Rodgers.

—Mierda —dije, sacudiendo la cabeza—. No puede ser.

Me sacó el balón de la mano, y la observé, francamente excitado por su interés en el mismo.

—Hmm. —Lo sostuvo de diferentes formas a modo de práctica antes de mirarme—. Sabes, acabo de darme cuenta que nunca he *tocado* un balón.

No podía creerlo, pero a pesar de todo lo hice. Sacudiendo la cabeza, lo tomé de regreso. —Bueno, esto amerita una lección, entonces. —Alcanzando su mano, comencé a llevarnos hacia el césped—. Te voy a enseñar lo necesitas saber acerca de cómo lanzarlo.

Durante los primeros cinco minutos, solo hablé y le demostré cómo tenía que posicionar los hombros y la cintura, donde mantener el codo, y cómo sostener la pelota en la mano. Cuando llegó el momento de mostrarle un tiro real, vi a un muchacho a unos dieciocho metros de distancia.

—Oye, chico —grité—, atrápala. —Cuando asintió inmediatamente y se puso en posición, levanté el brazo y le envié un tiro lento. La atrapó sin esfuerzo alguno y la tiró de regreso. Aspen vitoreó y lo aplaudió, diciéndole que hizo un buen trabajo.

Cuando se la entregué, empezó a lucir nerviosa.

—Me siento ridícula —admitió cuando me puse de pie detrás de ella y, básicamente, la sostuve en la posición.

Moví las cejas. —Confía en mí. Te ves sexy. —Me alegraba de haberla dejado colocarse un par de zapatos y un sostén junto con lo que ya llevaba puesto antes de que la arrastrara de la casa esta mañana, porque su atuendo era informal, cómodo y perfecto tanto para nuestra práctica como para *mi vista*. El conjunto demostraba las mejores características de quién era ella en realidad.

Con una sonrisa, me clavó el codo de nuevo en las entrañas. —Seguro voy a lanzar como una chica.

—Eres una chica, así que, ¿a quién le importa? —Satisfecho con la forma en que se acomodó, di un paso hacia atrás y la dejé lanzarle al chico. Él tuvo que correr y saltar para alcanzarlo, pero lo atrapó con un grito feliz—. No estuvo mal —le dije, asintiendo con aprobación.

Se giró para enviarme una mirada escéptica, pero le sonreí ampliamente. Sin dudas lanzó como una chica. —¿Quieres jugar ahora? —pregunté.

Nuestro receptor y un par de sus amigos se sumaron a un juego de tocar al otro en lugar de aplacar. Y no parecía importarles dejar que la “chica” entrara en la diversión. En realidad, creo que todos tuvieron un flechazo por ella dentro de los primeros cinco minutos. Se veía tan divertida con todo el asunto. Se rió de sus propios errores, y bromeó juguetonamente con sus adversarios cada vez que nos alineamos antes de un saque, diciéndoles que iba a derribarlos. Y joder, era adorable ver cuando llevaba el balón. Reía mientras esquivaba a alguien. Nunca antes en mi vida vi que alguien riera mientras jugaba al fútbol.

Era un poco imposible de creer que era la misma mujer estricta, seria y mojigata, que enseñaba en mi clase de literatura. Pero cuando Aspen Kavanagh se relajaba, se relajaba.

Al caer la tarde, los chicos tenían que irse y yo moría de hambre. También ella. Cubriéndose el estómago cuando se escapó un fuerte gruñido, dijo—: ¿Dónde está ese negocio de perritos de maíz al que elogiabas?

Nuestros esfuerzos dejaron un brillo rosado en sus mejillas. Y sus ojos... maldita sea, sus ojos verdes se hallaban vivos y brillantes. Creo que podría haberla mirado fijamente todo el día, justo así.

—¿Qué? —preguntó, enviándome una mirada extraña al tiempo que se quitaba la coleta en la que se había recogido el cabello cuando empezamos el juego. Mientras se peinaba el pelo con los dedos, dejando que se derramara

por la espalda, negué con la cabeza. ¿Quién era esta mujer, y cómo tuve la suerte de conseguirla por un día entero?

Nadie me creería si intentara decirles que la Dra. Kavanagh comía perritos de maíz, se peinaba con los dedos y coqueteaba con un montón de chicos preadolescentes antes de sacarles la lengua después de hacer un touchdown. Pero me alegré de que nunca lo imaginaran. Me alegré de tenerla toda para mí.

—Nada —murmuré, tomándole la mano—. Vamos a encontrar ese negocio.

Después de comprar seis perritos entre los dos, encontramos un banco de picnic vacío y nos sentamos uno frente al otro mientras comíamos. Me gustaba ver su apetito. No parecía tímida acerca de comer delante de mí, o pedir dos salchichas. Y la forma en que sus labios se fruncieron cuando tomó un perrito entre los dientes, bueno, no podía observarlo demasiado. Mi cabeza ya se encontraba en un lugar al que no necesitaba ir. Pero incluso después de que aparté la mirada, todavía me encontraba excitado y ardiendo de deseos por tocarla.

—Sabes —dijo, pensativa, mientras terminaba su primer perro de maíz y comenzaba con el siguiente—, creo que no sé cuál es tu especialidad.

Le di una mirada. —Gestión de negocios. ¿Por qué?

Arqueó las cejas. Con la boca llena, amortiguó las palabras. —¿En serio?

Me encogí de hombros y tiré uno mis palillos vacíos hacia un bote de basura cercano, metiéndolo. —Bueno, ya sabes, no soy bueno en inglés. Y las matemáticas y ciencia tampoco son lo mío. Historia nunca me interesó, pero soy decente en situaciones sociales, y me gusta mucho dirigir al equipo en el campo. Me escuchan, y no sé, como que me admiran. Era una cosa que sé que puedo hacer, así que me quedé allí por si acaso, ya sabes, la NFL no me quiera.

—Pero te encanta el fútbol, ¿no es así? —dijo más como una afirmación que una pregunta, como si en ese momento estuviera dándose cuenta de la respuesta.

—Por supuesto. ¿Por qué jugaría si lo odiara?

—No lo sé. —Alzó uno de los lados de sus hombros—. Es que... después de ese día en mi oficina cuando dijiste que se trataba de desesperación, no pensé que fuera lo que amabas más que a nada en el mundo.

—Es... —Joder, ¿cómo explicaba esto?—. No lo sé. Entrar en el fútbol en la escuela secundaria fue lo que finalmente me hizo ganar el respeto de algunos de mis compañeros de clase. Mi talento natural me dio esta adrenalina que era... adictiva. Me encanta el juego y anhelo esa fracción de segundo en la que tienes que pensar y reaccionar, elaborar estrategias de cuál es la mejor jugada para ese momento antes de que doscientos cincuenta kilos de línea defensiva te tacleen. Me gusta aprender más de los trucos del oficio desde que llegué a

El amore, pero... ahora hay mucha más presión. Hay mucho más en peligro. Ya no es solo diversión. Ahora, lo es todo, lo que le quita un poco de placer. Pero, sí, para responder a tu pregunta, me sigue gustando. Me encanta.

Aspen asintió, haciéndome saber que entendía. —Si pudieras hacer o ser cualquier cosa en el mundo, sin ninguna consecuencia o preocupación, ¿qué harías?

Lo primero que me vino a la mente fue ella. Estaría con ella. Pero sabía que se refería a una profesión. Me encogí de hombros. —No lo sé. No puedo pensar en nada que me guste más que el fútbol.

—¿Le enseñarías a otras personas si no pudieras jugar más? Hoy lo hiciste muy bien con esos chicos. Creo que serías un gran entrenador.

—Ah. —No pensé en eso antes—. En realidad no es una mala idea.

Su espalda se enderezó mientras se limpiaba. —Lo sé. Pero en serio, eres lo bastante inteligente como para hacer lo que quieras. Solo quería asegurarme de que el fútbol era lo que más amabas.

Parpadeé y sacudí la cabeza. —¿Me acabas de llamar... inteligente? —*Me sorprendió.*

Frunció el ceño. —Por supuesto que eres inteligente. Siempre supe eso. Se necesita una serie loca de neuronas para siempre decir en clase justo lo que sabes me hará enfadar más.

Riendo, sacudí la cabeza y terminé mi cuarto perrito de maíz, pero aún me sentía internamente halagado porque me dijo que era inteligente. Cuando vi a otro puesto de comida no muy lejos, me sacudí las migas de los dedos y volví mi atención hacia ella. —Está bien. Basta de hablar de mí. Quiero saber más de ti.

Su sonrisa era un poco incierta. —¿Yo? ¿Qué quieres saber de mí?

Inclinándome un poco encima de la mesa, le envié una mirada, como si quisiera decirle que se preparara, porque se trataba de una pregunta seria. Con mi voz baja, le pregunté—: ¿Cuál es tu sabor favorito de helado?

Parpadeó y luego echó la cabeza hacia atrás y soltó una carcajada. —No lo sé. ¿Vainilla?

Arrugando la nariz, exploté. —¿Vainilla? ¿Quién demonios prefiere vainilla sobre todos los otros sabores que existen?

—¡Oye! —Me regañó, medio riendo y medio insultada—. No critiques mis gustos. ¿Cuál es *tu* favorito?

—Fácil. Rocky Road.

—Interesante. —Haciendo un sonido en la parte posterior de la garganta, se tocó la barbilla con el dedo y me examinó—. ¿Es algún tipo de simbolismo sobre la forma en que se ha desarrollado tu vida?

Solté un bufido y rodé los ojos. —Muy bien, señorita Profesora de Literatura. Ya basta de esa mierda. No todo es una analogía de la vida. A veces, solo nos gusta la forma en que algo sabe. —Lamiendo mis labios, me balanceé hacia ella mientras mi atención se centraba en su boca—. Cómo me gusta la forma en que sabes.

—No —advirtió al instante; toda sonrisa desapareció cuando se apartó y me lanzó una mirada nerviosa.

Joder, me olvidé que lo mantenía estrictamente platónico.

—Lo olvidé. —Levantando las manos, me eché atrás al instante—. Error mío, en serio. Lo siento. Pero ahora me hiciste antojar helado. Si no puedo tener lo otro que se me antoja en este momento, me debes un cono grande con dos cucharadas de Rocky Road.

Poniéndome de pie, llegué a través de la mesa hasta su mano y tiré de ella detrás de mí. Nunca fui una persona de sostenerme las manos antes de hoy, pero me gustó entrelazar los dedos con los de ella y presionar nuestras palmas juntas. Había algo sano e inocente y, sin embargo, absolutamente erótico en balancear los brazos en sintonía a medida que caminábamos al lado del otro.



—Mmm, *esto* es por lo que te arrastré aquí —dije después de que ambos teníamos conos llenos de helado—. No podía comprar un helado por mi cuenta.

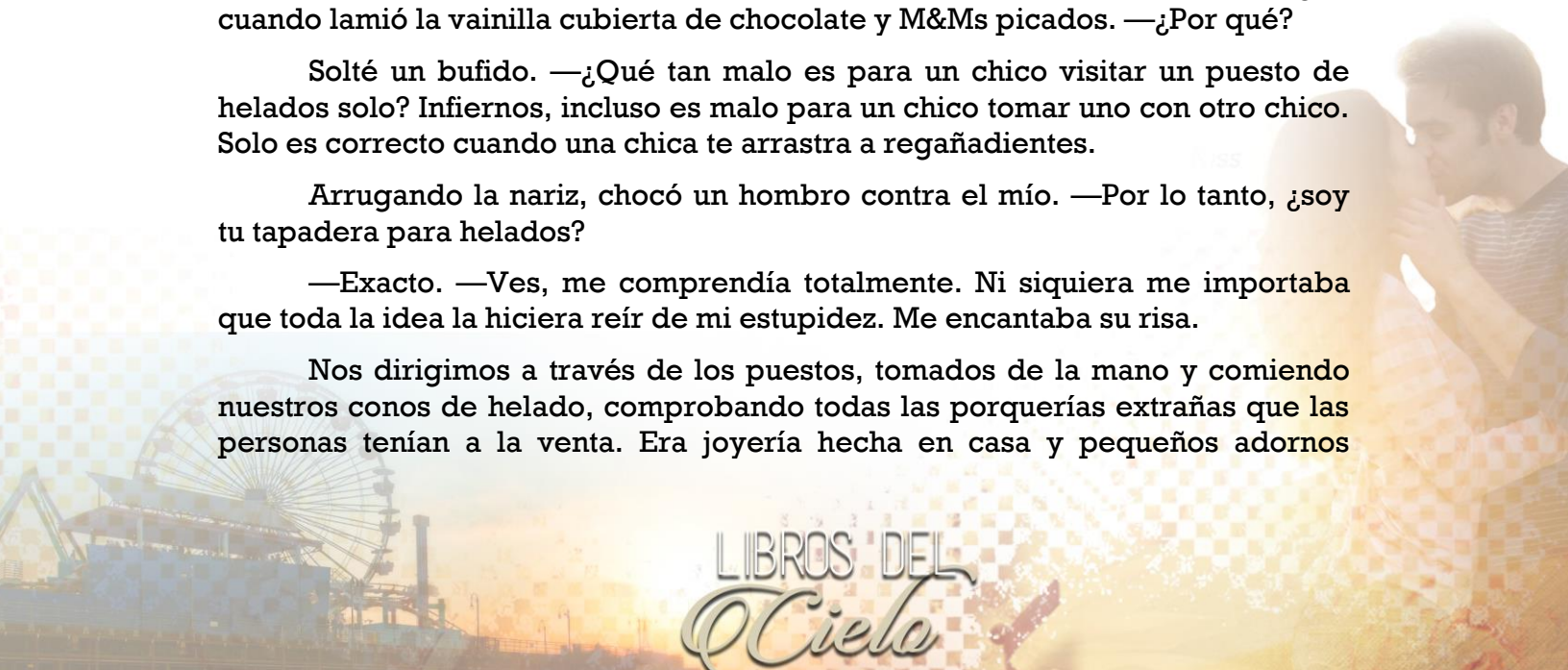
Aspen me tentó más allá de la cordura con un vistazo de su lengua cuando lamió la vainilla cubierta de chocolate y M&Ms picados. —¿Por qué?

Solté un bufido. —¿Qué tan malo es para un chico visitar un puesto de helados solo? Infiernos, incluso es malo para un chico tomar uno con otro chico. Solo es correcto cuando una chica te arrastra a regañadientes.

Arrugando la nariz, chocó un hombro contra el mío. —Por lo tanto, ¿soy tu tapadera para helados?

—Exacto. —Ves, me comprendía totalmente. Ni siquiera me importaba que toda la idea la hiciera reír de mi estupidez. Me encantaba su risa.

Nos dirigimos a través de los puestos, tomados de la mano y comiendo nuestros conos de helado, comprobando todas las porquerías extrañas que las personas tenían a la venta. Era joyería hecha en casa y pequeños adornos





extraños, que sobre todo, nos hicieron reír. Pero entonces Aspen encontró un estante de libros usados.

La observé recorrer los libros de bolsillo deshilachados, encantado por la fascinación en su cara. Se hallaba en su elemento y se veía bien allí. Cuando encontró una historia que supe captó su interés, le pagué al vendedor por el libro antes de que ella se diera cuenta de que lo hice.

—No tenías que hacer eso. —Sus palabras decían una cosa, pero sus ojos decían otra mientras abrazaba con gratitud el libro contra su pecho.

Rodé los ojos. —De nada —le dije, golpeando un hombro con el suyo—. Ahora vamos a buscar un lugar en el césped y extendernos por un minuto para que puedas leer.

Sus ojos se agrandaron. —Tú... ¿acabas de ofrecer dejarme... leer?

Me encogí de hombros. —Claro. ¿Por qué no? Es nuestro día de descanso para relajarnos y hacer lo que queramos. Y he visto tu dormitorio, ¿recuerdas? Sé lo mucho que te gusta leer.

—Pero... eres simplemente... —Sacudió la cabeza, sin saber qué decir—. Seguramente eso es lo más dulce que alguien me ofreció alguna vez.

No podía creer que estuviera tan conmovida por la sugerencia. No lo vi como algo tan importante. Tratando de restarle importancia, dije—: En verdad, tengo un motivo egoísta. Pensaba que tomar una siesta bajo el sol parecía como el paraíso ahora mismo. Así que... si estuvieras leyendo...

—Espera, espera, espera. ¿Me trajiste a una cita para tomar una siesta?

Cuando arqueó las cejas, me reí y levanté las manos. —Oye, espera. ¿Quién dijo que esto era una cita? Pensé que dejé muy claro que no iba a intentar ninguno de esos trucos que suceden en las citas. Solo quería estar con alguien con quién disfrutaba pasar el tiempo y hacer cosas que los dos quisiéramos hacer juntos. Y ya que puedo ver en tus ojos que te mueres por abrir ese libro, y yo mataría por una hora de descanso, las dos cosas irían bien juntas.

Y al parecer eso fue toda la explicación que necesitaba.

—Está bien —concordó antes de que tratara de continuar engatusándola.

Así que eso es lo que sucedió. Nos estiramos juntos, lado a lado con las caras bañadas por el sol y la espalda apoyada en una enorme roca ornamental, y cerré los ojos mientras abría su libro.

No sé cuánto tiempo pasó, pero cuando me desperté la oscuridad se acercaba. Me sentía más descansado de lo que me había sentido en mucho tiempo. Podría tener algo que ver con el hecho de que mi cara se apoyaba en su muslo o que ella pasaba sus dedos por mi pelo, pero maldita sea, se sentía bien. Me quedé allí durante un segundo, simplemente impregnándome de ello,

preguntándome cómo diablos mi cara llegó ahí y cómo podría tenerla de nuevo allí, sin ropa.

Oí un cambio de página por encima de mí y decidí incorporarme, bostezando. La mano de Aspen cayó de mi pelo, lo que fue una pena, pero me sonrió de una manera encantadora mientras bajaba el libro y preguntaba—: ¿Mejor?

—Mucho. —Me estiré, dándome cuenta de que llegó a la mitad de su historia. Maldita sea—. ¿Qué hora es?

Antes de dormirme saqué el teléfono del bolsillo para estar más cómodo. Cuando lo vi cerca en la hierba, fui a tomarlo, pero Aspen respondió—: Es casi las siete.

—Joder. —Ten tal vez tuvo un ataque.

Como si acabara de oír mis pensamientos, sonó mi celular.

—Y, oh, sí —añadió Aspen—. Alguien llamado Zero sigue llamando y preguntando dónde está su camioneta.

Gemí y le contesté a mi compañero, diciéndole que se mantuviera calmado. Aspen leyó la respuesta por encima de mi hombro. —¿Supongo que Zero es un amigo?

—Sí. —Guardé el teléfono—. Mi compañero de cuarto. Le dicen Ten, así que por supuesto lo etiqueté como Zero. Toma literatura moderna conmigo, en realidad. Oren Tenning.

Enarcó las cejas. —Oh. —La forma en que lo dijo me reveló que sabía quién era Ten—. Escribe artículos muy... interesantes.

Riendo, me apoyé en ella para oler su cabello. Olía exactamente como lo imaginé, a lavanda y sol cálido. —Apuesto a que sí. Lleno de palabras con J y comentarios groseros, ¿no?

Se puso tensa.

Alarmado por su reacción, me aparté. —¿Qué pasa? —Entonces comprendí—. Mierda. Lo siento tanto. Sé que no debo preguntarte sobre los trabajos o calificaciones de nadie. Me dije que hoy ni siquiera mencionaría a la escuela.

—No, no pasa nada. No es por eso que enloquecí. Quiero decir, no es que estuviera... —Se aclaró la garganta y miró hacia otro lado; sus mejillas se volvieron rosa.

Tomé su mano, preocupado por arruinar nuestro día perfecto. No pensó que yo le hubiese dicho a Ten lo que hacía con ella en su camioneta, ¿verdad? Abrí la boca para asegurarle que mi compañero no tenía idea de nada, cuando por fin levantó la mirada.

—¿Acabas... acabas de inclinarte y olerme?

Mierda. Lo hice, ¿no? Otra cosa que me prometí no haría hoy. Pero ni siquiera lo pensé. Después de despertar relajado y descansado con mi cabeza en su muslo y sus dedos en mi pelo, se sintió como lo más natural del mundo.

—Tal vez —evadí solo para luego girar el enfoque en ella—. ¿Acabo de despertar en tu regazo, contigo rascándome la cabeza?

Ruborizándose locamente, se mordió el labio. —Tal vez.

Me incliné hacia ella. Quería robarle un beso. Tan desesperadamente. Pero mi teléfono sonó de nuevo, haciéndome saber que tenía otro mensaje. Con un gemido, lo levanté, y leímos el mensaje de Ten, queriendo saber cuándo le regresaría la camioneta.

Aspen frunció el ceño. —¿Por qué tienes su camioneta? ¿Qué pasa con la tuya?

—No tengo una camioneta —contesté mientras le respondía a Ten, para decirle que estaría en casa a la medianoche.

Los ojos de Aspen se agrandaron. —¿Medianoche? ¿Qué tienes planeado hacer conmigo hasta entonces?

Me estremecí, pensando en todas las cosas que me gustaría hacer con ella hasta entonces, pero tuve que recordarme que prometí comportarme. —Es una pregunta peligrosa —advertí.

—¿Y por qué no tienes camioneta? —Entonces rodó los ojos—. Oh, lo entiendo. Eres un tipo de motocicletas, ¿no es así? Debí haberlo adivinado.

Sacudiendo la cabeza, solo sonreí. —Ya me gustaría.

Su sonrisa burlona desapareció. —¿Quieres decir que no...? —Atragantándose, se sonrojó con aire culpable—. Oh, Dios mío. Lo siento. Simplemente asumí...

—Oye, no dijiste nada malo. No tengo un coche, eso es todo. Me sentiría, no sé... egoísta, supongo, si me comprara uno mientras mi familia estuviera... —Bueno, no teníamos que ir allí—. Suelo enviar todo el dinero extra que tengo a casa, para que mi hermana se encargue de las cosas allí, por lo que no es como si pudiera pagarlo.

—Bueno, eso es solo... ya sabes, me sorprendes todo el tiempo, Noel Gamble. Tan pronto como descubro algo bueno y altruista acerca de ti, vas y lo superas con algo aun mejor.

En lugar de halagarme, sus palabras solo alimentaron mi culpa. Porque traerla aquí hoy fue increíblemente egoísta e incorrecto, amenazando su futuro y el de Caroline, Colton y Brandt. Y aún peor, no me molestaba lo suficiente como para ya llevarla a casa.

Ya nos encontrábamos aquí; ¿qué eran otro par de horas? Además, quería que experimentara la única cosa por la que la traje aquí.

—Vamos. —Le agarré la mano y nos ayudé a ponernos de pie—. Creo que ya es hora del evento principal.

—¿El evento principal? —Su sonrisa era curiosa con un rastro de emoción ansiosa—. ¿Cuál es el evento principal?

Señalé las luces detrás de nosotros al otro lado del mercado de proveedores. A lo lejos, se iluminó el contorno de una rueda de la fortuna girando lentamente.

Sonriendo, bajé mi boca a su oído. —Está a punto de experimentar su primer carnaval, Dra. Kavanagh.

Sus hermosos labios se abrieron por el asombro. Las luces de colores brillantes del parque de atracciones se reflejaban en sus ojos deslumbrados. Girando hacia mí, balbuceó—: Pero, ¿cómo sabías que nunca he...?

Maldición, no recuerda nada de la conversación borracha que tuvimos, lo que era demasiado condenadamente malo, porque yo no podía olvidar un solo detalle de la misma.

Levantando sus dedos entrelazados con los míos a mi boca, le besé los nudillos levemente y le guiñé un ojo. —Es un viejo truco de percepción extrasensorial que aprendí de mi profesora de literatura.



Traducido por Verito  
Corregido por Esperanza

“El amor es como el viento, no puedes verlo pero puedes sentirlo.”

Nicholas Sparks, *Un paseo para recordar*.

## NOEL

Le encantó. Aspen no dijo nada en voz alta, pero todo lo que tenía que hacer era observar las expresiones que revoloteaban en su rostro para saber que la experiencia le fascinó.

—Oh, Dios mío. Mira. De verdad venden algodón de azúcar en los carnavales. Creí que eso podría ser solo un cliché de las películas.

Cuando ella me jaló con la mano para salir corriendo, apresurada hacia el puesto de comida, me sentía como un paseador de perros siendo arrastrado por todas partes por mi mascota sobreexcitada. Reí y me apuré para mantener el paso. Era tan malditamente adorable cuando dejaba libre a su niño interior. Mientras ordenó una gran bola rosada de algodón de azúcar, yo compré una Coca-Cola porque sabía que necesitaría un trago pronto.

—Oh, guau. —Apretó los labios después de la primera prueba y arrugó la nariz—. No me di cuenta de que se derretiría tan pronto como tocara mi lengua. Pero, guau, en serio es pura azúcar, batida en una bola esponjosa, ¿verdad?

—Toma. —Le ofrecí el trago y me agradeció con amabilidad antes de arrebatármelo y tomar la mitad del contenido.

Comió del algodón de azúcar mucho más lento luego de eso, y juntos, subimos a las gradas del carnaval, mirando una corta función de marionetas antes de que otro vendedor nos llamara incitándonos a probar su tiro de pelota.

Aspen me golpeó en las costillas. —Vamos, señor Mariscal de Campo —provocó—. ¿Por qué no nos muestras lo que tienes?

—Oye, tú eres la campeona del tiro de pelota ahora; tuviste un día entero de práctica. ¿Por qué no tratas?

—Ohh. —El vendedor nos miró con deleite—. Huelo un desafío. ¿Quieren ir uno contra otro?

Entonces, hicimos el tiro de pelota. Pateé su trasero, por supuesto, y me dijo que un mal ganador. Me encogí de hombros y le dije que se lo pondría fácil cuando decidiera ponérmelo fácil calificando mis ensayos.

Murmuró—: *Touché*. —Luego rodó los ojos, riendo.

Cuando el vendedor me felicitó y puso un conejito de peluche azul con orejas colgantes rosadas en mi pecho, lo miré como si hubiese perdido la cabeza.

Aspen se agarró el estómago y rió más fuerte. —Ahhh. Lucen tan lindos juntos. Y mira, su pelaje es casi del mismo color que tus ojos. Creo que es una combinación hecha en el cielo.

—De acuerdo, listilla. Mejor tomas esta cosa porque es seguro que no lo llevaré por todos lados.

Cuando lo empujé hacia ella, lo miró como si tuviera la rabia. —Pero... yo nunca he tenido un animal de peluche.

Sus brazos se enredaron alrededor de él para evitar que se cayera.

—Nunca sé es demasiado viejo para comenzar —dije, sintiéndome engreído por haber podido darle el conejito sin ser cursi al respecto.

Seguía luciendo completamente aturdida. —¿Pero qué hago con esto?

—Demonios, no sé. Ponlo en tu cama con todos los cojines que tienes.

—Bueno. —Aún actuaba indecisa, pero podía ver el anhelo en sus ojos. La niña quería su peluche. Al final, cedió con un calmado y sincero—: Gracias. —Pestañeó, y lo juro por Dios, si dejaba caer una sola lágrima, iba a arrastrarla al primer tranquilo y oscuro rincón y la besaría sin sentido.

Pero, en serio, ¿qué clase de padres no les compra animales de peluche a sus hijos? Incluso mi rara madre, un año para navidad, me lanzó un peluche de perro mutilado, con una oreja arrancada.

Necesitando alejarnos de todo lo emocional, tiré de su mano. —Eso es todo. Es tiempo de llevarte a dar un paseo y ver cuán resistente es tu estómago.

—Oh, yo no... No, eso está bien. —Con ojos bien abiertos y expresión cautelosa al instante, negó con la cabeza y se resistió a mí.

—¿Qué? No estás asustada, ¿verdad? No te preocupes. Comenzaremos con algo sencillo. ¿Qué te parece la rueda de la fortuna?

—¿*La rueda de la fortuna*? —Sus ojos se abrieron incluso más—. Pero esa es la cosa más grande y alta en todo el parque.

—Oh, vamos. Tienes que probarlo al menos una vez.

Fue muy fácil convencerla para hacerlo; creo que secretamente quería subir pero le ponía nerviosa.

Luego de comprar tickets, nos pusimos a la fila detrás de un puñado de niños. Éramos por lejos las personas más grandes esperando subir.

Acercándose a mí, Aspen murmuró—: Esto es tonto. Vámonos.

—Nop. No te vas a escapar de mí. —Apreté mi agarre en su mano, manteniéndola cerca mientras miraba a la rueda de la fortuna, que reducía la velocidad para dejar a unas niñas risueñas bajarse.

Su espalda se tensó de inmediato, y vi que un poco de su yo-profesor brotaba en sus rasgos. Fue un poco sexy. —No estoy escapándome. Estoy...

—Escapándote. —Sonreí con suficiencia, retándola a contradecirme,

—De acuerdo —espetó, volteándose a la atracción—. Vamos a la rueda de la fortuna.

—Bien —dije—. Porque es nuestro turno.

—¿Qué? —Sus dedos se apretaron alrededor de los míos y gimió—. Oh, Dios. Noel, espera.

Tirando de ella, la ayudé a subir al asiento que el chico mantenía abierto para nosotros antes de saltar a su lado. Se veía tan nerviosa, con sus dedos apretados alrededor de la barra de seguridad hasta que los huesos de sus nudillos trataron de salir de su piel.

Necesitando distraerla, choqué mi codo con el suyo. —¿Sabes? Mi primer beso fue en la cima de la rueda de la fortuna.

Aspen me miró con los ojos muy abiertos. —¿Cómo fue?

Hice un gesto como diciendo *más o menos*. —Húmedo y descuidado. Los dos éramos bastante torpes, pero bueno, solo teníamos ocho años. —Hice una mueca—. Y sus padres vieron todo. La arrastraron lejos tan pronto como bajamos, castigándola por acercarse al desagradable niño Gamble. —Con un suspiro, me encogí de hombros—. Nunca más me habló en el colegio.

Cuando noté la extraña mirada de Aspen, pregunté—: ¿Qué?

Las esquinas de sus labios se elevaron con una sonrisa. —Me refería a cómo fue el paseo en la rueda.

—Oh. Bueno... —Nuestro carro se agitó con un movimiento y fuimos elevados en el aire. Alcancé su mano para cubrirla—. Tiempo de descubrirlo.

Ella contuvo el aliento y se inclinó hacia mí. Cuando la rueda se detuvo para dejar que subiera más gente, Aspen tragó saliva audiblemente y se inclinó hacia delante para mirar todo lo podíamos ver desde esta altura. —Guau.

—Lo sé. —No podía apartar los ojos de ella—. Bastante sorprendente, ¿no?

—Creo... creo que... es la puesta de sol más hermosa que he visto en mi vida. —Las lágrimas brillaron en sus ojos y no había manera de que pudiera hacer nada.

Inclinándome, presioné un beso breve y cortés en su mejilla. Mientras me alejaba, Aspen tocó su piel húmeda con dos dedos y me miró.

Sintiéndome más consciente de mí mismo luego de este pequeño besito que de todos los acalorados besos de boca abierta que compartimos antes, aclaré mi garganta y traté de encogerme de hombros. —¿Qué? Es una tradición para mí. Y tus padres no están aquí para llevarte lejos luego, entonces... ¿por qué no?

Sus labios se elevaron en una sonrisa, y dejé salir un respiro de alivio, encantado de que no estuviese enojada.

Pasamos el resto del paseo en una alegría tranquila, mirando el reflejo de la puesta de sol en el agua del río.

—Está bien, eso fue divertido —admitió una vez que nuestros pies estuvieron en el suelo.

—¿No estás encantada de que te haya hecho intentarlo?

Levantó la barbilla y apretó sus labios para contener una sonrisa, pero la vi de todos modos. —Sí. Sí, lo estoy.

—¿Y ahora qué? ¿Autos chocones? ¿El Scrambler?

—Tengo una idea mejor. —Agarrando mi mano, comenzó a caminar. La seguí, encantado por ese despreocupado y deseoso lado de ella.

Cuando pasamos por una tienda de campaña, dobló a la derecha, llevándome al tranquilo y oscuro lugar al costado, apretado entre la lona y la cabaña del espectáculo de marionetas.

—¿Qué...?

Se detuvo bruscamente y me miró. Fue entonces cuando me di cuenta de... Oh, mierda.

Mi piel vibraba con el zumbido de energía. Me rehusé a reacciones. Le prometí que no trataría nada malo. Pero jamás dije que ella no podía. Y obviamente, ella quería.

Levantó su mano, y contuve mi aliento. Pero luego sus dedos apenas rozaron mi mejilla, y el aire salió silbando de mis pulmones, incapaz de estar más ahí. Salió a través de mis dientes hasta que mis fosas nasales se dilataron.

No dijo ni una palabra; y yo tampoco. Girando su mano, pasó sus nudillos por mi mandíbula y mis cortas patillas. Cuando peinó mi cabello, cerré los ojos e incliné mi cabeza para darle mejor acceso.



—Aspen. —Su nombre salió de mis labios. Mi cuerpo se hallaba tan encendido que sabía que vería chispas eléctricas sobre mi piel si abría mis pestañas.

—¿No me vas a tocar? —Su voz era ronca; estaba tan encendida como yo.

—¿Me lo estás pidiendo? Porque prometí que no lo haría.

Su aliento calentó mis labios. Demonios, se encontraba justo ahí. —Noel —susurró. Abrí mis ojos mientras añadía—: Tócame.

Su boca encontró la mía, y lo sentí recorrer por toda mi polla.

Mientras me endurecía en mis vaqueros, sus labios se entreabrieron y su lengua caliente y húmeda se lanzó hacia delante con cautela.

Jadeando, tomé su cara e incliné su barbilla hasta que quedó como la quería yo, apretando mis brazos y parándose sobre las puntas de sus pies para presionarse contra mí. Sabía a algodón de azúcar y Coca-Cola. Presionando mis caderas contra su suavidad, traté de aliviar un poco de las palpitaciones insistentes. Pero ella estaba tan cálida y flexible en estos momentos, que nada menos que la liberación calmaría mi deseo.

—Dios, sabes cómo besar. —Estaba volviendo loca a mi boca con su tímida y curiosa exploración.

Se apartó para jadear contra mi garganta. —¿En serio? —Ya que parecía no creerme, tendría que mostrárselo.

—¿Qué crees? —Volví mi boca a la de ella y llevé las cosas un poco más allá. Parecía ansiosa por ir adonde la llevara; sus manos revoloteaban por mi pecho, sobre mis brazos, en mi cabello...

—Jesús. —Paré para recuperar el aliento. Mi respiración entrecortada alborotó su cabello. Se estremeció y me abrazó, así que envolví los brazos a su alrededor. Nos sostuvimos el uno al otro mientras la música de la rueda de la fortuna sonaba sobre nosotros y una brisa fría del sol poniente pasaba con suavidad. La esencia de palomitas de maíz y perritos calientes lo hacía casi surrealista, pero realmente nos encontrábamos aquí, haciendo esto, un jugador de fútbol universitario y su profesora de literatura fraternizando.

Descansé mi boca contra su sien y la besé ahí.

—Estoy dentro si tú lo estás, Aspen. Sé que tenemos mucho que perder. Pero creo totalmente que tenemos más que ganar si comenzamos algo. Así que, depende completamente de ti. Tienes que decir la última palabra.

To professor  
with love

Linda Kage

20

Traducido por CamShaaw

Corregido por SammyD

“Las personas enojadas no siempre son sabias.”

Jane Austen, *Orgullo y prejuicio*.

*Pero...*

“Hasta un tonto aprende algo una vez que lo ha sufrido.”

Homero, *La Ilíada*.

## ASPEN

170

Yo no había visto, hablado, o escuchado de Noel en tres días, no desde que condujo a casa desde el carnaval, me acompañó hasta la puerta, y me besó frente a mi pórtico. Supongo que hablaba en serio cuando dijo que el siguiente paso dependía completa y totalmente de mí, lo que me asustó mucho.

Lo más inteligente era mantenerse alejada. Lo sabía y mi cabeza se hallaba de acuerdo. Pero mi cuerpo simplemente no lo entendía, y no creo que mi corazón lo hubiese captado tampoco. Estuve inquieta todo el domingo y el lunes. Seguí mirando mi teléfono para ver si me perdí una llamada. Seguí mirando por la ventada de mi sala de estar para ver si alguien pasaba por mi camino de entrada. En el trabajo, desvié mi atención cada vez que oí pasos en el pasillo. Pero ni Noel, ni ningún estudiante o profesor, en tal caso, se detuvo en mi puerta.

Hoy, sin embargo... Hoy lo vería. En la clase. Sentía tantos nervios que relajarse era imposible.

Todas mis clases tuvieron lugar en la sala Morella excepto una, un curso principiante de literatura que enseñaba a distancia a través de telenet a una universidad de la comunidad local. Tuve que cruzar la calle y caminar media cuadra hasta la biblioteca del campus, que tenía el sistema de difusión de video más cercano al departamento de inglés en el campus.

Tan pronto como terminara con eso, tenía diez minutos para volver a Morella para la clase de literatura moderna de América de Noel.

Nerviosa por verlo, salí rápido de la biblioteca, casi galopando en mis tacones. Sabía que no podía decirle que quería empezar una relación, pero eso no significaba que no estaba sufriendo un grave síndrome de abstinencia. Necesitaba que Noel lo solucionara... pronto.

Así que cuando lo vi al acercarme a Morella, donde apoyó un hombro contra el edificio, de espaldas a mí y su teléfono celular presionado a la oreja, todo dentro de mí se animó.

Me dirigí en su dirección para que me viera pasar... Hasta que escuché lo que decía.

—Shh, cariño. Cálmate, y dime ¿qué sucede?

La preocupación en su voz y el apodo afectuoso que usó me hicieron detenerme. Una capa espesa de celos sabía a ácido en mi lengua. ¿Quién era *Cariño*, y por qué parecía tan cercano a ella?

Entonces dijo entre dientes—: ¿Embarazada? ¿Estás embarazada? ¿Cómo puedes estar...? Jesucristo. Pero tú has dicho...

Embarazada.

Mis oídos resonaron con un dolor para el que ni siquiera pude prepararme. Pero, ¿embarazó a una chica? No podía... esto era...

No.

—Ahórratelo, está bien —gruñó salvajemente en el teléfono—. Puedes pedir disculpas por mucho tiempo, pero eso no va a cambiar el hecho de que vas a ser... Jesús, ¿cómo vamos a mantener a un niño? Santa mierda.

Él llevó la mano a la parte posterior de la cabeza; sus dedos temblaban. —Basta. Deja de llorar. Tú te metiste en esto. Y ahora los dos vamos a pagar. Mierda. No puedo... Simplemente no puedo... —Suspiró cansado, y masajeó sus sienas mientras inclinaba la cabeza hacia atrás—. No puedo hablar de esto ahora. Tengo que ir a clase. No... No... ¡Maldita sea, no! Te llamaré más tarde.

Colgó y se metió el teléfono en el bolsillo. Echó un vistazo a su derecha, como para asegurarse de que nadie lo hubiera oído por casualidad, pero no se molestó en mirar a la izquierda, o me habría visto a mí inmóvil, mirándolo con el corazón roto.

El dolor de saber que dejó embarazada a alguien más me destrozó hasta que surgió la ira. Fue muy grosero con esa pobre chica. Ella estuvo llorando y disculpándose, y tal vez totalmente asustada, y él le gritó, la regañó y la hizo sentir como una mierda.

Qué idiota.

La decepción subió hasta mi garganta. No podía creer que me enamorara de este hombre, pensando que era noble y bueno.

Apreté las manos en puños, queriendo pegarle y hacerle daño del mismo modo en que me lastimó. Diablos, del mismo modo en que su “cariño” me hizo daño.

Pero por ahora, yo tenía que ir a clases.

Tras caminar el resto del trayecto hasta mi salón, puse la cartera en mi escritorio lo bastante fuerte para que un estudiante de la primera fila que se encontraba acostado con la cabeza en su escritorio saltase y se sentara. Mierda, necesitaba calmarme antes de que hiciera algo estúpido.

Era más fácil decirlo que hacerlo, porque Noel entró en el salón un segundo después, despertando cada nervio en mi sistema. Le eché un vistazo, y él encontró mi mirada. Se veía muy solemne, y me pregunté si iba a confesarme todo. Pero entonces sus labios temblaron como si tratara de obligarlos a sonreír por mí, pero no consiguió hacerlo. Al mismo tiempo, sus ojos permanecieron entrecerrados y preocupados.

Al pasar, tiró una hoja de papel doblada hacia mí. Aterrizó perfectamente en mi maletín cerrado. Ni siquiera aminoró el paso mientras seguía en marcha, encontrando un lugar en el fondo del salón.

Pensando que me iba a pedir un encuentro en algún lugar para decirme lo que acababa de suceder, cogí la nota con manos temblorosas y la desdoblé. Pero era solo otra cita para mi pizarra. Y una alegre y feliz cita.

“La sonrisa es una curva que lo endereza todo.”

Phylls Diller.

Fruncí el ceño, y la línea recta de mis labios mostraba que en efecto no todo estaba enderezado.

¿Cómo se atrevía? Después de lo que le acaba de hacerle a la otra chica, después de lo que acababa de enterarse... ¿Cómo mierda se atrevía a intentar algo conmigo? Bastardo horrible, malvado, despreciable e infiel.

Abriendo mi maletín, saqué mi pila de notas. La sangre hervía por mis venas mientras los revisaba sin la menor idea de lo que miraba en realidad. Luego, con calma, me paré frente a la clase, con las notas en mis manos al tiempo que veía asiento tras asiento irse llenando hasta que pareció que todo el mundo estuvo presente.

Noel se sentó en su silla, con los ojos cerrados y el rostro entre las manos mientras apoyaba los codos sobre el escritorio. Era más que obvio que la

noticia de su paternidad le molestaba. Bueno, decidí que claramente no tenía suficiente de que preocuparse.

Metiendo mis notas de nuevo en el maletín, lo cerré y apoyé mis manos en la parte superior.

—En la obra *La Letra Escarlata* de Nathaniel Hawthorne —comencé, con la barbilla en alto—, la protagonista, Hester Prynne, tiene que llevar la letra A de color rojo en su ropa para mostrar a todos que cometió adulterio y tuvo un hijo fuera del matrimonio. Se convirtió en una marginada para el resto de su vida. Mientras que su amante, que cometió el mismo acto, quedó ileso porque ella se negó a nombrarlo. Pero a pesar de que vivió con su buena reputación, acabó volviéndose loco y a morir a causa de la culpa. *Señor Gamble* —levanté la voz y le lancé una dura mirada—, ¿qué cree que es peor?

Levantó la cabeza desde donde se encontraba, y obviamente, no prestó atención a nada de lo que acababa de decir. Con los ojos llenos de tormentos, dijo con voz ronca—: ¿Qué? —Entonces miró a su alrededor, y se volvió hacia mí—. Lo siento, ¿Qué?

—*La Letra Escarlata* —le recordé—, Nathaniel Hawthorne. La mujer se acuesta con su ministro y queda embarazada. Es despreciada públicamente por tres horas, luego arrojada a la cárcel, y obligada a llevar la letra A para mostrar su vergüenza a todos por el resto de su vida. O a su amante. El ministro local que ella se negó a acusar. Él sale con una reputación intachable, pero no puede soportar toda la culpa. Así que... ¿a qué personaje cree usted que le fue peor? ¿Prefiere que todos sepan lo que hizo y lo odien por ello, pero terminar con la conciencia tranquila? ¿O prefiere ocultarlo y dejar que se pudra, pero siempre estará preocupado de que se sepa, y avergonzado de saber que alguien ha pagado por el mismo delito que usted ha cometido?

Su rostro perdió todo el color cuando abrió la boca. Pero no tenía nada que decir. Se quedó mirándome fijo unos veinte segundos y el tormento llenó sus ojos, antes de que parpadeara rápidamente y sacudiera la cabeza. —Yo... Yo pensé que hoy empezábamos con Tennessee Williams.

A nuestro alrededor, la clase rió entre dientes, y mi cara se llenó de roja y caliente vergüenza.

Querido Dios. ¿Qué demonios hacía? Esto tenía que ser la cosa más poco profesional e inmadura que jamás había intentado. Si estaba molesta con Noel por algo, intentar desquitarme con él en el salón de clases era lo peor posible. Sintíéndome mal del estómago con mi propia vergüenza, aparté la vista y llevé la palma de mi mano a la boca mientras trataba de recuperar mi dignidad.

No funcionó. Respirando hondo, levanté mi cara, tratando de no gritar. —Muy bien, señor Gamble —le dije, con la voz ronca por la emoción. Asentí una vez—. Supongo que prestaba atención, después de todo.

Aunque todos soltaron una risita divertida, Noel seguía mirándome como si lo hubiera traicionado.

To professor  
with love

Linda Kage

Todavía demasiado inquieta para continuar la clase, agité mis manos. — Espero que todos tengan *El Zoo de Cristal* terminado a finales de la próxima semana. Hoy les voy a dar el resto de la hora para que encuentren un rincón agradable y tranquilo para leer. Vamos a continuar nuestras discusiones en la clase del jueves.

Por un instante, nadie se movió, como si pensarán que les tomaba el pelo. Yo no era uno de esos profesores que dejan la clase antes de tiempo, pero hoy, no había manera de que pudiera quedarme de pie aquí toda la hora.

Sin molestarme en esperarlos, tiré de mi maletín y fui a la salida. Detrás de mí, oí por fin que empezaron a recoger sus cosas, pero no esperé como solía hacerlo. Como el ministro de Hawthorne, tenía que nutrir mi propia culpa.

174



LIBROS DEL  
Cielo

Traducido por NnancyC & Vani

Corregido por Meliizza

“Ellos se deslizaron rápidamente en una intimidad sexual de la cual nunca se liberaron.”

F. Scott Fitzgerald. *A Este Lado del Paraíso.*

## NOEL

¿Qué demonios acababa de suceder?

Ya tenía un humor de mierda. La llamada que recibí puso mi mundo patas arriba.

Desperté esta mañana, planeando ser el estudiante perfecto en la clase de Aspen y ser juguetón y lindo para que dejara de resistirse a mí. Incluso encontré la frase perfecta para hacerla sonreír. Pero luego se desató todo el infierno, y se necesitó todo de mí para siquiera mirarla en toda su imponente gloria mientras sentía como si mis entrañas estuvieran siendo levantadas a tirones hacia mis amígdalas.

Me nombró cuando yo deliberaba si debería ir a casa e intentar ayudar a arreglar algo del desastre que hizo mi hermana. Pero Jesús, ¿cómo íbamos a criar a otro niño en ese lugar? Caroline tendría dieciocho pronto. Tal vez podría traerla a Ellamore conmigo. Pero la idea de dejar a Colton y Brandt solos me hacía encogerme.

Luego Aspen apareció. No tenía idea de qué había cambiado entre el sábado por la noche y esta mañana, pero esta no era la mujer de la que me despedí con un beso en el pórtico. Esa mujer era cálida, receptiva y ponerme de rodillas con solo su sonrisa. Pero *esta* mujer... maldita sea, no sé. Pero iba a descubrir cuál era su maldito problema.

Mientras ella salía apresuradamente del salón tan pronto como nos dio permiso para marcharnos, agarré mis cosas y la perseguí.

—¡Oye! —grité. Pero todavía había demasiadas personas cerca. No podía asegurar si me ignoró por el bien del decoro o porque se encontraba muy enojada. Apretando la mandíbula, la seguí. Llegó a la escalera que dirigía al

siguiente piso donde se hallaban las oficinas. Dejamos a los estudiantes detrás y tan pronto como alcanzamos el descansillo, le agarré el brazo.

Se dio la vuelta, fulminándome con la mirada. Entonces le devolví la mirada y abrí de un tirón la primera puerta que vi. Terminó siendo un armario de suministros. Perfecto. La empujé dentro.

—¿Qué crees que estás haciendo? Deja de maltratarme.

Después de asegurarme que nos encontrábamos bien y bloquear la puerta, me moví lentamente. —*Vamos a hablar sobre esto.*

—¡Dije que me quites las manos de encima! —dijo jadeando y retorció su codo para liberarlo de mi agarre.

Apreté los dientes. —Cristo, ¿qué está pasando contigo? ¿Por qué estás de repente tan enojada? El sábado por la noche...

—¡No! ¿Cómo te *atreves* a mencionar el sábado? *Maldita sea.* —Empujó mi pecho—. Incluso la idea de que entres en mi clase con tu notita coqueta solo minutos después de escuchar que vas a ser padre me repugna.

—¿Padre? —Di un paso atrás y me topé con la puerta—. ¿Qué dices?

—¡Sí! Padre. —Sus ojos verdes lanzaron dagas de odio antes de que se llenaran con dolor—. Te escuché hablando con esa pobre chica por teléfono, *gritándole*. Jesús, Noel. ¿Cómo pudiste tratarla de ese modo? Eres tan responsable por esto como ella, aun así no parecías tener ni un ápice de remordimiento o...

—De acuerdo, detente ahí. —Levanté las manos, mirándola con furia—. Quizá deberías conocer todos los hechos antes de atacarme. —Solté una risa amarga—. Jesús. Tu fe en mi es increíble. Maldita sea, no puedo creer que pensaras automáticamente que era *mi* hijo.

—Bueno, sonabas bastante seguro de que tendrías que hacerte cargo de eso, siguiendo sobre cuánto iba a complicar tu vida. ¿Por qué *no* pensaría que era tuyo?

—Bueno, lamento decepcionarte, pero no estoy metido en el incesto. Era mi hermana de diecisiete años, *Caroline*, y sí, me puse furioso al enterarme de que quedó embarazada. También estoy seguro de que el papi del bebé no va a estar allí para ella, así que *tendré* que ayudarla a hacerse cargo y esto *hará* nuestras vidas mucho más difíciles.

—Oh —exhaló bruscamente. La disculpa se expuso en su mirada, pero no pidió perdón—. Yo...

Cuando ella no podía siquiera decir que lo lamentaba, resoplé.

—Esto es genial. —Clavando las manos en mi cabello, me giré lejos, pero ni siquiera podía dar un paso lejos de ella; el armario era tan pequeño para que me escapara. Me dieron náuseas—. No puedo creer que esté enamorándome tan profundamente de ti que estoy dispuesto a arriesgar la



universidad, mi familia, mi futuro entero —*todo*— y todavía crees que soy capaz de jugar contigo y un niño. Maldita sea, incluso me encontraba dispuesto a intentar una relación monógama, comprometida y sin ningún reparo, lo cual nunca antes consideré.

La ira me consumía; me di la vuelta hacia ella y apunté un dedo en su pecho. —Puedo haber tenido sexo borracho con completas extrañas más veces de las que puedo contar, pero *nunca*, ni una vez, he olvidado usar protección. Soy una follada segura, ¿entiendes? Y si llegara embarazar a una chica, ¡estoy seguro que no terminaría diez minutos después enviándole notas de amor a mi maldita profesora de inglés! ¿Está perfectamente claro?

Sus ojos verdes se veían tan grandes que podía ver cada pensamiento lleno de remordimientos dentro de ella. —Sí —susurró. Luego su expresión se desplomó—. Lo lamento. Lo lamento tanto. ¿Por qué sigo juzgándote mal?

—Al diablo si sé. —Apreté los dientes y la miré con furia—. Me doy cuenta perfectamente que esto entre nosotros está condenado al fracaso, de acuerdo. Sé que nunca podremos... —Cerré los ojos y agaché la cabeza—. Tal vez no tengamos una oportunidad, pero no puedo dejar de pensar en ti. No puedo dejar de anhelar esa conexión que compartimos. Es tan malditamente fuerte que he estado dispuesto a... Dios, haría cualquier cosa por particitas de ti, Aspen. Pero si tan fácilmente puedes asumir que soy... Cristo, si no sientes lo mismo por mí...

—Lo hago. Siento lo mismo.

—Entonces Pruébalo, maldita sea. Muéstrame que estoy arriesgando todo por un motivo. Porque, justo ahora...

Labios cálidos se estrellaron contra los míos, interrumpiéndome. Aspen agarró mi cara y se elevó de puntillas, presionándose contra mí y encajándonos juntos como dos mitades de un todo inseparable.

—Lo siento. Lo juro —dijo con voz áspera contra mi boca entre besos—. Siento lo mismo. Exactamente lo mismo. Por favor. Por favor. Lo lamento. También siento lo mismo. Solo estoy asustada y...

—Yo también. —Literalmente temblaba de miedo, y algo de ira residual, mientras que también aumentaba la lujuria. Ganó la lujuria. Alzándola en mis brazos, encajé nuestras bocas firmemente juntas.

Cada molécula de mi cuerpo entró en combustión. Tanto calor me consumió, mi cerebro se fundió y mi cuerpo se hizo cargo. O tal vez no se fundió por completo, pero definitivamente entré en modo hombre de las cavernas.

Mía.

Debía poseer.

Mis palabras no lograron convencerla, así que me sentía obligado a simplemente *mostrarle* a Aspen cuánto me afectaba. Cuán diferente era de

todas las otras mujeres. De algún modo tenía que consolidar lo que habíamos comenzado para que supiera que esto no era meramente un error.

Mi boca atacó la suya, forzándola a abrirla y dejarme entrar, a aceptar cada parte de mí. Mis dedos aprisionaron su rostro, atrapándola en mi beso. Me convertí en alguna clase de loco, incapaz de conseguir suficiente. El hecho de que estuviera tan frenética por mí, solo alimentaba la bestia.

La sangre bombeaba por mis venas como lava. Caliente y explosiva. Incapaz de controlar mis respiraciones entrecortadas, la hice retroceder en el pequeño espacio de pared al lado de la puerta cerrada. Pero eso no era suficiente para ninguno de nosotros. Ni cerca de suficiente. Subió encima de mí, aferrándose con sus piernas mientras las enrollaba alrededor de mi cintura.

Puse las caderas entre sus muslos y me aplasté duro contra ella. La forma en que jadeó y se arqueó en mí, echando la cabeza hacia atrás y tensándose en mis brazos mientras se mordía el labio inferior, era tan malditamente caliente que casi me corrí en mis vaqueros.

Hundiendo los dientes en la base de su cuello, embestí contra esa calidez en la que quería enterrarme. Sus dedos en mi cabello intentaron dejarme calvo. El dolor resultante era tan malditamente caliente que gruñí y agarré su rodilla, abriéndola solo un poco más amplio.

Antes de que supiera completamente lo que hacía, mi palma se deslizó arriba por su piel desnuda hasta que tenía una mano bajo su falda. Maldita sea, me encantaba esta falda. Y sin pantis que se interpongan, encontré mi camino dentro de la barrera de sus bragas tan pronto como me topé con algodón húmedo.

Se hallaba mojada. Tan mojada. Por mí.

—Noel —gimió, retorciéndose contra mí, agarrando puñados de mi camisa y presionándome más cerca.

Metí un dedo en ella y ambos dejamos salir un sonido de abandono sorprendido. —Oh, mierda. Oh, mierda —dije en un suspiro. Era tan...—. Mierda. —Empujé otro dedo y, maldición, era tan placentero. Tan malditamente placentero.

Aspen golpeó la coronilla de su cabeza contra la pared y cerró los ojos con fuerza. Sus labios se abrieron mientras aquellos jadeos rápidos y superficiales explotaron de ella; cada aliento exhalaba placer. Le besé el cuello y se veía tan hermosa. Mis dedos bombearon duro y rápido, haciendo que casi me corra cada vez que iba más profundo.

Cuando mis labios acariciaron la concha de su oreja, pregunté—: ¿Sientes eso? ¿Sientes lo que hacemos juntos? Eso no es normal, Aspen. Somos una fuerza de la maldita naturaleza. ¿Cómo podemos seguir luchando contra esto? Cómo... Dios. Quiero estar dentro de ti tan desesperadamente.

—Uhn... —Ese pareció ser su punto de inflexión. Se estremeció y los músculos que abrazaban mis dedos se contrajeron. Chillando, se vino tan duro y rápido que me dejó pasmado. Le besé para amortiguar el sonido; mis dedos penetraron hasta que se empaparon y acalambraron. Me devolvió el beso, y siguió besándome hasta que quedé sin aliento y mareado.

Tan pronto como su cuerpo comenzó a calmarse, saqué mi mano y luché con el botón superior de mis vaqueros. Perdido por la lujuria, no pensé en el siguiente paso. Solo sabía que tenía que estar dentro de ella tan pronto como fuera posible o me iba a correr en mis malditos vaqueros.

Cuando se apresuró a ayudarme, tanteando mi cremallera y totalmente de acuerdo con mi idea, le dejé hacerse cargo de esa parte para poder acunar su culo en ambas manos y asegurarla un poco más arriba contra la pared. Sus piernas se abrieron, permitiéndome todo el acceso que necesitaba, y con su falda arrugada hasta la cintura, podía ver su entrepierna con las bragas todavía empujadas a un lado por mis dedos.

Los rizos oscuros entre sus piernas se encontraban mojados y brillantes. Mi boca se hizo agua cuando capté un vistazo fugaz, y mi polla palpó en su mano cuando la sacó de mis vaqueros.

Necesitaba esto tan desesperadamente. La necesitaba a ella.

Sosteniéndome por la base, me guió hacia su entrada. Nuestras mejillas se rozaron mientras los dos bajamos la mirada para ver nuestros cuerpos unirse.

—Hazlo —susurró, sonando tan ansiosa como yo me sentía.

Empujé hacia adelante, empalándola.

Se encontraba tan mojada. Y caliente. Y oh, mi Dios. Lo más estrecho que tomó mi pene. Cuando dejó salir un sonido agudo como si estuviera dolorida, levanté la cabeza de golpe para observarla morderse el labio y cerrar los ojos. Me pregunté si tal vez la herí, porque, Cristo, era tan ceñida que parecía como si yo pudiera romperla.

En un sitio en mi cabeza, sabía que debía detenerme por algún motivo, retirarme, ir más lento... algo. Existían múltiples motivos para terminar esto y pensar bien las cosas. Pero no podía concentrarme en nada porque maldita sea, era *tan...* fui un poco más profundo, gruñendo ante la forma que se sujetaba y apretaba incluso más firme alrededor de mí.

—Está bien —le dije, en lugar de preguntarle si se sentía bien. ¿Por qué no pregunté? No tenía idea. Luego le besé el cabello y acaricié el lado de su mejilla mientras la sostenía por el culo con un brazo y me retiraba solo lo suficiente para volver a entrar—. Puedes tomarlo, bebé.

De hecho, no me sentía seguro de que ella pudiera hacerlo. Esto era... esto era... intenso. Pero me convencí de creerlo, porque, maldición, detenerlo no era una opción.

Cuando bombeé de nuevo, hizo otro sonido, el cual no podía saber con seguridad si era dolor o placer. Trataba de ir tan lento como fuera posible, aunque tuve que seguir moviéndome debido a que no podía no moverme.

—Noel —susurró, agarrándome la cabeza y volviendo su rostro hacia mi cuello. Su aliento en mi garganta me hizo hincharme en su interior.

—¿Qué ocurre, bebé? ¿Duele?

—No. Dios, no —gimió y se estremeció—. Se siente muy bien. Solo... necesito... necesito... —La forma en que se aseguró a mi alrededor, a la vez que se contoneaba, como si demandara más con su cuerpo, me hizo gruñir y moverme un poco más rápido—. Sí —dijo en un suspiro; su suspiro fue un jadeo de agradecimiento—. Más rápido. Más duro. —Y luego me mordió. Maldición, me mordió, justo en la yugular.

Desde ese momento en adelante, fui un hombre desahuciado.

La follé contra la pared, salvaje y primitivo, sin ternura o compasión. Cada embestida que propinaba era plagada con una salvaje sed por más. Nos atacamos el uno al otro, tocando y besando, mordiendo y lamiendo. Acuné su seno en mi mano, y hundí los dientes en esa redondez, a través de su blusa porque no podía tomarme el tiempo para sacarle la ropa. Lo necesitaba todo, de inmediato.

A pesar de mi urgencia, Aspen atrapó mi cadera entre sus muslos y sus piernas se envolvieron a mi alrededor hasta que los extremos puntiagudos de sus tacones me apuñalaban en el culo cada vez que salía.

Cuando se vino por segunda vez, me encontraba allí, inundándola con todo lo que tenía. Se sentía tan bien que me enterré tan profundo como pude. Tan pronto como terminé, casi perdí la conciencia. Hundiéndome contra ella, enterré la nariz en su cabello y dejé que la pared fuera nuestro apoyo mientras me tomaba un momento para recuperar un poco de mi fuerza.

No me esperaba que fuera tan intenso.

—Jesús —susurré, tomándome unos segundos más para recuperar mi aliento. Sin energías, me acurruqué contra ella, inseguro de si trataba de darle consuelo o tomarlo yo. Solo sabía que me encantó compartir este momento con ella, me encantó acunarme en su calidez e inhalar su aroma.

Era tranquila y dócil, y tan suave en mis brazos, que creo que podría sostenerla así el resto de mi vida. Susurré su nombre porque necesitaba oírlo en voz alta. Entonces acuné su cara con una mano que no era del todo firme.

Quería decirle... tanto. Pero no existían palabras para expresar lo que acababa de hacerme, lo que acabábamos de hacer juntos. Ni siquiera podía compararse con lo que siempre imaginé.

Inclinando su cabeza hacia mí, Aspen besó mi palma, entonces apreté mi boca en su garganta. Cuando pasó los dedos por mi pelo en mi nuca, levanté mi cara.

—¿Estás bien?

Ahora pregunto.

Si mi mente no hubiese ido al infierno y de regreso, podría haberme golpeado en la cabeza y disculpado por mi estupidez, pero Aspen solo se rió. El sonido salió disparado a través de mí y mi polla agotada pulsó con una última réplica en su interior.

Sus ojos vidriosos se abrieron, pero luego frotó su nariz con la mía e hizo un sonido satisfecho desde el fondo de su garganta. —Estoy tan bien que creo podría vivir así para el resto de mi vida. —Su voz era ronca y excitada. Provocó otra réplica de mi parte.

Sonreímos tontos y felices, y nos besamos lenta y perezosamente, como si tuviéramos todo el tiempo del mundo. Algo se aflojó en mi pecho. Todas las presiones, preocupaciones y desesperaciones en mi vida desaparecieron. Por primera vez en mucho tiempo, no me importaba nada más que este momento. Aspen se lo llevó todo.

Queriendo darle las gracias por eso, deslicé mi lengua entre sus labios y le acaricié el techo de la boca. Ella era todo. Todo lo que necesitaba. Y la forma en que se aferró a mí y me acarició, me hizo sentir querido y necesario. Éramos perfectos el uno para el otro.

Suspiró mi nombre, y lo sabía. Haría lo que fuera humanamente posible por esta mujer.

No noté de inmediato cuando algo húmedo y caliente se deslizó por la parte interna de mi pierna. Me hallaba demasiado ocupado flotando en nuestra felicidad compartida, asombrado de que ella pareciera tan atontada como yo por nuestras acciones. Parpadeé un par de veces antes de darme cuenta...

No habíamos usado condón.

Y... volvió la maldita realidad, pegándome con un puñetazo de “que mierda acabas de hacer” en la cara.

—Mierda. —Tiro de mis caderas hacia atrás, saliendo de su interior.

Jadeó por la separación repentina. Sus ojos seguían nublados de pasión, vidriosos y suaves, con una expresión llena de alegría y relajación. Entonces me miró. Frunció el ceño con confusión y acunó mi mejilla con una mano suave. —¿Qué pasa?

Jesús. ¿Por dónde empezar?

## ASPEN

Noel se estremeció cuando lo toqué. Eso mató una parte de mí. Después de lo que acabábamos de hacer, de compartir. Nunca había sentido algo así, con nadie, como si ya no fuéramos dos personas separadas, sino un conjunto.

Desgarrada por su pequeño rechazo, comencé a retirar mi mano. Pero agarró mis dedos y los apretó con fuerza. Sus ojos se pusieron frenéticos, lanzándose por mi cara como si estuviera asustado... por mí. —¿Estás bien? —preguntó, y su respiración ya no era constante sino que salía en ráfagas cortas.

Asentí, confundida. Acababa de preguntarme eso. —Por... por supuesto. ¿Por qué? ¿Qué pasa?

Había estado flotando, completamente eufórica. Nada podría superar las sensaciones vivas y abundantes dentro de mí. Noel tenía razón; juntos éramos una fuerza de la naturaleza. Porque eso había sido... había sido mejor que cada palabra increíble en todo el diccionario. Ni siquiera podía describir...

Pero todavía se veía aterrado. No tenía ningún sentido. ¿Cómo iba a tener miedo? No tenía nada que temer. La vida era maravillosa.

Parpadeó, aliviando el miedo en sus ojos y luego soltó un suspiro, como si controlara a la fuerza sus emociones. Cuando se inclinó y me abrazó con ternura, mis músculos se relajaron. —Te lo juro, Aspen, no mentía cuando dije que nunca lo olvido. Digo, nunca lo olvidé. Pero esto fue... guau. Mierda. No era como nada que he hecho antes. Y debes admitir que fue totalmente espontáneo. Y no estábamos pensando racionalmente, y... si yo hubiera tenido el estado de ánimo adecuado para recordar, entonces... Jesús, tal vez no hubiéramos hecho nada.

Me aparté y lo miré, con el ceño fruncido. ¿Pero qué diablos decía? Se encogió como disculpándose. —Estoy limpio. No tienes que preocuparte. Se aseguran de eso, con frecuencia, mientras estás en el equipo de fútbol.

Asentí. —Está bien —dije.

Todavía no lo entendía hasta que añadió—: Tú, por casualidad, ¿tomas la píldora?

¿La píldora?

Por fin comprendí lo que quería decir, y cada músculo de mi cuerpo se tensó. Por un momento, me sentí como una completa idiota. No tenía mucha experiencia en esto, pero aun así... había visto suficientes películas, y... debí haberme dado cuenta de lo que hablaba. Tenía un doctorado, por amor de Dios.

¿Cuál es el problema con las chicas inteligentes que se volvían estúpidas cada vez que un chico sexy les sonreía?

Sorprendida de que acabara de ponerme yo misma en esta situación, y que esto estuviera sucediéndome... empecé a alejarme, necesitando espacio para hacer frente a... todo. Pero Noel apretó sus brazos alrededor de mí.

Ya no firme y reconfortante, su voz tembló un poco mientras susurraba—: ¿Aspen?

Me acarició el pelo con esas manos dignas de suspiros justo cuando algo golpeó contra la puerta del armario de suministros.

Grité, y las personas al otro lado se rieron entre sí; sus voces apagadas llenaron nuestro pequeño espacio y me trajo de vuelta al presente con una venganza maliciosa, antes de que se pusieran en marcha de nuevo, obviamente sin darse cuenta de que nos encontrábamos dentro.

—Oh, Dios mío —susurré, absolutamente horrorizada. Abrí la boca. Traté de negar lo que sucedió, pero no pude. Mi falda continuaba subida hasta mi ombligo y algo húmedo se deslizaba por el interior de mis muslos.

—No te asustes —ordenó con una voz suave de advertencia. Alargó la mano hacia mi brazo.

Chillé y lo empujé, entonces me quedé mirándolo con absoluto horror. Pero... ¿que no me asuste? ¿Estaba loco?

—Acabamos de...

Dejó escapar un largo suspiro y asintió. —Sí. Lo sé.

—En la escuela —susurré, perdiendo por completo la calma—. *Oh Dios, oh Dios, oh Dios.* —Agitando mis manos, caminé en círculos porque no tenía otro lugar al que ir en este armario estrecho, y desde luego no podía salir y correr el riesgo de que alguien viera mi aspecto de “acabo de tener el mejor sexo de mi vida”. Al notar el desorden de mi ropa, intenté acomodarla, bajando mi falda sobre mis piernas y moviéndola hasta que la cremallera se hallaba a donde pertenecía. Mi blusa era un desastre y no había forma de quitarle las arrugas, pero traté desesperadamente de alisarla con mis manos—. No puedo creer que acabe de tener relaciones sexuales con un estudiante. Voy a ser despedida antes de volver a mi oficina. Oh, mierda. Maldita sea. Mis padres se van a enterar, y también todos los demás. —Con los ojos abiertos, lo miré—. Oh, diablos. Eres Noel Gamble. Esto, sin duda va a ser noticia. Va a ser incluso más grande que lo del entrenador con la jugadora de vóley. Oh... Dios mío. Voy a ser un escándalo. ¿Cómo es posible? Nunca he recibido una multa de aparcamiento. Conduzco al límite de velocidad y uso mi luz intermitente para cambiar de carril. Y una vez, la compañía telefónica me reembolsó demasiado dinero en mi cuenta de teléfono celular, pero descubrí el error y lo devolví. Lo devolví. Siempre hago lo correcto. Nunca... Oh, Dios mío. Es lo peor que he hecho. Ni siquiera puedo...

—Respira —ordenó Noel, capturando mis hombros y presionándome la espalda contra la pared—. Cálmate, está bien.

Respiré hondo, dándome cuenta de que no lo había hecho desde que comencé con mi ataque de pánico. Miré a los ojos de Noel, en busca de consuelo. Él aparentaba la calma suficiente para los dos, así que me reconforté con eso... por como un microsegundo. Pero al instante toda la realidad volvió a golpearme.

—Tu entrenador —jadeé—. Oh, Dios mío, Noel. Tu entrenador dijo que echaría a cualquier jugador del equipo que fuera visto...

—Entonces no van a descubrirnos —dijo por encima de mis palabras; la determinación iluminaba su mirada al tiempo que él apretaba los dientes.

—Pero...

Me besó. Brusco y rápido, pero me calló eficazmente. Agarrando mi cara entre sus manos, me obligó a mirarlo. —Lo que hicimos fue increíble —dijo dispuesto a hacerme creerlo tan ferozmente como él con solo su mirada—. Fue solo entre tú y yo, y no es el maldito asunto de nadie más. Sé que no me vas a mostrar ningún favoritismo en la clase, y te aseguro que no voy a pedirte nada. Voy a esforzarme mucho para ganar cualquier calificación que tenga. Podemos mantener las dos cosas separadas; eso es todo lo que importa. Y somos adultos con consentimiento mutuo, que...

—Que acaban de tener sexo en el armario como un par de adolescentes irresponsables y sin ningún tipo de protección. Oh, Dios mío. Se supone que debo ser una especie de modelo a seguir para todas las chicas jóvenes en la universidad. ¿Qué tipo de mensaje enviaría esto? Maldita sea, Noel, sabes que está mal. Nunca puede volver a suceder, y no es que importe. Van a atraparnos tan pronto como abramos la puerta, y todo estará acabado.

Sacudió la cabeza con insistencia. En ese momento, no podía asegurar si alguna vez conocí a una persona más terca. —Mira, está bien, lo del condón sí fue un error. Voy a admitir que lo fue. Ninguno de los dos pensaba. Las cosas sucedieron. Pero ocurrió, y no podemos deshacerlo. Así que... vamos a tratar con las consecuencias, si las hay. Y no van a atraparnos aquí. Vamos a esperar hasta que todos se dirijan a clases. Podemos salir después...

—Pero tengo otra clase. —Oh Dios. Simplemente decir eso en voz alta hizo que esto sea mucho más real. Y horrible.

Acababa de tener sexo duro y sucio, en la universidad, con uno de mis alumnos, y tenía que dar clases en... mierda, veinte minutos.

Mis manos comenzaron a temblar. Ahora era una de esas mujeres. No parecía real.

Noel reprimió un sonido de dolor y su expresión se derrumbó al tiempo que me agarraba la cara. —Jesús, no llores. —Cuando limpió la humedad de mi mejilla, me di cuenta de que ya lo hacía.

Un sollozo subió hasta mi garganta, y me estremecí de miedo.



—No. —Me atrajo hacia él, por lo que mi frente chocó con fuerza contra su clavícula—. Lo siento. —Sus dedos se hundieron en mi cabello y frotó mi cuero cabelludo—. Me volví loco y antes de darme cuenta, ya estaba dentro de ti. Lo siento mucho, Aspen. Voy a hacer esto bien. Te lo juro.

Dejé que sus palabras me calmen. Incluso apoyé la mejilla en su pecho hasta que él se mostró satisfecho de que estuviera bien. Luego le permití abrir un poquito la puerta para que pudiera mirar el pasillo. Tomó mi mano y me sacó del armario de suministros que ahora olía a nosotros. Pero tan pronto como nos encontrábamos afuera, aparté mis dedos de los suyos.

Me miró como si quisiera discutir al respecto. Sabía que él quería que fuéramos juntos a otro lugar. Pero esto tenía que parar aquí. Y debió haber visto algo en mi cara que le hizo saber que no me iba a ninguna parte con él, porque apretó los dientes, pero asintió en silencio.

Así, se dirigió hacia un pasillo, y yo, hacia otro, diciéndome a mí misma que esto nunca podría volver a ocurrir. No importaba lo increíble que había sido, no importaba lo mucho que me gustara estar con él, no importaba lo bien que me sentía solo con mirarlo, esto nunca podría... volver... a suceder.



Traducido por Jasiel Odair & Verito

Corregido por Aimez Volkov

"Quiero saber todo sobre ti, así que te diré todo sobre de mí misma."

Amy Hempel.

## NOEL

Le di veinticuatro horas. Conocía a Aspen. Necesitaba tiempo y espacio para pensar en lo sucedido. Me mató dárselo, pero lo permití. Solo por un día. Sabía que no era posible ser capaz de entrar en su clase el jueves y verla enseñar sin desmoronarme, así que el miércoles por la tarde, muy agradecido por no tener que trabajar esa noche ya que había reorganizado los horarios, fui hasta su casa tan pronto como pensé que ella estaría allí.

Respondió a su puerta y me miró con sus grandes y adorables ojos de búho. Cuando abrió la boca, di un paso hacia adelante. Tuvo que retroceder y abrir más la puerta para así dejarme entrar, y lo hizo, sin algún tipo de pelea. La sorpresa pudo haberle impedido tratar de bloquearme el camino.

Me parecía bien, porque me hallaba dentro.

Cerrando la puerta tras de mí, sostuve su mirada sorprendida. —¿Aún no has terminado de volverte loca?

Movió su cabeza hacia atrás y hacia adelante. —No.

—Bueno, ya no voy a esperar más. —Tomando su rostro entre mis manos, añadí—: Lo que estamos haciendo está mal. Que sea algo de una sola vez está *mal*. Tratar de convencernos de que fue algo de que avergonzarse, sucio y sórdido está mal. Fue el mejor sexo de mi vida, Aspen. Me sentí conectado contigo, como... no lo sé. No se trataba solo de sexo con una chica cualquiera; sino que compartí algo profundo y significativo... *contigo*. No me importa cuántas políticas escolares nos digan que no. Yo digo que sí.

Inhaló y sacudió la cabeza. —¿Por qué haces que me resulte tan difícil resistirme a ti?

Maldición, estaba ganando. Mis labios se curvaron en un lado. —Porque quieres decir que sí tanto como yo quiero que lo hagas.

Un gemido, diciéndome que su voluntad se desmoronaba, salió de sus pulmones. —Esto va a terminar mal. —Se inclinó hacia delante y posó su frente contra mi pecho.

—Quizás. —Puse mis brazos a su alrededor y le besé el cabello—. Puede que no. —Entonces le di un beso en la mejilla—. Espero que no.

Mirándome, me mostró toda la fe que tenía en mí. —Yo también.

Por fin, la besé en la boca. Sus labios temblaron bajo los míos, así que aflojé la presión hasta que fue ella la que se lanzó a por más.

Sus dedos se fijaron en mi pelo. La llevé hacia atrás hasta su sofá y la recosté allí. Había tantas cosas que quería hacer, tocar, ver. El armario no había sido más que una broma gigante. No fui capaz de desnudarla por completo ni saborear sus pezones ni besar la parte interior de su muslo. Planeaba rectificar todo eso en estos momentos.

Pero tan pronto como estuvimos en posición horizontal y le sacaba lentamente su camisa sobre la cabeza, un timbre sonó en algún lugar de la parte trasera de su casa.

Alcé la cabeza con confusión y miré a mi alrededor. —¿Qué demonios?

Debajo de mí, Aspen se rió y se arregló el pelo con los dedos, como para suavizarlos. —El temporizador del horno. —Se movió para hacerme saber que tenía que levantarme.

Me senté, parpadeando con la idea de un temporizador de horno. En mi apartamento, nunca se preparó nada en el horno, y desde luego, tampoco en casa. Tuve comidas caseras un par de veces cuando la vecina a tres casas se había apiadado de nosotros y nos invitó. Pero pensar en Aspen preparando una comida casera era... irreal.

—Comida —dije en voz baja cuando mi estómago rugió alegremente con la idea. Diablos. ¿También cocinaba? Era demasiado bueno para ser verdad—. ¿Qué vamos a comer?

—¿Vamos? —Aspen arqueó su ceja estricta de profesora mientras se levantaba y alisaba la camisa—. No recuerdo invitarte a cenar.

—Oh, vamos. —Salté detrás de ella y la seguí hasta la cocina como un cachorro mendigando—. Soy un pobre niño universitario. ¿De verdad vas a rechazar esta cara? —Señalé mi labio fruncido y pestañee un par de veces.

Cuando levantó la mirada y lo vio, se echó a reír. —Oh, Dios mío. Eres patético. De acuerdo. Puedes quedarte a cenar. Tengo un montón.

Después de apagar el temporizador, agarró un par de manoplas para el horno, pero se las arrebaté. —Estás herida. Yo lo haré.

Frunció el ceño. —¿Herida? ¿De qué hablas?

—Tu brazo —le recordé al abrir el horno—. La caja de libros cayéndose. Hombro lastimado. Quince puntos de sutura. ¿Te suena?

Llevó la mano hasta su hombro. —Ya ni siquiera los noto. Han dejado de tirar cuando me muevo.

—Eso es bueno. Pero espera hasta que empiece la picazón. Después de que unos *amigos* de mi madre me dejaran en el hospital una vez, yo... oh, mierda, *lasaña*. ¿Hiciste lasaña?

Ella parpadeó. —Yo... —Sacudiendo la cabeza, miró la lasaña antes de volverse hacia mí—. Sí, hice lasaña. ¿Qué decías de haber estado en un *hospital*? ¿Qué edad tenías?

Me gustaba la expresión feroz en su rostro, como si quisiera ir a defender a mi yo del pasado. Sacudí una mano. —Oh, diez o algo parecido. Lo importante es, que terminé con puntos de sutura, y era muy molesto cuando estaban listos para salir, porque me picaba mucho. Pero, en serio, ¿cómo sabías que la lasaña era mi comida favorita?

—Simplemente se me antojó lasaña esta noche.

—Bueno, hiciste lo suficiente para un ejército. —La saqué y la puse en el plato que ella ya había puesto en la encimera—. Creo que tu subconsciente sabía que iba a venir y tu telepatía te dijo que me hicieras esto.

Cruzando los brazos sobre el pecho, apoyó la cadera contra el mostrador y me miró. —Y yo creo que estás siendo ridículo. —Negó con la cabeza, pero sus ojos brillaban—. Cuando te vi por primera vez, no imaginé que fueras tan... jugueteón.

La atrapé por la cintura y la atraje hacia mí. Apoyando su trasero contra el mostrador, para poder presionarme contra ella, incliné mi cara y pasé mi nariz por su cuello. —Yo no tenía ni idea acerca de un montón de cosas sobre ti, así que diría que estamos a mano en ese aspecto. No eres para nada como creí. Eres mejor. Mucho... mucho mejor.

Cuando agarré el dobladillo de su camisa y tiré hacia arriba por encima de su cabeza, gritó con sorpresa. —¡Noel!

Sonreí. —¿Qué? Creo que debemos comer en topless. —Intentó cubrirse su sujetador blanco normal, pero atrapé sus muñecas—. No lo hagas. —Mi voz era suave. Suplicante—. Quiero verte.

La oí tragar. Su cuerpo temblaba contra el mío. Luego alzó sus brillantes ojos verdes y confesó—: Entonces yo también quiero verte.

Respiré más fácil. —Hecho. —Me quité la camisa medio segundo más tarde.

Con los ojos abiertos, Aspen me recorrió con una mirada de completo asombro. —Increíble.

—Siéntete libre de tocar —le dije—, porque yo planeo hacerlo.

Deslicé los dedos sobre los puntos de sutura negros y feos en su hombro. Se estremeció y cerró los ojos, así que seguí adelante, moviendo mi mano hasta que agarré el tirante de su sostén. Lo aparté y besé la parte de piel que había estado escondiendo. Creé un camino de besos hasta su pecho que ya no tenía sujetador, y tomé su pezón en la boca. Allí, chupé, haciéndola gemir hasta que por fin me tocó. Enroscó su mano alrededor de mi nuca, y se aferró a mí al tiempo que yo tiraba suavemente de su pecho.

Mientras mi lengua se movía sobre el pico duro, ella pasaba sus manos por mi espalda. Cuando llegó a la cintura de mis vaqueros, se movió hacia el frente, acariciando tentativamente mis abdominales y luego abrió el primer botón de mis vaqueros. Ahí es cuando no pude soportarlo más.

—Sabes, deberíamos esperar a que la lasaña se enfríe antes de comerla.

—Cierto —concordó y me besó mis pectorales, justo sobre mi corazón, al tiempo que gimió y deslizó hacia abajo la cremallera.

Agarrando sus caderas, la levanté. —Tengo la idea perfecta de lo que podríamos hacer mientras esperamos.

Sus dientes mordieron el lóbulo de mi oreja antes de susurrar—: Llévame a la cama.



## ASPEN

Noel me acostó casi con reverencia en mi colchón. Luego dio un paso atrás y abrió los botones de sus vaqueros. Me senté, totalmente cautivada. Se hallaba perfectamente formado, con el cuerpo de una pieza escultural de arte. Mientras se deslizaba los pantalones sobre sus caderas y por sus piernas, juro que mi boca se hizo agua. Tragué saliva y dejé que mi mirada bajara por cada bendito centímetro suyo, y luego volví a sus bóxers abultados.

—Me gusta cómo me miras. —Hizo un espectáculo incluso de enganchar los pulgares en la cintura de sus bóxers.

—Me gusta mirarte. —Conteniendo la aliento, esperé y luego... guau. Se bajó el bóxers hasta que estuvo gloriosamente desnudo.

—¿Te gusta? —Dejando sus manos a los costados, se volteó lentamente para darme una visión de trescientos sesenta grados. Su firme y estrecho culo era tan impresionante como lo que se balanceaba en el frente.

Apenas podía apartar la mirada. Pero me las arreglé para mirarlo a los ojos. —Servirás.

Se rió y metió en la cama, haciendo una pausa al golpearse la rodilla con el libro de bolsillo que había estado leyendo anoche antes de irme a la cama. Con el ceño fruncido, lo cogió y lo tiró por encima del hombro.

Jadeé con indignación. —¡Oye! Mi libro.

—Me disculparé con él más tarde, lo juro. —Entonces se lanzó sobre mí y se quedó mirándome a los ojos.

Fruncí el ceño a medias. —Ya van dos libros de bolsillo que han sido perjudicados por tu culpa. Espero, te des cuenta que no es una buena manera de empezar una relación con una adicta a los libros.

Se limitó a arquear una ceja. —¿Dos libros?

—Sí. Este, y ese que empapé en la bañera cuando me... —Recordando que no sabía absolutamente nada sobre el incidente de baño, me tapé la boca y me sonrojé en un escarlata profundo.

—¿Bañera? —Se percató de mi consternación demasiado fácil y me dio una sonrisa maliciosa—. ¿Estabas, tal vez... *desnuda* en esta bañera?

Tragué saliva incapaz de apartar los ojos de los suyos. —Por lo general lo estoy cuando me doy un baño.

—Mmm. —Puso su labio inferior entre los dientes—. Me está costando imaginarte de esa manera. ¿Puedes ilustrármelo mejor?

Sin preguntar, abrió el cierre de mi falda. Luego la deslizó por mis piernas. —Maldita sea —murmuró una vez que estuve totalmente desnuda—. Eres tan hermosa...

Me sonrojé bajo su mirada y mis pezones se tensaron. Se centró en ellos con avidez. —Así que, sobre este baño donde arruinaste un buen libro. —Con voz rasposa, pasó su mirada sobre mí una vez más y sus dedos se posaron suavemente sobre un pezón—. ¿Hacías tal vez... esto... cuando sucedió? —Me agarró entre las piernas y frotó los dedos sobre mi clítoris.

Me arqueé y gemí, agarrando un puñado de sábanas mientras mi cuerpo se impulsaba hacia su toque. —Tal vez —jadeé.

—¿Y pensabas en mí mientras lo hacías?

Cuando se inclinó para reemplazar sus dedos por su boca, deslizando su lengua sin piedad sobre mi piel dolorida, grité y agarré su pelo. Pero, ¡oh, Dios mío! —Por supuesto —le confesé en voz alta.

—Jesús, Aspen. —Su voz era inestable y frenética—, me deshaces por completo.

Sus manos ampliaron más mis muslos a medida que su lengua lamía más profundo. Clavé los talones en el colchón, sintiendo su tacto desde los dedos de los pies hasta la raíz del pelo. Luego empujó un dedo dentro de mí, y grité. La ola de placer era abrumadora. Traté de luchar contra ella y abrazarla al mismo tiempo; no podía dejar de retorcerme cuando Noel me llevó a un nuevo nivel de delirio.

Hundiéndome en el colchón cuando los músculos de mi cuerpo entraron en coma post-coital, me quedé mirando a Noel asombrada y aturdida al tiempo que saltó de la cama, levantó el pantalón y buscó en los bolsillos hasta que sacó una tira plegada de condones.

—Mira, lo recordé esta vez. —Se veía tan adorable cuando me envió una sonrisa de orgullo que me hizo sonreírle. De hecho, tuve la sensación de que resplandecía de pies a cabeza.

Arrancó un paquete de la tira y me miró, sonriendo mientras negaba con la cabeza. —Te ves como si acabaras de ser follada.

En ese momento, no pude haberme sentido insultada ni aunque quisiera. Seguía sonriendo. —¿No fue así?

—Todavía no. —Un nuevo brillo determinado iluminó sus ojos mientras se arrastraba sobre la cama. Al llegar a mí, se inclinó para besar mis labios. Su lengua unió con la mía mientras se colocaba el condón. Y entonces su cálida palma agarró mi rodilla, presionando para abrirla un poco más.

Cuando se impulsó dentro, tiré la cabeza hacia atrás y respiré a través de mis dientes. Siempre estaba tan... allí. Enorme y abundante, como si quisiera llenar todo el espacio disponible y luego exigir más.

Agarrando mis muslos, envolvió las piernas alrededor de su cintura y me rodeó con sus brazos. Uniéndonos hasta que no supe dónde terminaba él y comenzaba yo, hicimos el amor.



La habitación permaneció tranquila. Sintíendome demasiado soñolienta como para moverme, descansé de costado sobre el pecho de Noel, totalmente desnuda mientras él pasaba la mano por mi cálida y sensible espina dorsal.

—Eso se siente... —gemí—. Es tan bueno.

—¿Ah, sí? —Se incorporó lo suficiente para inclinarse y besarme el hueso de la cadera—. También se siente bien para mí. Eres tan suave.

Cerré los ojos y sonreí, incapaz de controlar el aturdimiento rugiendo a través de mí. Pero nunca había tenido una experiencia post-sexo como esta. Los dos hombres que no me forzaron, se habían ido con excusas tan pronto como terminaron. En realidad, ya que el primero no se había molestado en terminar, creo que solo se había retirado tan pronto como hubo terminado su asunto, y luego siguió su camino.

Pero esto... esto era lindo. Me gustaban las caricias después del sexo.

Noel me movió sobre mi espalda para que pudiera besar mi ombligo, pero un bulto debajo de mi columna me hizo menearme hasta que lo alcancé y saqué el conejito azul que él había ganado en la feria.

Arqueando una ceja, lo recogió y me sonrió satisfecho. —Sabía que conservabas esta cosa. —Luego utilizó la tela suave de la oreja del conejo para acariciarme el ombligo y entre mis pechos.

Suspiré y me estiré lánguidamente bajo él.

Tarareó. —De repente me alegra mucho, mucho que te pongas esa ropa desaliñada en la escuela. Creo que me volvería loco si otro chico en la escuela tuviese idea de lo que tienes debajo de ellas.

Le eché un vistazo, levantando las cejas. —¿Qué, no te gustan mis trajes de poder?

Soltó una risa. —¿Trajes de poder? ¿Es así como los llamas?

Me encogí de hombros. ¿Cómo más debía llamarlos? Los usaba para ganar la posición que quería en ese campus.

—Sé que no es lo que usas generalmente —continuó Noel—. En el bar, usaste esa sexy cosa negra y sin espalda, y para el carnaval, esos adorables



pantaloncitos vaqueros. Tengo la sensación de que usas tus *trajes de poder* solo en la universidad.

Sonreí con orgullo y le besé en la mejilla. —Y llevarías razón.

—Caray, sé que tengo razón. Pero, ¿por qué? ¿Por qué lo haces? Sabes... lo poco favorecedores que se ven, ¿verdad?

Con un revoleo de ojos, me reí. —Sí. Ese es el punto. Prefiero ser pasada por alto y juzgada con bajas expectativas que llegar en mi primer semestre con un montón de ropas llamativas para intimidar a la gente y hacerles pensar que quiero pasar por encima de ellos. Además, quiero que sepan que me importa mi trabajo, no la moda.

—Tienes un razonamiento curioso, profesora, pero aun así me alegra que no dejes que todo el mundo vea estas curvas. —Arrojó el conejo por encima del hombro para poder acariciar un nódulo en mi cadera. Deteniéndose, frunció el ceño—. ¿Qué es esto?

Hielo se formó en mis venas. Cuando se inclinó para examinar la vieja cicatriz de cuchillo y luego besarla, me aparté. —No. —El pánico en mi voz lo hizo levantar la vista y estudiarme, leyendo cada incomoda expresión cargada de recuerdos en mi cara.

—Aspen —dijo en voz baja, sus ojos astutos veían más de lo que quería que viera—. ¿Era un detonante?

—¿Un det...? —Parpadeé. ¿Por qué utilizó esa palabra? Mi terapeuta siempre había usado esa palabra. Sacudiendo la cabeza, traté de reírme de la preocupación en su mirada—. No sé lo que quieres decir.

—Digo... —Tomó una respiración profunda y luego exhaló. Colocando los dedos sobre la cicatriz, preguntó—: ¿Recibiste esto de la violación?

Perdí el conocimiento. En serio, por una fracción de segundo, no vi nada, salvo una oscuridad absoluta. Pero seguí completa y horriblemente consciente.

—¿Aspen? —Dedos cálidos tomaron mis hombros. Parpadeando, vi una imagen borrosa del rostro de Noel llenar poco a poco mi vista—. ¿Recuerdas decirme eso? —preguntó.

—No —le susurré, horrorizada—. No lo hice... —Oh, Dios, no le dije, ¿no? ¿Por qué iba a decirle acerca de eso? Abriendo la boca para hablar, negué con la cabeza, totalmente horrorizada—. ¿Por... por qué iba a decirte sobre eso?

—Estabas borracha. Hablamos mucho esa noche.

—Pero... —Apreté la mano sobre mi pecho. No era algo que quería que supiera... No quería que *nadie* lo supiera—. ¿Qué es exactamente lo que dije?

—No mucho. Que tenías catorce años. Él era un jugador de fútbol. Tus padres se negaron a hacer nada al respecto.

Aparté el pelo de mi cara, sorprendida de lo fríos que se sentían mis dedos. —Pero...

—Me alegro de saberlo. —Tomó mi mano y besó mis nudillos—. Me alegro de entender por qué eras tan prejuiciosa conmigo al principio. Y siento alivio al ver lo fuerte que eres. Has sobrevivido a esto y lo superaste. Yo no... Mierda. No sé cuánto piensas en ello cuando estamos juntos, pero el hecho de que todavía puedes encontrar placer conmigo es... —Negó con la cabeza. Con los ojos brillantes de emoción, sonrió—. Me impresionas muchísimo, eso es todo.

Me acurruqué contra él y metí mi cara en el hueco entre su cuello y el hombro. —No pienso en ello, en él, no cuando estamos juntos, excepto tal vez para maravillarme por lo bueno que en realidad puede ser comparado con... — Me estremecí al recordar lo feo que podía ponerse.

—Me alegro. —Noel me besó en la mejilla—. Pero si alguna vez toco un detonante, o hago *cualquier* cosa que te recuerde... me dirás, ¿verdad?

Asentí, y por extraño que parezca no era mentira. No tenía idea como nos movimos tan rápido de profesora y estudiante que se despreciaban el uno al otro a confidentes personales. Pero estaría agradecida por siempre. No solo gané un amante, también parecía como si hice un amigo. Así qué, confié en mi amigo.

—Era mi último año. —Reposando mi mejilla sobre su corazón, pasé mis dedos cruzados sobre su pecho—. Me faltaban un par de meses para cumplir los quince. Zach también era de último año.

—Zach. —Noel gruñó la palabra como si quisiera guardar en su memoria el nombre de su próxima víctima.

Sonreí suavemente y asentí, amando el protector tono de su voz. —Tenía dieciocho, como todos los chicos de último año, y era “el” chico. Entonces, yo no era muy buena ocultando mis emociones. Todos sabían que tenía un flechazo con él. La primera vez que me sonrió y dijo *hola*, creo que literalmente suspiré en voz alta. Cuando me pidió una cita, me hallé... en la luna.

Los brazos de Noel se apretaron a mi alrededor, pero no me interrumpió mientras pasaba sus dedos por mi cabello.

—No tenía idea de que había una apuesta dando vueltas sobre quien tomaría la virginidad de la niña rara.

Maldiciendo fluidamente, Noel puso su cara junto a la mía y presionó nuestras mejillas. Siseó una respiración como si necesitara dejar salir algo de la ira que hacía presión dentro de él.

—Fue un completo caballero la mayor parte de la noche. Vimos una película; él pagó y me compró palomitas de maíz y una bebida. Estaba bastante enamorada cuando aparecieron los créditos finales. Creí que él me prestó más atención durante aquella película de acción que mis padres en toda mi vida. Me

dejó escoger la película y puso las palomitas en mi regazo para que tuviera acceso a ella. Incluso rellenó mi soda a la mitad de la película. Luego de eso, habría huido de casa y unido a una banda de gitanos solo para estar con él. Lo que sea que quisiera. Entonces cuando me preguntó si me gustaría ir al lugar conocido de besuqueo antes de llevarme a casa, estuve de acuerdo. Pero no había tenido mi primer beso hasta entonces. Como que pensé que estaría de acuerdo en ir de a poco, un paso a la vez, tú sabes.

Noel asintió y besó mi cabeza. —Por supuesto —concordó conmigo, su voz suave y tranquila—. Así es como se hace usualmente.

—Los besos estuvieron bien —continué, preguntándome por qué no se sentía extraño hablar sobre besar a otro chico mientras estaba en los brazos de mi actual amante. Pero confesarle todo a Noel era... natural—. No estoy segura de si el beso francés me saldría bien de buenas a primeras, pero quería hacerlo feliz, así que lo intenté. Fue cuando subió mi camisa y comencé a sentirme incomoda. Yo solo...

—Aún no estabas lista —terminó por mí.

—Exacto. No estaba lista. Pero cuando traté de detenerlo... —Negué con la cabeza y apreté los ojos.

Enterrando su nariz en mi pelo, Noel murmuró—: No tienes que decir el resto.

Pero quería que supiera. —Él cambió completamente —seguí adelante—. Si hubiese continuado siendo amable, si hubiese tratado de hablarme bonito un poco más, tal vez lo hubiese hecho de buena gana. Pero al primer signo de mi resistencia, se volvió brutal. Agarró mi cara con una mano, me llamó rarita frígida, y sacó un cuchillo de su bolsillo.

—Mierda. —Los brazos se envolvieron a mi alrededor incluso más fuerte.

—Creo que amenazarme con una cuchilla lo encendía más porque fui rígida y obediente después de eso, pero continuó deslizándola sobre mi piel mientras cortaba la ropa. La tenía contra mi cuerpo cuando por primera vez, tú sabes, se forzó dentro de mí. Ahí fue cuando salté y me cortó...

—De acuerdo, no más. *Jesús*. —Respiró pesadamente contra mi cabello mientras me sostenía fuerte contra él antes de decir con voz áspera—: Lo siento pero no puedo... supongo que no me di cuenta que escuchar por lo que pasaste sería tan... —Negó con la cabeza.

Tal vez soy retorcida, pero amé saber lo difícil que era para él escuchar esto. Porque significaba que se preocupaba. Noel Gamble se preocupaba por lo que me pasó. Ni siquiera mis padres se preocuparon así.

—Está bien. —Giré en sus brazos para estar acostados estómago contra estómago. Necesitando confortarlo, le toqué la mejilla. Cuando encontró mi mirada, sus ojos azules se llenaron con tormento.

—¿Cómo diablos sobreviviste a eso?

—Ha pasado mucho tiempo —dije—. Justo después, me escondí mucho dentro de mi caparazón, sin ni siquiera importarme que Zach se jactara frente a toda la escuela sobre ganar la apuesta. No me importaba casi nada. Pero el tiempo y la terapia ayudan más de lo que crees.

Noel asintió. —Todavía no entiendo, ¿por qué tus padres no hicieron nada al respecto?

Me encogí de hombros. —El padre de Zach era uno de los colegas de mi padre en la universidad donde enseñan.

—Idiotas —bufando, Noel agitó la cabeza—. Por favor dime que Zach terminó muriendo de forma lenta y dolorosa.

—No. Se convirtió en un abogado corporativo, y lo está haciendo muy bien; eso escuché.

—El maldito. Probablemente presume todos los días como hizo estallar la cereza de la niña rara.

Tuve que sonreír por el ácido en su tono. Me encantó lo enojado que se puso por lo que me pasó. —Probablemente. —Inclinándome, pasé mi nariz por la suya—. Ojalá hubiera crecido en tu ciudad. Y hubieses sido tú, el jugador estrella de fútbol del cual hubiese tenido un enamoramiento.

Sus labios capturaron la esquina de mi boca. —Yo también. Quiero decir, además del hecho de que hubiese estado en sexto grado cuando tú estabas en el último y no era ninguna estrella en ese entonces. Aún era pequeño y flaco, y me pateaban el trasero cada dos días.

—Aun así te preferiría sobre él, todos los días. —Acercándome, le di un breve besó en la nariz.

—Entonces supongo que es algo bueno que me tengas. Soy todo tuyo, Aspen Kavanagh. Y si el abogado corporativo Zach alguna vez se te acerca, lo mataré. Literalmente, voy a romperle el cuello.

Riendo, besé sus labios esta vez. Tenía en la punta de la lengua decirle “te amo”, en un suave susurro. Pero me di cuenta de lo que iba a dejar escapar. Tragándome las palabras, puse los brazos alrededor de su cuello y nos giré hasta que quedó encima de mí, clavándome a la cama. —Hazme el amor —demandé a cambio.

Su sonrisa era engreída y satisfecha. —Sí, señora —respondió mientras su boca bajaba a la mía.

Traducido por Val\_17

Corregido por Karool Shaw

“Tres pueden guardar un secreto, si dos de ellos están muertos”.

Benjamin Franklin.

## NOEL

Y así empecé un romance ilícito con mi profesora de literatura. Excepto que no se sentía ilícito. Para mí, no era sucio, ni malo, ni vergonzoso de ninguna forma. Era la relación más pura que jamás tuve con alguien.

Odiaba que tuviéramos que mantenerlo en secreto, pero debía admitirlo; también me encantó tenerla toda para mí. Me mostró partes de ella que nadie más lograba ver. Se abrió, habló conmigo, y a cambio, también le hablé.

Las noches juntos siempre eran breves y nunca duraban lo suficiente. Por lo general tenía que esperar hasta tarde, luego del trabajo, para poder ir a verla. Y me despertaba antes del amanecer para el entrenamiento. Odiaba dejar su cama mientras ella seguía cálida y durmiendo, toda acurrucada y hermosa bajo las sábanas. Solo quería acostarme con ella y quedarme allí todo el día.

Sin embargo lo que más detestaba era divisarla en el campus. Era más difícil de lo que pude haber imaginado pasar junto a la mujer con la que acababa de pasar la noche —y no podía esperar para volver a hacerlo— sin siquiera reconocerla. También odiaba escuchar a las personas atacarla porque calificaba tan estrictamente. No podía defenderla. No podía patear sus culos. Todos seguían asumiendo que yo no le gustaba.

Y despreciaba ser incapaz de decirles a las otras chicas que coqueteaban conmigo que ya no me encontraba disponible. Era extraño. Ni siquiera había considerado ser el tipo de chico de una sola mujer. Pero ahora que lo era, no extrañé lo otro. Estaba tan obsesionado con Aspen que ni siquiera quería a alguien más.

Por lo que cuando Tianna empezó a coquetear conmigo un día en el patio justo cuando Aspen pasaba en su anticuado traje de poder y maletín negro, mi cuerpo se encendió al instante. No pude evitar mirar por encima del hombro de

T para ver pasar a mi mujer. Pero cuando miró brevemente hacia atrás, pude ver que le molestó ver a la grupie junto a mí.

Pude rechazar a Tianna sin demasiado drama; intenté convencerla de que ella debía darle algo de atención a mi amigo Quinn, tal vez acabar con la virginidad del pobre chico. Pero solo para asegurarme de que Aspen todavía supiera que pensaba en ella, y en nadie más, hice un movimiento arriesgado y dejé otra cita en su maletín cuando pasé por su escritorio más tarde esa mañana al entrar a clases. Algo que yo sabía que aligeraría su estado de ánimo.

“¿Por qué la gente dice: que te crezcan las bolas? Las bolas son débiles y sensibles. Si quieres ser resistente, que te crezca una vagina. Esas cosas pueden soportar un golpe”.

Sheng Wang.

Mi plan funcionó; ella no podía dejar de sonreír cuando comenzó la clase. Pero todavía odiaba que tuviéramos que escondernos tanto. Cuando me llamó esa noche, me encontraba seguro de que iba a mencionar a Tianna, no obstante se limitó a decir mi nombre y sorbió por la nariz, haciéndome saber que estaba llorando.

Mi corazón saltó a mi garganta al instante y me levanté del sofá donde había estado escribiendo mi último ensayo de literatura para mi exigente y sexy profesora. —¿Aspen? ¿Qué pasa?

—Mi... estás... solo necesito verte. ¿Puedo subir?

—¿Subir? —*Espera, ¿qué?*—. ¿Estás aquí? ¿Afuera? ¿Ahora?

—Sí, yo... es un mal momento, ¿no? Me iré.

—¡No! No te vayas. Mi compañero de piso acaba de irse. Sube. Tu sincronización es perfecta. —Corrí a la puerta sin molestarme en terminar la llamada. Nunca vino a mi casa, por lo tanto, lo que le molestara debía ser algo importante. En cuanto asomé mi cabeza al pasillo, la vi salir de las escaleras. Lucía pálida, con los ojos hinchados y enrojecidos, y su cabello era un desastre.

—¿Cariño? ¿Qué pasa? —La atraje a mis brazos, besando sus mechones despeinados—. ¿Te encuentras bien? ¿Estás herida?

Cuando se acurrucó en mí y hundió su rostro en mi pecho, mi corazón se retorció con dolor. Odiaba verla así.

—Es mi papá —dijo con voz ronca al final.

Cerré los ojos. Me contó todo acerca de su diabetes y neumonía. Parecía que el tipo podía morir cualquier día. —Él está...

—Van a amputarle la pierna. Pero su circulación se encuentra tan mal que no saben si eso ayudará.

—Jesús. Lo siento. —Cerrando la puerta de una patada, la llevé dentro del apartamento y me senté en el sofá donde ella se enroscó en mi regazo.

—Y lo peor es que mi madre ni siquiera llamó para decirme. Fue su ama de llaves, Rita. Ella... pensó que debía saberlo. Y ahora no puedo ir a verlo porque entonces sabrán que Rita me da la información, y no quiero meterla en problemas ya que siempre ha sido tan amable conmigo, pero por qué... ¿por qué mi propia madre no me lo contaría? ¿Cómo es posible que pensara que no merecía saberlo?

*Tal vez porque ella era una perra fría y egoísta que nunca consideró los sentimientos de su hija, quise decir, pero me mordí la lengua.* —No lo sé. —Froté su espalda y seguí sosteniéndola, tratando de mostrarle el mejor apoyo que podía.

—No creo que alguna vez me dirán que me quieren —susurró. Me rompió el corazón. Mi mamá tampoco decía esas palabras, pero siempre tuve a Caroline, Colton y Brandt. Y extrañamente, me alegraba haber terminado con los padres que tuve. Por lo menos había tenido la libertad para hacer lo que sea que quisiera. Nunca fui controlado ni me lavaron el cerebro como le ocurrió a Aspen. Nunca me sentí solo o reprimido a pesar de que fui abandonado. No como le pasó a ella.

Aborreciendo a sus padres con una pasión ardiente, entrelacé nuestros dedos, palma con palma, y presioné mi frente en la suya. —No decírtelo es su pérdida.

Me estudió; sus pestañas seguían húmedas por las lágrimas, y su nariz, roja. Pero aun así se veía lo suficientemente hermosa para dejarme sin aliento. Cualquier persona que no le dijera como se sentía por ella era un estúpido.

Abrí la boca para decirle... mierda, no lo sé. Ella había alterado por completo mi mundo en las últimas semanas, y desearía que supiera lo increíble que era. Quería que supiera lo que me hacía. Eso me recordó la próxima cita que pretendía darle.

“Cuando encontramos a alguien que es valiente, divertido, inteligente y cariñoso, tenemos que agradecerle al universo”.

Maya Angelou.

No obstante Aspen puso los dedos sobre mis labios para mantenerme callado. Entonces sonrió suavemente y se inclinó, dejando caer su mano de mi

boca para besarme. Gemí contra sus labios y deslicé mis manos en su pelo. La parte inferior de su cuerpo se movió hasta que su calor cubrió mi erección. Luego se frotó contra mí, y demonios, tuve que devolvérselo. Mis dedos se dirigieron bajo su camiseta y a la parte trasera de su sostén, donde abrí el broche.

Justo cuando empecé a avanzar a la parte delantera, se abrió la puerta de mi apartamento.

Aspen lanzó un grito y se pegó a mí, ocultando su rostro en mi pecho, y me apresuré a sentarme, sacando mis manos de su camiseta.

Ten entró. —Hombre, olvidé mi maldita bille... —Se detuvo de golpe—. Mierda. Lo siento. Mi error.

Sacudió las manos en el aire y comenzó a retirarse del apartamento, pero Aspen levantó su cara y lo miró. Deteniéndose, él la miró fijamente.

—¡Vete! —grité, y agarré un cojín del sofá para lanzárselo. Pero rebotó en su desapercibida cabeza.

Ladeando su rostro, la estudió desde un ángulo diferente. —¿Por qué te pareces a...? —Entonces se dio cuenta de quién era. Sus ojos se desorbitaron—. Santa mierda.

—Fuera —ordené, bajándola de mi regazo para poder ponerme de pie y bloquear su vista de ella también mientras me dirigía hacia él.

El imbécil seguía sin moverse. —Jesucristo, hombre. Ella es...

Lo empujé hacia el pasillo y cerré la puerta.

Y fue entonces cuando se descontroló. —Te estás follando a la profesora. Oh, mi maldito Dios, estás follando a la jodida profesora. Santa mierda, Gam, esto es tan... *soberbio*. Tú eres el hombre. ¡El hombre!

Golpeando mi mano sobre su boca, apreté los dientes y le di una mirada de advertencia antes de mirar con preocupación hacia la puerta cerrada. —Cállate —siseé, amenazándolo con mis ojos.

Apartó mi mano. —¿Callarme? —susurró—. ¿Es broma? Mi compañero de piso oficialmente es tremendo. Lo estás haciendo por la calificación, ¿no? ¿Así puedes mantener tu beca? Maldición, eres brillante. Quiero decir, sabía que podías encantar a las damas, pero conseguir que la estricta *Kavanagh* deje caer sus bragas es... épico. Espera que los chicos escuchen...

—¡No! —Agarré un puñado de su camiseta y lo acerqué—. Nadie puede saberlo, Ten. Jesús, si le dices a alguien... joder. No hay nada que contar, ¿bien? No viste nada. Nada está pasando. Esto... no es un tema. ¿Lo entiendes?

—Al demonio con eso. Te estás follando a la jodida profesora. Vas a pasar a la historia como...



—¿No escuchaste al entrenador después del escándalo de voleibol? Si nos atrapan con cualquier miembro de la facultad, estamos fuera del equipo. Perderé mi beca. Ella perderá su trabajo. Todo se irá al infierno. Tenning, por favor. Tú. No. Viste. Nada.

Le rogué con mi expresión, y por fin gruñó algo. —Maldición. Sabes cómo quitarle la diversión a todo.

Irrumpió más allá de mí y abrió la puerta del apartamento antes de que pudiera detenerlo. —Diría hola —le dijo a Aspen cuando entró—, pero al parecer, no veo nada.

Ella se paseaba frente al sofá, con el rostro pálido, los brazos cruzados fuertemente sobre su pecho y las manos metidas en las mangas de su camiseta como si tuviera frío. Sin hablarle, lo miró marchar por el pasillo y desaparecer en su habitación. Él regresó segundos después, sacudiendo su billetera y sin mirar ni a Aspen ni a mí, antes de salir del apartamento nuevamente.

Solté una respiración y me apoyé contra la pared, frotándome la cara con las manos. —Estás enloqueciendo, ¿verdad?

—Debería irme. —Corrió hacia la salida, con su mirada en el piso. Pero agarré su hombro y la acerqué para poder presionar mi boca en su mejilla. Permaneció rígida en mis brazos.

—Puedo confiar en él —susurré.

Levantó la barbilla, con ojos húmedos y asustados. —Me alegro de que tú puedas.

—No dirá nada. Lo prometo. —Lo mataría si lo hiciera, y estaba seguro de que él lo sabía.

Se limitó a sacudir la cabeza. —No debería haber venido aquí esta noche. Estaba... ¿en qué pensaba?

—Me alegra que lo hicieras. —Besé su mejilla esta vez—. Soy tu novio, Aspen. Quiero estar allí para ti cuando pases por cosas difíciles.

—¿Mi novio? —dijo con voz ahogada y sonó incrédula—. ¿Cómo puedes ser mi novio cuando no puedo decirle ni a un alma sobre ti?

Gruñendo entre dientes, le fruncí el ceño. —Soy tu novio porque soy tu novio. No necesitamos más explicación que eso. Simplemente es así. Soy el que está ahí cuando estás feliz, y cuando estás triste, y cuando te desmoronas en mis brazos. Esto... —Golpeé su cuerpo contra el mío así podría sentir lo que me hacía—, me hace tu novio.

Una lágrima bajó por su mejilla. Levantando los dedos, tocó suavemente mis labios. —Me gustaría tener tu confianza.

Besé las puntas de sus dedos y limpié la lágrima. —No la necesitas. Tengo suficiente para ambos. —Y con eso, le hice cambiar de opinión. Dejé de

To professor  
with love

Linda Kage

resistirse y se inclinó cuando la besé. Cuando la llevé de vuelta a mi habitación, sonrió y tironeó mi camiseta.

No fue hasta luego de que se durmió más tarde esa noche y se acurrucó a mi alrededor en la cama que aumentaron mis propias dudas. El hecho de que Ten lo supiera, hizo que el riesgo acabara de duplicarse. Era egoísta de mi parte seguir con ella, continuar haciendo esto, porque podría terminar tan fácilmente lastimándola a ella y a mi familia. Pero luego me di cuenta que aún no me importaban lo suficiente los “¿qué pasaría si?”, porque mi determinación de seguir con ella también se había duplicado. Aspen se metió tan profundo en mi sangre que me hallaba más que dispuesto a tomar cualquier oportunidad que tuviera solo para estar a su lado otro día más.

202



LIBROS DEL  
Cielo

Traducido por Michelle ♥ & MelMarkham

Corregido por Dannygonzal

“Es más fácil perdonar a un enemigo que perdonar a un amigo.”

William Blake.

## NOEL

—Vamos a salir esta noche.

Era un viernes y ni Ten ni yo teníamos que trabajar. Esta tenía que ser la segunda vez en un mes que habíamos tenido la misma noche libre, y que sea un fin de semana lo hizo aún más raro. Pero yo había estado pensando en ir a la casa de Aspen. Las veces que lograba pasar toda la noche con ella eran pocas y distantes entre sí. Ansiaba locamente algo de tiempo con mi mujer.

—No puedo —dije, dándome prisa en terminar la tarea que tenía para historia—. Ya tengo planes.

—¿Qué? ¿Vas a ir a la casa de la Dra. *Kavanagh* para ganar tu siguiente sobresaliente?

Dejando de golpe mi bolígrafo sobre la mesa, me puse de pie y lo miré con el ceño fruncido. —Basta de esa mierda. No vuelvas a hablar de ella de esa manera. Joder, ni siquiera pienses en ella. Tú y yo no vamos a hablar de esto.

—Amigo —con una risa nerviosa, Ten dio un paso hacia atrás y levantó las manos—, sabes que solo estoy jugando contigo.

Mis manos se hicieron puños junto a mis caderas. —Pues no es gracioso.

—Oye. —De repente serio, Ten se puso la mano sobre el corazón—. Cuando, y digo cuando, no si, lo que hay entre ustedes dos se eche a perder, vas a poder contar conmigo, hombre. Te proporcionaré todas las cervezas de autocompasión que necesites y te encontraré a la próxima chica rebote. Pero hasta entonces, es mi derecho divino como tu mejor amigo hostigarte con amor tan a menudo como sea posible.

Dejé escapar un suspiro largo y cansado. —Así que, básicamente, ¿no te callarás?

Él sonrió, amplio e intratable. —Oh, infiernos no. —Luego se sentó en la silla junto a mí—. Por lo tanto, ¿qué le gusta? ¿Ella te lo hace con las luces apagadas? ¿Arranca un trozo de sábana para adaptarse a tu bestialidad?

—En serio. —Lo despedí con un gesto, como si estuviera espantando una mosca molesta—. No vas a sacarme nada. Deberías callarte.

—Pero me estoy muriendo de curiosidad. Esto es grande. Enorme. Y si no puedo hablar al respecto con nadie, tengo que hacerlo contigo.

Gemí. —Dios mío, sálvame. —Recogiendo mi bolígrafo otra vez, traté de volver a mi tarea. Pero mi compañero de cuarto no se detendría.

—¿La has visto desnuda? ¿Así como Dios lo trajo al mundo? ¿Tiene un cuerpo decente bajo toda esa ropa o qué? Podría entender eso, ya sabes, que ella oculte sus dones. Apuesto a que se convierte en un maldito animal una vez que la desnudas. ¡Bam! —Golpeó sus palmas en la parte superior de la mesa—. Tiene aros en los pezones, ¿no?

Rodé los ojos. —No tiene... —Al darme cuenta de que iba a confesar que, efectivamente, había visto sus pezones, rápidamente me corregí con—: ...un aro en el ombligo.

—¿Pero sus pezones? —insistió Tenning, acercándose y emocionándose al tiempo que golpeaba la mesa—. Oh, mierda. *Están* perforados, ¿no es así? ¡Lo sabía! Maldita sea, eres el más afortunado hijo de...

Lo corté con una mirada fulminante. —No he dicho que estuvieran perforados.

—Pero no lo negaste.

—No dije que no tenía un tatuaje y no has asumido automáticamente que tiene uno de esos, ¿verdad?

—Oh, diablos. ¿También tiene un tatuaje? Creo que estoy enamorado. ¿Dónde está? ¿En la espalda baja? Apuesto a que es una mariposa.

Con un gemido, traté de concentrarme en mi lección de historia, pero Ten golpeó de nuevo la mesa. —En serio, corta ya ese maldito estudio. Verte estudiando me da urticaria. Ahora lleva tu culo a la habitación, ponte algo de ropa, y ven conmigo a tomar algo. —Cuando lo miré, sonrió—. No voy a dejar de hostigarte acerca de ella hasta que te comprometas a pasar conmigo esta noche.





Así Ten me convenció de ir con él. Cuando llamé a Aspen para lamentar mi cambio de planes, se puso del lado de mi compañero de cuarto, diciendo que necesitaba socializar como siempre o la gente podría llegar a sospechar. No quería ir, pero lo hice.

Fui bombardeado tan pronto como entré en la casa de la fraternidad. Supongo que pasó un tiempo desde que estuve de fiesta. Los compañeros de fútbol me golpearon en la espalda y me detuvieron para charlar. Las chicas me lanzaban miradas de soslayo. Y la gente seguía rellenando mi copa tan pronto como esta casi se vaciaba.

Todo era muy típico, y sin embargo, ahora parecía mal. Aquí nada había cambiado, pero me sentí como si yo lo hubiera hecho. Anhelaba una noche tranquila con Aspen, viendo una película en su sofá o experimentando en la cocina con diferentes comidas para llevar.

Habríamos cocinado juntos. Nos habríamos duchado juntos. Comido y dormido juntos. Trabajado en la tarea juntos; ella calificando y yo escribiendo. Todo era tan doméstico y tal vez incluso aburrido, pero nunca me aburría con ella. Y siempre quería regresar por más. Y ahora, en esta casa concurrida y con música a todo volumen, yo sólo quería ir a la suya.

—Hola, Noel, bebé. —Calientes dedos femeninos se deslizaron por mi brazo, haciéndome alejarme y girar hacia la pelirroja que me sonreía.

La amiga de Tianna. Marci, si recordaba correctamente. —Hola —grité por encima del ruido, inclinando la cabeza para saludarla de una manera vaga.

Ella se acercó de puntillas y se inclinó para hablar en mi oído—: ¿Listo para cobrar esa oferta?

El trío. Mierda, me olvidé por completo de eso. Al mirar los alrededores, vi a Tianna acercándose a nosotros. Saludó con la mano, y mi estómago se arremolinó con inquietud.

Sintiéndome acorralado, pero queriendo dejar a la chica amablemente, le sonreí y sacudí la cabeza. —Mala noche.

Mordiéndose el labio, envolvió los brazos alrededor de mi bíceps. —¿Y mañana? Por favor.

Genial. No iba a darse por vencida, ¿verdad? Hice una mueca. —Mira, agradezco la oferta, pero...

Sus ojos se estrecharon ligeramente. —¿Quién es ella? —preguntó, sin sonreír, y luciendo como si estuviera lista para golpear a alguien.

Una señal de alarma corrió por mi espina dorsal, pero seguí actuando con normalidad. Despistado. Fruncí el ceño. —¿Quién es *quién*?

—¿La nueva chica a la que estás follando? No te he visto con nadie en la universidad.

—Marci —dije entre dientes, comenzando a molestarme con esta conversación—, no quería ser un idiota y decir esto, pero no estoy interesado en ti.

Soltó un bufido. —¿No estás interesado? —Dando marcha atrás, extendió sus manos para abarcar su cuerpo—. ¿En esto?

En realidad prefería más el aspecto de Aspen. Pero no podía decir eso. Sin embargo, podría hacer mella en el ego inflado de Marci.

—Mira, Tianna me dijo lo obsesionada que estás conmigo. Y no busco nada de eso. No tengo relaciones, no me gustan las mujeres pegajosas ni las llamadas telefónicas a medianoche, rogándome que les dé otra oportunidad. Y tienes exactamente ese tipo de drama escrito sobre ti.

Cuando abrió la boca, me di cuenta de que quizá había ido un poco lejos. Le envié otra mueca de disculpa y le di una palmada amistosa en el hombro. Entonces me di la vuelta y salí de allí lo más rápido posible sin parecer como si estuviera escapando. No me siguió, pero tuve la sensación de que eso no era lo último que escucharía de ella. Nunca había rechazado así a una mujer, así que cualquier cosa que me hiciera en respuesta, seguro me lo merecía.

Sin embargo me enfrenté a una nueva serie de problemas cuando entré en la habitación de al lado. Se encontraba menos llena, tenía un par de sofás situados alrededor de una mesa y frente a un televisor. Y mi compañero de cuarto se hallaba en el centro de la acción, bebiendo de un embudo y luciendo completamente desenfadado.

—¡Ah! —gritó al verme. Saltando sobre la mesa de café, fingió rasgurar una guitarra como un rockero—. *Estoy loco. Estoy loco. Estoy loco. Estoy caliente por la profesora.* —Luego apretó los puños y movió las caderas hacia delante, mientras continuaba cantando el viejo éxito de Van Halen.

Sacudí la cabeza y suspiré. —Voy a matarlo. De verdad voy a matarlo.

—Oye, Gamble. —Ahuecó las manos alrededor de su boca y gritó—: *Canta conmigo. Estoy loco. Estoy loco. Estoy loco...*

—Estás malditamente borracho —le grité.

—No, ¿de verdad? ¿Cómo adivinaste? Oye, ¿le gusta jugar a la colegiala sucia? De esa forma tú podrías ser *su* profesor de vez en cuando.

Quinn apareció a mi lado, sosteniendo un vaso de plástico rojo mientras escudriñaba a Ten. —¿De qué está hablando?

—No tengo idea. —No podía dejar de mirar a mi compañero de cuarto, pensando en la forma más rápida para callarlo.

Muerte.

Sí, tendría que ser la muerte.

—¿Qué tipo de cosas te hace hacer por crédito extra? ¿Escribir *fóllame* cincuenta veces seguidas? ¿La llamas *Dra. Kavanagh* cuando estás dentro de ella? Oye, ¿sabes su nombre?

—¡Suficiente!

—¿Crees que subirá mi nota también si me ofrezco a lamer su...?

Con un rugido, me lancé a las piernas de Ten. Cuando ambos nos caímos de la mesa, alguien gritó y cerca de una docena de jugadores corrieron a separarnos. Pero pude darle un par de buenos puñetazos antes de alejarme de él.

Quinn era el único con suficiente músculo para separarme. Respirando con dificultad, lo empujé tan pronto como me metió en un apenas iluminado baño. Pero Jesús, no podía creer que mi mejor amigo me hubiera traicionado así.

—Voy a matarlo —murmuré imperturbable, sintiéndome mal. Aspen nunca me perdonaría por esto. Oh, Dios. ¿Acabo de arruinar toda su vida?—. No puedo creer que él... él...

—Cielos, Noel. —Hamilton tiró de mi brazo para que lo enfrentara—. Está borracho. Siempre dice cosas estúpidas cuando está ebrio.

Mi pecho se movía de la fuerza con que respiraba. —Pero él dijo...

Quinn se rió y sacudió la cabeza, luciendo totalmente despreocupado por cómo todo estaba por irse al demonio. —De verdad no te preocupará que creamos algo de lo que dice, ¿no? Todos sabes cuánto odias a Kavanagh.

Cuando hice una mueca, todo dentro de mí todavía se encontraba demasiado abierto y crudo. La verdad debió haberse reflejado en mi rostro porque sus ojos se ampliaron.

—Oh —susurró boquiabierto, como en un estado de conmoción.

Siseé—: Mierda. —Y cerré los ojos con fuerza.

Maldición. Hamilton no tenía que saber esto. Ya lo sabían demasiadas personas. Rayos, después del pequeño espectáculo de Ten, me sorprendería si todo el mundo *no* lo supiera. Cuando me arriesgué a mirarlo, Quinn seguía mirándome.

—Mira, no es lo que crees.

Levantó las manos de inmediato y sacudió la cabeza. —No, por supuesto que no —concordó—. Quiero decir, después de la orden del entrenador Jacobi

y el escándalo con el equipo de voleibol, no arriesgarías su trabajo y tu propio futuro de esa forma, solo para... —Sus ojos estaban muy abiertos y buscando—. ¿Lo harías? La amas, ¿verdad?

Me llamó la atención cuán verdaderamente inocente era Quinn Hamilton. Nunca había oído que el chico maldijera, o dijera algo despectivo de alguien más. Tenía en él ese algo puro, de chico de al lado y pensaba lo mejor de todos. Siempre nos burlábamos de él por ser virgen, y mirándolo ahora mismo, tuve que preguntarme si seguía siéndolo.

Me miró fijamente con adoración. Yo era el líder de nuestro equipo, y él siempre me miraba como si no pudiera hacer algo mal. Si ahora decía algo equivocado, podría acabar con todo su sistema de creencias.

—Joder, sí, la amo —siseé. Y luego me di cuenta de que lo acababa de admitir, pero lo más sorprendente fue que no mentí. Todas las sensaciones huyeron de mis miembros, y mi cara probablemente se puso blanca como el papel mientras retrocedía para sentarme en el asiento cerrado del inodoro—. Oh, mierda. La amo.

Amo a Aspen.

—No te preocupes. —Ham dio un salto y me palmeó el hombro para apoyarme cuando hundí la cara entre las manos—. No se lo diré a nadie. Lo juro. Digo, tú eres uno de los pocos amigos que tengo aquí, así que... —Se encogió de hombros y me ofreció una sonrisa patética—. No tengo a nadie a quien contárselo.

Dios, parecía tan... joven. No podía recordar haber sido así. El mundo me había envejecido desde que nací; siempre sintiéndome responsable de alguien, o evitando una pelea, o trabajando para no meterme en problemas. Nunca sentí tal devoción ciega por nadie en la forma que Quinn parecía tener por mí.

—¿De verdad solo tienes diecinueve años? —me pregunté en voz alta, encontrando difícil creer que alguien pudiera permanecer tan puro por tanto tiempo.

Quinn se ruborizó y se aclaró la garganta antes de rascarse la oreja. —De hecho, tengo veintiuno.

—¿Eh? Pero eres un...

—Sí. —Se encogió de hombros y apartó la mirada—. Me suspendieron en la escuela por un par de años.

Por alguna razón, eso me recordó a Aspen, quien había sido adelantada en la escuela. Debe arruinar la sociabilidad de una persona meterse con su horario escolar.

Lo miré con ojos nuevos, y la boca abierta para decir algo, cuando se abrió la puerta del baño.



Ten entró tambaleándose. Un corte en su labio parecía haber terminado de sangrar recién. Sus ojos lucían inyectados en sangre, pero parecía haberse puesto un poco sobrio, porque empezó a disculparse de inmediato.

—Gamble, hombre, lo sien...

La rabia hirvió en mi torrente sanguíneo y me puse de pie. Llevando el brazo hacia atrás, lo golpeé en el ojo. —Hijo de puta.

Gimió y se agarró el rostro. —Mierda —murmuró, doblándose y moviéndose en el lugar como si eso pudiera aliviar el dolor—. Joder, hombre. Eso duele. —Se enderezó, agarrándose el ojo.

Señalé con el dedo su nariz y gruñí—: Si ella recibe *alguna* pena a causa de lo que acabas de hacer, nunca te lo perdonaré. —Empujándolo al pasar, abrí la puerta para irme, pero atrapé a un Hamilton con los ojos muy abiertos, mirándonos—. Y tú. —Lo señalé. Tragó y dio un paso hacia atrás. Todavía no podía creer que tuviera veintiún años. Lo suficientemente grande como para beber alcohol, o más importante, servirlo—. ¿Necesitas un trabajo?



To professor  
with love

Linda Kage

25

*Traducido por Annie D.*

*Corregido por Jasiel Odair*

“Solo aquellos que se arriesgan a ir muy lejos, pueden descubrir cuán lejos se puede llegar”.

T.S. Eliot.

## ASPEN

Jueves en la noche. Noche de chicas. El Club Nocturno Forbidden estaba lleno como siempre.

Después de aplicarme un poco de maquillaje y colocarme mi par favorito de pantalones ajustados con botas altas de cuero y una blusa elegante, entré al club, incapaz de estar lejos de mi hombre.

Caminando entre la multitud, me mantuve cerca de las paredes oscuras, preguntándome si él estaría atendiendo mesas o en el bar esta noche. Escaneé las mesas primero hasta que vi a un mesero. El compañero de Noel se hallaba de pie junto a una mesita, metiendo unos billetes en la cintura de su delantal negro para darle a la mesa llena de chicas su cambio. Tuve el mal presentimiento que sabía dónde había obtenido el ojo negro que llevó toda la semana, así que nunca le había preguntado al respecto a Noel.

Mientras Ten entregaba el cambio, se inclinó para hablar en el oído de una chica. Pero lo que sea que dijo debió haber sido bastante ofensivo porque la boca de ella se abrió justo antes de abofetearlo. Él sonrió, le lanzó un beso y se alejó sin prisa.

Sacudiendo la cabeza, me pregunté cómo Noel se había hecho amigo de tal personaje.

El próximo mesero que vi resultó ser otro de mis estudiantes. También otro jugador de futbol. Él debió haber sentido mi mirada porque me vio al pasar y casi se tropezó con sus pies. Miró boquiabierto un segundo antes de acercarse a mí.

210

—D...Dra. Kavanagh —saludó. Mierda. Mi cubierta estaba arruinada—. ¿Necesita un trago?

—No. Yo... —Comencé antes de callarme. Genial, si no necesitaba un trago a mitad de precio en la noche de chicas, entonces, ¿qué razón tenía para estar aquí? Así que abrí la boca para ordenar algo, cualquier cosa, cuando él señaló con su cabeza a la parte trasera del club—. Noel está trabajando en el bar esta noche.

Quedé boquiabierta. —Yo... ¿perdón? —Fruncí el ceño como si estuviera confundida. Por dentro, mi sistema nervioso se volvió loco de pánico.

Pero, ¿por qué demonios me diría automáticamente donde estaba Noel? No debería saber que me encontraba aquí para ver a Noel.

Como si se diera cuenta que había hablado de más, amplió los ojos. —Es decir... —Tosió en su mano. Imaginé las ruedas en su cerebro girando, tratando de idear una cubierta—. Es decir... mi amigo, *Noel*, fue al bar... sabe, en caso de que cambie de parecer y quiera ordenar algo. Puede ir allá, sin problema, y ordenar algo... si quiere... más tarde.

Él debía ser el peor mentiroso de la faz de la tierra. Una instantánea capa de sudor ya había cubierto su rostro y sus ojos abiertos como si me rogaran que le creyera. Pero al menos parecía saber que estaba atrapado porque se alejó antes de que pudiera responder y se perdió en la multitud de personas.

Lo observé, mi corazón latiendo fuerte. Él sabía. Sabía acerca de Noel y yo. Mis instintos de huida se activaron. Quería correr hacia la puerta y continuar corriendo, porque si este chico sabía, entonces, ¿quién más lo sabía? El compañero de cuarto de Noel sabía. Más se acabarán enterando.

De repente me sentí como si estuviera en frente del tictac de una bomba. Esto iba a terminal muy mal. No parecía haber forma de salir de esto.

—Hola, ¿dama hermosa? —dijo una voz a mi derecha, regresándome al presente—. ¿Puedo conseguirte un trago?

Me di la vuelta lentamente, para ver a otro mesero acercándose. Este tenía un tatuaje a un lado de su cuello, otros más a lo largo de ambos brazos y demasiadas perforaciones para contar. Lo miré pero no lo observé realmente. La certeza de mi inminente perdición me abrumada, y no podía respirar bien.

Pero el mesero sonrió y chasqueó su dedo como si me reconociera. —Estuvo aquí hace unas pocas semanas, coqueteando con Gamble, ¿cierto? Él está trabajando en la barra esta noche. —Serpenteando su brazo alrededor de mi cintura, aplicó la más minina presión en la base de mi espalda y me incitó hacia adelante mientras me acompañaba al bar.

No estaba presionando, sino siendo considerado, por lo que sabía que podía retroceder y escapar si quería. La parte mala era que sí quería escapar. No estaba segura de si podía enfrentar a Noel ahora. Mi mente daba vueltas y el objeto de mi bolso parecía calentarse a través del cuero y quemar mi pierna.

Dejé que el compañero de Noel me guiara de todas maneras. Se inclinó ligeramente para hablar en mi oído. —Él está un poco malhumorado esta noche, así que tal vez puedas animarlo para nosotros, ¿sí?

Quería preguntar por qué Noel estaba malhumorado, pero demasiado pronto, nos encontrábamos allí, en el bar.

—Oye, Gamble —gritó el hombre a mi lado mientras sacaba una banqueta y me ofrecía una mano para ayudarme a sentarme. La espalda de Noel nos enfrentaba. Se encontraba ocupado mezclando una bebida, así que no se dio vuelta de inmediato. Solo coloqué mi bolso en mi regazo y enderecé mi espalda en el asiento cuando finalmente echó un vistazo.

Su compañero de trabajo apoyó un brazo en la barra y otro suelto alrededor de mi cintura mientras gritaba por encima del ruido—: Consigue alguna orden por aquí.

Nunca quitando sus ojos de los míos, Noel llevó su trago a la barra y lo colocó frente a la persona que lo había ordenado. Y entonces vino directamente hacia nosotros.

—Necesito dos cervezas de barril, Corona en una botella, y un fuzzy navel —dijo el mesero tatuado.

Noel ni siquiera le dio la hora del día. Sus labios se retorcieron y sus ojos brillaron en una sonrisa. Al final, preguntó—: ¿Qué estás haciendo aquí?

Él lucía muy complacido de verme para empezar a lanzar preguntas acerca de cuantas personas sabían acerca de nosotros. Diablos, incluso olvidé lo que descansaba en mi bolso. Me sentía demasiado emocionada de estar en su compañía nuevamente. Nuestro tiempo robado para estar juntos había sido extraño esta semana. Unas pocas miradas de anhelo a través del salón de clases era todo lo que habíamos sido capaces de conseguir.

Mi cuerpo se volvió consciente de todo. Quería agarrar su ajustada camisa negra, arrastrarlo al armario más cercano y recrear nuestra primera vez juntos. Por la forma en que sus ojos brillaban, tenía el presentimiento de que tenía pensamientos similares.

—Vine por una bebida —me las arreglé para decir.

Su media sonrisa se convirtió en una completa. Con un guiño, se inclinó sobre el bar y con una voz ronca dijo—: Entonces viniste al lugar adecuado.

—Oye. —Su compañero de trabajo golpeó la parte superior del bar entre los dos—. ¿Me escuchaste, princesa? Dije que necesitaba...

—Te escuché —espetó Noel, pero continuaba mirándome. Su voz bajó de nuevo al dirigirse a mí, dijo—: Ya regreso. No vayas a ninguna parte.

Él regresó con todo un lote de alcohol. —Dos cervezas de la casa, una Corona, y un fuzzy navel —dijo, colocándolos en frente de su amigo—. Y una

Bud Light Lime para la adorable dama. —Mientras colocaba la bebida en frente de mí, añadió con un guiño—: Cortesía de la casa.

Tomé la cerveza, deleitándome con la forma en que el líquido frío humedeció mi garganta seca. Noel se quedó para observar; su mirada dirigida a mis labios. Sabiendo lo mucho que le gustaban las bocas, coloqué mi labio inferior entre mis dientes y succioné una gota de cerveza de él.

Él alzó su mirada. —Quédate hasta cerrar —dijo, formulándola como medio pregunta y medio petición—. Iré a casa contigo esta noche.

La inutilidad de nuestra situación me inundó de nuevo, pero asentí de todas maneras. No podía mantenerme alejada de él. Y no quería hacerlo.

Me quedé hasta la hora de cierre, y luego me quedé un poco más. Para el momento en que quedaba solo un puñado de clientes, los cuatro compañeros de trabajo de Noel miraban en mi dirección, pero ninguno de ellos me había pedido que me fuera. Estoy bastante segura que todos sabían exactamente la razón de mi presencia allí.

A pesar de que me emocionaba pasar tiempo con él después de que cerrara, las preocupaciones aumentaron mientras permanecía allí. ¿Todos con los que trabajaba sabían sobre nosotros? Estábamos siendo muy obvios, ¿no es así? Dios, ¿cuán patético era esto? Nos conocíamos por dentro y por fuera, compartimos más intimidades que nunca antes había compartido con otra alma viviente, y debíamos esconder todo como un par de adolescentes patéticos.

Esto debía terminar.

Como sintiendo mi estado de ánimo, Noel echó un vistazo. Su mirada parecía ver todo dentro de mí, y se dirigió adelante justo cuando alguien más se acercó al bar. Noté por la forma en que tensó su mandíbula que apretaba los dientes en frustración mientras observaba a la mujer de mediana edad que nos interrumpió.

—Lo siento, señora —le dijo—, pero estamos cerrando.

—Está bien —respondió ella, lentamente y metódicamente colocando su mano en el bar—. No vine por una bebida.

Campanas de alerta sonaron dentro de mi cabeza mientras me daba la vuelta hacia ella y la observaba del todo. Algo acerca de ella, la forma limpia y precisa en que se hallaba vestida y cada movimiento calculado que hacía, me recordó a mi madre. Esta mujer era una cobra, y estaba enrollada fuertemente, lista para atacar a su próxima víctima. Cuando se dio vuelta para mirar directamente al compañero de Noel detrás del bar, tuve que voltear y mirar también. El señor Lowe, quien tomó obras maestras del mundo conmigo con su energética y alegre novia, se encontraba de pie junto a la caja registradora, contando las ventas, con su espalda a nosotros.

Como si sintiera ojos sobre él, o tal vez había escuchado la voz de la mujer y la reconoció, sus manos se congelaron en la pila de billetes de veinte.

Un respiro pasó antes de que girara lentamente y viera directamente a la cobra. Luego se puso tieso como si ella de algún modo lo hubiera inmovilizado y atrapado con su mirada. El color se drenó de su rostro, y un puñado de billetes de veinte dólares cayó de su mano floja, dispersándose en el aire mientras se esparcían en el piso.

La mirada en su rostro era tan familiar para mí. La vi muchas veces en el espejo después de que había sido atacada por Zach. Cada vez que me preguntaba: *por qué esto me pasa a mí, por qué el mundo me odia tanto, que he hecho para merecer esto*, había tenido esa misma expresión en mi rostro.

Lanzándole una sonrisa conspiradora, la mujer murmuró—: Hola, Mason.

Directamente a través de la barra, podía de hecho sentir a Noel ponerse rígido. Un vistazo a su rostro me dijo que podía sentir la incomodidad entre Mason y la mujer tanto como yo podía. Su mirada estaba fija entre los dos y lucía como si quisiera saltar y defender a su amigo, pero no estaba seguro de cómo... o por qué.

Después de tragar duramente, Mason finalmente abrió su boca. —Vete —dijo suavemente, pero el acero detrás de esa única palabra envió escalofríos a través de mí. Si fuera la mujer, me hubiera ido ya mismo.

Pero ella solo sonrió como si su orden severa la divirtiera. Luego se delató cuando pestañeó, agitando sus pestañas rápidamente. Él la había puesto nerviosa.

—Necesito hablar contigo, cariño.

El rostro de Mason fue de blanco a verde tan rápido que pensé que vomitaría por todo el piso. —No estoy interesado —dijo y se agachó para recoger los billetes caídos; sus manos temblaban lo suficiente para hacerlo titubear.

Impacientándose con él, la mujer se inclinó sobre la barra. —¿No quieres saber lo que tengo que decir? Vine hasta aquí para verte.

—No me interesa lo que tienes que decir —gruñó él, aún luchando por coleccionar todo el efectivo que soltó—. Quiero que te vayas. Para siempre.

Ella entrecerró los ojos y apretó los dientes. No le gustó ser ignorada... justo como a mi madre.

Noel se agachó y lo ayudó a recoger el dinero. No podía escuchar lo que decía, pero murmuraba algo, y Mason asintió en respuesta. Justo cuando hizo eso, Noel se levantó, enderezándose y dando la vuelta para darle a la mujer una sonrisa amable.

—Entonces, como dije —comenzó de nuevo él—, el bar está cerrado. Si puede irse ahora...

—No me voy a ir hasta que hable con Mason.

La sonrisa de Noel cayó y su mandíbula se endureció de nuevo. —Bueno, él no quiere hablar contigo, así que... piérdete.

Ella lo fulminó con la mirada y un sonido de repugnancia salió de sus fosas nasales antes de darse la vuelta para ver a Mason levantarse y colocar los billetes de veinte de regreso en la caja registradora.

—Él no parece saber lo que eres, ¿verdad? —dijo mirando más allá del hombro de Noel—. Dudo que alguien en este lugar sepa lo que has hecho. — Giró para mirar a todos los demás chicos que trabajaron en la noche de chicas. Eran las únicas personas ahora. Ella y yo éramos las dos últimas clientes que quedaban. Todos los chicos que habían estado de meseros y que se hallaban cerca, recogiendo la basura, limpiando, se detuvieron de hacer lo que hacían y fijaron su atención en ella.

Habiendo ganado su audiencia, la malvada mujer rió y se dio vuelta hacia Mason. —Apuesto a que estarían muy interesados en saber cómo *solías* ganarte tu dinero.

Mason cerró de golpe la caja registradora, haciéndome saltar. Giró para lanzarle una mirada asesina a su visitante. —¿Que jodida cosa quieres?

El placer rebosó por su rostro. En una voz dulce, murmuró—: Te lo dije; necesito hablar contigo.

—Entonces di lo que sea que mueres por decirme y vete —gruñó—. Y nunca regreses.

Ella observó a Noel y luego a mí antes de discretamente lamer sus labios. —Creo que preferirías escuchar esto en privado.

Él rió, duro y corto. —No pasará.

—Bien. —Agitó su cabello y dio una sonrisa débil—. Ya que me fuerzas a hablar delante de tus amigos, entonces lo haré. Estoy embarazada. Y eres el padre. —Se alejó un paso del bar y desató la cinta de su abrigo para que cayera, revelando la cintura abultada por debajo de su blusa.



Traducido por AntyLP

Corregido por Julieyrr

“Los hombres pueden haber descubierto el fuego, pero las mujeres descubrieron como jugar con él.”

Candance Bushnell

## NOEL

Bueno, joder. Nunca había una noche aburrida en Forbidden, pero por lo general la acción sucedía *durante* las horas, no después.

Luego de que la amiga asaltacunas de Lowe soltó su pequeña bomba, Mason la miró como si se hubiera congelado por unos buenos cinco segundos antes de que se diera la vuelta y desapareciera por el pasillo sin decir una palabra.

La mujer se movió para seguirlo, pero gruñí—: Ni siquiera lo pienses.

—Amigo —Ten apareció al lado de Aspen—, ¿no tiene una novia por la que se mudó desde Florida?

Le gruñí a mi compañero de cuarto como diciendo *cállate* y me giré de nuevo hacia... el problema de Mason, quien no dejaba de mirarme. —Bueno, escuchaste al hombre —dije—. Dijo que dijeras lo que tienes que decir y te largaras, así que... momento de irse, señora.

Traté de ser respetuoso con ella, pero eso no funcionó. Por lo que no me importó ser directo. Demonios, me encontraba impaciente por ser totalmente grosero con esta... persona. Dejaba un gusto asqueroso en mi boca por alguna razón. Tal vez era porque me miraba como todo el mundo en mi ciudad natal siempre lo hizo. Como si fuera basura.

—¿No oíste lo que acabo de decirle? Necesitamos discutir esto... juntos.

Me reí. —Cariño, si él hubiera querido discutir algo contigo, lo habría hecho. Pero no lo hizo. Por lo tanto, vete.

216



Cuando no se movió, la miré fijamente a los ojos y llamé a Ham. —Oye, Quinn. Escolta a esta  *fina* señora a la puerta, ¿podrías? —El virgen necesitaba una tarea sucia para su primera noche en el trabajo.

El problema de Lowe se hallaba muy ocupado matándome con la mirada para notar la forma en que Ham saltó y amplió sus ojos como si quisiera orinar en sus pantalones más que ir a cualquier sitio cerca de ella. Pero se calmó justo a tiempo para asustar a la perra. Ella se giró cuando él se acercó y aulló cuando el metro noventa y ocho, y los ciento diez kilogramos tensos hicieron contacto visual con ella. No necesitaba saber que era inofensivo como un gatito. Su tamaño era tan intimidante como su voz áspera cuando dijo—: Por aquí.

Se puso en marcha sin quejarse y estuvo fuera del club en momentos.

Luego de que la puerta se cerrara y el silencio descendió en el bar, miré a Aspen. Ella levantó su cabeza, y compartimos una mirada como si quisiera hablar.

—Bueno, mierda —explotó Ten—. Creo que Lowe no es tan devoto a esa novia como pretende ser.

Suspiré y sacudí la cabeza. —No iría haciendo suposiciones sobre algo que no sabemos nada al respecto.

—¿Fue solo a mí, o esa mujer asustó a todo el mundo? —preguntó Quinn, apareciendo al otro lado de Aspen en el bar. Tiritando, se frotó los brazos y miró hacia la puerta principal como si se quisiera asegurar que todo el mal se había ido.

—Pensé que era algo ardiente —dijo Ten y movió sus cejas—. No culpen a Lowe por tener sexo con una asaltacunas como esa. Yo definitivamente me la follaría.

Con la palabra asaltacunas, explícitamente recordé a Lowe diciendo que no le gustaban tales. En absoluto. Fruncí el ceño, totalmente confundido por que lo que pasó.

—Bueno, está vomitando —anunció Pick, volviendo del pasillo. Supongo que fue atrás para ver a Lowe—. La inminente paternidad no debe sentarle bien.

Aspen dejó escapar un suspiro y abrió la boca como si fuera a decir algo, pero luego cerró sus labios y permaneció en silencio. Le dediqué una mirada. —¿Qué?

Con una pequeña sacudida de su cabeza, me envió una tensa sonrisa. —Nada.

Supe que sí era algo y la estudié por un segundo, pero una campanada por la máquina registradora interrumpió la silenciosa habitación.

—¿Es ese el teléfono de Lowe? —preguntó Ten.

Los cinco en el bar compartimos una mirada. Creo que todos sabíamos que el timbre de su celular no podía ser buenas noticias. Dado que nadie se movió, me adelanté y miré la pantalla encendida mientras continuó sonando. La foto de una chica con largo y sedoso cabello marrón y con un aro en la nariz me miró con una linda y despreocupada sonrisa. El nombre bajo su foto decía Reese.

—Es Reese —dije, preguntándome si...

—Ese es el nombre de su novia —contestó Pick, confirmando mis sospechas.

Mierda.

—¿Deberíamos contestar por él? —Quinn fue el primero en preguntar.

Abrí los brazos. —¿Y decir qué? Lo siento, pero tu hombre no puede ponerse al teléfono en este momento; acaba de descubrir que va a convertirse en papi... con otra mujer.

Ham hizo un gesto de dolor y cerró la boca. Miré a Aspen. Levantó sus cejas como diciéndome que apoyaba cualquier decisión que yo tomara. Pero no contesté el teléfono y finalmente se calló. La habitación exhaló un suspiro colectivo de alivio.

Hasta que el teléfono empezó a sonar de nuevo.

—Tengo el presentimiento de que va a seguir llamando —dijo Pick—. Debe saber que algo sucede.

Mierda. Miré de nuevo a Aspen. Su firme mirada verde me dio el empujón que necesitaba para contestar el teléfono. Oprimí *aceptar*, todavía preguntándome qué decirle a la mujer de Lowe, cuando Ten gritó—: ¡Mierda! ¿De verdad vas a decirle que una vieja acaba de venir, reclamando que Lowe la embarazó?

—¿Decir qué? —chilló la voz de una chica desde el otro lado de la línea. Doble mierda. Entrando en pánico, golpeé el botón de *finalizar llamada* y miré a mi compañero de cuarto.

—Idiota —explotó Pick, abofeteando la parte de atrás de la cabeza de Ten—. Ya había contestado el teléfono, seguro escuchó todo lo que dijiste.

—Oh... joder. —Ten agachó sus hombros y me envió un encogimiento arrepentido—. Mi error.

—Quieres decir, el error de Lowe —murmuré—. Mierda. —No debí haber tratado de contestar el teléfono.

Cuando sonó de nuevo, salté, dejándolo de nuevo donde lo encontré, luego levanté mis manos y retrocedí lentamente. Lowe me iba a matar por esto.

Mason no volvió al bar hasta que el teléfono dejó de sonar. Nadie pareció moverse, así que cuando salió del pasillo trasero, frotándose la cara, todos

giramos a verlo. Estaba ocupado limpiando su boca con la palma de su mano y no notó inmediatamente toda la atención hasta que levantó la vista. Cuando nos atrapó boquiabiertos, paró de golpe y dejó caer su brazo.

Su rostro seguía pálido y su piel lucía húmeda como hubiera sudado un balde de ansiedad. —¿Qué? —gruñó, sus ojos corrieron a toda velocidad por cada uno de nosotros—. Jesús, no se fue, ¿verdad?

—Um —empecé y le lancé una mueca de arrepentimiento—. No, *ella* se fue, pero... eh, nosotros tal vez... accidentalmente le dijimos a tu novia lo que pasó. —Cuando simplemente parpadeó, aclaré mi garganta—. Tu teléfono sonó... y luego volvió a sonar. Solo le iba a hacer saber que te fuiste por un minuto, pero... si... lo siento, hombre.

Lowe corrió al mostrador y prendió su teléfono. Después de su torpeza para marcar por el apuro, lo presionó contra su oído. —¿Resse?

—Déjame adivinar —dijo una voz femenina desde la entrada del club—. La señora Garrison acaba de aparecer para anunciar que le hiciste un bebé.

Levanté mi rostro para ver la foto de la chica del teléfono de Lowe entrar en Forbidden, seguida por una rubia, que también se encontraba muy embarazada.

Mierda, ¿a cuántas mujeres le hizo un bebé Lowe?

Dejando caer su teléfono al costado, Lowe dejó salir un extenso suspiro. —Sí. Prácticamente.

Luego de una rápida mirada entre los dos, decidí que Lowe no iba a ser golpeado hasta convertirse en una pulpa sangrienta por sus transgresiones.

Se veía muy mal con sus arrepentidos ojos de cachorro y su expresión era una máscara de vergüenza y arrepentimiento. Pero aparte de la tensión en su mandíbula, su chica no parecía querer matarlo.

Miré a Aspen, preguntándome que haría ella si nos encontráramos en el mismo dilema. Pensé que de alguna forma ya lo pasamos, o no, cuando asumí que Caroline era una de mis chicas de fiesta. Y no... no fue tan indulgente. La Reese de Lowe lucía molesta, pero permaneció racional.

—Tengo la sensación de que no nos deshicimos de ella tan fácil. —Reese se acercó, y su amiga embarazada caminó detrás de ella. Parándose cerca de Quinn, apoyó las manos en la encimera y soltó un suspiro, cansada—. Digo, si una estaca a través del corazón no funciona, deberíamos tratar de cortarle la cabeza.

Mientras todo el mundo jadeó como si estuviera loca, Lowe se rió. Se acercó y tomó sus manos en las de él así podía levantarlas hacia su boca y besarlas con veneración. Volviéndose serio dijo—: Lo siento... tanto.

Las lágrimas brillaron en sus ojos, pero ella trató de encogerse de hombros. —Oye, si no hay algún obstáculo insuperable en nuestro camino, no seríamos nosotros, ¿o sí?

Lowe sacudió la cabeza y mantuvo sus manos en su boca. —No deberías tener que lidiar con esto. —Dejó salir un suspiro tembloroso—. No deberías...

—Creo que mentía —dijo la rubia embarazada, cortándolo. Después de echar su cabello sobre el hombro, se deslizó en uno de los taburetes al lado de Reese y se estiró por el tazón de maní, pero Pick los alejó antes de que pudiera alcanzarlos.

Cuando le dirigió una mirada de odio, él simplemente sonrió. —Déjame darte un lote nuevo, Campanita. Quién sabe qué tipo de dedos asquerosos estuvieron ahí toda la noche.

Abrió la boca mientras lo miraba saltar sobre la barra y lanzar el tazón viejo, para sacar una caja y esparcir una nueva pila, solo para ella. Luego lo deslizó hacia ella con una sonrisa indulgente.

—Estoy de acuerdo con ella —opinó Aspen, sorprendiéndome.

Giré, curioso por su aporte. —¿Qué quieres decir?

—Quiero decir, que también creo que ella miente.

—Exactamente —chilló la rubia embarazada, levantando la mano en un gesto de agradecimiento para Aspen. Tenía la boca llena de maníes cuando añadió—: Es decir, hola, tendría que estar de tanto tiempo como yo, ¿cierto? A todo el mundo que necesité decirle sobre mi bebé se lo dije hace meses. ¿Por qué esperó tanto tiempo para dejar caer la bomba?

Reese trabó su mirada con la de Lowe, sus ojos brillaban con esperanza. —Eva tiene razón. ¿Y qué hay sobre su prometido? ¿Cómo sabe que no es *suyo*?

Lowe puso su labio inferior entre los dientes, luciendo razonable. —Tal vez le llevó un tiempo encontrarme.

—Sí, claro —resopló Reese—. Tú sabes, bien claro, que esa perra sabía cada paso que diste desde que dejaste Waterford. Descubrió todo lo que había por saber sobre mí en menos de un mes. No hay forma de que te haya perdido el rastro.

—Entonces espera, espera, espera. —Ten sacudió las manos—. Lowe, tú te follaste a otra mujer, tal vez incluso la dejaste embarazada, y tú... —puso su mirada en Reese—, ¿no te enfadas?

—Oh, estoy enojada —Reese fue clara en su declaración—, pero no con Mason. Aparte, este particular... evento sucedió antes de que nosotros saliéramos. —Luego se aclaró la garganta y bajó su rostro antes de murmurar—: Técnicamente.

Lowe hizo un gesto de dolor y se estiró para correr su mano sobre el cabello de ella antes de inclinarse sobre el bar y besar su sien. —No puedo

creer que esto esté sucediendo. Eres la única persona con la que quise alguna vez tener hijos. Jesús, Reese... —Cerró sus ojos y presionó su frente con la de ella— ¿No podemos rebobinar todo así puedo volver y hacerlo bien la primera vez?

Miré a Aspen porque, demonios, ver la conexión de Reese y Mason simplemente me atrajo hacia ella, queriendo una muestra del mismo vínculo que ellos compartían.

Me miró como si sintiera la misma atracción. Sus ojos se llenaron de lágrimas. Luego se giró de nuevo a la afligida pareja. —Tengo un montón de experiencia con personas como esta... señora Garrison, ¿no?

Reese se giró hacia Aspen, secando sus mejillas mojadas. —Así es.

—Correcto —murmuró Aspen con un tono suave—. Y he llegado a aprender que siempre dejan ciertos *detalles* cuando mienten. Cada persona puede ser diferente, pero ellos siempre hacen algo que denota la mentira. Y por su comportamiento, ni siquiera le creo que esté embarazada, mucho menos que sea sincera sobre la paternidad del niño.

Lowe dejó salir un respiro aliviado. —¿De verdad?

Sacudió la cabeza.

—Pero tenía una jodida barriga grande. —Ten extendió la mano y pretendió contonearse. A su lado, Ham asintió, pensando también que la asaltacunas parecía embarazada.

—Sin embargo no tenía la forma correcta —insistió Aspen. Apuntó a la rubia—. Su estómago luce casi perfectamente redondeado, mientras que el de la otra mujer era más... rectangular.

Apoyando sus codos en el bar, Pick se recostó sobre el mostrador para comprobar la barriga de la rubia. —Tienes la panza de embarazada más adorable que haya visto.

—Y los pechos de la otra mujer no lucían ni de cerca tan hinchados como los suyos —siguió Aspen.

Pick resopló. —Diría lo mismo.

La rubia le lanzó una mirada. —¿Quién demonios eres tú?

Le sonrió. —Pick.

Ella parpadeó. —¿Qué elija qué?<sup>4</sup> No voy a escoger tu nombre.

—No, ese es mi nombre, Campanita. Pick, diminutivo para Patrick Jason Ryan. ¿Te gusta?

<sup>4</sup> Juego de palabras entre Pick, que significa elegir en inglés, y su nombre, que es Pick.

—De todas formas —Aspen levantó su voz para hablar sobre el extraño coqueteo de Pick con la embarazada—, no tenía nada de la retención de líquidos que esta chica tiene en su rostro.

La embarazada jadeó, agarrando sus mejillas mientras se giraba hacia Reese. —¿Tengo retención de líquidos?

—¿Qué? ¡No! No, cariño. Apenas.

—¿Entonces *sí lo tengo* ?

Apretando los dientes, Reese le envió a Aspen un ceño fruncido. Pensé que iba a saltar sobre el bar para defenderla, pero la puerta principal se abrió de nuevo.

Volvió la señora Garrison.

—Hamilton —gruñí—, ve a cerrar la jodida puerta antes de que alguien más entre aquí, ¿podrías?

Si Jessie supiera que teníamos esta cantidad de no-empleados en el edificio después de la hora de cierre, enloquecería. Pero luego, creo que ella no debería preocuparse mucho al respecto si se molestara en venir de vez en cuando. Podría encargarse de esta escena en lugar de dejar que nos ocupemos nosotros.

—¿Alguien tiene un hacha de mano? —gruñó Reese, alejándose del bar para enfrentarse con la señora Garrison—. Porque siento la necesidad de dar hachazos a una perra.

—Amigo. —Ten le dio un codazo a Hamilton, luciendo emocionado en tanto rebotaba sobre los dedos de sus pies—. Pelea de chicas. Asombroso.

Lowe se alejó rápidamente del bar y se encontraba al lado de su mujer en un microsegundo. Envolviendo su cintura con un brazo, la jaló contra su pecho mientras miraba a la recién llegada. —Te dije que no volvieras. Y dejé muy claro antes de incluso dejar Florida que no quería tener nada que ver contigo. ¿Por qué haces esto?

Lo ignoró, sonriendo casi amablemente a Reese... casi siendo la palabra clave porque no había nada placentero en el brillo de sus ojos. —Reese —murmuró, asintiendo en reconocimiento—. Ha pasado mucho tiempo desde la última vez que te vi.

—Lo sé, ¿verdad? —respondió Reese con la misma falsa amabilidad antes de mirarla con desprecio—. Mi mano dejó de doler desde la última vez que te abofeteé.

—¡Oh! —Ten gritó golpeando su rodilla y ululando—. *Fuego*.

La señora Garrison estrechó sus ojos. —Debes dejarlo ir, querida. Él no pertenece aquí.

Reese estalló en una risa. —¿Yo? ¿Dejarlo ir? ¿Me estás tomando el pelo? Tú eras la que lo...

Lowe cubrió su boca con la mano, sofocando sus palabras. —No nos vamos a meter en esto —dijo a la vieja bruja—. La única persona que necesita dejar Illinois eres tú.

La voz de la señora Garrison se quebró mientras decía—: ¿Pero que hay sobre nuestro bebé? —Al mismo tiempo, pestañeó un par de veces.

Visiblemente estremecido, sacudió la cabeza. —Ni siquiera estás embarazada. No sé porque inventas esta mentira o que crees que vas a lograr con esto, pero nada que puedas hacer me hará dejar mi vida aquí o separarme de Reese.

—Oh, yo puedo adivinar por qué lo hace. —Reese sacó la mano de Lowe de su boca—. Apuesto a que su prometido la dejó, y no tiene a quien más torturar.

Por la forma en que señora la miró con furia, me imaginé que Reese dio en el clavo.

—Si no estoy embarazada, entonces ¿cómo explicas esto? —Otra vez, hizo una dramática actuación de apartar el abrigo para mostrar su estómago.

—Oh, por favor. —La rubia que Reese llamó Eva se rió—. Esa es la panza de embarazada más falsa que haya visto.

Cuando la señora Garrison la perforó con el ceño fruncido, ella palmeó su propio estómago. —Esto es autentico, cariño. Entonces por qué no dejas de molestar a Mason o a mi prima Reese, regresas a casa en Florida, y encuentras a alguien nuevo a quien molestar. De hecho, busca a Madeline y Shaw Mercer ¿por qué no? Ellos realmente *merecen* tu tipo de atención.

La mujer simplemente resopló. —Debería haber adivinado que eras la primita altanera Mercer de Reese. Eva, ¿no es así? La que trató de atrapar a Alec Worthington en matrimonio quedándose embarazada...

—De acuerdo, eso es suficiente —interrumpió Reese—. ¿Por qué sigues aquí? Nadie te quiere.

—Y nadie te cree tampoco —agregó Lowe.

—Así que, ¿de verdad vas a apostar a la posibilidad de que esta barriga podría ser falsa? —La señora Garrison frotó amorosamente su vientre—. ¿Estás seguro que podrás vivir con la incertidumbre de saber si tienes un hijo ahí afuera o no?

El tormento llenó los ojos de Lowe. Presionó a su chica más cerca de su pecho. Reese me impresionó cuando frotó su brazo tiernamente. Me hizo preguntarme que podría pasar si fuera puesto en esta situación. Luego de casi criar a Caroline, Brandt y Colton, sabía que nunca podría darle la espalda a la

posibilidad de ser padre. Pero ahora que Aspen se encontraba en mi vida, me mataría pensar en tener el hijo de alguien más.

Dándome cuenta lo que acababa de pensar, le deslicé una mirada de asombro. ¿Pero acababa...? ¿Significaba esto que no quería tener bebés con nadie más que con ella? Guau. Creo que sí acabo de pensar en eso.

Eso era bastante loco.

—Oye, me ofrezco a averiguar si la barriga es real. —Cuando Ten frotó sus manos con una mirada lasciva y dio un paso hacia la señora Garrison, ella gritó y saltó lejos de él, levantando su dedo de modo amenazador.

—Acércate a mí, y te golpearé tan rápido que volará tu cabeza. Nadie me toca.

—Entonces no estoy convencido que estés embarazada. —Lowe acercó su rostro al de Reese, luciendo incentivado por su presencia. Su tono de piel ya no era pálido, y ahora parecía más enojado que asustado.

—Es un varón —siguió la persistente mujer—. Apuesto a que tendrá tus ojos y tu hermoso cabello. Estoy pensando en el nombre Christopher Mason.

Cuando Lowe se volvió otra vez blanco como el papel, decidí que había tenido demasiado. Alguien necesitaba tomar control de la situación y cortarla de raíz.

—Déjalo ya —dije, mirando hacia la señora Garrison.

—Ya has ido demasiado lejos —añadió Aspen, parándose de su taburete y abriendo su bolso—. Porque esta es una mentira que no puedes sostener. Podemos pararnos aquí, bromear toda la noche y no lograr nada. O podemos probar si estás diciendo la verdad en cuestión de minutos. —Sacando una bolsita marrón de papel de su bolso, la abrió y sacó una caja. Cuando entorné los ojos para centrarme en ella, me di cuenta que era una prueba casera de embarazo.

¿Qué demo...?

Aturdido y sin palabras, la miré boquiabierto. Levantando la mirada, encontré que Aspen se encogía a modo de disculpa al mismo tiempo que Ten explotó—: Mierda, Gamble. ¿Dejaste embarazada a la *Dra. Kavanagh*?





Traducido por Michelle♥ & MelMarkham

Corregido por Clara Markov

“Con el valor suficiente, se puede prescindir de una reputación.”

Margaret Mitchell, *Lo que el viento se llevó*.

## ASPEN

Noel no paraba de mirarme. Incapaz de responder la notable pregunta en sus ojos, me volví hacia Mason y Reese. —Aquí tienen. Consigan sus respuestas.

Sin embargo, lucían tan sorprendidos como Noel. Al final, Reese sacudió la cabeza como para despejarla y agarró la caja. —Gracias. —Apretando la mandíbula con determinación, enfrentó a la mujer que era demasiado parecida a mi madre—. Bueno, entonces todo está bien. ¿Dónde se encuentra el baño?

—No usaré esa cosa. —La señora Garrison se alejó un paso, horrorizada.

—Sí, lo harás —dijo Mason, con voz determinada y dura. Cuando parecía que ella iba a oponerse, sonrió con suficiencia—. Te diré algo. Hazte la prueba, y si sale positivo, me iré contigo en este momento.

—¿Disculpa? —Reese se giró para mirarlo boquiabierto. Él le apretó el hombro como rogándole que confiara.

—Pero si te niegas, quiero que te vayas y nunca vuelvas a esta ciudad.

Un instante de indecisión cruzó el rostro de la mujer, pero al final asintió.

—De acuerdo —dijo Reese—. Vigilaré cada uno de tus pasos hasta que esto se termine.

—No irás con ella —reclamó Lowe.

Al mismo tiempo, la señora Garrison dijo—: Tú no me acompañarás.

—Yo iré. —Eva, la verdadera embarazada, levantó la mano.

Pero Pick le agarró el codo. —No lo creo, Campanita. Si Lowe no confía que su chica esté a solas con esa mujer, entonces no te acercarás a ella. No en tu condición.

Tenía el presentimiento de que la señora Garrison trataría de engañar a Eva para orinar en el palito por ella. Así que, respiré hondo y tomé el asunto en mis propias manos. —Dame la caja. —Cuando Reese me la entregó fácilmente, miré a la señora Garrison—. Por aquí.

—¿Y tú quién te crees que eres? —se burló, sin moverse.

—Es la *Dra. Kavanagh* —respondió por mí Reese. Haciendo hincapié en la parte de doctora como si quisiera que la señora Garrison pensara que yo era una doctora, no una académica.

La señora Garrison entrecerró los ojos. —Vaya, ¿no es curioso?

—Gratamente, sí. —Conociendo bien cómo tratar a las de su clase, le di un severo asentimiento, demostrando mi rígida indiferencia—. Ahora, ¿vamos? —Me giré, sin esperarla y no me sorprendió oírle empezar a caminar detrás de mí—. Señor Gamble —llamé, nivelando mi barbilla alta—, ¿podría escoltarnos, por favor?

Él se alejó de la barra antes de que pudiera parpadear, tomándome del codo suavemente.

Sin decir una palabra, nos dirigió al pasillo. Nadie más nos siguió. Nos hallábamos a mitad del camino por el corredor oscuro antes de que se inclinara y me susurrara al oído—: Vamos a hablar de esto.

Asentí. —Es la razón por la que vine a verte esta noche.

Dejó escapar un largo suspiro. —Mierda. ¿En serio crees que estás...

—Espero, no pretenda que orine en un palo frente a usted, *doctora*. —La voz chirriante detrás de nosotros hizo que Noel apretara un poco más los dedos en mi brazo. Sabía que él iba a decirle algo humillante, así que hablé rápido.

—Oh, no se acercará al palo. Pero creo que podrá ocuparse del resto por su cuenta. —Me detuve frente a la puerta del baño y le tendí un vaso que robé de la barra—. Todo lo que necesitamos es una muestra.

La señora Garrison miró por un momento el vaso antes de arrebatármelo de la mano. Luego, furiosa, lo lanzó contra la pared. Cuando el vaso se hizo añicos, demandó—: ¿Dónde está la maldita puerta trasera en este lugar?

Noel se rió entre dientes. —Lo siento, no tenemos una.

Ella lo miró por un momento antes de darse la vuelta e irse.

Compartiendo una mirada con Noel, levanté las cejas. —Bueno, supongo que era un engaño.

Me rodeó con un brazo la cintura y me besó el cabello. —Puede que ella no esté embarazada, pero ¿qué probabilidades hay de que *tú* no lo estés?

Cuando me puso la mano en el estómago, una ola de calor se extendió a través de mí. —No... no lo sé. Solo tengo un par de días de atraso, pero...

—El armario —dijo—. Sin protección. Lo recuerdo.

—Sí. —Cerré los ojos y exhalé a través de los dientes—. Nunca he sido regular. Por lo tanto, quizá no signifique nada. Es que... necesitaba saberlo.

Noel me acercó, enterrando su cara en mi cuello. —Es extraño, pero no me siento tan asustado como creí que estaría.

Alcé la cara y sus dedos me trazaron suavemente la mandíbula. —¿Qué dices?

—Digo que si estás embarazada, estará bien. Tal vez mejor que bien. Es un poco prematuro, pero me parecería... bien.

La respiración se me trabó en el pecho. Acaso, ¿acababa de decir que *quería* tener hijos conmigo? No sabía cómo responder. Una alegría inmediata burbujeó en mi pecho por saber que él se sentía así, pero sabía que pensar en un bebé en este momento sería malo. Más que malo.

Y aun así... una parte de mí quería que fuera cierto, quería que Noel y yo nos quedáramos juntos e hiciéramos una familia. Tener a alguien a quien amar y que me ame.

—Entonces —incitó Noel, capturando mi barbilla y levantándome la cara hasta que fui forzada a mirarlo—. ¿Te sentirías bien con eso?

Abrí la boca, pero todavía no sabía con seguridad cómo responder. Mi primer instinto fue gritar que sí y saltar a sus brazos, así podríamos abrazarnos y tener nuestro “felices para siempre”. Pero cada vez que trataba de imaginar nuestro futuro, solo lo veía condenado.

—¡Dra. Kavanagh! —La voz eufórica de Reese Randall llegó por el pasillo antes de que ella corriera en nuestra dirección y me abrazara con fuerza—. Lo logró. Tenía razón. Mentía totalmente. Oh, Dios mío. Gracias.

Me hallaba demasiado sorprendida por el contacto como para abrazarla antes de que se alejara y se apartara el cabello de la cara. —No creo que fuera posible que manejáramos esto tan bien sin usted. Es como un salvavidas. Ah, y gracias por, ya sabe, seguirme la corriente cuando hice parecer que usted era un médico.

—No hay problema —dije, intentando sonar cortés y profesoral, incluso aunque lo arruiné por completo al sonreír y agregar—: Fue un poco divertido. —Existía algo eternamente animado en la señorita Randall; ella siempre llenaba mi clase de obras maestras mundiales con una vivacidad alegre y sacaba a la tonta despreocupada en mí.

Pero luego mató por completo mi humor al inclinarse para susurrarme—: Y suerte en su propia prueba, que resulte como usted lo quiera. —Cuando miró visiblemente a Noel, me di cuenta que sabía... aquí *todo el mundo* sabía que él y yo estábamos juntos.

Y Noel no ayudó en lo más mínimo a la situación cuando, un minuto después, me sacó del pasillo, gritándole a su compañero de cuarto al otro lado del bar que no necesitaba un viaje a casa, en lo que, mientras ponía su mano en la parte baja de mi espalda para dirigirme hacia la salida.

El señor Hamilton nos despidió con la mano y dijo cortésmente—: Buenas noches, Noel. Buenas noches, Dra. Kavanagh. —Lo que empeoró la situación.

Si acabara embarazada, todos sabrían que mi estudiante era el padre.



“No amas a alguien por su apariencia o su ropa o coche. Los amas porque cantan una canción que solo tu corazón puede entender.”

LJ Smith.

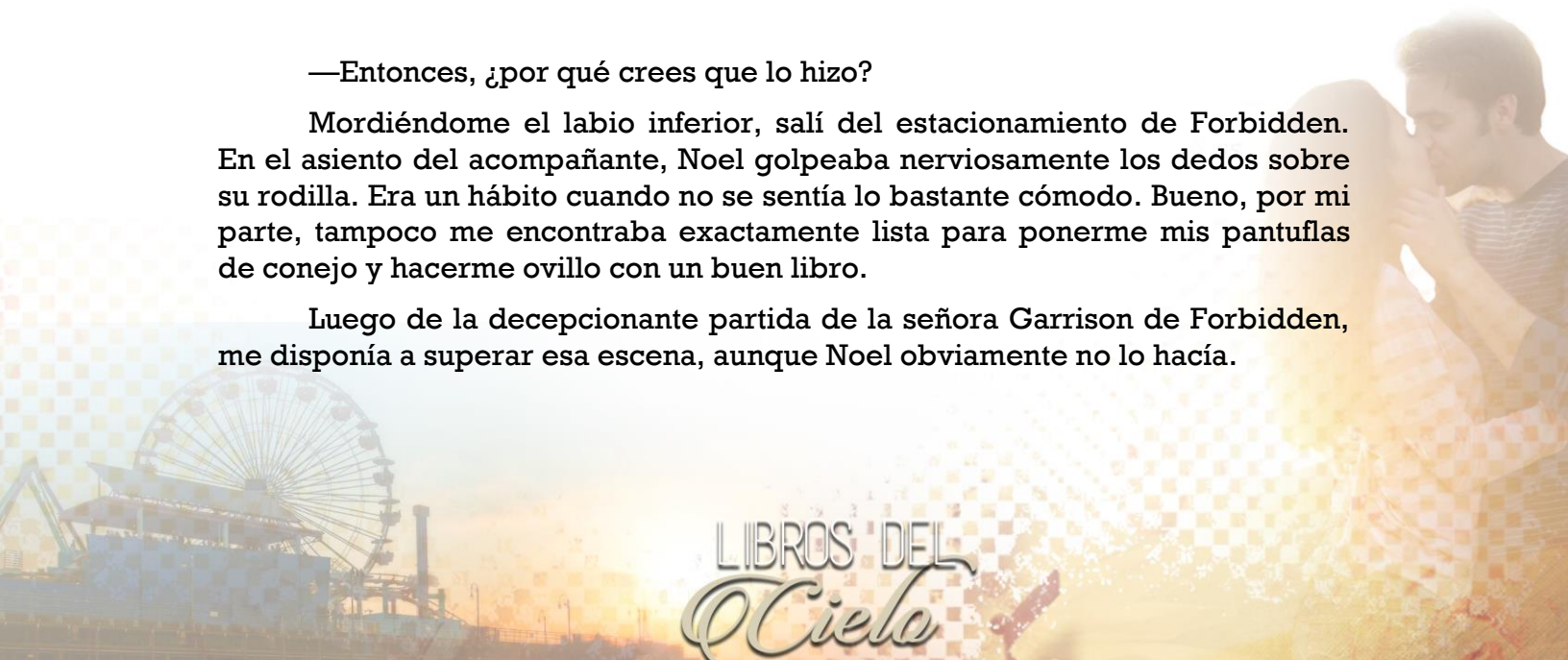
228



—Entonces, ¿por qué crees que lo hizo?

Mordiéndome el labio inferior, salí del estacionamiento de Forbidden. En el asiento del acompañante, Noel golpeaba nerviosamente los dedos sobre su rodilla. Era un hábito cuando no se sentía lo bastante cómodo. Bueno, por mi parte, tampoco me encontraba exactamente lista para ponerme mis pantuflas de conejo y hacerme ovillo con un buen libro.

Luego de la decepcionante partida de la señora Garrison de Forbidden, me disponía a superar esa escena, aunque Noel obviamente no lo hacía.



—Digo, ¿qué demonios? —Miró a través del interior del auto, hacia mí—. No lo entiendo. La mujer viajó desde Florida para contarle a Lowe una mentira que él descubriría con el tiempo. ¿Por qué siquiera molestarse?

Me concentré en su pregunta porque no me gustaba pensar en lo peligrosamente pública que se volvía nuestra relación, y eso era lo único que abarcaba mi mente ahora mismo.

—Las mujeres como ella usan todo lo posible para manipular a las personas —le dije—. La señora sabe que es una pensadora rápida. Tal vez esperaba que Mason la siguiera ciegamente a Florida y así podría contar con la posibilidad de inventar alguna otra cosa que usar en su contra para mantenerlo ahí.

Noel resopló. —Sí, pero... ¿por qué pasar por todo ese problema por alguien que no quiere nada contigo?

Me encogí de hombros, imaginando a mi madre. —Todo es cuestión de control. Ella se nutre de manejar a las personas en su vida. Y cada cosita que hacen.

—Me gusta el control —argumentó—. Soy el maldito mariscal de campo de mi equipo, y me considero la cabeza de mi familia. Diablos, prácticamente me he adueñado de Forbidden. Pero nunca...

Alcanzándolo, puse mi mano en la suya para detener sus golpecitos con los dedos. —Es porque sabes la diferencia entre liderazgo y dictadura. Y tienes una mente sensata y funcional. Ella no. Dudo que alguno de nosotros pueda entender la manera en que piensa. Está acostumbrada a manipular, chantajear, y hacer lo que quiere para salirse con la suya, tiene un ego muy grande y cree que no puede fallar en nada. En su propia mente, es invencible.

Girando la mano así nuestras palmas se enfrentaban, entrelazó nuestros dedos y me dio un apretón cálido. —Es como si tuvieras experiencia con gente como ella.

Asentí y me detuve frente a un cruce. —Sí. La señora Garrison es el vivo retrato de mi madre. Conozco muy bien su tipo.

Se llevó mis nudillos a la boca para besarlos. —Sabía que existía una razón por la que no me gustaba tu madre. —Luego cambió de tema, alzando la bolsa con mi prueba de embarazo y sacudiéndola—. Te harás esto cuando llegemos a casa, ¿no es así?

Una ráfaga de aire salió de mis pulmones. —Por supuesto.

Sus dedos volvieron a golpetear. El silencio llenó el coche. Me sentía tentada a encender la radio para matar la tensión.

—Esta noche se convirtió en una fiesta de bebés, ¿cierto? —Noel me lanzó una mirada ilegible—. Digo, con esa señora que vino para acosar a Lowe, después la chica con su amiga que estaba embarazada de verdad. Mi hermana. Y ahora tú...

Cuando sus ojos revelaron los nervios que sentía, me di cuenta que por eso estuvo divagando acerca de los problemas de Lowe. Temía mencionar el verdadero problema.

Nosotros.

—Tal vez no lo estoy —intenté tranquilizarlo—. Como dije, nunca he sido regular. Pero ya pasó el tiempo suficiente para tener resultados precisos, por lo que...

—No, está bien —me dijo—. Lo entiendo. Y estoy contigo al cien por ciento. No quiero esperar para averiguarlo. Quiero saberlo esta noche.

Asentí y estacioné. Después de que apagué el coche, los dos seguimos sentados allí, mirando hacia el frente sin movernos, hasta que Noel dijo—: De acuerdo, ¿es muy raro que esté completamente excitado?

Me volví para mirarlo boquiabierto. —¿Qué?

Se giró hacia mí. —No puedo dejar de pensar en eso. —Se estiró y me tocó el hombro tentativamente antes de que sus dedos se deslizaran por mi brazo—. ¿Qué si una parte mía crece ahí dentro? ¿En ti? Siento como si te hubiera marcado, como si fuéramos tan explosivamente increíbles juntos que una nueva forma de vida se desarrolló para contener el desbordamiento. —Su toque se ubicó sobre mi abdomen antes de presionar con suavidad—. Es tan malditamente caliente. Juntos podríamos crear arte, Aspen. Una obra maestra.

Inclinándose sobre el centro de la consola, me mordió la boca y luego deslizó su lengua dentro. El beso inició caliente y lento, pero no tomó mucho para que ganara calor y pasión. Antes de que lo supiera, ambos jadeábamos y forcejeábamos en el asiento delantero para alcanzar más uno del otro.

—No puedo esperar. —Me quitó la camisa por la cabeza y la lanzó al asiento trasero antes de agarrarme de la cintura y llevarme a su regazo—. Ven aquí, mujer.

—Pero qué hay de... —Aún nos encontrábamos en mi auto; los escalones de la entrada solo a unos metros de distancia. Estaba oscuro, sí, pero de todas formas... cualquiera podría pasar caminando y vernos.

—No me importa —dijo con voz áspera, bajando las copas del sujetador—. Te necesito. Ahora.

Cuando chupó uno de mis adoloridos pezones con su boca, quedé con muerte cerebral, y de repente, tampoco me importó. Acuné su cabeza y agarré su cabello con las manos mientras cabalgaba su erección a través de la ropa. La succión que tenía en mí parecía aferrarse a un nervio enganchado directamente con el núcleo entre mis piernas, porque rápidamente me encendió hasta que me retorció en su contra, rogándole en lo que rebuscaba para abrir el botón de sus vaqueros.

Poniéndolo en mi mano, lo bombeé, amando la sensación de terciopelo sobre acero. Su boca liberó mi pezón para así poder gemir y golpear la cabeza contra el respaldo.

—Maldición, eso se siente bien. —Movié sus caderas, haciéndome saber que quería más. Apreté con más fuerza y más rápido—. Sí —siseó, llevando la cabeza hacia adelante y presionando. Pero con la misma rapidez, agarró mi mano y la alejó—. Espera. Me quiero venir en tu interior.

Sacarme los vaqueros fue todo un truco. Ambos rebuscamos torpemente, él maldijo en frustración, y yo tuve que lanzar la cabeza hacia atrás para reírme por la estupidez. Pero tan pronto como se hallaron fuera del camino y pegados contra la ventana del lado del conductor, Noel agarró mis caderas y guió mi cuerpo hacia donde me necesitaba.

Siendo que mis piernas cubrían las suyas, extendió sus rodillas tanto como pudo en el espacio pequeño del asiento para que así pudiera extenderme a mí. Luego me bajó y me empaló. La sorpresa me hizo gemir. Los músculos en mi interior se aferraron a su alrededor, necesitando algo a lo que aferrarse, para fijarme a este momento.

—Maldita sea. —Sus dedos pellizcaron mis caderas y me levantó, solo para bajarme. Fue tan sustancioso como su primera embestida. Me mordí el labio y me aferré a sus hombros, sosteniéndome como si mi vida dependiera de ello—. Me encanta esto —jadeó—. Amo estar dentro de ti. —Su respiración era brusca y sus ojos bajos al encontrar mi mirada—. Eres tan hermosa. Jesús, Aspen. —Presionó la frente contra la mía—. Nada deberías ser tan bueno. No quiero que termine.

La profesora de literatura en mí inmediatamente tuvo un momento de Robert Frost. *Nada dorado permanece*. Bueno, Noel Gamble era el tesoro del felices por siempre al final de mi arcoíris. ¿Eso lo convertía en mi atisbo fugaz de alegría? ¿Mi oro que no puede permanecer?

Sus dedos encontraron mi estómago desnudo y plano como si buscara a nuestro hijo. ¿Y si *hubiera* un niño ahí? ¿Y si plantó la pieza de un por siempre en mi interior? Una pieza de nuestro legado podría sobrevivir generación tras generación. Quizá nuestro oro *podiera* permanecer.

Mi cuerpo se volvió fuego líquido cuando él me llevó a la cima sin piedad, transportándome directamente al borde y hacia el éxtasis. Nos vinimos juntos, besando y tocando, unidos en más formas de las que podíamos contar. Cuando me acurruqué contra él y enterré la cara en mi cabello, sosteniéndome cerca, lo único en lo que lo podía pensar era: *por favor, que esto no termine todavía. Solo un poco más.*

To professor  
with love

Linda Kage



Por lo tanto, oriné en el palo.

Después de lo que acababa de ocurrir en el coche, mis rodillas ya se sentían demasiado débiles como para caminar derecho. Noel siempre fue un amante intenso, pero esta vez me dejó agitada. Aunque debe haberlo afectado a él también porque no quería dejar de tocarme.

Una vez que hallamos toda nuestra ropa y estuvimos lo suficientemente decentes para entrar sin ser atrapados *in fraganti* por los vecinos, me tomó la mano y no la soltó. Ni siquiera me dejó ir sola al baño, lo cual era demasiado personal para mí. Lo saqué. Pero tan pronto como terminé, abrió la puerta, metiendo la cabeza y avergonzándose mucho, porque enterarme que estuvo escuchando era incómodo.

—¿Todavía nada? —preguntó, dando un paso dentro y frotando la mano por mi brazo al tiempo que miraba el palito de la prueba.

Negué con la cabeza. Nos quedamos en silencio, mirando el palo. Otros treinta segundos pasaron y por fin una línea comenzó a aparecer.

Noel apretó mi bíceps. —Aquí vamos.

Contuve el aliento, aguantando, esperando. No apareció una segunda línea. Mis hombros se hundieron.

Noel levantó la mirada, sus ojos azules inquisitivos. —Esto significa que es negativo, ¿no?

Asentí, incapaz de decir una palabra. Mi garganta se cerró, secándose al instante. Intenté aclararla delicadamente, pero no ayudó.

—Bueno. —Suspiró y miró la pared sobre mi hombro, luego se pasó una mano por el cabello antes de dejarla sobre su cadera—. Mierda.

Alcé la cara, sorprendida de oírlo decir eso. ¿De verdad quería que fuera positivo? Oh, Dios mío. ¿Lo quería yo? Había estado esperanzada. Pensaba que negativo era el resultado que quería. Pero se sentía demasiado decepcionante ahora que fue confirmado.

—Supongo... supongo que acabamos de esquivar una bala —dijo, solo para hacer una mueca y apartar la mirada.

Incapaz de soportar el saber que él lo quería tanto como yo, lo empujé para abrirme camino, escapando del baño. —¿Aspen? ¿Qué...?

232



Corrí por el corredor, necesitando espacio. Todo dentro de mí parecía que fuera a salir. Pero una vez que alcancé la habitación principal, me di cuenta que no quería estar ahí. Quería volver al auto, al regazo de Noel, sosteniendo con fuerza mi pedazo de oro.

Lágrimas quemaron en la parte posterior de mis ojos pero me negué a llorar. Me senté ciegamente en el apoyabrazos del sofá y agarré el almohadón para la espalda en busca de apoyo. Mi garganta se cerró; probablemente debí haberme conseguido algo para tomar, pero nada más me senté ahí.

Me sentía como si solo fuera un niño perdido, cuando en realidad había evitado un completo desastre.

—¿Aspen? —Noel apareció con cautela en la apertura del pasillo, donde se detuvo como si tuviera miedo de acercarse.

Levanté la vista hacia él y sacudí la cabeza. —¿En qué pensábamos? Si hubiera estado embarazada, eso habría sido todo. El secreto habría salido a la luz. A ti te hubieran expulsado de la escuela. Yo habría perdido mi trabajo. Tus hermanos... Tus hermanos... ¿Por qué nos *ilusionamos* con esto?

Noel dio un paso más cerca, luego se volvió a detener. Arrodillándose frente a mí, tomó mis manos y las levantó hasta su boca para besar suavemente mis nudillos. —Porque queríamos crear la prueba de lo increíbles que somos juntos. Queríamos un legado viviente de nuestra unión.

Sus palabras eran la absoluta verdad. Quería algo tangible y real que fuera mitad mío y mitad suyo. Lo anhelaba, necesitando que nos hiciera tan permanentes como fuera posible.

—Pero es lo más irresponsable que podríamos haber hecho. Esto se ha salido completamente de control. Volvimos a olvidar la protección, ahora, en el coche. Y dejamos que demasiadas personas supieran lo nuestro. Maldición, esta noche todos en el bar *sabían* que estábamos juntos. Y saben que fuimos lo bastante arriesgados como para que pueda quedar embarazada. Rayos, cuatro eran *mis* estudiantes.

Noel hizo una mueca. —Si sirve de consuelo, sé con bastante seguridad que podemos confiar en todos ellos.

¿Bastante seguridad? Cerré los ojos e incliné la cabeza. Jesús, eso era genial. —Es demasiado peligroso e imprudente. Debemos ser racionales.

Gruñó y presionó la frente en nuestras manos aferradas. —Odio cuando eres racional; siempre intentas dejarme cuando eres racional.

Con una risa severa, saqué las manos de su agarre. —Porque es lo más inteligente, Noel. Dios mío, ¿no te das cuenta cuánto control perdemos cuando estamos cerca del otro, cuánto ponemos en riesgo? Esta es la segunda vez que lo hacemos sin ningún tipo de protección, y tú dijiste que nunca...

—Sé lo que dije —espetó irritado en lo que se pasaba la mano por el cabello y se ponía de pie—. Y no es como si intentara olvidarme. Es que... todo

es diferente contigo. Eso es lo que ocurre. Si tú no fueras... si fueras cualquier otra chica, nunca tendríamos este tipo de problemas. No perdería la cabeza cuando estás cerca, y no olvidaría los malditos condones. Pero entonces, tal vez tampoco tendríamos que preocuparnos por recordar, porque eres mi profesora y no tendría problemas quedándome lejos. Pero eres *diferente*. Eres más. Y eso es exactamente la razón por la que vale la pena el riesgo.

—No. —Negué con la cabeza, incluso aunque sus palabras me afectaban. Siempre sabía cómo romper mi control. Porque él también era diferente. Era más para mí—. No vale la pena. —Siendo que él era más, no quería que saliera herido.

—Cariño. —Acunando mi rostro, se acercó por un beso. Sabía que en el momento en que su boca tocara la mía, estaría perdida. Nos hallaríamos de vuelta a donde empezamos, absortos en el momento y olvidando la realidad... de nuevo. Así que lo esquivé, poniéndolo furioso.

Dejándome retroceder, exhaló bruscamente y arrastró las manos por su cabello. —Bien —murmuró—. Sé que esta noche te asustó...

—No me asustó. Me abrió los ojos.

No le gustó mi respuesta. Sus ojos se entrecerraron y apretó los dientes. —Mira, sé que las probabilidades de que logremos superar esto ilesos parecen imposibles, pero...

—¿Pero qué? ¿Quieres seguir avanzando como ahora hasta que seamos expuestos y todo nos explote en la cara?

Lanzando las manos al aire, gritó—: No me importa si somos expuestos. Me importa quedarme *contigo*.

Golpeé los puños en mis caderas. —Bueno, quedarte conmigo no es bueno para ti.

Noel soltó una carcajada. —Diablos. Tú eres lo *mejor* que me pasó en la vida. Me crié sin ninguna guía de cómo ser una buena persona, cómo construir buenos hábitos de estudio, cómo sentir que alguien de verdad se preocupaba por lo que me ocurría sin necesidad de solucionar sus problemas como respuesta, cómo depender de alguien más. Tú me enseñaste todo eso. Te *necesito*, Aspen. Jesús, en verdad no tienes idea de lo que has hecho por mí en el tiempo que estuvimos juntos, ¿verdad?

Abrazando mi cintura, me paseé por el suelo, deseando un poco de espacio antes de dudar. —No digo que lo que teníamos no era... asombroso. Pero hay que considerar otras cosas muy importantes. Otras *personas*.

Noel se sentó en el apoyabrazos que acababa de dejar y miró al otro lado de la habitación, hacia mí, al momento que una mirada de horror aparecía en su rostro. —¿Lo que teníamos? —repitió lentamente.

Todo en mi interior se apretó con terror por lo que me encontraba por hacer. —Creo...

—No. —Se paró de golpe y caminó hacia mí—. No te atrevas a decirlo.

Me alejé con rapidez, mis ojos muy abiertos. Pero me atrapó y se aferró a mis hombros con fuerza. Sus ojos me ordenaron que no dijera una palabra. Pero de todas formas lo hice. —Necesitamos un tiempo separados.

—No —gruñó—. Empezamos esto juntos, mitad y mitad. No se terminará a menos que ambos lo queramos. Y yo digo que no.

—Noel. —Mi voz se rompió, y su expresión cayó.

—Maldición, Aspen. —Bajó la cabeza y se acercó para besarme. Puse la mano contra su pecho.

Nos miramos el uno al otro, frente a frente, respirando con dificultad mientras mi pequeño reloj en la pared con forma de gato con la cola y los ojos que se movían de un lado a otro, llenaba el silencio.

—Bien. —Sus dedos soltaron mi brazo en tanto daba un paso atrás. Pero sus ojos permanecieron decididos, aún llenos de pelea—. Tómame tu tiempo. Tómame todo lo que quieras para pensar en ello, o lo que necesites hacer. Pero yo no. Sigo cien por ciento con esto, y no iré a ningún lado hasta que te des cuenta que nos pertenecemos a pesar de todo lo que hay en nuestra contra.

Sin esperar a que contestara, marchó en dirección a la puerta principal y la abrió. Sus pasos resonaron en el pórtico delantero, haciéndose más débiles al alejarse. Sosteniendo los dedos en mis labios, intenté no llorar.

A Noel le importaba tanto que iba a pelear por lo nuestro pase lo que pase. Me hacía amarlos más que nunca, lo cual rompía mi corazón incluso más.



Traducido por Alexa Colton & Issel

Corregido por GypsyPochi

“Nunca subestimes a una pequeña mentirosa.”

Sara Shepard, *Pretty Little Liars*.

## ASPEN

Pasaron cuatro agotadores, horribles, e increíblemente largos días. Y no vi a Noel ni una vez. Creo que él me torturaba a propósito. Sabía que mi fuerza de voluntad era nula. Él sabía que tendría que verlo pronto. Y honestamente, mañana —cuando fuese a mi clase de literatura americana—, parecía no llegar lo suficientemente pronto. Necesitaba mi dosis de Noel. Ahora.

Golpeé ligeramente mi barbilla con mis dedos, incapaz de concentrarme en mi trabajo mientras miraba con nostalgia el celular que había puesto en la esquina de mi escritorio. Cuando comencé a estirarme para tomarlo, pensando en enviarle un mensajito de texto, solo para saludarlo, me abofeteé a mí misma mentalmente y golpeé mis dedos en mi teclado.

No. Mala Aspen.

Volví mi atención a la pantalla de mi ordenador en el que ingresaba las puntuaciones en el sistema de calificaciones, y no pude concentrarme en una sola cosa. Odiaba ingresar las calificaciones. Podría tener que dejar de usar el papel solo para evitar la monotonía de ingresar las puntuaciones.

La única clase hasta el momento en que decidí eliminar el papel era la de Noel. E iba sorprendentemente bien. Después de que comenzamos nuestra relación, les pedí a los estudiantes de su clase que me mandaran los ensayos electrónicamente. De esa manera, no veía nombres cuando leía sus trabajos. Solo los leía de la forma más justa posible, asignaba la calificación al terminar, y eso era todo, estaban instantáneamente en el sistema. Esa parte, me encantó.

La parte que me asustó fue cuando me di cuenta de que no había tenido la menor idea de la nota que le puse a mi novio, porque no había sido capaz de discernir cual ensayo era el suyo. Después de terminar con todos en la clase, Noel y yo comprobamos juntos su puntuación. Creo que casi exprimí sus dedos,

estuve tan nerviosa hasta el momento en que vimos que había conseguido una B.

Casi lloré porque no le di una A como yo esperaba. Pero él se rió, me dio un abrazo y me dijo que estaba bien. Estaba teniendo un promedio de C en la clase. Todo lo que tenía que hacer era sacar otra B en el último ensayo, y estaría bien. Había sonado tan seguro de sí mismo que me relajé. Pero, Dios, no tenía ni idea que salir con uno de mis estudiantes me daría tanto estrés en mi trabajo. Cuando comenzamos esto, estuve segura de que podría separar la escuela y la vida personal. Pero no podía. Quería darle a Noel la A más grande posible.

Alguien se aclaró la garganta, sacándome de mi ensoñación. —¿Dra. Kavanagh?

Alcé mi rostro de la pantalla de mi computadora para encontrarme a una bonita pelirroja de pie en la puerta de mi oficina. Me resultaba familiar, pero no sabía con seguridad donde la había visto antes. Girando mi silla para mirarla, esboqué una sonrisa, siempre emocionada cuando un estudiante me buscaba. —¿Sí?

Se mordió el labio, luciendo un poco nerviosa. —Soy Marci Bennett. Me gustaría hablar con usted acerca de mi nota.

—De acuerdo. Pasa. —Puesto que ya estaba en el sistema, rápidamente escribí su nombre para sacar su archivo—. Estás en obras maestras del mundo, ¿cierto?

—Eso es correcto. —Ella entró y cerró la puerta detrás de sí. Me tomó por sorpresa porque los estudiantes normalmente no lo hacían cuando me reunía con ellos. Por lo general, mantenían la puerta abierta, o era yo la que la cerraba. Solo Noel era el que siempre lo hacía, lo que me hizo sentir más inquieta con Marci. Pero ignoré mis aprensiones y continué sonriendo.

Tan pronto como se sentó, su actitud cambió. Su timidez se desvaneció para ser reemplazada por una sonrisa de suficiencia. Confundida por la transformación, deslicé mi mirada sobre ella, observando toda la imagen. Su cabello era una característica brillante, pero era de un rojo brillante que me hizo preguntarme si se lo teñía. Sus pechos parecían grandes, pero de nuevo, no era nada que un buen sujetador no ayudara a hacer. La mayor parte de ella se veía falso y mejorado.

—¿Cómo puedo ayudarte?

Cruzó las manos, precisamente, en su regazo, recordándome a uno de los movimientos de mi madre. —Bueno, para empezar, me gustaría una A.

Para evitar rodar los ojos, asentí seriamente. —Ya veo. Bueno, parece que ahora tienes una C. —Eché un vistazo rápido a la computadora, y sí, era una C, una C menos—. Todo lo que tienes que hacer es asistir a tus clases, entregar todas las tareas, trabajar muy duro y subirás la nota.

Eso pudo haber sido un poco arrogante de mi parte, pero ella también me daba una mirada muy arrogante. La niña mimada.

—En realidad —dijo, haciendo girar un mechón de su cabello alrededor de su dedo—. Eso no funciona para mí, porque no planeo asistir a otra de sus clases por el resto del semestre. Y seguro que no escribiré otro de sus malditos ensayos.

Hmm, me equivoqué. Niña mimada era un término muy suave para ella. Comencé a pensar que perra rabiosa le quedaba mejor. Continué sonriendo y levanté una ceja. —¿Y esperas una A por eso?

Me sonrió. —Exactamente. —Luego su mirada se tornó seria cuando se inclinó hacia adelante—. Oh, y una cosa más. Voy a necesitar que dejes de follar con Noel Gamble mientras estás en ello.

Retrocedí en mi silla al tiempo que la sangre se drenó de mi cabeza. —*¿Perdona?*

Con un pequeño resoplido, ella rodó los ojos. —No tienes por qué seguir este estúpido juego conmigo, cariño. Lo sé todo. Verás, Noel me rechazó la semana pasada. —Un sonido molesto gorgoteó desde el fondo de su garganta mientras arrojó sus rizos rojos por encima del hombro—. Y nadie me rechaza. Sabía que pasaba algo. Así que... Lo seguí hasta que conseguí mi prueba. ¡Y *tada!*

Ella sacó su teléfono celular, girándolo para mostrarme la pantalla. Noel y yo nos encontrábamos en mi coche, acurrucados en el asiento del pasajero. Aún no habíamos llegado a la parte donde él destrozaba mi sostén, gracias a Dios, pero era más que evidente el tipo de relación que teníamos.

Preguntándome cómo diablos obtuvo tal buena foto, con la oscuridad y esa proximidad, levanté la mirada.

Marci sonrió y asintió. —Es hora de que me des una oportunidad con él.

Querido Dios, le *gustaba*. A ella le gustaba *mi* hombre.

Contando con el hecho de que no querría lastimarlo, le dije—: Si le muestras esa imagen a alguien, Noel también tendrá problemas. Después del escándalo con el equipo de voleibol, el entrenador le dijo a todos los jugadores de fútbol que serían echados del equipo si se los atrapaba en una situación similar. Y ya que él tiene una beca deportiva, tendría que dejar Ellamore definitivamente. ¿De verdad quieres que eso le pase?

Marci guardó silencio. Oré para que fuera un engaño; incluso tomé una respiración de alivio. Pero luego ella contraatacó con—: Entonces supongo que tendré que mostrarles *esta* foto.

Se desplazó a una nueva imagen, y casi vomité.

El rostro de Noel no aparecía en esta foto. Era solo yo. Ya no llevaba mi sujetador, y yo tenía la cabeza hacia atrás, con el cabello derramado por mi

espalda y mis pechos desnudos arqueados hacia el frente. La única parte de mi compañero era un fuerte brazo masculino envuelto alrededor de mi espalda. Yo me hallaba probablemente a mitad de mi orgasmo, y... De acuerdo, tuve que tragar un poco de vómito.

Pero, oh, Dios mío. Esto era malo. ¿Cuántas fotos tenía esta perra?

—Nadie puede reconocerlo ahí porque su cara no aparece. —Me envió una sonrisita de satisfacción, que devolví con una mirada fija—. Pero mira... justo ahí. —Señaló el tatuaje—. Alrededor de una docena de otros jugadores tienen el mismo tatuaje. Así que es más que obvio que estabas follando con un actual jugador del equipo de futbol, pero nadie podrá saber exactamente con cuál.

Mantuve mi expresión en blanco. Era lo único que podía hacer en un momento así. Digo, claro que podía saltar sobre la mesa para estrangularla hasta la muerte, y eso es lo que yo quería hacer. Pero eso no ayudaría Noel, a no ser que encontrara una manera de sacar un cadáver de mi oficina.

Maldita sea.

Después de aclararme la garganta discretamente, pregunté—: ¿Quieres una A menos o una A más?



"La única manera de encontrar la verdadera felicidad es arriesgarse a ser heridos completamente."

Chuck Palahniuk, *Invisible Monsters*.

## NOEL

Decidí darle a Aspen algo de tiempo. Lo sé, eso no tenía sentido. Siempre que ella tenía tiempo para razonar las cosas, decidía en nuestra contra. Pero confiaba en el hecho de que ella me echaría de menos.

Porque seguro como el infierno que yo la extrañaba.

—Vamos, hombre. Me estás matando. —Ten se acercó a mi lado, donde yo me hallaba sentado en la mesa junto a nuestra cocina de mala muerte con las tareas distribuidas en la superficie, y cerró de golpe el libro de texto que yo estaba leyendo—. Has estado trabajando o haciendo la tarea todo el puto fin de semana. Me estás volviendo loco.

Le envié una mirada y volví a abrir el libro, murmurando en voz baja porque el bastardo había perdido mi página. —Te lo dije, tengo que ponerme al día con esta mierda. Vete.

Ten volvió a cerrar el libro lentamente, alzando las cejas en un desafío. —No estás haciendo los deberes, marica. Estás haciendo pucheros porque ella te abandonó.

Apretando los dientes para mantener mi temperamento bajo control, gruñí entre dientes—: *No me dejó*. —Dijo específicamente la palabra “tiempo”. Eso significaba que volveríamos a estar juntos... eventualmente. Un tiempo significaba que todavía había una oportunidad.

Cuando abrí el libro por tercera vez, mi compañero de cuarto lo alejó de la mesa y de mi alcance, manteniéndolo por encima de su cabeza como un niño abusivo de once años que le roba la muñeca a su hermana pequeña. —Tú sigue diciéndote eso, amigo. Pero aun así saldremos esta noche.

Golpeé la parte superior de la mesa. —No quiero...

—Bueno, me estoy muriendo de hambre, y no hay comida en la nevera. Era *tu* turno para comprar comestibles. Así que me vas a llevar a comer. Tengo ganas de ir a Guido's.

Negué con la cabeza, sorprendido por su especificidad. Nunca ansiaba un cierto lugar. Diablos, el tipo nunca anhelaba cierto tipo de comida. Él era una de esas aspiradoras que comían lo que sea que le pusieras delante.

—¿Qué es esto? —le pregunté—. ¿Me estás pidiendo una cita?



Me guiñó un ojo y lanzó un beso. —Cómprame suficientes tragos, y quizá tengas suerte.

Con un bufido, me rendí y dejé que Ten me sacara de mi apartamento. No se lo admitiría, pero era agradable tomar un poco de aire fresco. Me había escondido en el apartamento durante demasiados días, y salir a respirar por un minuto ayudó a aclarar mis ideas.

Encontramos un sitio de estacionamiento a una cuadra y cruzamos la calle hasta Guido's. Todavía molestándome por añorar a Aspen, mi compañero de piso me golpeó el brazo, tratando de sacarme de quicio. Pero lo ignoré la mayor parte.

No hasta que dijo—: Oh, mierda. —Lo miré y atrapé como lo amplio de sus ojos se iba.

—¿Qué? —Comencé a voltear para ver lo que miraba, pero él cogió mi brazo—. Nada. He cambiado de idea. La comida de Guido's apesta. Vamos a por algo mexicano u otra cosa.

Rodé los ojos. Que tan obvio podía ser un chico. Me giré nuevamente. Cuando trató físicamente de impedirme mirar, lo empujé y encaré el pequeño restaurante italiano.

Y ahí se encontraba ella.

Al cruzar de la calle, en frente de una amplia y abierta ventana de vidrio en una mesa para dos, estaba sentada Aspen. En Guido's. Con el Dr. Chaplain. En lo que parecía una jodida cita.

—Hijo de puta. —Cuando salí de la acera para cruzar hacia ella, Tening tomó mi brazo.

—Guau, hombre. ¿Qué crees que estás haciendo?

Apreté la mandíbula. No podía apartar la mirada de *mi* mujer mientras ella tomaba un trago de la copa de vino y sonreía por algo que el idiota al otro lado de la mesa acababa de decirle. ¿Qué creía ella que estaba haciendo?

Esa era la pregunta.

—Voy para allá —le dije a Ten. Pero él me jaló de vuelta, enojándome aún más.

—¿Estás loco? Si vas hacia allá y creas una escena como algún *ex novio celoso*, las personas se van a dar cuenta de que en realidad eres un *ex novio celoso*. ¿Quieres que te saquen del equipo? ¿Que ella pierda su trabajo?

Le lancé una mirada severa. Levantó sus cejas, y maldijo en voz baja. —Maldición. —Sacándome el teléfono del bolsillo, hice la siguiente mejor opción. La llamé.

Pude notar el momento en que su línea comenzó a sonar. Se tensó y su *cita* hizo un gesto, tal vez diciéndole que le parecía bien que atendiera. Pero

ella negó con la cabeza. Apreté mis dientes. Cuando se fue al buzón de voz, gruñí—: Te veo. Veo con quien estás. Y no me gusta. ¿Cómo es mejor estar con un hombre *comprometido*, que salir con un estudiante?

Después de dejar ese mensaje, instantáneamente marqué su número de nuevo. Esta vez, ella se disculpó y se inclinó para comprobar el identificador. Cuando vio que era yo, metió su teléfono de nuevo en su cartera. Pude leer sus labios cuando le dije que no era nadie importante.

Un ácido corroía por mi estómago. —Nadie importante, ¿eh? —Resoplé y tuve que apartar la mirada porque de repente mirarla dolía demasiado—. ¿Le dijiste que no era nadie importante? Gracias. Muchas gracias. —Colgué porque después sabía que diría algo horrible, y no quería decirle nada feo a Aspen. Solo quería que sacara la cabeza de su trasero y se alejara de ese idiota.

Pero, diablos, no podía aguantarlo. Bombardeé su jodido teléfono con mensaje tras mensaje, jodidamente cerca de acosarla, o a lo mejor esto era de plano un acoso. Maldición, no sabía. Le pregunté si se lo iba a follar, si engañar a la prometida de él la hacía sentir mejor consigo misma que tener una relación fiel y monógama conmigo, si siempre superaba a los hombres tan rápido como me había superado a mí. No sé todo lo que dije, pero no pude calmarme hasta que la vi tomar su cartera y pararse, probablemente encaminándose hacia el baño.

Tomando eso como mi señal para seguirla, salí de la acera nuevamente. Pero Ten, maldito sea, no iba a dejarme acercarme al restaurante.

Gruñéndole hasta que me dio algo de espacio para respirar, caminé por la esquina de la calle, esperando hasta que ella fuese hacia el baño, o a donde quiera que haya ido, y pudiera responderme.

Pero no respondió.

Harto, dejé caer la bomba. Ya no iba a jugar. Con dedos tan temblorosos que tuve que borrar y reescribir el mensaje tres veces antes de presionar *enviar*, escribí—: **No hagas esto. Te amo, Aspen. Déjalo y ven a afuera conmigo.**

La ansiedad me hacía estremecerme desde mis pulmones. Ahora ella lo sabía. Acababa de desnudarle mi alma y me había hecho tan vulnerable como nunca. Solo una persona sin corazón ignoraría esto, y conocía a Aspen. Era lo más lejano posible a una persona desalmada. Ella también me amaba. Solo tenía que dejar de escuchar a la razón y el decoro, y se daría cuenta de ello.

Otros cinco minutos pasaron. Cuando apareció junto a la mesa donde su cita seguía esperando, el aliento salió de mis pulmones. Esperaba totalmente que ella se disculpara con él y viniera hacia mí. Pero se acomodó su falda, levantándola un poco como una perfecta señorita y se sentó. Y su cita continuó.

To professor  
with love

Linda Kage

No podía apartar la mirada. No podía parpadear. Todo dentro de mí se cayó a pedazos. Pasándome la mano sobre la boca, me giré hacia mi mejor amigo.

Sus ojos se hallaban ampliamente abiertos como... No sabía. ¿Impresión? ¿Temor? ¿Preocupación?

—¿Gam?

—A la mierda —dije—, vamos a emborracharnos.

243

LIBROS DEL  
Cielo



“No es bueno dejarse arrastrar por los sueños y olvidarse de vivir.”

J.K. Rowling, *Harry Potter y la piedra filosofal*.

## ASPEN

Me palpitaba la cabeza. Cuando ingresé a mi casa a oscuras, mantuve las luces apagadas y recosté mi espalda contra la puerta delantera para calmar mi aliento.

La noche había ido exactamente como la había planeado, lo que odiaba. Philip parecía ansioso por salir conmigo cuando lo llamé. No había siquiera tenido problema con aceptar que nos encontráramos allá.

Le pregunté sobre su prometida directamente, y dijo que se habían separado en febrero. Luego me compró algunos tragos, hablamos sobre las políticas de la universidad hasta que comenzaron las llamadas de teléfono y los mensajes. Supe inmediatamente que era Noel.

Cuando Philip me dijo que no había problemas con que contestara, le resté importancia, tratando de parecer que era grosero contestar una llamada en una cita. Pero luego se hizo más difícil ignorar el teléfono porque seguía sonando e interrumpiendo. No sé en qué pensaba; mi cerebro obviamente no funcionaba bien porque debí tan solo haber apagado la cosa. Pero nunca era capaz de hacerlo porque inconscientemente siempre esperaba “la llamada” de mis padres.

Nunca sabré tampoco por qué me excusé para ir al baño. Pero lo hice. Y leí sus mensajes. Todos.

Me mató caminar de vuelta hacia Philip.

Tan discretamente como me era posible, vi a Noel afuera, mirándonos, y treinta segundos después de que arrastrara a su amigo para irse, me puse de pie, cancelando mi cita con Philip.

Sacando mi teléfono de la cartera, dejé que el Prada cayera al suelo y abrí el último mensaje que me había enviado.

*No hagas esto. Te amo, Aspen. Déjalo y ven a afuera conmigo.*

Una y otra vez, lo releí, y dolía más cada vez que mi mirada pasaba sobre las palabras. Gimiendo, me llevé el puño a la boca y mordí mis nudillos. Pero eso no ayudó. Las lágrimas vinieron de cualquier firma.

Me deslicé hasta el piso y enterré la cara en mis rodillas al tiempo que punzadas de agonía me atravesaban el estomago. No tenía idea por cuanto tiempo estuve ahí sentada, tratando de consolarme y fallando, pero mis articulaciones estaban rígidas y mi cabeza, atontada. Dolió cuando alguien

golpeó mi puerta, haciendo que la vibración de esta crujiere a través de mi espina.

Jadeé y me golpeé la boca con la mano, esperando que quien estuviera llamando no me hubiese escuchado. Respirando bruscamente, permanecí perfectamente inmóvil, esperando que se fuera sin intentar de nuevo. Pero treinta segundos después, siguieron más golpes.

—Dra. Kavanagh —gritó alguien—, sé que está ahí. ¡Diablos! Salga de ahí. ¡Ahora!

Un momento. Esa no era la voz de Noel. ¿Qué diablos?

Me puse de pie y deslicé a un lado la cortina para espiar por la ventana. Oren Tenning me miró, con sus manos en las caderas. Preocupada de que algo le hubiese pasado a Noel, luché para desbloquear el cerrojo y abrir la puerta.

Pero no dijo nada sobre su compañero de cuarto. Apretando sus manos y moviéndolas erráticamente, gritó—: ¿Qué mierda?

Aclaré mi garganta, lamí mis labios secos y enderecé la espalda. —¿Qué necesita, señor Tenning?

—Necesito que me diga qué diablos sucedió esta noche. Cuando me escribió, pidiéndome que me asegurara de que Gam estuviese en cierto lugar a cierta hora... Joder, pensé que iba a tratar de volver con él. No a arrancarle su jodido corazón de su maldito pecho.

Las lágrimas se deslizaban por mis mejillas. Agradecí que estuviese oscuro y que él no pudiera ver mi cara, porque mi plan de no parecer afectada se estaba deshaciendo

—Me usó.

Colocándome la mano contra mi diafragma, inhalé profundamente. —Necesitaba que me odiara.

—Pues felicitaciones. —Bufó y movió la mano en mi dirección—. La odia.

Me contraje de dolor pero asentí. —Bien.

Con una risa dura, Ten pasó sus dedos a través del cabello y se giró solo para regresar a mí. —No puedo creerle. Estaba loco por usted. Él... ¡Jesús! Es que... Nunca más me pida que la ayude a lastimar a mi mejor amigo. Porque me rehúso.

—No te pedía que lo lastimaras, sino que me ayudaras a *protegerlo*.

—¿Protegerlo? ¿Protegerlo de qué?

No podía responder a eso si romperme. Mis dedos ya temblaban mucho, diciéndome que estaba al borde de un ataque de pánico. Con una sonrisa tiesa, me encontré con la mirada de Ten. —Creo que lo descubrirás suficientemente pronto.

—¿Descubrirlo? —repitió, con los ojos amplios en alarma—. ¿Descubrir qué? ¿Qué diablos está a punto de suceder?

—Nada que vaya a afectarte. Nada que vaya a afectar a Noel. Creo. —Tragué saliva, y cruzando los dedos metafóricamente, tomé una respiración profunda—. Creo que está seguro.

—¿Usted cree? Jesús Cristo. Ahora estoy enloquecido. ¿Qué sucede? ¿En qué lo metió?

—Nada. Estoy noventa por ciento segura de que esto no lo afectará para nada.

—Bueno, a menos que esté un ciento diez por ciento segura, entonces no estoy convencido. ¿Qué está pasando?

De pie firme, levanté mi barbilla y me mantuve regia. —Lo que sucede es que me rehúso a ser uno de esos profesores que le dan una nota a una estudiante que no se merece. —Si yo no podía tener mis felices para siempre, entonces tampoco lo tendría la jodida Marci Bennett—. No voy a ceder bajo presiones, o demandas, o *extorsión*. Y eso es todo lo que necesitas saber. Aprecio tu preocupación por tu amigo, y me alegro de que Noel tenga alguien tan leal y que lo cuide. Pero de verdad tienes que irte ahora.

—Joder —dijo—. Alguien sabe ¿no es así? Mierda. ¿Quién es? No puede ser ninguno de los chicos de Forbidden. Ellos nunca le harían eso a Gam. Solo dígame quien es. A lo mejor puedo hablar con él. Un momento, usted dijo *una* estudiante ¿no es así? ¿Quién es ella?

—No necesitas involucrarte más de lo que ya estás. —Toqué su brazo—. Solo mantén a Noel... fuera de esto. Y... Y si trata de hacer algo *radical*, por favor recuérdale a sus hermanos. No puede hacer que lo saquen de Ellamore si quiere ayudar a su familia. Sus hermanos lo necesitan.



# 29

Traducido por Adriana Tate & Jeyly Carstairs

Corregido por Eli Mirced

“Lo único peor a un chico que te odia, es un chico que te ama.”

Markus Zusak, *La Ladrona de Libros*.

## ASPEN

La noche más larga de mi vida pasó en segundos. Treinta mil. Y sentí cada uno de ellos. No dormí. No comí. Solo me senté en mi sofá, en la oscuridad, preguntándome si hacía lo correcto. Si le decía a Noel sobre las exigencias de Marci Bennett, él intentaría hacer algo dulce y noble, y quizá haría que lo echaran de Ellamore debido a ello.

Pero me dolió demasiado hacer lo que hice. Si él estaba la mitad de dolido que yo, entonces esto era un cruel e inusual castigo. ¿Cómo podía hacerle esto? ¿Cómo le podía hacer creer que no lo amaba después de que me dijo que me amaba primero?

*Porque yo sí lo amaba*, me lo tenía que repetir cada vez que comenzaba a ablandarme. Lo amaba tanto que quería que alcanzara sus metas. Quería que se graduara de la universidad, que fuera reclutado en la NFL y que tuviera su “vivieron felices para siempre”. Iba a lograr cada meta que se propuso alcanzar. Me iba a asegurar de eso.

Pero me palpitaba la cabeza mientras conducía hacia el trabajo. También cuando comencé mi primera clase. Me encontraba enseñando introducción a la literatura, cuando la puerta de la sala de conferencias se abrió de golpe, chocando contra la pared.

Un par de chicas en el salón dejaron salir gritos de terror y yo casi me meé en mis bragas cuando me giré para enfrentar la amenaza. Esperaba ver a algún terrorista portando un arma de aspecto letal o algo igual de dramático. Pero lo que entró tropezando en el salón era mucho peor.

Muchísimo. Peor.

Con la ropa arrugada como si hubiese dormido así, un Noel Gamble sin afeitarse me dio una gran sonrisa descuidada mientras se dirigía hacia un asiento desocupado en la primera fila.

—Lamento llegar tarde, profesora. —Arrastró las palabras torpemente, y el olor a cerveza irrumpió en el aire cuando pasó junto a mí para desplomarse en el asiento—. Me quedé dormido. —Alzó su dedo pulgar e índice, dejándolos separados por centímetros—. Solo un poquito.

No podía creer lo que veía. —Estás borracho —espeté, horrorizada, estupefacta y francamente muy asustada.

Dios querido, esto iba a terminar mal. El pánico se apoderó de mí, pero me las arreglé para calmarme mientras le lanzaba dagas al hombre que me partía el corazón en dos en la primera fila.

—Shh. —Puso el dedo índice contra su boca—. No diré nada si usted no lo hace. Podría ser nuestro secretito.

Mientras las personas de la clase se reían disimuladamente, sin tener idea de a qué se refería realmente, yo palidecí. Lo podría matar por esto.

Noel miró a la chica a su derecha, quien todavía reía tontamente, y su sonrisa se ensanchó, animado. —Hola, eres bonita. ¿Tuvimos sexo antes?

Maldición. Lo iba a matar. Aquí y ahora mismo.

Cuando la chica se sonrojó, riendo un poco más y le dijo que no, él puso la mano sobre su corazón, haciendo un sonido de desaprobación. —Bueno, eso es una jodida lástima. Definitivamente deberíamos salir. —Luego me miró, con burla en su mirada—. ¿Eso le parece bien... Dra. Kavanagh?

Eso era todo. Eso era más de lo que yo podía soportar. —*¡Señor Gamble!* —le grité, sin ser capaz de controlar mi ira. Mi mano temblaba cuando le señalé la salida—. Salga de mi salón de clases. Ahora. Mismo.

Su sonrisa borracha murió y sus ojos vidriosos se entrecerraron. —Pero estoy aquí para aprender, *profesora*. Así que continúe y enséñenos algo útil. Como... como quizás sobre ese tipo Hemingway. —Con las cejas fruncidas de forma pensativa, sacudió la cabeza—. No. Así no es. ¿Hemingway? ¿Hathaway? *¡Hawthorne!* —Chasqueó los dedos, o al menos lo intentó—. Sí. Hawthorne. ¿Por qué no nos habla un poco más sobre su libro de la letra escarlata? O como sea que se llame. Creo que yo podría verme reflejado con algunos de esos jodidos personajes.

Con la mandíbula apretada, dije—: Usted ni siquiera toma esta clase. Ahora váyase.

Su sonrisa era amarga y su risa aún más severa. —Vaya, le encanta salir con nuevas maneras para deshacerse de mí, ¿no es así?



Cuando encontré su mirada, un dolor vulnerable destelló de sus ojos, casi matándome. Necesitaba que se fuera antes de quebrarme completamente, rompiéndome en un millón de pedazos.

—Señor Hamilton —exclamé frenéticamente, parpadeando como las alas de un colibrí para contener las lágrimas. Escaneando la habitación, busqué en el mar de rostros a su amigo, que sabía que tomaba esta asignatura—. Por favor, ¿podría escoltar a su *compañero* fuera de mi salón?

—¿Quinn? —Noel se giró hasta que vio al otro chico levantarse y caminar hacia él—. ¡Hola, Ham! —saludó, poniéndose de pie para saludar a su *compañero* con una palmada en la espalda—. No sabía que también tomabas esta clase, amigo. ¿Por qué no vas a sentarte? —Le hizo un gesto con la mano para que se alejara—. Estoy bien aquí. Yo me encargo de esto.

—Vamos, Noel —dijo Quinn sombríamente.

—Pero estoy aquí para aprender un poco de literatura. —Cuando Noel se resistió e intentó tirar de su brazo fuera del agarre de Quinn, un par de chicos más, jugadores de fútbol de aspecto corpulento saltaron de sus asientos para ayudar.

Esta vez, cuando tres chicos lo levantaron en el aire, él simplemente sonrió y señaló a la chica con la que había coqueteado. —Oigan chicos, ¿ya conocieron a mi nueva amiga? —le preguntó a sus *compañeros futbolistas*—. Todavía no hemos tenido sexo, pero estoy seguro de que lo tendremos. —Mirándola por encima del hombro de Quinn, imitó la forma de un teléfono con su mano y lo presionó contra su oreja—. Llámame.

Empuñé mis manos a mis costados, conteniendo la respiración. En el último segundo antes de que sus *compañeros* lo empujaran fuera del salón, él extendió la mano y agarró el marco de la puerta, como un gato rehusándose a entrar en su cesta.

—¡Esperen! —Luchó contra los jugadores hasta que su mirada se encontró con la mía—. Vine a decirle algo. —Las emociones hirvieron en lo profundo de su intensa mirada.

Mi estómago se hizo un nudo.

—Váyase a la mierda —dijo, apretando los dientes como si quisiera decir cada una de las letras de esas palabras con todo lo que tenía—. Váyase a la mierda por ser una cobarde y darse por vencida. Váyase al infierno, *Dra. Kavanagh*. —Tomó un pedazo de papel de su bolsillo, lo hizo una bola y me lo lanzó. Lo observé aterrizar en el suelo y supe que no quería saber lo que decía.

Cuando la puerta se cerró, el silencio cayó en la sala de conferencia. Presionando la mano en mi abdomen, me giré para enfrentar a mis estudiantes. Nunca había visto a tantas personas tan firmes a escuchar lo que a continuación tenía que decir.

To professor  
with love

Linda Kage

Abrí la boca, pero ninguna palabra salió. Aclarándome la garganta, bajé mi cara y lo intenté de nuevo. —Lamento la interrupción. Se pueden retirar ahora.

Por un segundo, nadie se movió. Luego levanté mis cejas y de repente parecía que no podían retirarse lo suficientemente rápido.

Incluso una chica fue lo suficientemente amable para agacharse y recoger la nota por mí. La tomé con un fuerte asentimiento y la enrollé en mi puño. Después de que el lugar se vaciara, empaqué mi maletín y caminé hacia mi oficina antes de encerrarme sola. Me desplomé en mi silla y me quedé sentada allí otros cinco minutos antes de abrir mi mano para leer la nota que estaba arrugada dentro.

Era otra cita de mi tablero: “¿Sabes cuál es el sentimiento más horrible que puedes tener? Odiar a la persona que más amas en el mundo.” —S. E. Hinton, *Eso fue entonces, Esto es ahora*.

250



LIBROS DEL  
Cielo

“¿Habría hecho alguna diferencia la palabra “lo siento”? ¿Lo ha hecho alguna vez? Es solo una palabra. Una palabra contra miles de acciones.”

Sarah Ockler, *Bittersweet*.

## NOEL

Sobrio y sintiéndome como una mierda, empuñé mi mano y golpeé la puerta de Aspen. Ella no la abrió hasta después de treinta segundos de que comenzara a gritar su nombre a todo pulmón.

Tan pronto como el cerrojo sonó y se abrió, coloqué mi mano en la superficie y comencé a empujar... hasta que alcancé la cadena. Mirándola, alcé una ceja. —¿En serio?

—Deja de golpear mi puerta o llamaré a la policía.

Presioné mi frente contra la fría madera así podía verla a través de la pequeña abertura y metí mis dedos en el hueco. Movimiento arriesgado, pero sabía que ella no golpearía mis dedos. Mi polla podría ser otro asunto, pero mis dedos parecían relativamente seguros. Eso esperaba.

—Por favor. Solo vine a disculparme. Estoy sobrio ahora, lo juro.

—Podrías disculparte desde ahí afuera tan bien como lo podrías hacer aquí adentro.

Pero yo quería estar adentro. —Aspen —dije con voz ahogada, muriendo un poco por su rechazo. Mis párpados se apretaron—. Lo siento. Joder, lo siento tanto. Déjame entrar. Solo déjame entrar.

Me dio un suspiro de rendición. Para mí, sonó como el crujido de las puertas del cielo mientras se abrían para permitirme entrar al Paraíso. —Saca tus dedos del camino para que pueda desbloquear el cerrojo.

Abrí los ojos para sopesarla. Podría estar mintiendo, pero decidí correr el riesgo.

—Confío en ti —le susurré antes de que lentamente deslizara mi mano.

La puerta inmediatamente se cerró de golpe. Tragué saliva, temiendo lo que venía. Me prohibiría por siempre la entrada a su casa. Pasó un segundo, y me quede allí, aterrorizado, y sin estar seguro de que hacer conmigo mismo ahora, porque todo lo que quería estaba al otro lado de esa puerta.

Entonces la cadena sonó y mi corazón se sacudió con sorpresa y júbilo.

Agarrando el pomo, lo giré y entré.

—Oye...

Podría fruncirme el ceño en señal de desaprobación todo lo que quisiera, pero estaba adentro. Con ella.

—Lo siento. Lo siento mucho. —La agarré por la nuca, jalándola hacia mí. No logró hacer mucho más que un chillido de sorpresa antes de que mi boca cubriera la suya y mi lengua se sumergiera profundamente.

Algo que nunca fue capaz de negarme era un beso. Mientras la atacaba con mi boca, se trepó sobre mi cuerpo, aferrándose y clavando sus dedos en mi cabello, sus uñas en mi cuero cabelludo. Se sentía tan jodidamente bien que rodeé su cintura con mi brazo y la levanté. Y tan natural como respirar, envolvió las piernas alrededor de mis caderas.

Sujetándola más arriba, tanto que tuvimos que cambiar de posición, y ella era quien inclinaba su rostro hacia abajo, alcé mi barbilla para mantener nuestras bocas fusionadas. Por ahora, ese era mi objetivo principal. Tan pronto como nuestros labios perdieran el contacto entre sí, se sobresaltaría. Trataría de alejarme. Pero no dejaría que eso sucediera.

Me giré hasta que apoyé su espalda contra la pared y allí me frote contra ella a través de nuestras ropas. El calor entre sus piernas se propagó por todas las capas de tela y abrazó mi polla con una provocación sucia. Cuando gimió y se movió de nuevo contra mí, gemí.

Su cabeza se lanzó hacia atrás, haciéndome perder el contacto con sus labios.

—Detente —susurró, aun mientras su cuerpo se frotaba contra el mío.

—Nunca. —Besé su garganta y desabroché el cuello de su camisa.

Intentó empujar mi hombro, pero seguí lamiendo y mordisqueando, decidido a hacerla cambiar de opinión.

—Noel. Dije que te detengas. —Cuando tomó aire, levanté la mirada. Tenía los ojos cerrados y se mordía el labio inferior. Sabía que su liberación se hallaba cerca, así que impulsé mis caderas con más fuerza hacia las suyas, sabiendo que golpeaba su punto débil, alcanzado el objetivo. En cuestión de segundos, estaría desmoronándose en mis brazos.

—No —gimió, mientras comenzaba a venirse.

—Sí —susurré, mirando su cara mientras se deshacía en mis manos. Luchó contra ello, agitando su cabeza de un lado a otro. Pero me di cuenta de lo fuerte que la golpeó cuando gritó y se presionó contra mí, buscando lo que sabía yo podía darle. Lo aceptó todo, y quedó jadeando y lánguida cuando bajó de la cima. Al final, alzando sus pestañas, me miró desde sus ojos aturcidos y vidriosos—. Tú. Eres. Mía —le dije—. No me importa cuántas veces te separes de mí o con cuantos otros hombres tratarás de tener una cita. No me importa lo malos que seamos el uno para el otro. No me importa que nunca vaya a ser lo suficiente bueno para ti o que estemos arriesgando todo para estar juntos. Que

tu madre nunca lo apruebe. Da igual. A la mierda todo. Tú eres *mía*, maldición. Y yo soy tuyo. Y debemos estar juntos.

—No —susurró.

—Maldita sea. —Golpeé con mi mano la pared al lado de nosotros—. ¡Sí!

Se sobresaltó, y una lágrima se deslizó por su mejilla —Noel, para. Por favor. *Detente*. No quiero esto. *No quiero esto*.

Ya no empujaba mis hombros, pero la mirada perdida y la derrota en sus llorosos ojos me deshicieron.

—Mierda —susurré. Paré de sujetar sus caderas contra la pared y presioné mi frente contra la suya.

Desenrolló las piernas de mi cuerpo y colocó las puntas de sus pies en el suelo antes de deslizarse hacia abajo, probablemente para escapar de mí. Pero fui con ella, manteniendo nuestras frentes presionadas. Una vez que se sentó y me arrodillé frente a ella, dejó escapar un pequeño sollozo.

Jesús.

—Lo siento —dije con voz ronca—. Jesús, Dios, lo siento mucho. Sé que cruce la línea. Tantas líneas. Sé que me sobrepasé en esto de pelear por ti y entré directamente en el territorio del acoso anoche cuando te bombardeé con mensajes de texto, aunque todavía estoy enojado contigo por salir con él. Como reaccioné fue inapropiado y simplemente... jodido. Y hoy en clase. Hoy fue incluso peor. Lo sé. Y entonces ahora... —Un temor crudo se instaló en mí, al darme cuenta de lo que había hecho hace un momento—. Te obligué a...

Ni siquiera podía admitirlo en voz alta. Pero, oh, Dios. No era mejor que Zach. La sola idea me hizo sentir mal.

Aterrado de lo que era capaz de hacer, me alejé de ella. Debió percibir que me encontraba muy cerca de perder completamente mi cordura, porque me miró, e incluso con sus pestañas obstruidas con lágrimas que también hice caer yo, aún tenía la compasión para tranquilizarme. —No me forzaste, Noel. En absoluto.

Sin embargo, seguía sintiéndome como una mierda. Incliné la cabeza, tratando de combatir las náuseas. No ayudó al asunto cuando añadió—: Pero sí necesito que te vayas.

Hice una mueca. —Estoy más arrepentido de lo que te puedas imaginar. Aspen... por favor.

No respondió.

No fui perdonado.

—Mierda —dije un poco más fuerte esta vez.

Cuando sorbió y se tapó la boca con las manos, me senté en cuclillas para mirar lágrima tras lágrima rodar por su rostro. Le había hecho daño, y me

odiaba por eso. Ella tenía todo el derecho de hacerme daño también, de nunca perdonarme.

Dándome cuenta de lo que significaba esto; ella no me iba a dejar entrar de nuevo, me levanté y agarré mi pelo con las dos manos.

En lo profundo de mi pecho, mi alma se desintegró al tiempo que jadeé en busca de aire. Podría haber sonado como una maldición en voz baja, pero mierda. Como sea.

Me miró por un segundo antes de que abrazara sus piernas dobladas, cerrara los ojos y hundiera la cara en sus rodillas.

—Aspen. —Cuando otro pequeño sollozo salió de mí, apreté mi mano en mi pecho, tratando de contenerlo todo. Pero nada funcionó. Todo el dolor, el miedo y la desesperación de perderla se esparcieron—. No sé cómo hacer esto —confesé, sacudiendo la cabeza de un lado a otro—, no sé cómo renunciar a ti. Te amo.

Su expresión cayó. Abrazando sus costillas, inclinó la cabeza y lloró en silencio. Más perdido de lo que nunca me había sentido en mi vida, me acerqué a ella lentamente, con cuidado y coloqué mi mano sobre su cabello. Cuando tembló bajo el calor de mi mano, sabía que solo podía hacer una cosa.

Tenía que dejarla ir.

—Está bien —dije, con la voz rota y mi barbilla temblando—. Está bien. —Mis dedos se deslizaron sin fuerza lejos de ella. Mis entrañas se retorcieron cuando me pregunté si esta sería la última vez que la tocaría.

Quería caer de rodillas y rogar, pero ya la había asustado lo suficiente. Se necesitó todo de mí para girar y caminar hacia la puerta principal.

Al abrirla, me detuve, dándole una última oportunidad para llamarme. Cuando no dijo nada, murmuré—: Cuídate —y me fui.



# 30

Traducido por Vanessa Farrow

Corregido por Laurita PI

“El mundo rompe a todos y después muchos, son fuertes en los lugares rotos.”

Ernest Hemingway, *Adiós a las armas*

## ASPEN

Tres días después de ponerle una F a Marci Bennett por no entregar su tarea, el Dr. Frenetti llamó a mi teléfono.

—Aspen, necesito que vengas a mi oficina. Ahora mismo.

El tono contraído en su voz me dijo todo lo que necesitaba saber. Pasé unos segundos cerrando todos los programas en mi computadora y ordenando mi escritorio antes de que me levantara y arreglara los pliegues de mi falda y chaqueta. Aunque mis rodillas se sentían como fideos cocidos, mantuve mi espalda erguida y caminé la corta distancia a la oficina del decano en un ritmo ordenado y tranquilo.

Cuando golpeé la puerta abierta de Frenetti y miré dentro, encontré a otro hombre, usando pantalones enrollados marrones y una camiseta en apoyo los Vikingos de atletismo, recostado en una silla frente a él. Los dos hombres se volvieron hacia mí. Frenetti frunció el ceño en su forma típica. Su visitante me miró lascivamente y dejó que su mirada viajara por mi cuerpo como si me hubiera visto desnuda, lo que —oh, Dios— tal vez hizo. Crucé los brazos sobre mi pecho como si eso le pudiera impedir comerme con los ojos.

—Aspen —dijo Frenetti mientras señalaba al pervertido que me miraba embobado—. Este es Rick Jacobi, el entrenador en jefe del equipo de fútbol.

Asentí, y un trozo de plomo caliente cayó en la boca de mi estómago

Esto fue todo. Mi carrera se terminó.

“Dejar el gato fuera de la bolsa es mucho más fácil que volverlo a meter.”

Will Rogers

## Noel

Mi voluntad de seguir marchando hacia adelante disminuyó seriamente en la semana desde que jodí las cosas con Aspen. No quería ir a trabajar cada noche, o asistir a clases todos los días, o seguir sudando en los entrenamientos jodidos cada mañana. No quería contestar el teléfono cuando Caroline llamaba. No quería nada. Excepto a mi mujer.

Pero eso no iba a suceder, así que seguí haciendo toda la mierda que ya no me importaba.

Con mi bolsa llena de ropa de ejercicio para cambiarme colgada pesadamente sobre mi hombro, me arrastré hacia el complejo deportivo de la universidad para mi jodido entrenamiento con pesas del amanecer. Bostezando, me froté con la mano la mandíbula. No me había afeitado en días y me estremecí ante el tirón de los músculos doloridos.

Acababa de doblar por el pasillo hacia el vestuario cuando alguien detrás de mí me llamó frenéticamente. Mirando alrededor, encontré a Ten y Hamilton deslizándose por la esquina y corriendo hacia mí.

Con el ceño fruncido, pregunté—: ¿Qué demonios están haciendo en el entrenamiento de la mañana? —Ten solo entrenaba por la tarde o no lo hacía. Se negó incluso a pretender ser una persona mañanera.

—Ham me llamó. —Jadeante al alcanzarme, me agarró del brazo y me tiró en la dirección opuesta de los vestuarios—. Hombre, tienes que venir con nosotros. Ya mismo.

No acostumbrado a que mi mejor amigo actuara tan perturbado, miré a Hamilton. Pero parecía como si fuera a cagarse en los pantalones en cualquier momento. La inquietud se agitó dentro de mí.

Me resistí al jalón de Ten. —¿Qué está pasando?

—Simplemente... —Ten me dio un tirón, no muy gentilmente—, vamos.

Me condujeron a un cuarto de baño. Cuando Ten se agachó para ver que todos los puestos estuvieran vacíos, Quinn cruzó los brazos y apoyó la espalda contra la puerta para que nadie pudiera entrar. Su comportamiento hizo parecer que se preparaban para patearme el culo o algo así. Y si no los conociera mejor y confiara en estos chicos con algunos de los secretos más grandes de mi vida, podría haber estado preocupado.



Pero entonces me di cuenta; *eran* los dos únicos chicos del equipo que conocían mi único gran secreto. Ácido llenó mi estómago, agudo y doloroso.

Casi me doblé a la mitad mientras dejaba escapar un suspiro tembloroso. Mi bolsa de deporte se deslizó de mi hombro y se golpeó contra el suelo. —¿Aspen? —dije, sabiendo que esto no podía ser otra cosa.

Ten se enderezó desde el último puesto y me miró por un momento antes de decir—: Sí.

—Joder. —Cerré los ojos con fuerza y apoyé las manos sobre mis rodillas mientras me concentraba en no vomitar por todo el lugar. Pero...—. Mierda. ¿Qué tan malo es?

Después de un pequeño gemido, Ten admitió—: Es muy malo.

Alcé la vista y lo miré fijamente. Cuando no dijo nada, miré a Hamilton. No dijo nada, pero asintió, estando de acuerdo con Ten.

Era malo

—¿Y bien? —pregunté; mi voz ronca por el miedo—. ¿Qué pasó?

—Mierda, hombre. —Ten puso las manos en sus caderas y miró hacia otro lado—. Alguien tomó una foto de ustedes dos juntos.

—¿Una foto? —repetí—. ¿Qué tipo de foto?

—¿Qué tipo te parece? Estaban follando.

Casi me desmayé. Alcancé la pared para mantenerme estable y me aferré a ella como si se me fuera la vida en ello en tanto Ten seguía hablando.

—Pero al menos ahora sé que no tiene pezones perforados.

—¿Qué? —El calor inundó mi cara.

Al ver mi expresión mortal, se tambaleó hacia atrás y levantó las manos. —¡Oye, solo... cálmate, *Gamble!*

Mi respiración se volvió errática y mis manos se cerraron en puños a mis costados. —¿Dónde está la foto? ¿Qué es exactamente lo que muestra?

—Eso es todo. Me refiero a solo la mitad superior de su cuerpo. Era de noche, bastante oscuro y ella estaba en el asiento delantero de un coche. Tenía la cabeza echada hacia atrás y sus tetas sobresalían como si estuviera en medio de un orgasmo. Tú fuiste recortado por completo, a excepción de tu brazo. —Miró mi brazo—. Y tu tatuaje.

—Oh, Dios. —¿Alguien nos vio esa noche? ¿Tomaron *fotografías*? ¿Quién se atrevería...? ¿Por qué alguien haría...?—. Cristo. —Me quedé mirando a Ten con lo que sentí eran ojos inyectados en sangre—. ¿Cómo demonios sabes de esa foto? ¿La *viste*? ¿Quién la tomó? ¿Dónde...?

—El entrenador la colgó en un tablero en el centro de los vestuarios. *Todo el mundo la vio.*

—¡Qué! —¿La colgaron en un lugar público para que todos vean a Aspen en su momento de gloria? De ninguna jodida manera. Me giré hacia la puerta y me dirigí hacia ella. Sabía que Hamilton seguía bloqueando la puerta, pero eso no me importaba. No era parte del equipo porque temía ser abordado.

Sus ojos se abrieron, pero pareció prepararse para mi ataque. Maldito jodido jugador de fútbol. No lo decepcioné, inclinando la cabeza y atacándolo con mi hombro.

Ten gritó mi nombre y chocó conmigo por detrás, al tiempo que embestí contra Hamilton, lo que lo hizo gruñir un silbido de aire.

—¿Qué diablos crees que estás haciendo? —Ten intentó preguntar entre maldiciones mientras él y Quinn me forzaron al suelo y me inmovilizaron.

Me resistí debajo de ellos, sacudiéndome y rugiendo de rabia. —Voy a sacar esa foto.

Mi compañero de cuarto se sentó en mi espalda y Quinn contenía mis piernas. —¿Estás loco? El entrenador la puso para conseguir una reacción de alguien. Descartándote a *ti*. No puedes ir a romperla y...

—Necesito quitarla —fundamenté—. Qué hijo de puta, ¿cómo se atreve? ¿Cómo se atreve a hacerle eso a ella? Necesito *romper* esa foto.

—¡Está bien! Bien, amigo. —Ten me palmeó el hombro—. La quitaremos. Solo... respira.

Dejé de luchar, pero los chicos siguieron sentados sobre mí por otro par de minutos antes de que Ten asintiera a Quinn.

Con cautela, aflojaron la presión. Cuando no traté de soltarme tan pronto como tuve una onza de capacidad para hacerlo, se quitaron de encima mío y saltaron atrás. Me quedé tendido en el suelo, jadeando y tratando de calmarme antes de sentarme y mirar a Ten.

—La quiero quitar.

—La quitaremos —me prometió; sus ojos fijos en los míos con una mirada de promesa pura que nunca le vi dar a nadie—. Te lo juro, quitaremos la foto. Pero no puedes acercarte a ella. Si el entrenador se entera que eres tú, estarás fuera del equipo y expulsado de la escuela, hermano.

—No me importa. —Me levanté y sacudí la ropa—. Ella no debería ser puesta en exhibición así, como una especie de puta sucia. Ella no es...

—Lo sé —dijo Ten con énfasis. Levantó las manos, nuevamente para aplacarme—. Los dos sabemos eso. Pero que entres ahí así no ayudará a nadie. No te ayudará, ni a tus hermanos. Y tampoco a ella. Ya se ha ido, hombre.

—¿Ido? —repetí estúpidamente—. ¿Qué quieres decir con que se ha ido?

—¿Crees en serio que la dejarían quedarse en la escuela después de algo como eso? Además —desvió la mirada y murmuró la última parte—, hay un cartel encima de la foto.

—¿Un cartel? —Mi corazón se hundió. Habían etiquetado a mi mujer, al igual que lo ocurrido en ese libro Hawthorne. Todo su trabajo duro para lograr un puesto en Ellamore se redujo a una gran A escarlata... por mi culpa. Esto definitivamente no era la clase de A que siempre quise de ella. Probé la bilis y quería sacarla de mí—. ¿Qué dice?

Ten palideció y sacudió la cabeza. Hamilton miró hacia otro lado.

—¿Qué dice? —rugí.

—Jesús. Dice: “¿Quién quiere unirse a la Dra. Kavanagh en dejar Ellamore para siempre?”

—Oh, Dios.

Me dirigí a la puerta. Esta vez, me atraparon contra los malditos lavabos.

—Suéltense, malditos sean.

—¿Qué vas a hacer? ¿Aparecer allí y confesar, así puedes caer con ella? Hombre, solo te queda un año de escuela. Estás muy *cerca* de conseguir todo por lo que has trabajado tan duro. Y no te olvides de tu familia. Jesús, Noel. Tu familia.

—Entonces, ¿qué esperas que haga? ¿Qué tome el camino del cobarde y la deje caer por los dos? Al diablo con eso.

—Piensa en esto, Gamble. Piensa con el cerebro por un segundo. Nada de lo que puedas hacer la salvará.

Un gruñido escapó de mi garganta. Apreté los dientes y cerré los ojos, tratando de combatir la agonía, pero simplemente me siguió.

—Pero todavía puedes salvar a Caroline. Y a Colt, y a Brandt. Ellos no hicieron nada malo y serán los que más sufran junto contigo si tiras todo tu futuro y le admites algo al entrenador.

Sus palabras penetraron mi rabia hasta que me di cuenta de lo que acababa de decir. Entrecerré los ojos. —¿Cómo diablos sabes acerca de ellos?

La boca de Ten se abrió. Y luego se cerró. Pareciendo incómodo de repente, desvió la mirada. —Mencionaste los nombres de tus hermanos.

—Pero nunca te he dicho... —Esto no tenía sentido—. Jesús, ¿qué sabes?

Apreté los dientes y me lanzó una mirada. —No sé nada, hombre. Nunca me has dicho nada acerca de tu vida en casa, excepto esos nombres.

Negué con la cabeza. —Entonces, ¿por qué sigues mencionándolos?

—Joder —siseó—. Ella me lo dijo, ¿de acuerdo?

Sin comprender en absoluto, solo parpadeé. —¿Qué?

—La Dra. Kavanagh —murmuró, frunciendo el ceño.

—¿Aspen? ¿Cuándo diablos hablaste con Aspen?

—Jesucristo. —Ten cerró los ojos—. La noche que la atrapamos con ese tonto profesor de historia. Me envió un mensaje y me pidió que me asegurara que estuvieras allí, así los verías juntos.

Mi boca se abrió. Giré la cabeza una y otra vez. Esto no tenía ningún sentido.

—Cuando me desaparecí por un rato después del incidente, fui a verla, para reprocharle por eso, y exigiendo saber por qué demonios te lo había hecho. Lo juro por Dios, hombre, pensé que te quería allí para volver contigo. No sabía...

Ondeeé mi mano, callándolo. —¿Entonces por qué...? ¿Por qué ella quería que viera eso?

—Dijo... —Gruñó un sonido de irritación—, dijo que tenías que odiarla para que esto funcione.

No. De ninguna manera. Eso no sonaba bien. Mi corazón se hundió a mis rodillas cuando hice la pregunta temida. —¿Para qué funcione?

—Hombre, entonces ella lo sabía. Creo que sabía sobre la foto. Creo que alguien quería chantajearla por una buena calificación. Y se negó.

Se sacrificó a sí misma. Y se aseguró de que yo permanecería a salvo.

Manchas negras salpicaron mi visión y mis rodillas cedieron. Quinn y Ten me atraparon y me ayudaron a volver a una posición vertical. Moví la mandíbula, pero eso no alivió nada la angustia que fluía de mis extremidades.

—¿Dijo quién? —le pregunté, con voz baja, pero racional y constante. Creo que engañé completamente a Ten porque su agarre se aflojó mientras negaba con la cabeza.

—Se negó a decirlo.

No, ella no lo haría, ¿verdad? La terca mujer había hecho todo esto para protegerme; no le daría ninguna información a Ten que podría cambiar sus planes.

Mierda.

Mi cabeza daba vueltas con todas las cosas que tenía que hacer, Ten me miró directo a los ojos. Tragó saliva, pero no dijo nada. Por último, empujé rudamente en contra de él y Hamilton. —¡Apártense de mí!

Los chicos me liberaron en ese mismo instante. Tropecé un poco por la pérdida repentina de sus manos restringiéndome. Luego me tomé un segundo para inhalar un aliento fresco y despejar mi cabeza mientras arreglaba mi ropa. Cuando sentí como si estuviera en mi propio cuerpo de nuevo, miré a los dos chicos que me miraban con preocupación evidente.

—Gracias por el aviso. Pero... —Negué con la cabeza lentamente—, no puedo dejar que caiga sola. Empezamos esto juntos. Lo terminamos juntos.

Ten hizo una mueca. —¿Cómo sabía que ibas a decir eso?

No trató de detenerme mientras acechaba a la puerta. Ambos chicos me persiguieron, pero los ignoré todo el camino a los vestuarios. Cuando entré, me detuve de un tirón, viendo la multitud de chicos, aullando y gritando, mientras se agrupaban frente al tablero de mensajes.

Vi rojo. Unos cincuenta idiotas estaban a punto de morir.

Pero Ten me empujó a un lado y avanzó hacia adelante. —¡Entrenador! —gritó—. Pedazo de cobarde de mierda. Quite esa imagen de mi chica y yo del maldito tablero.

Con su rugido haciendo eco por toda la habitación, Ten se precipitó en la multitud de chicos, empujándolos a un lado para llegar a la fotografía. Luego la arrancó y la rompió en pedazos.

El entrenador Jacobi apareció en la puerta de su oficina; un sujetapapeles en la mano. —¿Estás diciendo que eres tú el de foto, Tenning?

—Sí, señor, así es. ¿No podría notarlo por la mirada en su cara? Solo yo puedo dar tanto placer a una mujer.

Apreté los dientes y sacudí la cabeza. —Está mintiendo.

—No, los dos están mintiendo —dijo Hamilton desde mi lado—. Ese es mi brazo, entrenador.

—Jesucristo —explotó Jacobi—. ¿Los tres la follaron?

—No —espeté, cabreado por completo. ¿Cómo se atreven a deshonrarla así?

—Pero todos lo juraremos —se metió Ten rápidamente, no dejándome defenderla—. Somos un equipo, y protegemos a nuestros compañeros.

—Sí. —Shadow, uno de mis defensores, dio un paso adelante—. No queremos perder uno de los nuestros solo porque tuvo suerte con la profesora más sexy en el campus. Así que soy yo el de la foto. —Es evidente que no era él. Su brazo era demasiado grueso como para pertenecer al de la persona en la foto.

—No, soy yo —gritó mi principal receptor desde su casillero. Puesto que su piel era muy oscura para coincidir con la mía, mentía descaradamente.

Algunos otros se metieron para protegerme, y yo solo miraba alrededor de mí sin poder hacer nada. Ellos no iban a dejarme caer con el barco.

Con un gruñido de disgusto, el entrenador se quitó la gorra y la tiró al suelo. —Bien —murmuró para la habitación en general—. Dejaré esto pasar en esta ocasión, ya que no atrajo ninguna atención de los medios. Pero si escucho que uno de mis chicos duerme con un maestro o entrenador, o un maldito

conserje en este campus, estará expulsado de mi equipo. No me importa si tengo que deshacerme de todos y cada uno de ustedes. Esta mierda se detiene ahora. —Entonces salió hecho una furia de la habitación. Al salir, los chicos aplaudieron y gritaron como si realmente hubieran logrado algo.

Pero no gané nada. Aspen aún había sido expulsada de Ellamore. Y sabía que esto iba a suceder, aunque haya tomado medidas para evitar que me atraparan con ella.

Me giré para gruñirle a Hamilton—: Ni siquiera tienes uno de esos malditos tatuajes.

Sonrió y se encogió de hombros. —Sin embargo el entrenador no se dio cuenta.

Negué con la cabeza y aceché hacia la puerta.

—Oye, ¿a dónde vas? —Ten corrió tras de mí.

Me volví para señalarlo con un dedo amenazador. —Detente. Puede que hayas evitado que confiese, pero no me vas a detener en esto. Tengo que encontrarla.

—Pero ¿qué pasa con el entrenamiento?

—Que se joda el entrenamiento.

262



Probé en su oficina primero. Salvo por un escritorio, computadora y estanterías vacíos, la habitación se hallaba completamente vacía. Pavor fuerte y frío se instaló en la boca de mi estómago mientras buscaba el mínimo rastro de su existencia. Pero hasta su pizarra de apuntes se había ido.

Dios, ¿hace cuánto tiempo había sido despedida? No podría haber vaciado su oficina en pocos minutos.

Enfermo del estómago, busqué en los pasillos hasta que encontré el nombre en una puerta que buscaba. Abriéndola, irrumpí adentro, haciendo que el Dr. Frenetti levantara la vista, sorprendido.

—¡Noel! ¿Qué te trae por aquí?

Estrechando los ojos, lo miré amenazadoramente. ¿Cómo se atreve a actuar amable conmigo después de lo que hizo con ella? —Tiene que traer de

vuelta a la Dra. Kavanagh. Hoy. Es la mejor maestra que su departamento ha tenido. —Solté una carcajada—. Es decir, la mujer me enseñó a apreciar la literatura. Y odio la literatura.

Con la expresión congelada de ira, deslizó su mirada sobre mí. Entonces sus ojos se abrieron mientras se detenían en mi tatuaje. Flexioné los músculos bajo este, cerrando las manos en puños a mis costados.

Así que el idiota finalmente se dio cuenta de quién era yo. Me alegro por él.

Frunciendo la boca con desagrado, me miró a la cara. —Lo siento, señor Gamble, pero la Dra. Kavanagh renunció. Ella no fue despedida. Me temo que no tenemos control sobre traerla de vuelta.

¿Renunció?

Parpadeé, confundido por ese pedazo de información. Pero algo en la sonrisa de Frenetti me hizo saber que no había sido una renuncia voluntaria.

—No —le dije con los dientes apretados—. Creo que se fue por lo que la hizo pasar. Y si cree que estaré de acuerdo con que la eche por mi relación con ella, entonces me subestima mucho, amigo. En este momento, podría patearle el culo sin un segundo de arrepentimiento.

Frenetti se echó hacia atrás en su silla. —¿Perdón?

—Tráigala. De. Vuelta.

—Las amenazas no funcionan conmigo, señor...

—La dejaré —dije en voz baja, acercándome—. Dejaré toda esta jodida universidad, dejándolo a usted complicado para encontrar un nuevo mariscal de campo el próximo año. ¿Está preparado para renunciar a una oportunidad real en el campeonato... así como así?

Devolviéndome la mirada, Frenetti se puso en pie y mantuvo su voz igual de ominosamente baja. —Usted deja esta universidad, y haremos esto público, asegurándonos de que cada estación de radio y televisión en el país sepa por qué usted y su putita fueron expulsados de Ellamore. Ella nunca encontrará otro trabajo en cualquier lugar de educación, y usted nunca será aceptado en otra universidad. Ambas vidas habrán terminado. Entonces, solo inténtelo, Gamble. No tenemos ningún problema en destruirlo.

To professor  
with love

Linda Kage

31

Traducido por Lilizita15 & Annie D

Corregido por florbarbero

“Cuando llegues al final de la soga, ata un nudo y aguanta.”

Franklin D. Roosevelt, *Choosing Simplicity*.

## NOEL

Y así es como perdí a la mujer que amaba.

Después de amenazarme, Frenetti me ordenó que me fuera de su oficina. Caminé hasta la casa de Aspen. Se hallaba a alrededor de tres kilómetros del campus. Hice el viaje una serie de veces antes, pero hoy, no podía moverme lo suficientemente rápido, no podía llegar a ella lo suficientemente pronto.

Cuando llegué allí el lugar se encontraba silencioso y abandonado, su auto se había ido y todo estaba oscuro. Golpee la puerta de enfrente sin éxito. También le escribí y llamé a su teléfono, pero la línea fue directamente al buzón de voz.

Si no fuera por el vacío en mi pecho, podría haber sido capaz de convencerme de que ella no existió en absoluto.



Me salté el resto de mis clases esa semana. El semestre se acercaba rápidamente a su cierre; sabía que no debía arruinar todos mis progresos. Pero no podía actuar adecuadamente. Quería a Aspen de vuelta.

264

LIBROS DEL  
Cielo



Los chicos de Forbidden reorganizaron nuestros horarios, así que tampoco tenía que trabajar. Demonios, incluso mi hermana paró de llamarme. Debí haberla herido demasiado cuando le grité después de descubrir lo de su bebé. Y no importa cuántas veces me disculpé por enojarme con ella, sentí que perdimos algo vital en nuestra relación.

Probablemente debí haberla llamado para comprobarla, dado que hacía tiempo no me llamaba. Pero no podía encontrar fuerza de voluntad. Entonces, no hice nada, solo me quedé en el recinto, viendo mi teléfono, esperando a que Aspen finalmente respondiera uno de mis mensajes.

Con el paso de dos días, reduje mis mensajes a solo citas para su colección. Ya le dije todo lo que podía pensar en decirle acerca de todo lo demás. Ahora solo tenía que recordarle que seguía aquí. Esperando. Amándola.

Cuando un golpe sonó en la puerta de mi apartamento el sábado en la noche, salté, sin aliento. Probablemente lucía como una mierda. No me bañaba desde hace al menos tres días, quizá cuatro. Y llevaba los mismos pantalones de chándal y remera desde... quien sabe cuándo. Tal vez perdí mi rasuradora para siempre. Pero si Aspen se hallaba aquí...

En mi prisa por llegar, trepé sobre la desorganizada mesa de café, rebosante con bebidas energéticas y envoltorios de bocadillos. Después de golpear mi rodilla contra la esquina, avancé cojeando y al fin tomé el pomo de la puerta, abriéndola.

Pero no era Aspen.

Entrecerré los ojos a Pick, con la desilusión hiriendo mi pecho. —¿Qué demonios haces aquí?

Rodó los ojos. —Aparentemente soy tu niñera. Zero y el virgen están preocupados y aterrorizados por ti. Piensan que no es seguro que estés solo ahora, y dado que ambos trabajan esta noche. Fui elegido para cuidar de tu inestable trasero.

—¿No es seguro que esté solo? —repetí con incredulidad—. ¿Qué demonios piensan Ten y Hamilton que voy a hacer? ¿Lastimarme?

—Oye, les dije que eras un chico grande, pero... —Se encogió de hombros—. Tenning insistió. Creo que el chico tiene un viejo enamoramiento contigo.

Con un fuerte suspiro, di un paso atrás y abrí la puerta para él. —Bueno, sería bueno que entres si no te irás.

—Uh... —En lugar de dar un paso hacia adelante, Pick dio uno hacia atrás—. En realidad, en lugar de eso podrías venir conmigo. Tenía planes antes de que la Batiseñal apareciera para que viniera corriendo a tu lado.

Resoplando, dejé escapar una risa, negando con la cabeza. —De ninguna manera, amigo. No te iré contigo a alguna cita obscena. No juego a la tercera rueda.

Rió entre dientes. —Contrario a la creencia popular, no tengo un revolcón cada noche de la semana. Y por suerte para ti, me atrapaste en una noche libre. Mason necesitaba que lo ayudara a reparar una basura de auto antiguo que compró. Me dirigía hacia allí para comprobar que funcionara.

—¿Lowe? —Elevé mis cejas con interés—. No sabía que ustedes fueran tan amigos.

—Sí, ahora somos los mejores amigos por siempre. —Rodó los ojos, en combinación con el sarcasmo seco en su voz. Pick explicó—: Cuando supo que también trabajaba en un taller de carrocería, me pidió que me hiciera cargo de su nuevo vehículo, y me ofrecí a revisarlo. Allí es a donde me dirigía cuando tus chicos llamaron. Entonces... ¿vendrás conmigo o qué?

Me detuve. No quería no salir en caso de que Aspen volviera, pero diablos, sabía que no volvería. Cuando me llegó la comprensión, apreté mis dientes y miré hacia otro lado. De pronto no quería quedarme aquí toda la noche, sintiendo lastima de mí mismo.

—Seguro —murmuré—. Déjame asearme primero.

266



—Entonces ¿qué pasa contigo y la Novia Profesora? Supongo que están separados y por eso hemos tenido que reorganizar todos nuestros horarios y ahora estoy en vigilancia de suicidio.

Le eché un vistazo a Pick, desde el asiento del pasajero de su auto, algún clásico que él modificó a la perfección. —Tú no tienes... que cuidarme, no voy a hacerme nada. Estoy bien. Pero sí, nosotros... —La palabra se quedó atascada en mi garganta y tuve que carraspear—, terminamos. Hace una semana, pero lo superé.

De acuerdo, no lo superé del todo. Pero ya no sentía la urgencia de embriagarme y meterme en su clase. Claro, si ella todavía *tuviera* una clase a la que ir.

Mierda. La culpa me golpeó de nuevo. Ella se fue, y era mi culpa. Pasé una mano sobre mi rostro, sorprendido de encontrar a mis dedos temblando.

—Entonces ¿por qué Larry y Curly<sup>5</sup> siguen preocupados por ti?

—¿Porque son unos maricas? —suspiré disgustado—. ¿Cómo diablos voy a saberlo?

—Bueno, ¿qué pasó?

Golpeteando con los dedos mi rodilla, me giré para mirar por la ventana.

—Puedes decirme —insistió Pick—. Voy a molestarte hasta que lo hagas.

Suspiré y lo miré fijamente. —*Alguien* anónimo le envió a mi entrenador una foto de nosotros juntos, y ella fue despedida.

—Joder. —Pick exhaló—. ¿Por qué no tuviste problemas también? ¿O sí los tuviste?

Apreté la mandíbula. —La fotografía solo revelaba su rostro. El mío fue recortado.

—Espera. ¿Entonces como sabían que estaba con un estudiante? Si no podían verte, ella podría estar follando con alguien más.

Rechinando los dientes, levanté mi manga para mostrarle el tatuaje. —En octubre, unos cuantos, nos hicimos esto la noche antes de nuestro gran partido por el campeonato nacional. Era lo único que se podía ver de mí en la foto.

Pick miró fijamente el tatuaje, lo leyó cuidadosamente, y soltó una risa. — ¿Campeonato nacional? ¿Qué no perdieron ese partido?

—¿Y no dije que lo hicimos la noche *anterior*? —murmuré, bajando otra vez mi manga para cubrir el error humillante, un error que le costó el trabajo a Aspen.

—Entonces, la chica se llevó toda la atención, y tú... ¿la dejaste caer... sola? —Pick sacudió la cabeza, mostrando su desaprobación.

—No —gruñí. Haciendo un puño con mi mano, golpeé en su tablero de mandos—. No la dejé cargar con la culpa. Para el momento en que descubrí lo que pasó, ella ya se había ido. Ten y Hamilton lograron convencerme de no confesarle al entrenador. Y eso es lo que debí haber hecho. Maldición. En lugar de eso fui con el jefe de Aspen y traté de hablar con él para que la volviera a contratar. Déjame decirte que fue un enorme maldito error. El entrenador me habría pateado el trasero, sacado del equipo y anulado mi beca.

—Pero ese malparido no —supuso Pick.

Sacudí la cabeza. —Nop, ese malparido no. Cuando se enteró que yo era el chico de la foto, no solo se negó a reincorporarla, sino que también se negó a reprenderme. Es un fanático de futbol, ya ves. Entonces amenacé con dejar la escuela y abandonar el equipo si no la traía de vuelta, a lo cual él me amenazó con hacerlo público, si incluso, me comportaba como si fuera a irme. Ahora ella

<sup>5</sup> Dos personajes de Los Tres Chiflados.

se fue, y yo estoy atascado aquí bajo amenaza, para salvar su reputación y asegurarme que no pierda toda oportunidad de conseguir un trabajo en otra parte del país. Pero mientras tanto, sí, parezco un completo imbécil por dejarla asumir toda la culpa por *nuestra* relación.

—Hombre. —Pick sacudió la cabeza y silbó por bajo—. Eso es cruel. Es horrible ser tú en estos momentos.

—Sip —murmuré, girando mi rostro para mirar de nuevo por la ventana del pasajero.

—Y ¿no has sabido nada de *ella* desde que todo se arruinó?

La emoción me abrumó. Quería golpear algo nuevamente. O romperme como un cobarde y llorar. —No. Estoy bastante seguro de que dejé la ciudad. No responde a su puerta, y su correo está acumulado.

—No crees que ella se haya lastimado a sí misma, ¿o sí?

El pánico me invadió. Miré lentamente a Pick, dándole una mirada de muerte. —Bueno, no lo he pensado... hasta ahora. Jesús, no lo haría... espera. No. Su auto tampoco está. Si estuviera en casa, su auto seguiría allí. Ella está *bien*. —Tenía que estarlo.

—A menos...

—Jesús, Pick —espeté—, para de asustarme. Se encuentra bien. Solo necesita algo de tiempo.

—Bueno, si necesitas entrar a su casa, solo para asegurarte, sé cómo desbloquear una cerradura.

Sacudí la cabeza. —Dios, hombre. ¿Dónde aprendiste un truco tan útil como ese? ¿En la penitenciaría del estado?

—Nunca fui a la penitenciaría, idiota. Fui a la *cárcel* del condado, como, por dos semanas. Y, no, no lo aprendí en la cárcel. Conoces toda clase de niños interesantes cuando creces en un hogar del sistema de acogida.

Sabía que estuvo en la cárcel porque una vez mencionó que tenía que reunirse con su oficial de libertad condicional. Pero... —No sabía que creciste en una casa de acogida.

—Sip. Desde que nací hasta que me gradué a los dieciocho.

Con un escalofrío, me pregunté que podría haber pasado si mi madre hubiera sido aun peor de lo que fue. Podría haber crecido en la misma clase de vida que Pick. Demonios, mis hermanitos, y quizá incluso Caroline, aún podrían caer en ese destino, si no tengo cuidado.

Joder, definitivamente debería llamar y comprobarlos.

—Aquí estamos. —Pick estacionó en la acera de un apartamento de dos plantas detrás de un jeep antiguo.

Frotando mi rostro, lo seguí desde el auto hacia la puerta abierta de la cochera. Al aproximarnos, se filtraron algunas voces desde adentro.

—Oh por Dios, ¿Alec? ¿Qué haces aquí? ¿Cómo me encontraste?

Pick capturó mi brazo antes de que pudiera entrar. Después de empujarme un paso atrás, él se asomó por la esquina para espiar a quien sea que estuviera hablando. La curiosidad me ganó, y me puse junto a él para observar también. La prima embarazada de la novia de Lowe se encontraba parada allí, rodeando con los brazos el bulto de su bebé mientras un idiota con aspecto de rico se acercaba a ella. Se veía molesto, en tanto que ella parecía estar conmovida.

—Mason me dijo que te encontrabas aquí —respondió su visitante.

—¿Crees que es el papá de su bebé? —murmuró Pick.

Iba a encogerme de hombros cuando ella lanzó—: Bueno, él no debería haberse molestado. Porque no he cambiado de idea. No voy a deshacerme de este bebé.

—Hablé con tus padres, Eva...

—Oh, ¿sabes qué? Yo también hablé con mis padres. Y sé exactamente cuál es su postura en esto. No estaría aquí en medio de Illionis, viviendo a costa de mi prima si no me hubieran echado porque me negué a hacerme un aborto. Y dado que sigo aquí, Alec, supongo que eso significa que no he cambiado de idea. Entonces lamento que hayas desperdiciado un viaje, pero has venido por nada. Puedes dar media vuelta y regresar a Florida.

Alec se rió entre dientes y dio un paso más cerca de ella. Cuando Pick se tensó a mi lado, con ganas de intervenir, lo miré fijamente y lo agarré del brazo.

—No. Esa es su pelea, hombre. Obviamente, tienen asuntos que resolver. Si te ves involucrado y rompes tu libertad condicional, volverás directo a la cárcel.

Pick no podía apartar su mirada de acero del papa del bebé de Eva. Pero no se movió. Solo movió de un lado a otro su cuello, tal vez para aliviar algo de la tensión, mientras veía la escena desarrollarse con los ojos entrecerrados.

—Vas a seguir con esto hasta el final ¿verdad? —le siseó Alec y capturó el brazo de Eva, haciéndome apretar mi agarre en el brazo restringido de Pick—. Bien, estoy dispuesto a jugar. ¿Qué quieres, E?

—Esto no es un juego de poder para que consiga un juguete bonito, Alec. Lo único que quiero es a mi hijo.

—¡Tonterías! ¿Qué pasó con la chica que conocí, la que decía que los niños le aterrorizaban?

—La dejaste embarazada. Entonces supongo que tendré que aprender a adaptarme.

—Bien hecho, Campanita —susurró Pick, asintiendo con aprobación y sonriendo a la chica embarazada—. Bien hecho.

—Jesucristo —gritó Alec dentro de la cochera—. ¿Por qué no te haces cargo de esto?

—¡Lo hago! Me voy a quedar aquí y *cuidaré* de mi bebé como una madre.

—¿Una madre? Oh Dios mío. —El idiota soltó una carcajada—. ¿Estás escuchándote? Tú no eres así. No eres capaz de ser madre, Eva. Eres una zorra mimada.

Cuando Pick se estremeció, lo acerqué más a mí, manteniéndolo quieto. —No hagas esto.

—Solo porque no planeo que esto pasara, no significa que voy a tirarlo a un lado como un inconveniente menor. Me quedaré con mi niño.

—Bueno, no puedo permitirte eso.

Joder. Eso no sonó bien. Por los músculos tensos de los brazos de Pick bajo mi agarre, él pensaba lo mismo.

—¿Por qué no? —dijo Eva, mirándolo fijamente, y despreocupada por su trato—. No te estoy pidiendo que hagas nada. De hecho, ni siquiera *quiero* que te involucres.

Alec la acercó más a él, y al mismo tiempo, tuve que usar ambas manos para impedir que Pick atacara. —¿Cuán estúpido crees que soy? Por supuesto, lo pedirás. Tendrás la ley de tu lado, y me sacarás todo el maldito dinero. Podrías manipularme con esto por el resto de mi vida, me succionarás hasta dejarme seco con la manutención de niños, haciéndome pagar por toda la clase de mierdas con las que no quiero tener nada que ver. Y me rehúso a dejarte ir más lejos con esto.

Ella suspiró, cansada. —Alec, créeme, no haré eso. No quiero nada de ti. En realidad, si nunca vuelvo a verte, estaría abrumada de felicidad. Incluso te firmaré un papel, diciéndolo.

—Veamos. —Alec sacudió la cabeza y rió suavemente—. Me cuesta creer eso. Te conozco ¿recuerdas? Sé la perra conspiradora y manipuladora que eres. Y me rehúso a dejarte continuar con esto.

—Bueno, he cambiado. —Eva dejó escapar un sonido de irritación y tiró del agarre que él tenía en su brazo—. La gente puede cambiar, sabes. Ahora... suéltame.

—No hasta que aceptes deshacerte de esto.

—¡Nunca!

—Entonces no me dejas otra opción.

Todo pasó a la vez. Alec la tiró contra una pared con fuerza suficiente para que yo me tambaleara hacia adelante junto con Pick para ayudarla. Los

jadeos adoloridos de Eva torturaban mis oídos mientras el despreciable padre de su bebé puso un antebrazo sobre el cuello de ella para ahogarla, al tiempo que llevaba hacia atrás su otro puño y le daba un puñetazo en el estómago. Repetidamente.

Ella gritó, gritó y gritó. Resonaron en mis oídos, diciendo que recordaría esos gritos en mis sueños por muchos años.

Cristo, ese loco hija de puta iba en serio cuando dijo que no le permitiría conservar a su bebé.

Pick realizó un rugido bestial y arremetió más allá de mí golpeándome con el imbécil. Sorprendiendo al atacante de Eva con su grito, él separó a Alec de ella y lo dio la vuelta.

—¿Qué dem... —Alec trastabilló, perdiendo el equilibrio.

Pick no se molestó en presentarse. Agarró una llave inglesa de una mesa cercana y tiró de su brazo hacia atrás antes de asestarla en algún lugar de la cara de Alec.

Ahora era el turno del imbécil para gritar. Se agarró la nariz, y la sangre salió rápidamente. Pick lo pateó en una rodilla, haciéndolo trastabillar hacia atrás hasta la pared de la cochera, no muy lejos de donde Eva se encontraba desplomada en el suelo, acunando su estómago. Luego presionó el lado plano de la llave inglesa fuerte contra la garganta de Alec con ambas manos. Su rostro se volvió púrpura de inmediato y arañó los dedos de Pick, buscando oxígeno.

—Acabas de meterte con la chica equivocada, amigo. —Pick le dio un rodillazo en el estómago, tal como Alec golpeó a Eva en el suyo.

Agarré su hombro y lo empujé hacia atrás. Pero él no se quitaba.

—No se siente tan bien cuando te lo hacen a ti ¿verdad, imbécil? —Pick volvió a darle un rodillazo, esta vez en las pelotas.

—¡Basta! —Tuve que usar toda la fuerza que tenía para tirar de él hacia atrás, y apenas logré alejarlo, envolviendo ambos brazos alrededor de su torso, dándole un potente y fuerte tirón. Pero, Jesús, Pick era mucho más fuerte de lo que creía. Podría no tener mi peso, pero existía gran fuerza en sus músculos enojados de su figura delgada. Solo pude arrastrarlo un metro o dos antes de que se resistiera y tratara de volver por más.

Alec ahogó un sonido y sus ojos se pusieron en blanco. Se dobló y cayó al suelo.

—Tócala de nuevo, y te mataré —rugió Pick, luchando contra mí—. ¿Lo entiendes? Te dejaré irreconocible.

—Jesús —murmuré, jalándolo fuertemente para poner algo de sentido dentro de él—. Para.

Allí es cuando Lowe decidió mostrar su perezoso trasero, abriendo la puerta de la cochera desde su casa y gritando—: ¿Qué demonios?

—Un poco de ayuda —grité, aún luchando por sostener a Pick.

Pick escupió a Alec, y un montón de saliva aterrizó en los brazos que el chico utilizaba para protegerse el rostro.

—Maldición —jadeó Lowe a mi lado, al tiempo que agarraba uno de los brazos libres de Pick para ayudarme a impulsarlo hacia atrás—. ¿Qué demonios acaba de pasar?

Pick señaló a la cobarde pila sangrante, encogido en un hueco de la cochera. —Él la golpeó. En el estómago. Golpeó a su bebé, maldita sea.

Se produjo un silencio mortal por unos buenos dos segundos, entonces Lowe finalmente dijo—: ¿Eva?

Recordándola, los tres volteamos a dónde habíamos visto por última vez a Eva aferrándose a su vientre y con sus piernas dobladas como si fueran las patas rotas de una mesa.

Agachándose frente a ella, la mujer de Lowe agarró los hombros de Eva. —¿E? —La voz de Reese tembló—. ¿Qué pasó? ¿Te encuentras bien? Oh, por Dios. Mason. Ella está gravemente herida.

—Yo... creo que estoy sangrando. —Respirando erráticamente, Eva removió su mano de su estómago para mirar abajo.

Miré también y casi me desmayé cuando vi las gotas rojas derramadas en el concreto debajo.

—Mierda. —Si el bastardo tuvo éxito en matar a su hijo, Pick realmente lo destrozaría.

—¡No! No, no, no. —Alejándose de nosotros, Pick empujó a Reese a un lado y se colocó en cuclillas frente a Eva—. ¿Campanita? —dijo tan suavemente como jamás antes lo escuché hablarle a alguien.

Eva levantó su rostro y lo observó, con sus ojos azules llenos de lágrimas. Se veía tan asustada y llena de pánico, que me tragué a mi propio pánico creciente.

—¿Pick? —Gimoteó su nombre confundida, mientras él deslizaba sus brazos debajo de ella.

Con una sonrisa forzada, él asintió. —Hola, hermosa. ¿Quieres dar un paseo conmigo? Tengo un auto muy rápido, y puedo hacer que cuiden de ti en un segundo.

Ella sollozó y gimió, luego enterró su rostro en su camisa mientras sus dedos se aferraban en puños en su manga. —Duele.

—Lo sé, bebé. Lo sé. —Canturreando, la atrajo un poco más cerca y la acomodó entre sus brazos antes de levantarse y girarse hacia mí—. ¿Bueno? —Demandó cuando nadie se movió—. Llévemola al hospital.



—Pero... —Sacudí la cabeza y observé al posiblemente inconsciente tipo en el suelo de la cochera de Lowe—. ¿Qué hay de él?

—Que se joda. —Pick miró a Alec—. Se puede pudrir aquí y morir por lo que me importa. ¿No lo viste golpearla en el estómago?

—Sí, pero... mierda. —Pasé las manos por mi cabello, no acostumbrado a lidiar con este tipo de desastre—. ¿No deberíamos llamar a la policía o algo?

—Alguien puede llamarlos en el camino al hospital. Ahora vámonos. Ella está *sangrando*.

Eso pareció impulsar a Lowe en acción. —Vamos. —Agarró el brazo de Reese, y se apresuraron hacia el auto de Pick—. Jesús, no puedo creer que esto esté pasando.

Eso nos hacía dos. Me apuré detrás de ellos, abandonando al padre medio muerto del bebé.

Reese se apresuró a abrir la puerta para Pick y Eva. Mordiendo su labio, miró hacia atrás a la cochera. —¿Y si él se ha ido al momento en que la policía aparezca?

Pick la observó antes de agachar la cabeza y deslizarse al asiento trasero con Eva. —Entonces supongo que no tendré que ir a la cárcel por golpearlo hasta la muerte, ¿verdad?

Reese regresó su atención hacia mí, sus ojos azules amplios con miedo. —¿En serio iría a la cárcel? ¿Por *defenderla*?

—Umm... —Pestañeeé y me rasqué un lado de mi cuello—. Él está en libertad condicional.

—Mierda —murmuró Lowe—. Bien. Me quedaré aquí y limpiaré esto. —Agarrando los hombros de Reese, la giró para que lo mire—. ¿Asumo que irás con Eva?

Asintió y se levantó en las puntas de sus pies para darle un beso rápido en la mejilla. —Te amo. Ten cuidado.

Verlos así me hizo pensar de inmediato en Aspen. La abertura en mi pecho se abrió un poco más. Golpeando el techo del auto mientras abría la puerta del conductor, exclamé—: Vamos. Estamos desperdiciando tiempo.

Reese se apresuró al asiento delantero, y giré la llave. Cuando el motor ronroneó a la vida debajo de mí, encontré la mirada de Pick en el espejo retrovisor.

Él asintió en permiso silencioso. —Irás tan rápido como le digas que haga.

Así que pisé el pedal hasta el piso, y nos apresuramos en la calle en la dirección del hospital más cercano.

En el asiento del otro lado, la mujer de Lowe permaneció callada pero mordiéndose las uñas mientras Pick murmuraba algo a cada rato en el asiento trasero a la chica doblada en una bola fetal en su regazo.

—¿Por qué está en libertad condicional? —preguntó Reese al final con una voz calmada.

Me encogí de hombros. —No tengo ni la menor idea.

Asintió y regresó a morder sus uñas.

Llegamos al Hospital General Ellamore en tiempo récord. Me detuve en la entrada de emergencia, y un par de camilleros salieron con una silla de ruedas cuándo vieron a Pick sacar una ensangrentada Eva del asiento trasero. La limpiaron, y los tres nos quedamos rezagados esperando impotentemente en la entrada.

Reese caminaba de un lado a otro, enviando mensajes tras mensaje con su teléfono, mientras Pick —con su camisa y pantalones siendo un desastre con manchas de sangre— se desplomó en una silla con sus ojos cerrados, su rostro pálido y su boca tensa. Me apoyé contra una pared cercana y crucé los brazos sobre mi pecho.

Y esperamos.



To professor  
with love

Linda Kage

32

Traducido por Adriana Tate & Jeyly Carstairs

Corregido por Mire

“Lo que estás buscando no vendrá de la forma que esperas.”

Haruki Murakami.

## NOEL

Abrí la puerta del apartamento, cansado y derrotado. El lugar se hallaba tranquilo y me hizo sentir extraordinariamente solitario.

La prima de Reese, Eva, pasó por una cesárea de emergencia en el hospital, dando a luz seis semanas antes de la fecha a una bebé de dos con ochocientos kilos. Mason se apareció minutos antes para informar que él y el papá de la bebé hicieron un trato: no entregaríamos a Alec por lo que le hizo a Eva si él no denunciaba a Pick por lo que éste le hizo a él.

Al parecer, eso funcionó para Alec, porque Lowe dijo que iba en camino de regreso a Florida.

Cuando una enfermera salió para decirle a Reese que podía regresar y ver a la nueva mamá o a la nueva bebé a través de la ventana, en la incubadora donde la pusieron, decidí que era tiempo de que me dirigiera a casa. Ya que Pick no parecía estar dispuesto a moverse del hospital, hice el viaje a pie.

Caminar ayudaba a aclarar mi cabeza. Demonios, la noche entera había aclarado mi cabeza. Cuando una catástrofe como esta ocurría, hacía que una persona se diera cuenta de lo que era verdaderamente importante. Abriendo mi teléfono, le envié otra cita a Aspen. Era una que tuve por un tiempo, pero que guardaba para el momento adecuado. Bueno, ese momento podría nunca llegar si no hacía que sucediera.

Después de presionar *enviar*, solté un suspiro y me desplomé en el sofá. Quería llamarla y dejarle un mensaje de voz, solo para contarle toda la mierda loca que pasé esta noche. Necesitaba a alguien con quien compartir mi día. Pero decidí esperar hasta que pudiera verla de nuevo. Así que comencé a marcar el número de la casa para saber de Caroline, Colton y Brandt. Pero me detuve. Era tarde, incluso en su zona horaria; no quería despertarlos sin motivo.

275

Acostado allí, me quedé mirando el techo manchado con humedad de mi destartalado apartamento y preguntándome qué demonios hacía. Mi familia se encontraba a cientos de kilómetros de distancia. La mujer que amaba se hallaba en Dios sabía dónde. Me sentía desperdigado. Y atrapado. Mis metas para un diploma universitario y el reclutamiento de la NFL ya no parecían relevantes. Pero no me podía ir. No a menos que quisiera destruir la reputación de Aspen.

Frotando mi cara con la mano, me sentí décadas mucho más mayor de lo que era.

Cuando la puerta se abrió, una chispa dio una sacudida en mi pecho, con la esperanza de que pudiera ser ella. Pero solo era Ten.

Se detuvo cuando me vio. Con la mirada incierta y recelosa. —¿Qué hay de nuevo? —dijo de manera evasiva—. ¿Pick ya se fue?

—Sip. —Miré las feas paredes nuevamente. Alguien debía pintar este lugar—. ¿Cómo estuvo el trabajo?

—Bien. —Permaneció inmóvil en la entrada, observándome con cautela—. Oye... te traje algo.

Relajé mi expresión y miré en su dirección, preguntándome por qué actuaba tan raro. Pero entonces dio un paso dentro de la habitación, dejando que alguien más entrara con él tomado de su mano.

Mi mirada siguió una mano femenina a un brazo femenino, y la esperanza se despertó en mi pecho. Pero una masa de cabello rojo la mató tan rápido como comenzó.

No era Aspen.

—Hola, Noel —dijo Marci, dándome una sonrisa tímida aún con la mano agarrada a la de Ten.

Le rodé los ojos a mi compañero de cuarto, muy poco impresionado, impasible y completamente desinteresado. —No, gracias.

Él gruñó. —Maldita sea. Esto tiene que parar. Estás comenzado a asustarme.

Entrecerré los ojos. —¿Por qué no dejas que me cuide yo solo? Y de aquí en adelante, también mantén lejos a las niñeras. Una noche afuera con Pick no es mi estímulo exactamente.

—Bueno, quizás *yo podría* ser tu estímulo. —Marci finalmente se separó de Ten y se dirigió hacia el sofá, meneando sus caderas con demasiado entusiasmo. Llevaba tacones altos, una falda corta y una blusa de corte bajo.

Debí sentir algo. Era un chico. Pero solo suspiré y froté mi frente. —No —gemí—. No, no, no. Lamento haberte hecho pensar que quería algo contigo en marzo. Pero he cambio de opinión y ya no estoy interesado.

Discordante, se detuvo sorprendida y colocó las manos en sus caderas y frunció el ceño. —Esto ya no se trata de esa fea y perra profesora, ¿verdad?

Mi boca se abrió. —¿Discúlpame?

—Oh... mierda —murmuró Ten detrás de ella—. Tú eres la chantajista, ¿no es así? Sabía que era una chica, pero... maldición.

Fui lento en comprenderlo porque mi cerebro no quería admitirlo. Pero si Marci fue la que chantajeó y luego hizo que despidieran a Aspen, entonces era por mi culpa. Fue mi culpa que esto pasara. Yo había sido el que alejó a Marci y la hizo tomar represalias.

Deliberadamente, me senté y me puse de pie. —¿Tú hiciste que la despidieran? —Trepando por la mesa de centro, me dirigí hacia ella.

Leyendo mi expresión, los ojos de Marci se desorbitaron. Dio un paso hacia atrás y chocó con Ten. Él agarro su brazo y la empujó hacia la puerta. —Vete —le ordenó.

Pero ella no se movió lo suficientemente rápido. Salté, lo único que evité que agarrara un puñado de bastante cabello rojo y arrancárselos de raíz fue mi compañero de cuarto, quien saltó entre nosotros. Ella me miró sorprendida, con la boca abierta.

—Mocosa malcriada de mierda. —La señalé con un dedo acusador por encima del hombro de Ten—. Si no fueras una chica, te daría una paliza ahora mismo. ¿Comprendes? No me vuelvas a hablar, ni a mirar, ni a pensar en mí nunca más. No quiero nada que ver contigo.

—Pero... —Lágrimas llenaron sus ojos mientras presionaba una mano contra su pecho—. Te protegí, Noel. No les di una foto con tu rostro. No le dije a nadie que eras tú. Te liberé de ella.

—Como si importara una mierda —rugí—. Maldita sea, ellos saben que soy yo, Marci. Les dije que era yo.

—Tú qu... ¿qué? —Frunció el ceño, sin todavía comprender—. ¿Por qué harías eso?

—Lastimaste a la mujer que amo —le dije, dejándolo claro lo mejor posible—. Nunca te perdonaré por eso.

Comencé a temblar cuando me dijo que era un bastardo y corrió fuera del apartamento, llorando a gritos. Me alejé de Ten y pasé las manos por mi cabello, tentado a perseguir a Marci, así podía envolver mis dedos alrededor de su cuello y apretarlo.

Detrás de mí, Ten soltó un suspiro. —Hombre, juro por Dios. No sabía...

—Cállate —le espeté. Luego maldije cuando sonó mi teléfono, Aspen escogería este momento para por fin devolverme las llamadas, ¿verdad? Justo cuando me enteré de cuanta participación tuve en que fuera expulsada de

El amore. Justo cuando me sentía tan lleno de mierda y tan culpable que quería enrollarme en una bola y morir.

Pero cuando miré a la pantalla y vi que era de casa, no ella, cerré los ojos, sin estar listo para soportar más malas noticias de Caroline. Pero diablos, como fuera. No podía ser peor de lo que ya estaba lidiando, así que adelante.

—Hola —respondí, esperando la voz de mi hermana.

En cambio mi hermano menor del medio, Brandt, sollozó en mi oído, con la voz temblándole como loco. —Noel. Algo le pasa a Caroline. Te necesitamos.



El sol comenzaba a salir sobre el horizonte cuando entramos en el estacionamiento del campamento de casas rodantes de Bluebird. Estuve manejando durante cuatro horas mientras que Ten se desplomó dormido en el asiento del pasajero.

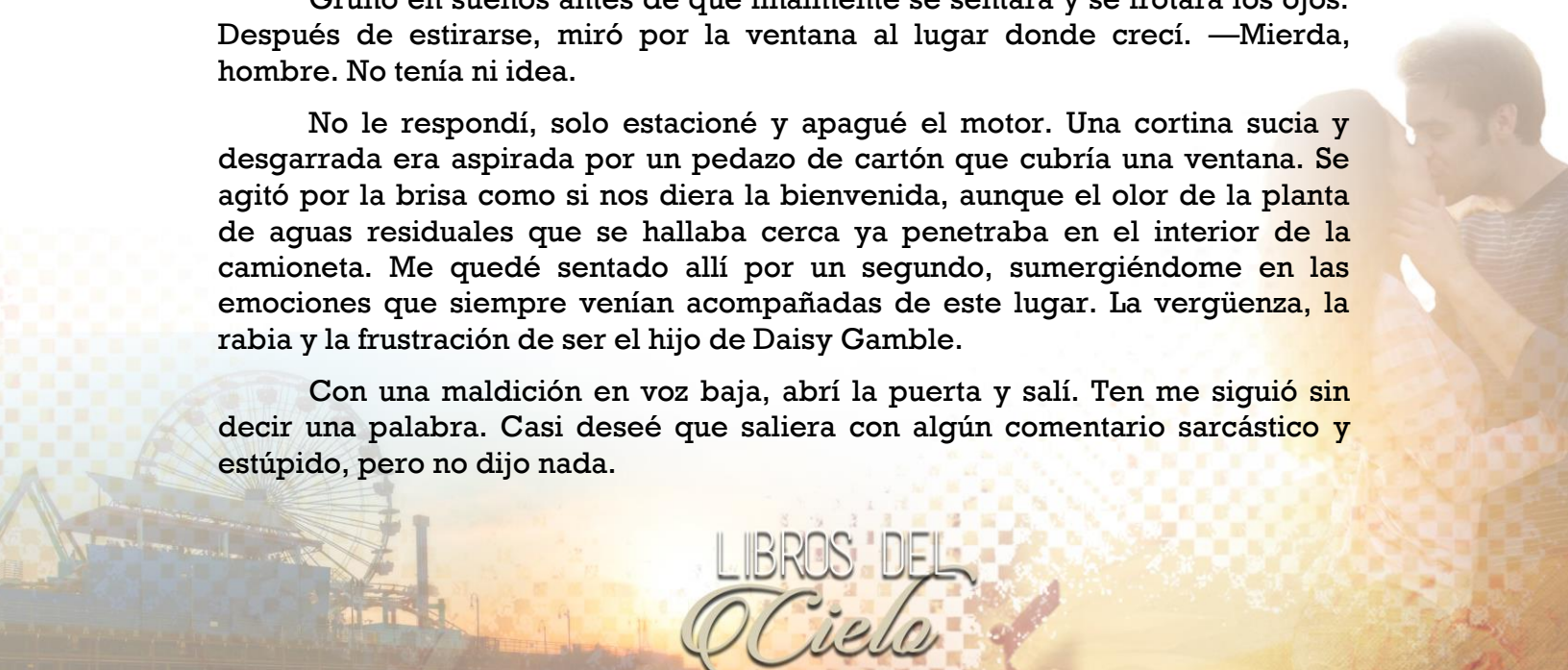
Le debía por esto, a lo grande. Él no tenía que prestarme su camioneta cuando se lo pedí, y desde luego no necesitaba ofrecerse como voluntario a venir, pero aquí estaba. El molesto compañero de cuarto, el dolor en el trasero que tuve la semana pasada se había ido, y este Oren Tenning parecía ser una edición completamente mejorada.

Golpeando su rodilla, le dije—: Oye, ya llegamos. —Hogar, dulce casa rodante, hogar.

Gruñó en sueños antes de que finalmente se sentara y se frotara los ojos. Después de estirarse, miró por la ventana al lugar donde crecí. —Mierda, hombre. No tenía ni idea.

No le respondí, solo estacioné y apagué el motor. Una cortina sucia y desgarrada era aspirada por un pedazo de cartón que cubría una ventana. Se agitó por la brisa como si nos diera la bienvenida, aunque el olor de la planta de aguas residuales que se hallaba cerca ya penetraba en el interior de la camioneta. Me quedé sentado allí por un segundo, sumergiéndome en las emociones que siempre venían acompañadas de este lugar. La vergüenza, la rabia y la frustración de ser el hijo de Daisy Gamble.

Con una maldición en voz baja, abrí la puerta y salí. Ten me siguió sin decir una palabra. Casi deseé que saliera con algún comentario sarcástico y estúpido, pero no dijo nada.



No había escaleras que dirigieran hacia la puerta principal. Así que solo giré la manilla y salté dentro. Mis hermanos se encontraban acampando en la oscura sala principal; Colt durmiendo en el sofá y Brandt en el suelo. Aunque parecía demasiado temprano en el año para ello, un enjambre de moscas de las frutas bailaba alrededor de una pila de platos sucios en la cocina.

Le di un golpecito con mi zapato a la pierna de Brandt hasta que se despertó de golpe y se sentó.

Me miró por un momento antes de parpadear y decir—: ¿Noel? — Cuando su voz se quebró con emoción, lo arrastré del suelo hacia mí en un abrazo de oso. Le tomó un segundo, pero finalmente me devolvió el abrazo, y cuando lo hizo, enterró su rostro en mi cuello para dejar salir un corto sollozo. Dios, cuánto había crecido.

—¿Cómo está Caroline? —le pregunté, alejándome para ver si todavía tenía un moretón en su rostro, uno reciente rojizo morado.

Sacudió la cabeza. —Está mal. Muy mal.

Extendí la mano para tocar su mandíbula descolorida, pero me detuve en el último segundo. —¿Eso no debería haber sanado para estas alturas?

Con un medio encogimiento de hombros, apartó la mirada. —Es uno nuevo.

Uno nuevo. Nadie me dijo que recibió una paliza nuevamente. Demonios, nadie me dijo nada de nada en las últimas semanas.

En el sofá, Colton se removió. Cuando se sentó, bostezando y rascándose la cabeza, la manta agujereada que lo estuvo cubriendo se deslizó para revelar unos brazos pálidos y huesudos. Mierda, ¿cuánto comía el niño? Parecía como si solo se alimentaba una vez a la semana.

—Hola, niño —lo saludé, y mi garganta se cerró, cuando me acerqué para alborotar su grasoso cabello enmarañado.

Él tenía cinco años cuando me mudé. Así que cuando me miró con ojos cautelosos, desconfiados y hundidos me di cuenta que era similar a un extraño; su ausente hermano mayor quien lo abandonó.

—¿Dónde está ella? —pregunté, girándome hacia Brandt y sin ser capaz de mirar a Colt sin rogar su perdón.

Brandt señaló hacia un pasillo angosto. —Apuesto que en el baño. Ha estado allí toda la noche.

Asentí y me dirigí hacia mi hermana menor. El baño se encontraba oscuro, pero el sol de la mañana entrando por la ventana me mostró un bulto de tamaño humano en el suelo, ubicado sobre el asiento del inodoro. Buscando adentro, intenté subir el interruptor de la luz, pero nada sucedió.

—La luz está descompuesta. —La frágil voz de mi hermana llegó desde el interior.

—Mierda. —Me agaché y la tomé en mis brazos—. ¿Caroline?

Se dejó caer contra mí, tan frágil y flácida que me detuve en seco de atraerla más apretadamente hacia mí, temiendo que pudiera lastimarla.

—Me alegra tanto que estés aquí. —Acercándose más, se estremeció y enterró su cara en mi cuello.

Besé su cabello y trate de mantener la calma, pero joder, era mi hermana pequeña. Cuando vi manchas oscuras salpicadas por el borde de la taza del baño, me atragante. —¿Eso es... Jesús, eso es sangre?

Pensé en Eva Mercer y la forma en que sangró tras recibir un puñetazo en el estómago.

Caroline ni siquiera levantó la cara. —Probablemente.

—Oh, infiernos. ¿Tuviste un aborto involuntario?

Se limpió la nariz con el dorso de la mano y sorbió. La humedad que empapaba mi camisa me decía que lloraba. —No. Yo...yo... los padres de Sander me ofrecieron dinero para que me deshiciera de él... así que... lo hice. —Las dos últimas palabras fueron susurradas y obstruidas por las lágrimas.

El aliento salió de mis pulmones. —Tu... yo... —Negué, sin saber que decir. Mis dedos temblaban mientras cepillaba el pelo de su cara y besaba su sien—. ¿Es eso lo que querías?

—No lo sé —dijo con voz ronca.

Cerré los ojos y apreté mis dientes. —Mierda, Caroline. Si hubieras querido tener al bebé, te hubiese ayudado. Lo sabes, ¿verdad? Sé que me volví loco al enterarme, pero me encontraba furioso, decepcionado y asustado.

—Bueno, ¿cómo crees que me sentía yo? —Retrocedió para mirarme—. También asustada, Noel. Y tú no estabas aquí. ¿Qué se supone que debía hacer? —Enterrando su cara en las manos, lloró abiertamente; sus hombros temblaban por la fuerza de sus sollozos.

Colocando la mano contra mi boca, la vi romperse. Esto fue mi culpa. Le fallé a mi familia. Le fallé a Aspen.

Había fallado, y punto.

—Lo siento. —Cerré los pocos metros que la alejaban de mí y la atraje de nuevo a mis brazos. Pero se resistió, y eso me rompió. Enterré mi cara en su pelo—. Lo siento mucho.

Le tomó tiempo para finalmente relajarse contra mí, pero cuando lo hizo, pude tomar por fin un suspiro de alivio. Le acaricié la espalda como si pudiera de alguna manera compensarla por todas las veces que no estuve allí para ella. En un segundo, eché un vistazo por encima de su hombro, tratando de recomponerme, cuando vi más sangre. Mierda, esa era una gran cantidad de sangre.



—¿Tenemos que llevarte al hospital?

Negó. —No, creo... creo que ya terminó. Dijeron que sangraría. Pero no esperaba que fuera tanto. —Cuando se le quebró la voz, besé su sien de nuevo.

—¿Todavía te duele?

Su asentimiento era todo lo que necesitaba ver. —Está bien. —Me moví con ella hasta que se sentó en mis rodillas. Entonces me puse de pie—. Vamos a un lugar cómodo, y veremos si podemos encontrar algo para el dolor.

Ni siquiera me molesté en llevarla a una de las dos habitaciones. Si los chicos se encontraban durmiendo en la sala de estar, ya sabía que no querría ir allí.

Ten nos encontró al final del pasillo. —Hombre, yo...

Sus palabras se interrumpieron bruscamente cuando vio a Caroline.

Ella levantó la vista hacia la nueva voz, y sus ojos se desorbitaron. —Oh, Dios mío —gritando, me agarró con fuerza y hundió su cara de nuevo en mi pecho—. ¿Quién es él?

Apoyando la mejilla contra su cabello para tranquilizarla, le dije—: Ese es mi compañero de cuarto, Oren Tenning.

—Hola —saludó Ten, con voz ronca—. ¿Cómo te encuentras? —Cuando vi la dirección de su mirada, clavada en las piernas desnudas de mi pequeña hermana, le fruncí el ceño. Su enorme camiseta no le cubría mucho más allá de sus muslos, dándole una buena vista.

Aclarándome la garganta, por fin conseguí que quitara la vista de ella. Cuando se encontró con mi mirada asesina, se apartó, dándonos la espalda. —Uh... el uh... me muero de hambre, así que iba a llevar a los chicos al McDonalds más cercano para el desayuno. ¿Ustedes dos quieren algo?

—Sí —suspiré—. Consíguenos algunos panecillos con salsa de carne, y burritos de desayuno, y sándwiches, cosas como esas. Déjame ponerla en el sofá, y voy a sacar un poco de dinero de mi cartera para pagar.

—No te preocupes por eso. —Ten se giró para mirarnos mientras lo pasaba.

—No tengo hambre —protestó Caroline.

—Bueno, necesitas comer algo y recuperar tus fuerzas. —La acomodé y me senté a su lado mientras alcanzaba la manta con la que Colton dormía para cubrir sus piernas—. Por lo menos inténtalo, ¿de acuerdo?

Después de un reacio asentimiento, miró más allá de mí, hacia mi compañero de cuarto. De pie torpemente junto a la puerta, con las manos metidas en los bolsillos, Ten le devolvió la mirada. Pero tan pronto sus miradas chocaron, las apartaron. Sonrojándose locamente, Caroline apoyó la cabeza en la almohada y rodó para enterrar su cara en ella.

Me levanté, tomé una respiración profunda y me giré hacia mi compañero de cuarto. Cuando le di un simple asentimiento, juntó a mis hermanos, que se encontraban más que dispuestos a ir a buscar algo de comer, y salió del remolque.



Mientras Brandt y Colton se sentaban en el sofá, uno a cada lado de una pálida Caroline, después de comer toda lo que les compró Ten, salí por un minuto para tomar un poco de aire fresco. Mi compañero de cuarto me siguió poco después.

Dejó escapar un suspiro y apoyó la espalda contra las paredes metálicas del remolque mientras colocaba las manos en sus caderas. —¿Cómo es el refrán? ¿Karma Sutra: El destino te ha follado en todo tipo de modos creativos?

Solté una carcajada. —Sí. Suena bastante bien.

Ten se unió con una breve risa, pero no duró mucho. Maldiciendo entre dientes, pasó la mano por su pelo. —Entonces, ¿qué fue lo que paso ahí...? Mierda, hombre. ¿Va a estar bien?

—No lo sé. —Miré el resto de hogares en el parque de casas rodantes y suspiré. Todos las mantenían mejor que la nuestra.

—¿Dónde está tu mamá?

Me giré hacia Ten. —Buena pregunta.

Siseó otra maldición y se apartó de la pared. —Bueno, esto... esto francamente es una mierda. No es de extrañar que nunca me hablaras de tu vida en casa. O que tu hermana era malditamente caliente.

—¿Perdón? —Cuando le di una mirada penetrante, levantó las manos como si se estuviera rindiendo.

—¿Qué? Todas las veces que la mencionaste, siempre me la imaginé como de unos cinco años en coletas, llevando por todos lados una frazada y un oso de peluche. Y... no tiene cinco.

—Tampoco dieciocho —gruñí—, así que retrocede.

—Oye, no le faltaba el respeto. Las paredes de este lugar son finas como la mierda, la oí decirte por lo que acaba de pasar. Solo digo, no soy ciego.

—Bueno, mejor te vuelves ciego cerca de ella.

—Bien, como sea. —Ten levantó las manos una última vez, diciéndome que retrocedía. Dejó escapar un largo y fuerte suspiro y miró al cielo. Hice lo mismo. Después de un minuto en que ninguno de los dos habló, preguntó—: ¿Qué vas a hacer con todo este jodido problema?

Pateando una gran roca incrustada en el pasto, traté de reprimir todo el aumento de mis emociones. Pero cuanto más pensaba en lo que debía hacer, mas quería destrozarse el remolque con mis propias manos. —Sabes, siempre me pregunté lo mal que tendrían que ponerse las cosas aquí antes de que tuviera que renunciar a Ellamore y volver a casa. Pero mierda, esto es peor de lo que me imaginaba. ¿Cómo pude dejar que las cosas se pusieran tan mal?

—Pero si dejas la escuela ahora...

—Lo sé —le espeté; no necesitaba el recordatorio. Presionando las manos a cada lado de mi cabeza para tratar de aliviar un poco la presión que se acumulaba en mi interior, cerré los ojos. Excepto que cuando lo hice, todo lo que podía imaginar eran noticias con la cara de Aspen salpicando todas las portadas de los periódicos y las pantallas de los televisores con el titular: “Escándalo sexual en Ellamore se extiende del equipo de voleibol al de fútbol.”

—No puedo hacerle eso a Aspen —gemí, sacudiendo la cabeza—. Simplemente no puedo.

—Entonces, ¿qué vas a hacer? —insistió Ten—. Porque no puedes dejarlos aquí a los tres así.

—Lo sé. —Lo mire y gruñí, mostrando los dientes—. Pero, ¿qué puedo hacer?

—Bueno, ¿qué es lo que quieres hacer?

—Quiero entrar a esa patética casa, recoger a mis hermanos, y llevarlos a Ellamore conmigo. Quiero proteger a todos los que amo.

Ten me dio una sonrisa repentina y limpió sus manos contra los muslos. —Bueno, está bien. Vamos a hacerlo.

—¿Qué? —Parpadeé y lo miré boquiabierto—. No podemos hacer eso. Ellos no... Su vida está aquí. La escuela. Mi madre... mierda, no tengo ningún tipo de custodia. Sería considerado secuestro si yo...

—Si te atrapan. —Movié las cejas—. Pero no veo a tu madre en ninguna parte ¿en serio crees que se opondría?

Una semilla de esperanza brotó dentro de mí. Sería difícil... pero valía la pena.

Sacudiendo la cabeza, fruncí el ceño a mi compañero de cuarto por siquiera sugerir la idea. —No puedo llevar a tres niños menores de edad a casa

conmigo. —Caroline tendría dieciocho en dos semanas pero aun así—. ¿Dónde diablos podríamos instalarlos en nuestro apartamentito de dos habitaciones?

Mirando al pequeño remolque de dos habitaciones en el que vivían ahora, levantó las cejas y me lanzó una mirada. Muy bien, tenía razón. Incluso nuestro apartamento de mierda se hallaba en muchas mejores condiciones que esta basura.

—Mira, mi cama es más grande que la tuya. Los chicos pueden acampar en mi habitación, tu hermana puede tener la tuya, yo tomaré el sofá, y tú, una litera en el piso hasta que encontremos un lugar más grande para alquilar.

Solo lo miré fijamente, sin poder creer lo que escuchaba. —¿Hablas en serio?

Hizo una mueca. —Maldición, sí. Ciertamente no tomaré el suelo.

Con una carcajada, sacudí la cabeza. Solo Ten podría hacerme sonreír en un momento como este. —Quiero decir, ¿acerca de todo esto? Este es un asunto importante, Ten. Esto salvaría mi vida, maldición, pero sería un gran cambio. Para ti también. ¿Estás seguro?

Se encogió de hombros como si no fuera nada. —Hablando en serio, van a estar muy aplastados en mi medio asiento trasero hasta allí, pero demonios, ¿por qué no?

Cerrando los ojos con fuerza, cubrí mi cara con las manos mientras el alivio casi dobló mis rodillas. —Gracias. Oh, maldición. Muchas gracias, hombre. Nunca voy a ser capaz de pagarte por esto.



# 33

*Traducido por Snowsmily & Deydra B.*

*Corregido por Amélie.*

“Quería un final perfecto. Ahora he aprendido, de manera difícil, que algunos poemas no riman, y algunas historias no tienen un comienzo, una mitad, o un final claro.”

Gilda Radner.

## ASPEN

Me encontraba vacía. Un cascaron vacío.

Mirando las tumbas de mis padres, me pregunté por qué no lloraba, por qué no había perdido una sola lágrima por sus muertes.

A mi lado, Rita sacudió su nariz en un pañuelo y frotó ligeramente sus ojos. Extendí la mano y palmeé su brazo, tratando de ofrecerle un poco de consuelo, pero ¿cómo le ofrecía algo cuando yo no tenía nada? ¿Cuándo no sentía nada?

Los últimos días habían sido un completo borrón. Después de “renunciar” a mi posición en Ellamore. Había ido a casa y empacado un bolso, lista para dejar el pueblo por un par de días para, no lo sé, encontrarme. Reacomodar mi vida. Hacer planes para el futuro.

Ocultarme de Noel.

Pero mi ama de llaves llamó cuando guardaba un par de vaqueros en mi equipaje. Y ahora mi miedo más grande se había hecho realidad. Mis padres habían muerto antes de decirme que me amaban o incluso de mostrarme que les importaba. Sabía que debía haberme sentido destruida, perdida, sola, sin esperanza. Pero no. Nada. Era solo un gran vacío absoluto, una vacante donde nunca habían llenado mi corazón.

Me había preparado para escuchar acerca de mi padre. En el hospital, con neumonía y al perder su pierna por la diabetes, sabía que este destino se acercaba a él. Pero no murió así.

285

De hecho, mamá lo llevaba del hospital a casa cuando tuvieron un choque de frente en la autopista. Ambos muertos. Inmediatamente.

¿Conmocionada? Sí, bastante. Definitivamente me hallaba en estado de conmoción. Tal vez esa era la razón de que estuviera tan entumecida. O tal vez solo era una bruja sin corazón. Tal vez Mallory y Richard Kavanagh me contagiaron y ya no podía sentir nunca más.

Pero cuando pensaba en Noel, sabía que no era cierto. Porque solo de proyectar su rostro en mi mente, ya no me sentía entumecida, sino que dolida y rota.

Quizá mis padres nunca me mostraron el amor, pero sí conocía como era. Sabía cómo se sentía hallar a alguien por el que valiera la pena vivir, arriesgar todo por ese amor, y sacrificar todo por ello. Era hermoso e increíble. Así que ya no lo anhelaba de los dos cuerpos tendidos en el frío y duro suelo. Podrían llevarse su maravilloso amor con ellos, a donde quiera que fueran.

Arrojé una rosa en cada tumba abierta y me giré, lista para terminar con esto. Solo una docena de personas se encontraban presentes en el cementerio. Reconocí a colegas de Richard y Mallory —el padre de Zack de pie cerca de la parte de atrás— pero eso era todo. Ningún amigo, ninguna otra familia. Solo personas del trabajo.

Un crujido vino detrás de mí, y sabía que Rita se apresuraba para alcanzarme. Desaceleré lo suficiente para que me alcanzara, luego enganché mi brazo con el de ella, y caminamos hasta el coche negro que nos esperaba.

—¿Soy una persona horrible, Rita? —pregunté en voz alta.

Cálidos dedos rodearon los míos y estrujaron fuerte. —¿Por qué creerías semejante cosa, niña?

—Ellos me criaron —dije—. Me mantuvieron saludables y vestida, con un techo sobre mi cabeza. Pagaron por mi educación y me ayudaron a tener un buen comienzo en la vida. No tendría nada si no fuera por ellos. ¿No tendría que deberles más que esto? ¿No debería... lamentarlo?

—Oh, cariño. Solo estás conmocionada. La negación es una etapa muy real del duelo.

Negué con la cabeza. —No. No. Sé que se han ido. Sé que... —Nunca los vería de nuevo. Deteniéndome a seis metros del coche mientras todavía éramos solo nosotras dos, me giré hacia ella—. Estoy aliviada —confesé finalmente—. Pasé toda mi vida preocupada por decepcionarlos, esforzándome por ganar su amor. Y ahora... soy libre. Perdí mi trabajo esta semana, y mi mayor miedo era como iba a decirles. Pero ahora no tengo que preocuparme por eso. Nunca más tendré que preocuparme por ganar su aprobación.

Rita hizo un sonido con su lengua y me cogió para abrazarme. —Esto es mi culpa. Debí haberte apoyado más. Nunca debí haberles permitido intimidarme para mantener mi distancia. Siempre fuiste una chica tan

obediente, y todo lo que siempre necesitaste fue un abrazo, solo un poco de compasión.

—No. Lo hiciste bien. Entiendo por qué no podías hacer mucho. Y siempre recodaré los momentos en que sí hiciste algo.

Agarrando mis hombros, Rita me miró con ojos pálidos y húmedos. — Nunca te trataron bien. No sé cómo resultaste tan bien como lo hiciste.

Al final, tuve que parpadear para ocultar algunas emociones. Esta era mi verdadera madre. Y me acababa de dar toda la aprobación parental que alguna vez necesité. —Gracias, Rita.

Después de que regresáramos a la casa, el abogado de mis padres vino a leer su testamento. Rita obtuvo mil dólares por cada año de servicio que había trabajado para ellos, y luego dejaron el resto de su valor financiero a la universidad donde ambos trabajaron.

Cuando esas palabras fueron dichas en voz alta, el frío dentro de mí solo se hizo más grande. Rita jadeó y se cubrió la boca. —No —jadeó, girándose en mi dirección con culpa en sus ojos—. Pero... pero ¿y qué pasa con Aspen?

El abogado hizo una mueca de dolor. —Les pregunté por ella cuando hicieron el redactado. Pero dijeron que ya le habían dado las herramientas que necesitaba para sobrevivir. El dinero no era importante para ella.

Ni siquiera me sorprendió. Aún vacía, simplemente levanté el mentón y respondí—: Tenían razón. No necesito su dinero. —Ni siquiera me importaba que hubiera planeado pedirles un préstamo hasta que encontrara un nuevo trabajo. Realmente me habían dado todas las herramientas que necesitaba para sobrevivir. Podía hacer esto. De algún modo.



Solo me tomó un par de días ver los asuntos de mis padres. Tan claros y ordenados como siempre fueron, aun así necesitaban a alguien que pusiera todos sus deseos en acción, así que todo recayó en mí. Pasé otro día con su abogado, asegurándome que Rita estuviera lista, y todas las cosas de Richard y Mallory pudieran ser vendidas en una subasta. Luego me aseguré de que los fondos fueran arreglados con la universidad a la que iría su dinero.

Me detuve junto a sus tumbas una última vez antes de dejar el pueblo para decir un último adiós y tener un cierre. Un peso se quitó de mi pecho

cuando me subí nuevamente a mi coche. Era tan extraño. Había tocado fondo. Había perdido el amor de mi vida, mi trabajo y a mis padres. Básicamente no tenía oportunidades para el futuro, y el dinero de mis cuentas bancarias duraría probablemente solo un mes o dos.

Pero no se sentía como si esto fuera el fin, como si todo hubiera terminado. Tal vez de verdad me encontraba en negación. Excepto que una semilla de esperanza se había almacenado en el lugar vacío de mi corazón. Creía y germinaba, y no podía evitar sentir que un nuevo comienzo despertaba dentro de mí.

Mi teléfono sonó mientras alcanzaba los límites de la ciudad, haciendo que mi capullo de esperanza se convirtiera en una flor. Habían pasado un par de días desde que Noel había dejado de llamarme y comenzó a dejar mensajes. Todavía me escribía cada mañana, dándome citas para mi colección. La de ayer era mi favorita hasta ahora:

“Cuando alguien te ama, la manera en la que dice tu nombre es diferente.

Sabes que tu nombre está seguro en su boca.”

Jess C. Scott, *The Intern*.

288

Pero además de esos mensajes, había dejado de rogarme que le llamara, o que lo perdonara, o que regresara a casa. Había dejado de disculparse por la pérdida de mi trabajo. Había dejado de luchar ferozmente por mí. Por otro lado, no respondí a ninguno de sus intentos, así que él no tenía una razón para pensar que quedaba algo por lo que pelear, excepto que todavía lo amaba. Siempre lo amaría.

Mi corazón se sacudió en mi pecho mientras mi mano rebuscaba mi teléfono en mi bolso en el asiento del pasajero. Tal vez, después de todo, Noel no se había rendido por completo conmigo.

El identificador en la pantalla mostraba a mi viejo consejero y mentor. Mis hombros se hundieron y respondí educadamente.

La Dra. Thorn extendió sus condolencias por la muerte de mis padres. Después de que acepté sus disculpas por no haber asistido al funeral, por fin llegó a la razón de la llamada.

—Sé que tal vez te las estás arreglando muy bien sola en Ellamore —dijo, provocando que me encogiera porque no quería confesar que ya no era empleada allí—. Pero tenemos un miembro de la facultad en el departamento de inglés que decidió retirarse al final del semestre, y fuiste la primera persona en la que pensé para reemplazarlo. Siempre fuiste tan entusiasta acerca del



currículum, y tienes la juventud y la viveza que quiero aquí. ¿Así que, crees que es posible que considerarás regresar a nosotros... como profesora?



Era tarde cuando regresé a Ellamore. Había conducido directo hasta aquí y debí haber estado exhausta. Pero mientras mi cuerpo solo quería descansar, todo lo demás dentro de mí permanecía despierto y emocionado por el hecho de que Noel se hallaba cerca. Pude haber esperado hasta la mañana, pero no lo hice. Tenía que verlo ahora. Aparqué frente a su edificio de apartamentos y me atravesé rápidamente la oscuridad hasta la entrada principal donde una luz descompuesta colgaba sin vida sobre la puerta principal.

Empuñé mi mano y la llevé a su puerta, pero decidí que no quería despertar a su compañero de cuarto, así que saqué el teléfono de mi bolso para llamar, cuando cambié de opinión de nuevo. Preferiría despertarlo de otro modo.

Traté con el seguro y estaba abierto. De puntillas a través del pasillo oscuro, llegué a su habitación y giré la manilla, adentrándome. La lámpara cerca de su cama brillaba suavemente y las sábanas crujieron cuando entré. Me preguntaba si ya estaba despierto, esperándome, sintiendo que vendría. Pero al levantar mis ojos hacia la cama, encontré a una chica jadeando y sentándose en el colchón.

Sosteniendo las mantas contra su mejilla, jadeó con un par de ojos abiertos y con manchas de lágrimas.

Me congelé como si me hubieran sacado el aire del pecho. Era hermosa, con un largo cabello rubio que caía en cascadas y rasgos impresionantes. Me dolía mirarla.

Ácido llenó mi estómago, y pensé que podría vomitar sobre el piso. Las lágrimas llenaron mis ojos.

Pero él había seguido adelante. Era demasiado tarde. Él...

—¿Estás buscando a Noel? —preguntó, antes de sorber por la nariz y secar su mejilla—. Creo... creo que está en la sala de estar, durmiendo en el piso o en el sofá. No estoy segura de cuál.

Parecía amigable. No podía creer que esta chica —a quien no conocía pero odiaba más que a cualquiera en la tierra— se atreviera a ser amigable

conmigo, como si no estuviera destrozando mi alma en un millón de pedazos. Me tomó unos buenos cinco segundos procesar lo que acababa de decir.

Noel dormía en la sala. No aquí. No con ella.

La confusión debió haberse hecho muy obvia en mi rostro porque dijo—: ¿Eres Aspen, cierto? He escuchado sobre ti. Soy la hermana de Noel.

—¿Caroline? —Respiré. Oh, Jesús. Oh, gracias, Dios—. Yo... ¡oh! Bueno, también he oído de ti.

El alivio me dejó aturdida y tuve que alcanzar el marco de la puerta y sostenerme para controlarme. Una vez más, mis emociones abrumadoras me tuvieron despistada de un par de detalles inconscientes por demasiados segundos; de otro modo no me hubiera tomado tanto tiempo darme cuenta de que la hermana de Noel estaba llorando... y aquí. ¿Por qué se encontraba aquí, y donde estaban los dos hermanos?

—¿Te encuentras bien? —pregunté, acercándome, preocupada por ella sobre todo lo demás.

—Sí. —Asintió y se abrazó a sí misma, dejando caer la sábana para revelar que usaba una de las camisetas de los Vikingos de Ellamore de Noel—. Yo... yo... no. No, no estoy bien. No creo que lo esté nunca más.

Cuando enterró su rostro en las manos y dejó caer todos los pretextos para no sollozar, mi corazón se rompió por ella. Me arrastré en el colchón y tiré de ella en un abrazo. Tan natural como respirar, descansó su cabeza en mi hombro y aceptó mi consuelo. El aroma de Noel en las sábanas me confortó mientras consolaba a su hermana.

—¿Es el bebé? —pregunté finalmente, apartando suavemente su cabello de su rostro.

Su cuerpo se estremeció mientras se acurrucaba más cerca de mí. —No hay bebé.

El eco vacío de su voz me dijo exactamente cuál era el problema. En lugar de preguntar qué sucedió, dije—: ¿Cómo llegaste aquí?

—Noel me trajo.

Asentí y continué pasando mis dedos por su cabello. No tengo idea de dónde vino mi lado maternal, pero esta chica era parte de Noel, y se hallaba herida. Tenía que arreglarlo. —¿Dónde están tus hermanos menores?

—Están durmiendo en la habitación de Oren. —Al fin, elevó su rostro y parpadeó en mi dirección—. ¿Algo duele más que un corazón roto?

—Yo... —La respuesta diplomática se atoró en mi garganta y no saldría. Así que fui con la honesta—. No, en mi experiencia no.

Abrió la boca para decir algo más, pero pisadas en el pasillo atrajeron nuestras miradas a la puerta.

—¿Caroline? —La voz baja de Noel despertó cada fibra viva dentro de mí, haciendo que mis músculos se tensaran con anticipación—. ¿Estás bien? Escuché voces... —Entró a la habitación y dio un paso completo antes de verme. Deteniéndose, me miró. Y miró algo más antes de decir con voz ronca— : ¿Aspen?

No sabía que decir. De repente me sentí apenada e insegura. Cuando la palabra “Hola” salió de mis labios en una voz pequeña e insegura, me encogí internamente.

—Hola —respiró, mirando de un lado a otro entre Caroline y yo. Su voz sonaba plana cuando añadió—: Has vuelto.

Asentí, preocupada de que hubiera sido un error venir de esta manera. —Yo... vine aquí a hablar contigo, pero... —señalé a Caroline—, conocí a tu hermana.

Giró su atención a su hermana y ella se escabulló de la cama. —Yo solo... —Señaló con su pulgar hacia la puerta—. Los dejaré a los dos para que hablen.

—No. —Noel levantó una mano—. Quédate. Podemos irnos. Necesitas descansar. —Ladeando su cabeza, por fin pareció notar sus ojos húmedos—. ¿Estás bien?

Asintió y trató de borrar la evidencia de su rostro. —Sí. Mejor. Con un poco de ayuda de Aspen.

Cuando me miró, le envié una sonrisa de apoyo. Regresó a la cama, así que tomé eso como mi pista para bajarme. Pero cuando cambiamos lugares, me dio un último abrazo impulsivo.

—Gracias —susurró en mi oído.

Asentí, dándole una sonrisa de despedida, y me giré hacia Noel. Me miraba, sus ojos con un remolino de emociones pero su expresión severa. Entonces giró y salió de la habitación; lo seguí por el pasillo hasta la puerta principal. No se detuvo ni extendió su mano para mí, y eso dolía. Pero no podía esperar menos, ¿cierto?

Una vez que estuvimos fuera del apartamento, las luces tenues del pasillo del exterior mostraron cuan rígidos e inflexibles estaban sus hombros.

Seguía caminando, así que lo seguí por las escaleras. Apresurándome para seguirle el paso, al final dije—: No me dijiste que Caroline había perdido al bebé en ninguno de tus mensajes.

Deteniéndose, se giró. Acabamos de llegar al descanso entre los pisos, donde las escaleras giraban. Agarró mi brazo y me llevó hacia la pared hasta que ladrillos helados encontraron mi columna.

Acercándose lo suficiente para sentir su calor y su aroma de menta en su aliento, gruñó—: Bueno, no me dijiste que te ibas de la ciudad. No me dijiste que Marci Bennett te había chantajeado. Y seguro que no me dijiste que habías

perdido tu maldito trabajo... por mi culpa. Cristo, Aspen. —Acunó mi rostro y presionó su frente con la mía—. No me dijiste una mierda.

Estaba tan enojado que se estremeció. Sentí cada temblor en su cuerpo tan intensamente que bien podría haber temblado yo también.

—Maldición —murmuró cuando no respondí—. ¿Por qué no me dijiste?

Cerré los ojos. —Porque no quería que hicieras algo estúpido.

Resopló. —Demasiado tarde.

—¡Oh, Dios, Noel! —Empujándolo, jadeé—. Mentí por ti. Me negué a decirles quien eras, para *protegerte*. Por qué harías... espera. ¿Qué hiciste?

Inclinándose sobre mí, empuñó las manos en sus caderas y frunció el ceño. —Les dije que era yo en esa foto. ¿Qué crees que hice?

—No. —Negándolo, sacudí la cabeza rotundamente. Temor recorrió mi piel, hormigueando en mi cráneo. Pero si Noel había salido herido por esto, después de todo lo que sacrifiqué para mantenerlo a salvo, yo... yo no sabía que haría. Tal vez perdería toda la fe en el mundo—. Ellos... ¿te echaron?

La vergüenza cubrió sus ojos. Inclinando la cabeza ligeramente, apartó la mirada y pasó la mano por su cabello. —No —admitió en voz baja.

Siseé a través de mis dientes. —Oh, gracias a Dios.

—No me dejaron irme —añadió con una mueca de frustración.

—¿No te dejaron? Qué hiciste... por favor no me digas que lo *intentaste*. Dios, Noel. Necesitas esta beca.

Dio un paso hacia mí. —¿Sabes qué? Estoy cansado de que últimamente todos me digan qué necesito. —Poniendo sus puños contra la pared a cada lado de mi cabeza, se inclinó hasta que nuestros rostros estuvieron a centímetros de distancia—. Lo que necesito eres tú. Nadie me entiende como tú. Nadie me ama como tú. Tú eres todo. Y cuando te hundiste por mi culpa, una parte de mí murió. Me sentía jodidamente roto porque no podía dejar el maldito lugar contigo. Lo intenté. Intenté tanto conseguir que te trajeran de vuelta. Y cuando amenacé con irme, ellos también. Y ahora, si me voy, harán toda esta cosa pública y ensuciarán tu nombre. Nunca podrías volver a enseñar, en *ningún* lugar. Así que, aquí estoy, atrapado, sin poder hacer ni una puñetera cosa, mientras tú asumes toda la culpa por...

—Shh. —Toqué su rostro y le acaricié la mejilla, ofreciéndole una sonrisa mojada—. Está bien.

—No. —Apretó los dientes, gruñéndome, y aplastó su frente contra la mía con más firmeza—. No está bien, maldición. Lo que te hicieron no estuvo bien. Hicieron de lo que teníamos algo morboso, sucio y equivocado. Y no lo era. Solo... no lo era. Lo juro por Dios, eres lo único correcto que he hecho en mi vida.

Me alcé sobre los dedos de mis pies y estrellé mi boca contra la suya. Me devolvió el beso salvajemente, agarrando fuerte mi cabello y rozando mis labios con los suyos. Pensé que trataba de castigarme, pero se sentía tan bien como para ser algún tipo de castigo. Me froté contra su cuerpo con la misma vehemencia, necesitando sentirlo y saborearlo y...

Arrancó su boca de la mía y se apartó de golpe, apretándose los labios como si lo hubieran traicionado. Mirándome fijamente, dijo—: No vuelvas a hacer eso. Si nos atrapan, nos hundiremos juntos.

Sacudí la cabeza. —No recuerdo haber hecho ese trato.

—Maldita sea. —Se acercó de nuevo, hundiendo las manos en mi cabello y acunando mi cabeza entre sus palmas—. No podía hacer *nada*, Aspen. ¿Acaso entiendes lo que eso me hizo? Mis manos todavía están atadas, y no puedo hacer nada por ti, ¿mientras tú sacrificas alegremente toda tu vida por *mí*? Eso no está bien. No es justo. ¿Por qué no me dijiste lo que pasaría? Algún tipo de advertencia...

—Quería hacer esto por ti, Noel. —Descansando mi palma sobre su mejilla, dejé escapar un suspiro contenido. No importaba qué tipo de turbulencias pasaban a nuestro alrededor, aquí en sus brazos, me sentía en casa.

—Pero, ¿por qué no me lo dijiste? Y después de eso, ¿por qué te fuiste sin una palabra? ¿Por qué no contestaste ni un puto mensaje de texto?

—Contactarme contigo después de esto podría haber alertado a la universidad que era tu brazo en la imagen. No quería eso. Además, pensé que podría venirnos bien un poco de tiempo separados, para aclarar las ideas y mirar todo desde una perspectiva nueva. —Cuando sus ojos se estrecharon y abrió la boca, me apresuré a añadir—: Y yo fui una cobarde. Si me hubiera puesto en contacto contigo, sabía que hubiera estado tentada a volver.

—Pero sí volviste.

Mi sonrisa era temblorosa. —Supongo que tu poder de tentación fue más fuerte de lo que pensaba. Simplemente no puedo estar lejos.

Un sollozo rasgó su garganta. Envolvió los brazos a mi alrededor y nos alineó. Este beso fue más suave, pero igual de codicioso. —Entonces, ¿esto es todo? —preguntó, pellizcando mi mandíbula—. No hay nada que nos mantenga separados, ¿por fin podemos estar juntos? ¿Abierta y permanentemente?

Me mordí el labio y él sintió mi vacilación. Alzando la cabeza, me miró. —Mierda —susurró—, no me gusta esa mirada en tus ojos.

—Me ofrecieron un trabajo —le dije—, para enseñar en mi universidad de origen. A más de mil kilómetros de distancia.

El aliento salió apresuradamente de sus pulmones mientras me miraba fijamente. Luego, dejó caer sus manos de mi rostro y retrocedió lentamente. —

Entonces, te vas. Y no puedo seguirte. Jesucristo. —Agarrándose la cabeza, se dio la vuelta—. ¿Cuántas veces planeas romperme el corazón?

—No más, espero. —Abrazando mi cintura, tomé una respiración profunda, y di el salto más grande de mi vida—. Porque rechacé el trabajo.

Se giró, mirándome. —¿Tú qué?

—No me iré a ninguna parte.

—¿Qué? ¿Estás loca? —Se acercó, agarrando mis brazos—. No puedes rechazarlo, Aspen. ¿Y si no puedes encontrar un trabajo cerca?

Me encogí de hombros. —Entonces, no enseñaré. Haré otra cosa.

—Pero amas enseñar.

Esta vez, asentí. —Sí, lo amo.

Con un gruñido, se presionó más cerca. —¿Tengo que estrangularte, mujer? No sacrificarás nada más por mí.

Solo sonreí. —Bueno, tampoco te dejaré. Puede ser que ame enseñar, pero te amo más a *tú*. Noel Gamble, mi hogar es donde sea que tú estés, así que me quedaré aquí.

Gimió, y las manos sobre mí comenzaron a temblar. —Deberías ir. —Su voz era tensa, pero siguió instando—: Sé que quieres el trabajo, me doy cuenta. Debes tomarlo.

—Sí lo quiero —admití—, pero no me importa. Como dije, te quiero más a ti.

Sacudiendo la cabeza, solo siguió mirándome. —Dices eso ahora. Pero... en un par de años, cuando estés atrapada aquí por mí, te resentirás conmigo y con todo de lo que te aparté. Necesito que sigas tus sueños, Aspen.

—Estoy siguiendo mi sueño, Noel. Confía en mí. Todo lo que siempre he querido es ser amada.

—Que Dios me ayude. —Se estremeció y observé las grietas en su resistencia—. Te amo. Nunca he amado a nadie como te amo a ti, pero...

—Pero eso es todo lo que necesito —le aseguré. Tocando su rostro ligeramente, repetí—: Créeme, puedo conseguir un trabajo en cualquier lugar. No tiene que ser en la universidad o incluso universidad comunitaria. Solo me gusta tratar de llenar a la gente con el mismo aprecio por la literatura que yo tengo. Encontraré trabajo en donde sea que esté. Pero no encontraré otro tú. No quiero dejarte.

Se dobló. Sus hombros cayeron y su cuerpo se desplomó contra el mío mientras sus labios atrapaban mi sien. —Tampoco quiero que te vayas.

—Entonces está decidido. Todos nos quedaremos.

To professor  
with love

Linda Kage

Noel me besó de nuevo. —Te amo. Te amo tanto. No sé cómo podría probarte alguna vez cuánto te amo.

Ya lo había probado. Nunca nadie me había amado así. Con cada palabra y gesto me mostró sus sentimientos, y saboreaba cada momento con él. Me había enseñado lo que era amar y ser amado. Desató mi niño interior y me ayudó a vivir el momento. Pero también me había dado un futuro en el cual interesarme. Podría ser incierto, pero no podía esperar para empezarlo. Con él.

Sabía que me diría lo que había pasado con sus hermanos durante mi ausencia, así como yo le contaría sobre mis padres. Teníamos mucho que discutir, pero presentía que tendríamos un montón de tiempo para hablar de eso.

Después.

Por ahora, me sentía demasiado emocionada al saber que en realidad tendríamos un después. Así que le devolví el beso y disfruté el presente.

295



LIBROS DEL  
Cielo

To professor  
with love

Linda Kage

# EPILOGO

Traducido por Sofía Belikov

Corregido por Verito

“No llores porque ya terminó, sonríe porque sucedió.”

Dr. Seuss.

## ASPEN

—Comenzaremos con *Matar un Ruiseñor* el lunes, que de hecho es uno de mis libros favoritos, así que, si alguien quiere impresionarme, es mejor que haga un buen esfuerzo con esta historia. ¿Entendido?

Cuando media clase gimió, negué con la cabeza y sonreí. Siempre habría opositores, pero por lo general encontraba a una o dos personas que amaban la literatura tanto como yo. Y ese era el por qué seguía enseñando, el por qué seguía viniendo cada día, emocionada por compartir mi apreciación con ellos. Me deleitaba al conocer estudiantes como la chica en la esquina trasera, que se sentaba en una silla de ruedas mientras escuchaba ansiosamente todas mis opiniones sobre la última historia que leímos.

Abrí la boca para decirle a mi clase de segundo año cómo lamentaba que no estuvieran tan entusiasmados por empezar la historia como yo, pero sonó la campana, interrumpiéndome. Aún saltaba cada vez que pasaba. Era una de las pocas cosas que extrañaba de enseñar en la universidad. Pero aparte de eso, me sentía bastante feliz aquí.

—Qué tengan un buen fin de semana —dije por encima del estruendo de mis estudiantes reuniendo sus cosas y haciendo planes con sus amigos.

Por una vez, me sentía feliz de que estuvieran impacientes por irse, porque yo también lo estaba. Esta era mi última clase por el día, y me sentía ansiosa por encontrarme con Noel para ver cómo estuvo su día.

Comencé a coger todo lo que quería llevar a casa conmigo cuando vi a alguien acercándose a mi escritorio por la esquina de mi ojo.

Poniendo las manos en sus caderas y frunciendo el ceño por encima de un familiar par de ojos color azules, siseó—: No puedo creer que me pusieras una C en ese trabajo. ¿Qué diablos, Aspen?

296



Suspiré. —Brandt...

—Es decir, sé que dijiste que no ibas a mostrar favoritismo si tomaba tu clase, pero, ¿en serio? ¿Una C? En realidad me *esforcé* por hacer un buen trabajo.

Sabía que no debería hacerlo porque lucía genuinamente molesto, pero sonreí cariñosamente ante el recuerdo que me trajo esta conversación. —Y aun así, perdiste totalmente el objetivo del trabajo —le dije.

Abrió la boca para responderme. Era demasiado parecido a su hermano como para no replicar. Pero un par de chicas que se reían al pasar llamaron nuestra atención.

—Oh, Dios mío, ¿viste al nuevo profesor de economía? Es *tan* ardiente.

Brandt gimió mientras la otra chica se acercaba a su amiga y cogía su brazo. —Lo sé. Me pregunto cuál es su nombre, porque quiero estar en esa clase.

—Diablos, sí. He oído que también es el nuevo entrenador de fútbol.

—Sí —dijo Brandt finalmente, sorprendiéndolas al interrumpir su sesión de chismorreo. Cuando levantaron sus rostros y descubrieron que era Brandt Gamble quien les hablaba, se detuvieron de golpe y abrieron la boca.

Oí a una chica llamar a mi cuñado el bombón de segundo año la semana pasada, así que suponía que las chicas debían haberse detenido con asombro al encontrarse a sí mismas bajo la atención del bombón.

Les dio una conocedora sonrisa. —Y su nombre es Gamble. —Hizo una pausa dramática, esperando a que entendieran, y las chicas jadearon al darse cuenta antes de que añadiera—: Es mi hermano.

Sus miradas se desplazaron rápidamente hacia mí. Todos en la secundaria East Ellamore sabían de mi relación con Brandt. Sus caras se sonrojaron, y las chicas comenzaron a hablar al unísono.

—Lo sentimos, señora Gamble —comenzaron, hablando por encima de la otra—. No queríamos faltarle el respeto.

Negué con la cabeza e hice que se callaran. —No se preocupen por ello. No puedo evitar estar de acuerdo con ustedes. —Les guiñé un ojo—. Es bastante ardiente.

Mientras Brandt resoplaba, las chicas se rieron con alivio y se apresuraron hacia la salida, solo para casi chocar con el tema de nuestra conversación cuando apareció en la puerta.

—Lo lamento, señoritas. —Se hizo a un lado con gracia e hizo un gesto con la mano para que pasaran primero.

Soltaron unas risitas y cantaron—: Hola, señor Gamble —mientras huían.

Brandt y yo intercambiamos una mirada, y rodamos los ojos al mismo tiempo.

—No creo que haya sido llamado señor Gamble por tantas personas en un solo día antes. Como que me molesta —admitió Noel, sin enterarse de todo lo que acababa de suceder.

Alargó una mano y despeinó el cabello de Brandt mientras pasaba a su hermano. Pero sus ojos se encontraban centrados en mí.

—Hola. —Su voz descendió hasta un tono ronco mientras se inclinaba para besarme.

—Hola. —Las puntas de mis pies se curvaron en mis sandalias mientras sus labios se frotaban contra los míos. Estiré una mano y tiré de la corbata que usaba, alucinada por cuán admisible era besarlo tan abiertamente dentro de la escuela. Pero mucho había cambiado en los tres años que llevábamos juntos. Cuando se alejó, pasando su lengua por su labio inferior como para disfrutar el sabor restante de mí en él, algo revoloteó profundamente en mi estómago.

Era la mujer más afortunada en la tierra al estar casada con este hombre.

—Noel —la dura voz de Brandt nos sacó de nuestro momento—, Aspen me puso una jodida C en mi trabajo.

En lugar de fruncirme el ceño con irritación, mi esposo se rió. Me guiñó un ojo antes de decirle a su hermano—: Bueno, ella medio dos D, así que no siento lástima por ti.

Desde la parte trasera de la habitación, se escuchó lo que sonaba como una pila de libros cayendo al suelo. Los tres nos giramos para encontrar a una estudiante luchando para salir de la clase. Cuando uno de los rayos en su silla de ruedas se quedó atrapado en un escritorio por el que pasaba, se las arregló para tirar la pila de libros en su regazo.

Noel y yo nos movimos para ayudarla, pero mi cuñado de dieciséis años se nos adelantó.

—Déjame recogerlos por ti, Sarah. —Se arrodilló y los recogió con un solo movimiento.

Sarah retrocedió con sorpresa y se lo comió con los ojos por un momento antes de que bajara la cabeza, dejando que su oscuro cabello cayera hacia adelante y cubriera sus ardientes mejillas.

—Gracias —dijo en su tímida y baja voz. Alargó los brazos para recuperar sus cosas; sus dedos temblaban ligeramente en el proceso.

Pero Brandt los puso bajo su brazo en lugar de entregárselos. —Yo los llevaré. ¿Vas a tu casillero?

Su cabeza se levantó de golpe, sus ojos ampliándose. —Yo... —Cuando abrió la boca y unos cuantos incoherentes sonidos se le escaparon, apretó los dientes y se sonrojó incluso más—. Sí —respondió finalmente.

Brandt le dio una sonrisa amistosa. —Caminaré contigo. Mi casillero está a solo un par del tuyo. Oh, espera. —Estiró una mano rápidamente y empujó a un lado el escritorio que se había enganchado a su silla de ruedas, dándole más que suficiente espacio para pasar.

Con el rostro brillante, Sarah le sonrió mientras pasaba a su lado, una vez más agradeciéndole por su consideración.

—Así que, ¿cómo te fue en el trabajo? —Continuó sonriéndole. La respuesta de Sarah sonó amortiguada mientras salían juntos al pasillo.

Noel y yo intercambiamos una mirada. Sus cejas se alzaron. —Soy solo yo, ¿o parece que la hermana menor de Mason Lowe tiene un enamoramiento por mi hermano?

Me reí. —Bueno, la mitad de las chicas en esta escuela tienen algo por él, así que, diría que es posible.

Gimió. —¿En serio? ¿Es popular aquí? Eso no es justo. —Su ceño era adorable.

Me alcé de puntillas para darle un rápido beso. —Encaja aquí perfectamente.

Noel suspiró como si estuviera disgustado. —Supongo que es eso mejor a que estuviera en una banda como la que había estado en ese lugar al que preferiría no nombrar.

Todos sus hermanos se adaptaron bastante bien a Ellamore. Ni siquiera lucieron molestos cuando su madre le entregó sus custodias a Noel sin siquiera una protesta. Caroline, Colton y Brandt sinceramente habían florecido bajo el cuidado de Noel, incluso aunque le tomó un buen año a Colton llevarse bien con nosotros.

—Así que, ¿cómo le fue en su primer día enseñando, señor Gamble?

Me había sentido estresada todo el día al pensar en que se arrepintiera de haber tomado el puesto de maestro aquí. Después de que se rompiera la clavícula en su último año en la universidad durante un juego y hubiera perdido su oportunidad de jugar para la NFL, me preocupó el que eventualmente odiara la nueva vida que tuvo que hacer. Y que se resintiera conmigo por obligarlo a cambiar su carrera por una para enseñar y entrenar.

—La verdad es que fue algo excitante —dijo—. Al momento en que noté que las personas me prestaban atención cuando hablaba, casi me sentí como si fuera capaz de hacer una diferencia en la vida de algún chico.

Podría haberle dicho que ya había hecho una diferencia en la vida de tres chicos muy importantes. Pero lucía emocionado por la conclusión a la que acababa de llegar.

—Me siento ansioso por comenzar las prácticas de fútbol y ver qué tipo de equipo voy a tener esta temporada.

Lo que me recordó qué hora era. —¿No comienza en tres minutos? —  
Arqueé una ceja, preguntándole silenciosamente qué hacía en mi sala.

Sus azulados ojos se nublaron. —Sí, es verdad. Pero saber que te  
encontrabas aquí era demasiada tentación como para resistirme. Verte en tu  
“traje de profesora” siempre me recuerda a los días en que nos conocimos. —  
Pasó los dedos cariñosamente por la solapa de mi chaqueta.

—Pero ahora no tenemos nada que esconder.

—Sí. —Se inclinó para besarme de nuevo—. Y aún se siente demasiado  
bien como para ser verdad. Sigo esperando que alguien entre aquí y nos diga  
que no podemos estar juntos. —Sus brazos se envolvieron posesivamente  
alrededor de mi cintura—. Este tiempo contigo ha sido lo mejor de mi vida. No  
puedo agradecerte lo suficiente por encontrarme, por ser mi esposa.

Descansé la cabeza en su corazón. —Tú también me has dado los  
mejores tres años de mi vida. —Palmeé sus abdominales de acero y besé su  
barbilla—. Ahora será mejor que te vayas, entrenador, antes de que decidan  
reemplazarte en tu primer día.

—Te veré en la casa. Te amo, cariño. —Me besó una vez más antes de  
retroceder. Extrañé inmediatamente sus brazos a mi alrededor.

—Yo también te amo. No seas duro con Brandt durante la práctica.

Noel sonrió. —Oh, si cree que tú no le mostraste ningún favoritismo, solo  
espera a que descubra cuán duro voy a hacerlo entrenar.

Movió las cejas y me sopló un último beso antes de salir de la habitación.

Dejé escapar un complacido suspiro y me hundí en la silla de mi  
escritorio. Cuando comencé a trabajar en la universidad de Ellamore ese  
fatídico semestre, no tenía idea de que mi vida terminaría aquí. Pero me sentía  
emocionada por ello. ¿Quién iba a pensar que estaría locamente feliz  
trabajando en una secundaria mientras estaba casada con el entrenador de  
fútbol? ¿O que el ayudarle a criar a dos de sus hermanos más jóvenes, y a su  
hermana, una estudiante de primer año en la universidad, me haría sentir tan  
completa? Pero aquí me encontraba, más contenta de lo que alguna vez me  
sentí, y no cambiaría mi vida por nada en el mundo. Todo lo que alguna vez  
quise fue encontrar el amor y ser amada en respuesta. Pero esto lo había  
superado totalmente. Me sentía completamente consumada.



To professor  
with love

Linda Kage

“Lo que me noquea, es un libro que, cuando estás por terminarlo, deseas que el autor que lo escribió fuese un excelente amigo tuyo y pudieras llamarlo cuando quieras”.

J.D. Salinger, El Guardián entre el Centeno.

FIN

301

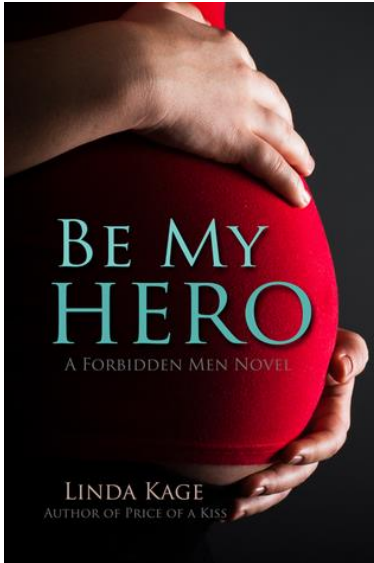
LIBROS DEL  
Cielo



To professor  
with love

Linda Kage

## BE MY HERO



Érase una vez, había una chica rica y mimada que era un poco egocéntrica. Ella solo se preocupaba por las apariencias y ocultaba todos sus secretos oscuros y feos aparentando ser una presumida obstinada. Pero entonces Eva Mercer quedó embarazada, fue disparada por un psicópata y echada del único hogar que conocía. Ahora está arruinada, desempleada y tiene que comenzar de nuevo con un recién nacido al que criar. Pero, ¿cómo?

En el otro lado de la ciudad, el huérfano sexy y tatuado, Patrick Ryan, no puede conseguir un descanso. Ha salido en libertad condicional por defender a la última damisela en apuros mientras trataba de ayudarla a mantener a su hijo, pero lo único que quiere es encontrar a su amor verdadero. Él conoce a esta mujer por el olor, la sonrisa y la risa, pero en realidad nunca la conoció. Ni siquiera sabe su nombre. Solo sabe que ella es la clave para arreglar todo.

Un tipo de héroe puede salvarte del daño físico. Otro puede rescatarte de una especie diferente de fatalidad. Para alcanzar sus sueños, Eva y Pick pueden salvarse mutuamente. Pero primero, deben abrir sus corazones y aprender a confiar.

302

To professor  
with love

Linda Kage

## SOBRE LA AUTORA



Linda se crió en una granja lechera en el Medio Oeste como la más joven de ocho hijos. Ahora vive en Kansas con su esposo, su hija y sus nueve relojes de cucú. Su vida ha sido bendecida con una gran cantidad de personas de las que aprender y amar.

Escribir siempre ha sido una gran parte de su mundo, y está tan feliz de compartir por fin algunas de sus historias con otros amantes de los romances. Por favor visita su sitio web: <http://www.lindakage.com/>

